

Hugo Correa

Cuentos reunidos



de

Lectulandia

Reconocido mundialmente por su excelencia en el relato breve de ciencia ficción, en este volumen, por primera vez, se reeditan los cuentos de Hugo Correa, hoy convertido en autor de culto y figura clave de la literatura nacional e hispanoamericana del género.

Con temáticas que se adelantaron en varios años al trabajo de escritores como Arthur Clarke o Phillip K. Dick, sus relatos se pasean por historias de réplicas artificiales de seres humanos que experimentan virtualmente su vida; viajes espaciales a mundos inimaginables, o historias donde lo fantástico o lo inexplicable se funde con la vida cotidiana de personajes comunes y corrientes.

Lectulandia

Hugo Correa

Cuentos reunidos

ePub r1.0

Un_Tal_Lucas 07.07.16

Hugo Correa, 2016
Retoque de cubierta: Un_Tal_Lucas

Editor digital: Un_Tal_Lucas
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Los títeres

*Remember us —if at all— not as lost
Violent souls, but only
As the hollow men...*

T. S. ELIOT

A mi madre

Alter Ego

—Señor: aquí está su Alter Ego. Tenga la bondad de firmar el comprobante.

Demetrio abrió el estuche y retrocedió maravillado: allí estaba él, los brazos pegados al cuerpo, en la más completa desnudez e inmovilidad. Si la posición erguida no fuese la menos apropiada para un durmiente, lo habría despertado: tan naturales parecían el color de su piel, las arrugas que empezaban a esbozarse alrededor de los ojos, los labios delgados y la despejada frente. El pelo liso, peinado cuidadosamente, como el de su doble humano.

Cogió la caja de control y, guiándose por el catálogo, puso en marcha al títere. Caminaba con soltura y naturalidad, sin los movimientos grotescos que caracterizaban a los autómatas del pasado, como si poseyese huesos, músculos, nervios y los demás órganos de un ser natural. Demetrio lo hizo practicar los actos elementales: sentarse, vestirse, encender un cigarrillo, rascarse una oreja. Si los propietarios de los títeres quieren disfrutar de ellos —decía el manual de instrucciones—, necesitan estudiarse concienzudamente a sí mismos, por lo menos en cuanto a su mímica, gestos, manera de andar, etc.

Demetrio, ya perito en la conducción de su doble, se colocó el casco introyector. Por un instante sus ojos parpadearon en las tinieblas. Pero una vez abierto el interruptor ocular, recuperó la vista: la sala de estar se presentaba tal como si la estuviese observando desde otro ángulo. ¿Qué ocurría? Sencillamente empezaba a ver por los ojos del títere. Alter Ego, parado en el centro de la habitación, vuelto hacia la entrada, pestañeaba con naturalidad: los instrumentos movían sus párpados sintéticos cada vez que Demetrio lo hacía. El hombre presionó una tecla, y el sosia dio media vuelta: pudo verse a sí mismo en el sillón, cubierta la cabeza con la escafandra, los controles sobre las rodillas. Una vez abierto el canal auditivo, no le cupo duda de que se había trasladado al centro de la pieza: escuchaba los ruidos de la ciudad y los producidos por sus cambios de postura en el asiento. Y el olfato. Como respirar a través de Alter Ego. Los odorófonos transmitían las sensaciones del aire aspirado desde otro lugar. Probó la voz de su duplicado: en cuanto Alter Ego abrió la boca, Demetrio se escuchó a sí mismo hablándose desde el medio del cuarto:

—¿Cómo estás, Demetrio? Has nacido de nuevo. ¿Verdad que te sientes como el pez al que se le ha cambiado el agua del acuario?

Demetrio se escuchó complacido. Hizo caminar a Alter Ego por la sala, lo condujo a una ventana y, asomado a ella, contempló la ciudad que fulgía bajo un cielo ardiente, salpicado de helicópteros. Todo parecía más bello que cuando lo miraba con sus propios ojos; más azul y brillante el firmamento; de colores más alegres y

definidos los rascacielos. Sí: Alter Ego le mostraba la verdadera realidad de las cosas. Las sensaciones que el sosia le transmitía del mundo lo embargaron de una súbita paz con la humanidad. Revivieron en su imaginación las emociones de juventud, aquellas que los años fueron esfumando hasta convertirlas en tenues imágenes, voluntaria o involuntariamente olvidadas. Pero ahora sentíase poseído de un extraño valor para recordar. Podía mirar con serenidad su vida, recordar sus pensamientos juveniles; cuánto había ambicionado; cómo poco a poco fue renunciando a lo que más amaba para poder labrarse una situación.

—¿Recuerdas cuando quisiste ser actor y representar al Emperador Jones? ¿Cómo durante meses anduviste obsesionado con los monólogos del negro? ¿Cómo le hacías el amor a Valentina, la chica que asistía contigo a las clases de teatro, y que te estimulaba porque creía en ti?

Alter Ego hablaba con una voz impostada, potente, y su mímica revelaba al hombre poseedor de una cierta experiencia teatral. Encendió un cigarrillo, aspiró una bocanada de humo y la expulsó en un delgado chorro. Se detuvo frente a un retrato donde él, Demetrio, en su escritorio de trabajo, rodeado de propaganda, carteles, panfletos, avisos, sonreía satisfecho.

—Nada de malo tiene vender dentífricos, menos cuando se trata de un buen producto, elaborado a conciencia, y que, después de todo, cumple una función social: ofrecer una dentadura blanca y un aliento perfumado. Aplicaste a tus actividades aquella respuesta dada por Jones a Smither: «¿Acaso el hombre no es grande por las cosas grandes que dice..., siempre que se las haga creer a la gente?». Cosa que lograste como vendedor. Pero lo malo fue que tú nunca creíste en las cosas grandes que decía Demetrio, el exitoso vendedor.

Alter Ego dio una larga chupada y contempló, a través de la nubecilla azul, al hombre que descansaba en la poltrona, oculto el rostro bajo el introyector. ¡Maravillas de la electrónica! Los papilófonos transmitían el sabor del humo y su leve temperatura.

—Fumar por control remoto... ¡Qué gran ventaja para los hombres prácticos de ahora, que todo lo tratan de hacer sin comprometerse demasiado! Se experimentan las mismas sensaciones del fumador sin correr ninguno de sus riesgos. El principio hedonístico plenamente realizado.

Alter Ego abrió un antiguo armario, y se volvió hacia Demetrio con una sonrisa indefinible.

—Una pieza de museo, al igual que tantos hombres. ¿No son, al fin y al cabo, la mayoría de los hombres de hoy piezas de museo? Para empezar, son incapaces de realizarse a sí mismos. Todos se quedan a medio camino. Y tú no eres la excepción: querías ser actor, pero terminaste vendiendo dentífricos: era más provechoso. Abandonaste a Valentina porque era humilde, sin ambiciones. Tuviste amigos, verdaderos amigos, con los cuales se podía conversar sobre muchas cosas inútiles... ¿Inútiles? Tus nuevos conocidos solamente entienden el lenguaje económico. «¿Eso

produce dinero?», te preguntan cuando, ingenuo, tratas de sacarlos de su cómodo carril, mostrándoles tu mundo interior, donde las inquietudes comienzan a enmohecer con la fatal resignación del metal corroído por los óxidos. Aprendiste, sí, a hablar como ellos. ¡No mejor que ellos! En ese mundo no existe la jerarquía.

Alter Ego terminó de fumar: apagó el cigarrillo con un gesto teatral y, enfrentando a Demetrio, lo señaló, acusador.

—Y ahora, ¿te servirá tu doble mecánico para lo que no te atreves a hacer por tus propias manos?

El títere se quedó inmóvil, mirando el casco hermético. Un denso silencio flotaba en la habitación. Brillaron los ojos de cristal. Luego, lentamente, Alter Ego se volvió al estante, que aún permanecía abierto. Su mirada se endureció. Sacó una pistola. La examinó con aire crítico y, avanzando hacia el hombre con curiosa solemnidad, como quien camina por el interior de un templo donde se lleva a cabo la consumación de algún rito, le quitó el seguro al arma.

—El hombre es el supremo inventor. Ha creado estas armas para matar hombres, y a los socios, para juzgarse a sí mismo. —Agregó secamente, al cabo de una brevísima pausa—: El ciclo se ha cerrado.

Apuntó cuidadosamente a la inmóvil figura del sillón.

El mundo del tío Roberto

I

Sí: era el legado del tío Roberto: su sosia, que lo representaba a él —al tío Roberto—, con treinta años a lo sumo. ¿Por qué, en lugar de su doble, no le dejó el aerocoche o la cabina en la playa? El títere, aunque valioso, no parecía de venta fácil. ¿Entregarlo a una casa de remate?: estafa segura.

Lo instaló provisoriamente en un rincón de la sala de estar: se trataba de una obra finamente acabada, que hasta de adorno podía servir.

No es común que un hombre posea dos títeres. Aunque al alcance de todos, los sosias eran costosos. Durante sus tediosas jornadas en Seguros Vitales, Alfonso reflexionaba en su particular situación de doble propietario de sosias. Su escritorio se sumaba a las interminables filas de pupitres alineados en la vasta sala, todos con su correspondiente títere, vecinos pero lejanos como las estrellas en el firmamento: uno nunca conocía a los originales de los compañeros de labores, sino únicamente a los impenetrables y eficientes sosias.

Porque ahora nadie asistía de cuerpo presente a su ocupación: los títeres realizaban también o mejor que los hombres el noventa por ciento de sus actos. Pero necesitaban que su conductor permaneciese despierto y alerta, no como los autómatas capaces de sustituir al hombre en muchas de sus actividades, aunque sin su directa intervención. El títere vino a convertirse en una nueva herramienta de trabajo, cómoda, práctica, de infinitas posibilidades. Los hombres los dirigían desde sus habitaciones con un esfuerzo y desgaste mínimos. Para tomar un café o descansar un rato, bastaba quitarse el casco introyector: el doble permanecía en el escritorio, privado momentáneamente de movilidad.

Una tarde en que Alfonso se despojó de la escafandra para ir al baño, reparó en el doble de Roberto. De pie en un rincón, cerrados los ojos, parecía dormir tal una figura de cera. ¿Cómo era posible que su tío, un caballero tan respetable, hubiese comprado ese sosia de juvenil apariencia? Alfonso sintió una repentina curiosidad de probarlo. Se quitó el casco de su sosia, y se puso el de Roberto, luego de reemplazar la caja de mandos de su propio doble por la del títere de aquel. El artefacto respondía con facilidad al control remoto; accionaba con ligereza y soltura, demostrando la óptima calidad de su construcción.

Manteniendo siempre a mano la escafandra y los controles de su auténtico alter ego, abandonó su departamento poseído de la secreta euforia de saberse cometiendo un acto prohibido, pero sin correr un gran peligro de quedar en descubierto. Tomó el

ascensor —afortunadamente vacío a esas horas— y pronto caminaba por el parque, situado al frente de su vivienda. Se internó por los caminos de grava, bajo los corpulentos plátanos orientales y cipreses, entre los jardines floridos, que impregnaban la tarde soleada con una fragancia penetrante. El sistema electrónico le transmitía con fidelidad los efluvios del aire primaveral (aunque respiraba dentro de un casco hermético, encerrado en su departamento).

Aisladas niñeras y uno que otro anciano tomaban el sol, encendido en un cielo diáfano. Pero Alfonso recordó su trabajo. Al cabo de cinco minutos, y después de sentar a Roberto en un banco, se colocó su propio casco e inspeccionó su escritorio. Todo en orden. Para disimular la maniobra permaneció un rato largo trabajando. Luego retomó el sosia de Roberto, y atravesó el parque gozando de aquella imprevista libertad, deteniéndose a veces a observar los calmos aledaños. Lentamente germinaban en su imaginación las insospechables posibilidades nacidas de su calidad de doble poseedor de sosias. Comenzaba a desplegarse ante sus ojos un verdadero nuevo mundo. Porque con dos títeres existe la posibilidad de estar en dos partes a la vez sin moverse de su casa, con el sencillo recurso de cambiar de casco introyector. Equivalía a poseer esa cualidad única, prevista por los parasicólogos: la bilocación, algo parecido a la ubicuidad, una condición propia de los dioses.

Mientras uno de sus yoes trabajaba tesonero —al menos permanecía en la oficina—, el otro disfrutaría de las delicias de hacer lo que se le antojase. Alfonso, poseído de una euforia creciente, arribó al metropolitano. Tomaría el tren y realizaría un largo paseo. Pero antes dejó al títere de Roberto parado a los pies de la escalera mecánica, cuyos peldaños rojos se sumergían en las entrañas de la máquina como torrente sanguíneo en perpetuo fluir, y volviendo la oficina, permaneció cinco minutos dedicado a sus labores. Frecuencia ideal: cinco minutos como Alfonso, y otros tantos como Roberto.

En el semivacío vagón, envuelto en la frescura del aire acondicionado, entrecerrados los ojos y sin pensar en nada, se relajó completamente. Transformado en un superhombre: su misma vida comenzaba a adquirir sentido. Porque hasta entonces no fue sino un muchacho apocado, algo torpe, de escasa fortuna en general. Huérfano desde los quince años, y de temperamento no muy amistoso, su existencia transcurría bastante hueca. Y ahora que todo el mundo enviaba al trabajo a su alter ego, tampoco en la oficina existían expectativas de conocer gente, como en la época anterior a los títeres, cuando hasta los más misántropos se tornaban sociables en contacto con sus compañeros. A medida que el tiempo se deslizaba, la herencia de su tío Roberto adquiría trascendentales y nuevas perspectivas.

Pleno centro metropolitano. Calles de vivos colores, rascacielos de pulcros muros plásticos. Un inusitado tránsito de aerocoches revoloteando en abigarrados enjambres. Se posaban sobre las terrazas o se sumergían en el cielo como libélulas impulsados por sus silenciosos rotores: todo ganaba en vitalidad y belleza a través del títere de Roberto. Caminando por la vereda atestada de transeúntes, se topó a

quemarropa con un vendedor de Seguros Vitales. Paralogizado, lo saludó. ¿Qué pensaría el otro al verlo en la calle, cuando aún no finalizaba la diaria labor? Únicamente recordó su nueva condición al ver la sorprendida cara del vendedor ante el saludo de un desconocido. Como andar disfrazado. Gozoso, hizo un alto para asomarse a la oficina, de acuerdo con el plan, y, al retomar el títere de Roberto, sintió que alguien lo tironeaba de un brazo. Una mujer joven, morena, lo miraba con fijeza, sorprendida.

—Roberto, ¿por qué te habías perdido tanto tiempo?

Alfonso, inmovilizado, no supo qué contestar. Aquella mujer, con su soberbia silueta duplicada en el muro reluciente del edificio, era sin duda una amiga de su tío.

—¿Has estado enfermo?

—Sí, estuve bastante mal —replicó vacilante, tratando paralelamente de inventar alguna enfermedad apropiada.

—¿Algún accidente?

La palabra «accidente» le permitió encontrar el pretexto.

—Me di un golpe tan fuerte que debí hospitalizarme...

—¡Oh! Entonces fue un accidente al natural.

—A mi títere no le pasó nada. Tropecé con una escalera...

—Pobre. —Su voz y rostro reflejaron pesadumbre—. Ven. Acompáñame a hacer una diligencia. Después nos vamos a mi casa. Estoy sola de nuevo.

El tono de la mujer le produjo un estremecimiento. Ella, cogiéndolo de un brazo, lo arrastró por la acera con la familiaridad y afecto de antiguos conocidos.

Sí: comenzaba a meterse en lo que fuera el mundo del tío Roberto.

—Tengo que ir a Seguros Vitales. ¡Un encargo que me dejó mi marido!

Alfonso se sobresaltó.

—¿Qué te pasa?

—Nada... Este... Resulta que yo... —Recapacitó: «No hay nada que temer, después de todo. Nadie en tu oficina conoce al doble de Roberto»—. ¿Te importaría que te deje sola unos minutos? Tengo un pariente enfermo y necesito visitarlo seguido.

¡Con qué oportunidad encontró una argucia! Habían transcurrido los cinco minutos reglamentarios. Dentro de un gigantesco escaparate, en una pantalla de televisión, se proyectaba un desfile de modas. Allí dejó Alfonso a Roberto, acompañado de la mujer. Su ojeada a la oficina fue oportuna: el inspector automático revisaba la sección, y pudo ver como Alfonso trabajaba con ahínco.

—Mi enfermo se encuentra perfectamente.

—¡Siempre tan misterioso! —rió ella—. Apurémonos: ardo en deseos de estar a solas contigo.

Seguros Vitales no quedaba lejos de allí. Extraña emoción la de entrar en la oficina donde uno se encuentra trabajando, del brazo de una clienta, ambas cosas simultáneamente.

—¿A qué piso vamos?

—A la gerencia: queda en el vigésimo, creo.

¿Debería enfrentar al gerente en persona? ¿A ese engréido, que utilizaba un títere con facha de militar arcaico? Aunque no existía ni el más leve peligro de que el gerente sospechase algo, Alfonso no pudo reprimir una sensación de temor. La proximidad de la mujer, segura de sí misma y deseosa de parecer amable, lo reconfortaba un tanto.

Los solemnes pasillos del piso de la gerencia de Seguros Vitales. Muros revestidos en madera. Hileras de gomeros, filodendros y aralias ondeando bajo los soplos del aire acondicionado.

—¡Siempre tan callado! Ni el accidente te ha puesto hablador.

Gran suerte que el tío hubiese gozado fama de parco. Y explicable. Si quería mantener en la penumbra su verdadera edad, el laconismo se convertía en un aliado poderoso. ¡Ah, los títeres! ¡Qué de milagros trajeron al mundo! Conseguir por ejemplo que un vejete dejase de majaderear sobre sus achaques e hipotéticas aventuras pasadas, donde la experiencia propia se confunde con la ajena, podía considerarse uno de los más genuinos triunfos de la cibernética.

Varias personas en la antesala. Tras el ventanal los esbeltos rascacielos despiden reflejos de múltiples colores. Más arriba los aerocoches rebullen como silenciosas abejas.

—El siguiente.

La seca voz del anunciador automático. La mujer, ya de pie, lo invitaba a seguirla. Vaciló de nuevo al enfrentar la doble hoja de la gerencia.

—¿No crees preferible que te espere aquí?

—¡No seas ridículo! Te conviene conocer a Manuel. Puede ayudarte. —Ella comenzaba a bornear el picaporte.

—¿En qué?

Pero la puerta se abrió, dejando trunca la respuesta de la mujer.

II

La figura del gerente, contra la pared del fondo, detrás del ciclópeo escritorio color marfil, al otro lado de la vasta alfombra verde, lo paralogizó. El gerente. El hombre que regía los destinos de mil sujetos como él. Se incorporó en presencia de sus visitas, sonriendo amplia, cordialmente.

—¡Querida Leticia...!

Leticia: un nuevo elemento dentro de la trama. El títere del gerente, con su cabellera de escobillón y rasgos calcados del más seco y antipático sargento alemán arcaico, vestido con el atildamiento de un maniquí, avanzó al encuentro de Leticia y le estrechó la mano con énfasis. Saludó a Alfonso (presentado como «Roberto, gran amigo de la casa», por Leticia) con una sonrisa pletórica de oficialismo.

Alfonso, recuperada la serenidad, encaró a su jefe desde la comodidad de su disfraz.

—Como sabrás, mi marido anda en El Cairo —empezó ella—. Resulta que al pobre le estropearon su títere en un atentado terrorista. Pero el seguro que contrató no cubre el riesgo contra atentados. ¿Te das cuenta? Una verdadera estafa. No se le considera un accidente del trabajo.

—Bueno —replicó el gerente, con aquel tono doctoral tan conocido para Alfonso—. Es natural: las primas por atentados son muy altas, especialmente en el Medio Oriente, donde, según las estadísticas, ocurren trescientos atentados diarios. Y si él no tomó la precaución de estipular ese riesgo al contratar la póliza, el Lloyd's no se la pagará. ¿Fueron muy graves los daños?

—El brazo derecho saltó despedazado: ni siquiera pudo recuperar la mano.

—Es bastante grave. Pero...

Vaciló, ostentoso. Los lentes de la cámara televisora que hacían de ojos destellaban cautelosos.

—Habla con absoluta confianza delante de Roberto —rió Leticia, captando la situación—. Es un gran amigo de Sebastián.

El gerente respiró, aliviado.

—Perdone usted mi reserva —dirigió a Alfonso su estereotipada sonrisa—. Pero en estas cosas hay que extremar las precauciones. Imagino que Sebastián —prosiguió, mirando a Leticia— deseará contratar una póliza con nosotros, de manera que cubra todos los riesgos, digamos, con efecto retroactivo.

—Sí, sí. Me pidió que viniese a conversar personalmente contigo.

—Pudiste pedírmelo por fonovisor.

El gerente no las tenía todas consigo: habría preferido mil veces sin duda una conversación a solas con Leticia sobre tan escabroso tema.

—¿Podría dejar ahora mismo contratada la nueva póliza? —insistió ella en son de súplica—. Se lo prometí a Sebastián.

—Por cierto. Voy a llamar al empleado que lleva los ficheros.

—Me voy —susurró Alfonso al oído de Leticia.

Y el títere de Roberto se quedó repentinamente estático.

—¿Qué le pasa a tu amigo? —preguntó el gerente, sorprendido.

Alfonso se colocó su casco justo a tiempo para escuchar la llamada del gerente, que le solicitaba el archivo de primas varias.

—¿Quiere que se lo lleve, señor?

—Por favor.

Alfonso, con grandes zancadas, cruzó los insulsos pasillos donde desembocaban las oficinas repletas de títeres sentados tras sus escritorios, meditando en la curiosa escena que se avecinaba: el enfrentamiento de sus dos yoes. Leticia le lanzó una mirada que se le antojó despectiva. Tuvo que contener la risa al ver la estática figura del sosia de Roberto, sentado muy tieso junto a la mujer, los ojos entrecerrados, como

si dormitase.

—¿Están al día estos datos? —indagó el gerente, con la voz inquisitorial que adopta cuando se dirige a un subordinado.

—Sí, señor —replica presto Alfonso.

El títere anotó algunas cifras en una libreta, y devolvió el fichero a Alfonso, es decir, a su sosia.

—Puede retirarse.

Mientras permaneció allí Leticia no le había dirigido una sola vez la mirada. Pero se percató de que la mujer echaba constantes y dulces ojeadas a su quieto acompañante, o sea, al doble de Roberto. ¡Ah, las mujeres! Cuán poco las conocía Alfonso. Solo ahora, a través de ese casual encuentro, empezaba a vislumbrar el veleidoso mundo femenino. Y todo gracias a su tío.

Su ausencia había durado exactamente cinco minutos.

—¿Qué tiene su enfermo?

El gerente, depuesto su anterior recelo, hizo la pregunta en un tono amistoso.

—Se quebró una pierna...

—De las heridas y quebraduras va a ser imposible que la humanidad se libre —dice Manuel, sentencioso.

—Manuel —interrumpe Leticia—, Roberto tiene un problema que creo tú estarías en condiciones de solucionárselo.

—¿De qué se trata? —La voz del gran hombre se torna circunspecta.

Leticia miró a Roberto. Alfonso, ignorante en absoluto de «su» problema, exhibía un rostro expectante, risueño.

—Lo han amenazado con destruirle su sosia. Yo te lo conté una vez en casa de los Aguayo. ¿Te acuerdas?

—¡Ah, sí! —Manuel lo mira con evidente curiosidad, como diciendo: «¿Así que usted es el famoso Roberto de la historia»—. ¿Se trata de una amenaza que podría eventualmente poner en peligro su vida? Los antitíteres son cosa seria.

—No, no —se apresura a replicar Leticia, dándole, al mismo tiempo, un leve pisotón al pie sintético de su compañero—. Atañe exclusivamente a su sosia.

Alfonso, allá en su departamento, dio un brinco. ¿Su tío se había echado encima a los antitíteres, esos fanáticos destructores de sosias que viven al margen de la ley? He ahí algo no previsto por Alfonso. Los antitíteres poseían los medios para identificar al propietario de un doble, y en más de una ocasión destruyeron al sosia y su dueño. Una transpiración helada empapó el rostro del hombre, que, dentro del casco introyector, dirigía al doble de Roberto.

—Podríamos estudiarle una póliza conveniente. Sería preferible, eso sí, que nos reuniéramos en otra oportunidad para formalizar la operación.

—Pero Roberto puede contar con tu ayuda, ¿no?

—Evidente. —Y dirigiéndose a Alfonso—: ¿Quiere ir esta noche a mi casa? Tenía mucho interés en conocerlo. Nos tomamos un trago, y arreglamos su asunto.

—Este... ¡Muchas gracias!

—No pierdas esta oportunidad de arreglar tu problema, Roberto. Si te quedas dormido... ¡Tú sabes cómo son los antitíteres!

—Mal que mal su doble es caro. —Manuel tasaba mentalmente el sosia de Roberto—. Por lo menos una póliza le garantiza a usted la recuperación del precio. ¡Y no todas las compañías aseguran a los que se han enemistado con los antitíteres!

El sorprendente mundo del tío Roberto se revestía de súbito con mil asechanzas.

—Bueno, Manuel. No te quitamos más tiempo. Yo le daré tu dirección a Roberto. Te visitará esta noche sin falta.

Las personas que hacían antesala miraron irritadas a la pareja que durante tanto rato acaparara al gerente. Pero Alfonso se hallaba ausente de este mundo. Ni escuchó la reprimenda de Leticia por su soso proceder con Manuel.

Tentado estuvo por echarla al diablo.

El fulgor de los plásticos y el calor conformaban ahora una atmósfera enervante. Llevado por su amiga llegaron a una vasta terraza atestada de vehículos.

—¿Conocías mi nuevo aerocoche? —Allí, en la azotea, bajo el ardoroso firmamento, decenas de aparatos similares esperaban soñolientos a sus propietarios—. Me lo regaló Sebastián tres días antes de marcharse. ¡Qué buen marido es Sebastián! Y un magnífico amigo. Te aprecia mucho, aunque estoy casi segura de que sabe lo nuestro.

El tono confidencial de Leticia, en lugar de excitarlo como antes, lo enfrió aún más: su miedo cundía segundo a segundo.

—Roberto —el vehículo, impulsado por los silenciosos rotores embutidos en alvéolos laterales, penetraba en la diáfana y ardiente atmósfera que oprimía a la ciudad—: has olvidado a tu enfermo.

Alfonso se asomó a su escritorio. Faltaban aún veinte minutos para finalizar la jornada. La silenciosa sección, entre las simétricas filas de escritorios, huérfanas de voces humanas —un dispositivo especial, accionado desde la sala de controles de la oficina, impedía a los títeres dialogar entre sí—, seguía la inamovible rutina. Pero el trabajo de Alfonso se acumulaba, y la idea de que su negligencia fuese advertida le hizo reaccionar. Con un esfuerzo alejó las preocupaciones, y en pocos minutos se puso al día.

El trabajo le sentó bien. Recuperó la calma, y, mientras entregaba fichas por decenas al computador, maldijo el instante en que se le ocurriera probar el títere de su tío. Quizá los antitíteres lo vieron cruzar el parque. Tal vez ya estaban en su persecución. ¿Qué habría hecho su tío para echarse encima a los antitíteres? Leticia algo le revelaba: la debilidad de Roberto por las mujeres.

Porque fueron los viejos quienes engendraron el movimiento que habría de convertirse en la Hermandad de los Antitíteres. Cuando un hombre jubilaba (a los ochenta años, según las nuevas leyes de previsión, basadas en la mayor resistencia al trabajo del hombre gracias a los títeres, por una parte, y a la mayor longevidad

conseguida con el progreso de la medicina) obtenía un fondo de retiro como para darse lujos: comprar un nuevo aerocoche, una cabaña de veraneo y, lo mejor de todo, un sosia fino, hermoso, de juvenil aspecto. Así, al final de la vida, un hombre o una mujer prácticamente volvía a nacer gracias a la adquisición de un bello títere. Y por ficticio que esto pareciese, la realidad era que tal hombre, o mujer, embriagado con el uso de un artefacto que ocultaba su verdadera edad como bajo una máscara, trataba de realizar muchas de las cosas no materializadas durante su juventud.

La titeromanía se multiplicó. Porque el titerómano se desentendía del original, a quien jamás llegaba a conocer en la mayoría de los casos: solamente le preocupaba el títere. Procedía como aquellas personas que, en un baile de disfraces, se hallan dispuestas a correr aventuras con otras cuya incógnita la garantiza una máscara. Los viejos reencontraron el paraíso. Al cabo de una vida no siempre plenamente realizada, salpicada de desengaños y represiones, y debido a las leyes que obligaban a los funcionarios a usar títeres que fuesen sus réplicas perfectas para evitar confusiones, los menos favorecidos por la naturaleza eran los primeros en adquirir, al jubilar, la última palabra en belleza titerera.

Tanto proliferaron los escándalos (al fin de su vida el hombre no trepida ante nada para satisfacer un apetito, estimulado por la perseverancia, decisión y experiencia ganadas en años, y por la idea obsesiva de que el calmar dicho deseo bien puede constituir el último acto de su existencia), que no tardaron en surgir protestas. Se pidió al gobierno que controlase la venta de títeres. Pero ya los intereses creados formaban cerros. ¿Cómo negarle a un ser, que se encuentra a las puertas de la muerte, un último agrado? Existían vicios, sin duda, pero la humanidad siempre estará expuesta a ellos, con o sin títeres. Y en cambio, ¡qué de placeres nuevos e inesperados podían obtenerse con aquellos muñecos!

Las alternativas de aquella sorda lucha siempre resbalaron sobre Alfonso como el agua por una cubierta aceitosa. El problema de la «senectud eufórica», como lo llamaban los periodistas (en memoria de la antigua juventud colérica), lo conocía por comentarios escuchados en comidillos de parientes o en la oficina, los cuales no tardaba en olvidar. Pero ahora los recordaba frescos, amenazadores. Ya se veía víctima de algún ataque fraguado por aquellos fanáticos antitíteres. Y también rememoraba, con irritante fidelidad, anécdotas oídas a medias, distraída la mente, como siempre nos ocurre al escuchar algo que escapa a nuestra órbita de interés, sobre algún certero golpe de los sectarios.

Alfonso, olvidado por el momento de Leticia, que viajaba con un títere dormido en su aerocoche, intentaba fraguar un plan. ¿Hasta qué extremo los fanáticos tenían fichado a Roberto? Quizá su peligro fuese inminente: los antitíteres no iban a aceptar explicaciones de Alfonso. De nada le serviría contarles la historia de la herencia. Como auténticos nihilistas, atacaban antes de preguntar, y se encogían de hombros cuando posteriormente llegaban a enterarse de la inocencia de su víctima. ¡Haberse encontrado con Leticia, para colmo de males! Tal vez los sectarios también conocían

a la mujer como amiga de su tío. Destruir el muñeco. Parecía la mejor solución, aunque significaba una pérdida de dinero. Porque venderlo también era peligroso. Los antitíteres, siempre acuciosos, podían averiguar a quién perteneció antes el sosia, y cumplir tarde o temprano su venganza. ¡Maldito tío! Además de dejarle un artefacto difícil de negociar, ponía en peligro su existencia.

Los títeres abandonaban sus escritorios. En silencio, por los largos pasillos alfombrados, iluminados apenas, se dirigían a las salidas. Alfonso se puso de pie y siguió a sus compañeros, a ninguno de los cuales conocía. Un doble mecánico es por sí mismo el símbolo de algo lejano, incógnito, capaz de distorsionar por completo la verdadera personalidad del propietario. Si no es fácil trabar amistad con una persona natural, entrar en confianza con el remoto dueño de un títere es tarea casi imposible. La gente, desde la adopción de los sosias, se tornó cautelosa, desconfiada; detrás de la multitud de ventajas y agrados que la propaganda oficial destacaba en el uso de los sosias se columbraban sutiles, nebulosas maquinaciones de espionaje, vigilancia solapada, toda una posible confabulación para controlar en forma sigilosa a la ciudadanía.

Algunas veces, de manera fugaz, Alfonso había pensado en aquellas posibilidades. Pero sin esforzarse en desenmarañar la multitud de consecuencias sociales y políticas capaces de generar el uso universal de los títeres, adoptados voluntariamente por el hombre, deseoso de obtener nuevos medios para enriquecer su vida dentro de un mundo cada día más huérfano en novedades. Porque si bien los títeres en el trabajo permiten al hombre economizar energías y una mejor realización de sus labores —cada sosia es un complejo que aúna la máquina teledirigida con el autómatas—, también facilitaban el aumento sigiloso de los métodos de control.

El doble mecánico hace posible desentenderse de los factores humanos que intervienen en el encuentro de dos seres de carne y hueso, por antipáticos e incompatibles que mutuamente sean; impide el nacimiento de toda intimidad, e incluso de una mínima comprensión. Para el Estado, tanto desde un punto de vista político como empresarial, el uso de los sosias multiplicaba sus herramientas de vigilancia. Porque la intimidad entre el personal de una empresa —evitada con los títeres— se traduce en pérdida de tiempo y favorece los comentarios no siempre elogiosos para el patrón.

Alfonso abandonó Seguros Vitales en medio de la procesión de silenciosos títeres, que ni siquiera intercambiaban gestos de despedida. Las calles rielan bajo el sol aún abrasador. Rebosan transeúntes que se dirigen al metropolitano o a los aerocoches. De todos los edificios surgen filas de títeres que, sin humanas vacilaciones —como la contemplación de un escaparate o detenerse a conversar con algún conocido—, caminaban con la regularidad de las máquinas que realmente eran, conducidos desde la distancia por un propietario deseoso de guardar luego el sosia para vivir al natural las restantes horas, o continuar su simulacro de existencia a través del alter ego. Las sombras ya un tanto alargadas se recortaban con sorprendente nitidez sobre las

arterias plásticas, tan inasibles como sus propietarios.

El metro se hundió en las entrañas de la ciudad. Por las ventanillas se columbraban los dibujos que fosforecían en las paredes del túnel, como constelaciones tras una neblina. Sentado junto a un hierático pasajero, Alfonso recordó a Leticia. Debía dar el primer paso del plan a medias elaborado en la oficina: recuperar el doble del tío Roberto.

El aerocoche, posado sobre el césped, rodeado de claveles, tulipanes, clarines y crisantemos, cuya fragancia captó Alfonso a través de sus odorófonos, enfrentaba una pileta orillada por una franja de relucientes baldosas negras. Una mujer corrió hacia el vehículo al notar que el títere recobraba la movilidad. Era Leticia. Su cuerpo maduro, tostado por continuos baños de sol, fulgía con leves destellos dorados. Leticia abrió la portezuela, y le tendió una mano para ayudarlo a bajar. Una mariposa saltaba sobre las flores, y el agua cabrilleaba como metal en fusión por alguna reciente zambullida.

Detrás de la piscina se extendía una casa baja, cuyo muro era solo un vidrio sin reflejo: nada revelaba la presencia de ocupantes. El colorido y la paz del lugar reanimaron a Alfonso. Leticia lo condujo a las sillas de lona, que formaban una fila junto al agua. El tono vivo de las telas contrastaba con el negro de las baldosas. Alfonso tomó asiento, y sus ojos se posaron en la mujer que, parada al borde de la piscina, las manos en las caderas, lo observaba risueña. ¿Habría ocultado Roberto a esa mujer joven y vigorosa su condición de anciano más que centenario? Las aguas estallaron con un eco gutural. El cuerpo de Leticia cruzó bajo el agua como un pez dorado. Apareció en la orilla opuesta, jadeando y riendo alegre: brillaba su rostro con el agua que escurría desde la frente sobre los ojos y mejillas.

—Está exquisita el agua, Roberto. Anda, tírate.

Pero Roberto, es decir Alfonso, nuevamente lejos de allí, conducía a su auténtico doble al departamento bajo la fronda cálida del parque. Hollaba la tierra troquelada con arabescos solares, trémulos bajo una leve brisa, ante los escasos transeúntes que, ora caminando entre las flores y arbustos, disfrutaban del paseo. Aquel apacible lugar, antes pleno del solaz acogedor ofrecido por los corpulentos cipreses y paulonias, parecía acecharlo ahora detrás de cada tronco. Caminaba echando breves y cautelosas miradas a su alrededor, como si de pronto fuese a salir de una emboscada el temido antitítere. Pero nada ocurrió, y, una vez que hubo dejado a su doble en el dormitorio, ya más tranquilo, la mente despejada y lista para seguir con su plan, se colocó nuevamente el casco de Roberto.

—No volveré a alejarme —explicó a Leticia, que lo regañaba por su reciente desaparición—. Llegó un amigo a visitar a mi enfermo. Se va a quedar toda la tarde con él.

Leticia se sentó en la silla vecina.

—Y esta noche debes ir donde Manuel. Es muy importante, Roberto: tienes que cuidarte de los antitíteres.

—Leticia —dijo Alfonso, guiado por un repentino impulso—, necesito hacerte una confidencia.

El tono de Alfonso produjo una instantánea cautela en el rostro moreno.

—¿Cual?

Alfonso, súbitamente envalentonado, apoyándose en la irracional seguridad de contar siempre con la ayuda de la mujer, no vaciló en proseguir:

—No soy Roberto, el Roberto que tú conocías. Soy su sobrino. Roberto murió.

Leticia lanzó un grito extraño. Trató inútilmente de cubrir su desnudez. Retrocediendo, desdibujado el rostro por una estupefacción e ira sobreviniente, comenzó a alejarse de aquel súbito desconocido a quien tratara con tanta familiaridad hasta pocos segundos antes.

—¡Salga de aquí! Váyase de inmediato o llamo a la policía.

La trémula amenaza, en lugar de intimidarlo, le produjo una repentina cólera.

—¡No sea ridícula! Usted me confundió con otro. No fui yo.

—Pero usted... ¡Usted debió advertírmelo! Pudo tener por lo menos esa caballerosidad.

Semioculta por un tamarindo, continuaba mirándolo acusadora, lanzando ojeadas a la casa, como si calculara la distancia que la separaba de ella, o esperase ayuda.

—Mire, señora, mi tío Roberto murió. Usted solamente conocía a su doble mecánico. ¿Qué le importa que lo conduzca otro? Para el caso, da lo mismo.

—Usted es un cínico. Váyase de aquí o grito. No me interesa saber quién era el original ni qué le ha ocurrido. Pero no es el que «yo» conocía. ¡Por eso algo me parecía raro! Lárguese de aquí.

Alfonso partió hacia la casa con lentos pasos, hundiéndose en la gruesa cubierta de césped. Cuando cruzaba el salón solitario, sobriamente amoblado, volvió a escuchar la voz amenazadora de Leticia:

—¡Y agradezca que no llamo a la policía!

III

Su rapto de confianza con Leticia lo echaba todo a perder. Ofuscado, ardientes las mejillas bajo el casco introyector, allá en su departamento, conducía a Roberto por una calle que bajaba describiendo amplias curvas, hasta desembocar en una avenida bordeada de árboles frondosos. Más allá, una quebrada por cuyo fondo corría el río. Al otro lado del cauce la ladera cordillerana se elevaba abrupta, apenas punteadas sus tierras rojizas por arbustos agostados a medida que ganaba altura. Siguiendo la trayectoria de la corriente, la ciudad, desdibujada por una bruma azulina.

Alfonso caminaba al azar, dejándose llevar por el declive del terreno. Junto a una casa de piedra, cuyo jardín rebosaba clarines y rosales, permanecieron un momento quietas, mirando sin duda el agua, dos mujeres desnudas. De súbito, en medio de un grito, se hundieron tras una hilera de cardenales rojos. Los ojos distraídos de Alfonso

captaron una tromba líquida, y a sus oídos llegó nítidamente el alegre chapaleo de la zambullida. La rabia y frustración le hicieron odiar la alegría de aquella gente. Hasta el perfume de las flores se le antojaba relajante, ofensivo. Había sido un idiota.

Se detuvo para orientarse. En el bajo, no lejos del río, empezaba el ferrocarril suspendido que unía el lejano barrio con la ciudad. Hacia allá encaminó sus pasos.

Leticia era una titerómana. El recuerdo del cuerpo de la mujer lo llenaba de una sensación febril, dejándole un sabor acre en la boca. Nunca tuvo amigas como Leticia. Porque la mujer pertenecía a la clase particular y privilegiada de los altos funcionarios. Y también de su tío. Después de su jubilación, Roberto debió lanzarse a una vida por completo opuesta a la del competente y responsable funcionario conocido por sus parientes, existencia que supo mantener en el misterio. Roberto daba como pretexto su edad para eludir a la parentela. Quería una vejez tranquila, le había dicho a la madre de Alfonso, y por eso evitaba los desvelos y compromisos de la vida social. ¡Cuán poco lo había conocido Alfonso!

¿Qué hacer para burlar a los antitíteres y salvar el valioso sosia de Roberto? Porque tarde o temprano encontraría un comprador para el títere que le pagase un buen precio; semejante cantidad de dinero jamás podría obtenerla de otro modo. ¿Y Manuel, el gerente de Seguros Vitales? ¿Le advertiría Leticia sobre su impostura? Tal vez la vanidad femenina se impusiera, y Leticia guardase silencio. Por otra parte, el hecho de que Alfonso hubiese sido testigo de una maniobra dolosa del gerente de Seguros Vitales le daba una cierta ventaja: la póliza con efecto retroactivo para el marido de Leticia. Bastaba invocar al Comité de Honorabilidad Funcionaria, institución odiada y temida, siempre dispuesta a tomar medidas extremas contra quienes atropellasen el interminable código de fidelidad administrativa.

Tales reflexiones lo llenaron de bríos y confianza en sí mismo.

Manuel no estaba en casa, le informó el mayordomo automático, aunque no tardaría en volver. Alfonso se instaló en la sala de estar, orientada a un jardín interior abundante en geranios y tulipanes, entre los cuales centelleaban las aguas de una pileta. Dejó allí a Roberto y, quitándose el casco introyector en su hogar, hizo flexiones para distender los adormecidos músculos. En la soledad de su alojamiento, el peligro de los antitíteres volvió a conformarse en una sorda amenaza. Como hallarse en el corazón de una ciudad en vísperas de un bombardeo, cuya hora exacta nadie conoce. No debía traer de vuelta a casa al doble de Roberto: primera medida. O lo destruía esa misma noche o lo dejaba fuera. ¡Cuántas torpezas cometidas ese día! Haber permanecido en el parque, exhibiéndose ante quien acertaba a pasar por allí. Incluso se sentó en un banco y, aún más, permaneció varios minutos a la entrada del metropolitano.

Alfonso se asomó a la ventana. Abajo, entre las sombrías frondas del parque, las luces diseñaban los caminillos de grava que se bifurcaban por la floresta. Se le ocurrió que varios paseantes levantaban la vista hacia su piso. Vigiló a los fisgones. Dos hombres pasaban y volvían a pasar por el mismo camino, sin alejarse nunca

demasiado y echando siempre vistazos hasta donde él, trémulo, acechaba. A pesar de la distancia, y de su posición, que dificultaba la identificación de los sospechosos, coligió que por lo menos uno era un ser de carne y hueso. Y fue este el que de pronto detuvo a uno de los paseantes, le hizo varias preguntas y luego lo dejó ir.

Aunque esta escena obedeciese a un hecho casual e inocente, su desconfianza se robusteció cuando vio al otro (con toda probabilidad un títere) que detenía a una mujer (la reconoció: Elisa, vivía en su mismo edificio) y, después de interrogarla breves instantes, se separaba de ella. Alfonso abandonó su puesto de observación. Transpiraba a mares. Imposible volver donde Manuel. Al ponerse el casco introyector quedaría inerte ante cualquier visitante malintencionado, porque los hombres del parque se hallaban demasiado próximos como para desentenderse de ellos.

Necesitaba verificar sus sospechas. Se colocó su propio casco, y condujo a su sosia al parque. Se internó por un caminito bordeado de bancos, que se alargaba y ramificaba entre los jardines, desleídos los vivos colores de las flores bajo la luz artificial que a todo quita relieve. El viento arrancaba un leve susurro de los plátanos orientales. Desde lejos Alfonso intuyó que sería abordado por uno de los desconocidos: avanzaba a su encuentro y mantenía los ojos fijos en él. Se trataba del títere. El otro, sentado en un banco no lejos de allí, fingía contemplar a los demás paseantes, pero no dejaba de lanzar escudriñadoras miradas al departamento de Alfonso. El títere venía a su encuentro con tal decisión —como si lo hubiese estado esperando—, que Alfonso estuvo a punto de dar media vuelta y huir. La bronca voz del sosia perforó los micrófonos alojados en sus orejas plásticas.

—Perdone que lo importune, señor. Soy de la policía de seguridad estatal. —El títere, bajo, corpulento, de rostro regordete, exhibió veloz una placa—. Ando buscando datos sobre esta persona.

Y le mostró una fotografía, que extrajo del bolsillo con la celeridad de un prestidigitador. Su tío, vale decir su juvenil doble mecánico, sonreía desde el rectángulo que el títere mantenía contra la palma de la mano. Alfonso se sintió acometido por un desvanecimiento. Tuvo que hacer un esfuerzo para evitar que se le doblasen las rodillas.

—Esta tarde, más o menos a las tres, fue visto en la estación del metro —proseguía el títere, con la voz profesionalmente incolora de los investigadores—. Suponemos que vive por estos lados. ¿Le ha visto usted?

Por suerte, los sosias permiten disimular con facilidad las emociones que embargan a sus originales. ¿Sería preferible confesar la verdad, y terminar de una vez por todas con el problema? Pero ¿y si el títere mentía, y en lugar de un agente policial se trataba de un miembro de la secta? Su respuesta surgió calmada al aire del parque, bajo la mirada atenta y penetrante del otro:

—Francamente, nunca antes lo había visto. A la hora que usted dice estaba en mi oficina. Trabajo en Seguros Vitales —añadió sin que nadie se lo hubiese preguntado,

como ocurre cuando tratamos de convencer a nuestro interlocutor de que decimos la verdad—. Llegué de vuelta solamente a las seis de la tarde. ¿Quién es él?

El hecho de que sus peores sospechas se viesan confirmadas, en lugar de aterrorizarlo, le devolvió la sangre fría.

—Suponemos que es un dirigente de los antitíteres.

Otra helada ráfaga azotó el organismo de carne y hueso de Alfonso, allá en la sala de estar.

—Puede haber venido accidentalmente a este parque —adujo con una voz huérfana de elocuencia.

—Sí, sí, por supuesto. Muchas gracias, señor.

El títere se alejó por el sendero, y Alfonso, hirviente la cabeza con mil ideas contradictorias, se quedó allí, sin saber qué hacer ni dónde ir. Un antitítere. De todas las eventualidades analizadas por Alfonso cuando empezara a internarse en el mundo de su tío, la única no considerada por él, por razones obvias, fue la de que Roberto hubiese pertenecido a la secta. Claro que bien podía el agente estar valiéndose del antiguo subterfugio de sacar de mentira verdad. La nueva faceta, a pesar de que multiplicaba sus zozobras y temores, tuvo la virtud de agudizarle la curiosidad. ¿Qué había sido en resumen Roberto? La personalidad del tío, con las revelaciones del policía, se transformaba en un laberinto.

Echó una mirada al títere, que volvía a internarse en el parque auscultando siempre los alrededores, como el perro que espera el vuelo de la perdiz en cualquier momento. Abordó a otro transeúnte, y con seguridad lo sometió al mismo cuestionario, con la perseverancia propia de los mecanismos automáticos que caracteriza a un buen investigador. Una incongruencia de la historia de Roberto volvía a su cerebro: sus evidentes relaciones amorosas con Leticia. Si por alguno de esos extraños caprichos de la naturaleza humana, que no por raros dejan de ser comunes, el viejo Roberto decidió incorporarse a la secta de los antitíteres, no cabía duda de que en más de una ocasión se dejó arrastrar por sus debilidades humanas. Pero Alfonso se sentía incapaz de coordinar sus reflexiones, de ordenar aquel rebaño de ideas que correteaba por su mente brincando de aquí para allá en medio de una atmósfera caliente. Recordó a Manuel: quizá en aquellos momentos enfrentaba, en su casa, al inmovilizado títere de Roberto. Los sospechosos se alejaban de allí, separado uno del otro. Iban rumbo al metropolitano, y no tardaron en desaparecer en un recodo del sendero, tras un macizo de paulonias.

—Don Manuel vino, pero como usted no estaba volvió a salir —le informó la voz sin garganta ni cuerpo del mayordomo mecánico—. Dijo que lo esperara. Regresa enseguida.

Alfonso volvió a su auténtico doble, y lo hizo sentarse en uno de los bancos del parque, en un sitio poco iluminado. Permaneció unos instantes contemplando a los transeúntes, que se paseaban bajo los grandes árboles envueltos en el nimbo azulino de las luminarias. Los investigadores debían de encontrarse lejos de allí. Tampoco se

advertían nuevos sospechosos. Dejó allí a su títere y, colocándose el casco de Roberto, regresó al solitario salón de Manuel, alumbrado vagamente por las luces que surgían del jardín. En ese instante apareció Manuel.

—¿Cómo ha seguido su enfermo? —El títere se sentó pomposo en un sillón forrado en cuero rojo.

—Bien, gracias. Le ruego que perdone que haya adelantado mi visita.

—Perfecto, perfecto. Si no lo invité a venir más temprano fue porque pensaba que se quedaría hasta tarde con Leticia.

Leticia, tal como lo calculara Alfonso, supo guardar reserva.

—Me alegro infinito. —Alfonso difícilmente toleraba aquella voz autoritaria—. Leticia y Sebastián me habían hablado mucho de usted.

Aun en la intimidad de su casa, Manuel seguía utilizando su doble mecánico. Sin constituir un hecho extraordinario, en el caso del gerente este procedimiento acentuaba el enigma de su personalidad. Porque el original debía hallarse en aquella misma casa, en alguna de las habitaciones situadas a escasos metros de allí. Alfonso tenía curiosidad por conocer al natural al hombre que regía los destinos de Seguros Vitales. Pero Manuel seguía manteniendo su anonimato.

—Sebastián le envidia su éxito con las mujeres. ¡Es tan enamorado ese viejo! Lo más admirable en usted es que al parecer las mujeres no lo toman como a un títere, sino como a un hombre de verdad. Formidable. Porque los que usamos títeres para nuestras aventuras debemos conformarnos con las titerómanas. Los socios producen repulsión a las hembras corrientes. ¿Cómo se las arregla usted?

IV

Cómo preguntarle a un venusiano qué artimaña utiliza para no despertar la curiosidad de los terrícolas con su forma de batracio. Alfonso se quedó un momento pensativo.

—Quizá sea porque nunca pienso en eso. Procedo como si fuese un hombre de carne y hueso, ¿me comprende?

—Sí, tiene razón. ¡Qué extraño! Siempre he pensado que el hábito hace al monje. Hay hombres que son más ellos mismos a través de sus sosias, entonces. Y eso que este invento apenas lleva medio siglo de vida. ¡Qué irá a ocurrir en un par de siglos más! —Se quedó mirando a Alfonso con franca admiración—. Quedé impresionado cuando Sebastián me contó que Alejandra era su amante. Porque esa muchacha odia a los títeres. Y según rumores que han llegado a mis oídos, está en connivencia con los antitíteres. ¡Lo envidio, Roberto!

Brillaban de lascivia los lentes que servían de ojos al desconocido Manuel.

—Pasando a lo que me pidió Leticia, debo decirle que hay posibilidades de contratarle una póliza, aunque los antitíteres son de temer. —En la penumbra del salón, de paredes oscuras, el rostro de Manuel semejaba la efigie de una remota

Gorgona, cuya sola visión podía acarrear mortales consecuencias a los míseros mortales. Alfonso se estremeció—. ¿Cuál es su opinión? Hábleme con franqueza; creo poder ayudarlo, a pesar de todo.

Es más simple encarar los problemas ajenos que los propios. Por mucho que el tío Roberto (su sosia) lo hubiese metido en un lío, Alfonso, con un pequeño esfuerzo de voluntad, aún podía considerarse a sí mismo como una especie de espectador, comprometido hasta cierto punto solamente.

—Me parece que nada debo temer por ahora de los antitíteres —replicó, calmoso.

Tiraba el anzuelo en aguas desconocidas. Manuel se enderezó bruscamente.

—¿Cómo? ¿Que nada debe temer? ¿Y Alejandra con sus amiguitas? Usted es un temerario, Roberto. Ha elegido el territorio con mayores riesgos, aunque comprendo que es también el más atractivo. Está bien que Leticia (¡qué estupenda es Leticia!) crea que ella es la causa de su posición frente a los antitíteres. —Le hizo un guiño, apenas perceptible en la semioscuridad del salón—. No, Roberto: usted está jugando con fuego. Debe contratar una póliza contra atentados. Ya ve lo que le ocurrió a Sebastián. Y eso que los peligros de Sebastián ante los sectarios parecían mínimos.

—¿Me saldría muy cara? —indagó Alfonso con el mismo tono que utilizaría para preguntar sobre el precio de un pasaje a Sirio, donde no iría aunque se lo regalasen.

—Puedo ofrecerle primas muy convenientes —contestó Manuel, adoptando un lenguaje y actitud profesionales—. Vaya mañana a Seguros Vitales y cerramos negocio. Se preguntará usted por qué estoy tan dispuesto a complacerlo, ¿no? —pregunta que en ningún momento había acudido a la mente de Alfonso—. Seré franco: deseo pedirle un favor.

Manuel dio una vuelta alrededor de su sillón, mirando pensativo los umbrosos rincones de la sala. La luz que provenía del patio revistió su rostro de una vaga fosforescencia, tornando lívidas sus facciones duras, estereotipadas. Alfonso, expectante, sin moverse de su asiento, aguardaba.

—Me encanta Eugenia, Roberto, la amiga de Alejandra. Aunque pertenece al grupo «animal», usted podría hacerla cambiar de parecer y ayudarme a conquistarla. Podríamos organizar una comida en mi casa, digamos, con Eugenia y Alejandra. Sueño con esa muchacha, Roberto: me haría usted un favor inestimable.

La mención de Alejandra apenas removió sus recuerdos, pero el nombre de Eugenia despejaba toda posibilidad de coincidencia o alcance de nombres. Como dos meses atrás, su tía Charo le contó que Eugenia tenía amistad con un grupo de muchachas, a una de las cuales se le había visto en compañía de títeres. Y le nombró a Alejandra. Conocedora de la debilidad de Alfonso por Eugenia, y a sabiendas de que la joven cotizaba poco a su sobrino, Charo trató seguramente de decepcionarlo con ese pelambrillo. Ante las revelaciones de Manuel, Alfonso comprendía cómo su tía se había enterado de los «malos pasos» de Alejandra: con seguridad supo que el títere amigo de la muchacha era su hermano Roberto.

—¿Fue a visitar a su enfermo?

La pregunta de Manuel lo volvió a la realidad.

—No, no. Pensaba en lo que usted me dijo. La verdad es que Eugenia, según tengo entendido, está de novia.

—¿Me va a decir que se le hace cargo de conciencia? —Manuel largó una carcajada—. También supe algo de eso. En una ocasión la vi acompañada de un muchacho que trabaja en Seguros Vitales. Un tal Alfonso. Pero no creo que ella sienta algo por ese jovencuelo. No es para él.

—¿Esa es la opinión que tiene de ese joven? —En su pregunta vibraba una ira contenida.

—Conozco a mi personal, Roberto. Durante mucho tiempo pensé pedirle a ese fulano que me presentase a Eugenia. Pero habría tenido que tentarlo con un sueldo mejor, o subirlo de categoría, cosas ambas que no merece. Además, una situación así me habría dejado prácticamente en las manos de un mediocre. Por fortuna, en esa misma época supe, a través de Sebastián, que usted conocía a Eugenia. Evité así un mal paso, que, a la larga, habría tenido que lamentar. Por eso esperaba esta oportunidad de conocerlo, Roberto. ¿Ve? Como decían los antiguos empresarios, un buen negocio es aquel en que ganan las dos partes. En este caso usted ganará una póliza económica y difícil de conseguir hoy en día, y yo conoceré a Eugenia. ¿Qué le parece?

Tentado estuvo Alfonso por desenmascararse delante de Manuel, y dejarlo patitieso con la revelación de su verdadera identidad. Por un momento la rabia pobló los contornos con mil caras confusas, burlescas, que le impedían ver qué había detrás, como un paisaje reflejado por el agua agitada. Cuán difícil es, en determinados momentos, contener las ganas de dar una lección al enemigo, especialmente cuando se está en condiciones de hacerlo. Pero en ciertos casos deben imponerse la inteligencia y el buen criterio. Los grandes triunfadores son los que pueden desentenderse de los placeres pasajeros cuando aún su objetivo permanece distante. Manuel estaba en sus manos. Y sus revelaciones le mostrarían muchas de las cosas que necesitaba saber sobre su tío y las cuales, a la larga, le permitirían encontrar el medio más ventajoso para deshacer el enredo en que se veía envuelto. Manuel lo necesitaba porque deseaba a Eugenia, y, por otra parte, los manejos dolosos del gerente de Seguros Vitales, puestos en evidencia ante el falso Roberto, lo convertían en presa fácil para propinarle una futura lección. Además, en su ánimo vagaban lacerantes las torpezas cometidas durante la tarde. Por primera vez, Alfonso escuchaba una opinión sobre su persona en forma tan directa. Porque las palabras de Manuel no reflejaban una simple antipatía, sino también una personal convicción.

Siempre había sido un empleado cumplidor. Jamás tuvo roces con sus jefes, ni menos con el gerente, a quien apenas conocía en forma superficial. Además se hallaba demasiado encumbrado para su modesto cargo. Ahora comprendía por qué, después de cinco años de trabajo, nunca obtuvo ascenso. Cuando él se armó de coraje para reclamar, le explicaron en el mejor tono posible —con la impersonalidad y

lejanía propias adoptadas por los jefes administrativos en casos así— que su falta de promoción no derivaba de alguna deficiente calificación funcionaria, sino de su cargo específico, el cual no merecía mejor sueldo. Tenga paciencia, le dijeron, ya se presentará una oportunidad de sacarlo de ahí y colocarlo en un puesto de mayor porvenir. Ahora, ante su gerente, comprendía que para lograr eso debería esperar bastante... ¡Qué hipócritas sus jefes! ¿Por qué no le dijeron la verdad en lugar de engatusarlo con falsas esperanzas?

El sosia de Roberto no solo le permitía enterarse de las raras y contradictorias intimidades del difunto, sino que, lo más importante de todo, comenzaba a develar el misterio de su propio yo. He ahí algo que jamás se hubiera preocupado de dilucidar. Sus fracasos y su vida opaca, huérfana de facetas brillantes o particulares, los había atribuido a la mala suerte. Nunca tuvo la paciencia, o el valor, quizá, de buscar raíces profundas para explicar los motivos de su mediocridad. Es una condición humana la de atribuirse a sí mismo un valor intelectual o moral mayor del que le imputaría un observador imparcial. Nunca se le habría ocurrido achacar a una torpeza innata, a una pereza por perfeccionar: su espíritu, o a una cobardía intelectual, el no volverse hacia sí mismo y enfrentarse con la realidad de su yo.

Sí: el tío Roberto le estaba mostrando a Alfonso-en-el-mundo, es decir, tal como lo veía su prójimo. En Seguros Vitales el personal se hallaba perfectamente clasificado. A cada uno se le sometía a un riguroso y científico examen antes de contratarlo, y, además, se le llevaba una hoja de vida. A muchos les señalaban los motivos de sus bajas calificaciones: falta de madurez, irresponsabilidad, desempeño irregular de sus funciones. Pero a él jamás le dieron ninguna explicación. ¿Por qué? Porque lo consideraban poco menos que un cretino, algo sin valor y fácilmente reemplazable.

—¡Eh! ¿Le ha ocurrido algo a su enfermo?

Alfonso nada contestó de inmediato. Bruscamente el mundo del tío Roberto pasaba a segundo plano, se retiraba por la puerta del fondo del escenario, como esos actores que desempeñan papeles de relleno en un drama mediocre y deben alejarse tratando de que el público no se entere de su partida. El sobrino descubría, de pronto, que su mundo, el mundo de Alfonso, era mil veces más trascendente.

—Perdone mi ausencia —expresó tranquilo, ya decidido el próximo paso—. Me decía usted que Alfonso, el pretendiente de Eugenia, es un mediocre. Me interesa el caso, porque, verá usted, le tengo aprecio a la muchacha. Siempre me ha pedido consejo. Usted, con los métodos que poseen en su compañía para determinar la eficiencia del personal, estará en condiciones de emitir un juicio imparcial sobre Alfonso. Debo advertirle que es importante para sus pretensiones sobre Eugenia: así no tendré remordimientos en presentársela.

El cerebro de Manuel debía ser, en esos instantes, una máquina calculadora. El hecho de que estuviese interesado en Eugenia hacía dudosa en cierto sentido la imparcialidad de su juicio: su aversión por Alfonso, la misma opinión que le merecía su desempeño dentro de la compañía, bien pudieron originarse cuando descubrió que

el último de sus empleados mantenía amistad con la muchacha de sus preferencias.

—Comprendo sus escrúpulos. —Alfonso creyó notar una falsa ecuanimidad en su naciente discurso—. Nunca me había llamado la atención el tal Alfonso, hablando con franqueza. Mis antecedentes sobre él (los que se encuentran reseñados en su hoja de vida) lo sindicaban como un individuo de capacidad menos que mediana, sin ambiciones ni espíritu de superación. Su responsabilidad, de acuerdo a la tabla de Sandrikoiev, es de 4 sobre 10, vale decir, apenas suficiente para ocupar un cargo dentro de una empresa. Me llamó la atención entonces que anduviese con una muchacha así, y, luego de revisar sus antecedentes, llegué a la conclusión de que, a pesar de la proverbial veleidad femenina, aquel asunto no podía prosperar. Lo que confirmé a través de Sebastián, quien a su turno supo por usted que la muchacha poco lo cotizaba. Cada oveja con su pareja, decían los antiguos. Pensé exonerarlo de inmediato de su cargo, pero, como soy honrado conmigo mismo, decidí esperar un tiempo para no quedarme con la idea de que me había dejado guiar por un sentimiento mezquino. Por cierto que, para proteger a la muchacha de ese pelafustán, no vacilaría en desahuciarlo: sin un sueldo, Eugenia no se arriesgaría a unir su destino con él.

Ímproba tarea la de contener la furia. Jamás se habría imaginado siquiera que tan importante personaje se hubiera preocupado de él, que lo distinguiese del montón, en cierto sentido. Difícil pasar aquel amargo trago sin exteriorizarlo. El hecho de que el gerente tuviese tan buenos motivos, en apariencia, para despreciarlo, le escocía con particular malignidad, como esas heridas en la planta de los pies que nos atormentan durante una caminata, sin permitirnos su especial ubicación aplicarle algún momentáneo calmante. ¡Cuántos viven convencidos de su prestigio, ignorando que son apenas tolerados por los principios de convivencia! Como el pavo, que nunca podrá comprender que el magnífico trato recibido en el corral solo persigue una finalidad: convertirlo en un manjar grato para sus amables cuidadores. ¡Qué amargos los descubrimientos sobre sí mismo hechos a través del sosia de Roberto! Porque para considerarlos positivos debía ser capaz de superar las deficiencias tan malévolamente señaladas por Manuel, y hacer que mudasen de opinión cuantos lo despreciaban. Es decir, algo así como nacer de nuevo. Parecía una tarea imposible de llevar a cabo. Y todavía con el peligro de los antitíteres que lo rondaban de cerca.

—¿Qué me dice, Roberto? Parece poco dispuesto a aceptar mi proposición. ¿Tiene algún impedimento?

—No, ninguno. —Tuvo que hacer un esfuerzo para sobreponerse—. Pero he dejado de ver a Alejandra debido al accidente.

—Comprendo. —Manuel pareció contrariado—. ¿No la podría convidar para esta noche, entonces? ¿O tiene algún compromiso con Leticia?

—No, nada. —Leticia: el error cometido con la mujer volvía a mortificarlo. Su procedimiento con ella (tuvo que admitir, rabioso) no demostraba una clara inteligencia: parecía confirmar las opiniones del gerente—. ¿Qué le parece si lo llamo

más tarde? Tengo que hacer una diligencia.

Manuel lo acompañó hasta la puerta. La casa seguía en penumbras: su anfitrión, al parecer, no gustaba de la iluminación excesiva.

—Perdone una pregunta: su original ¿vive aquí?

El gerente reflejó una inmediata tensión: se alteró bruscamente el hombre que, la cabeza embutida en un casco introyector, lo dirigía.

—No, no vive aquí. —Añadió, presa de una reprimida emoción—: Hasta pronto.

V

¿Quién era el gerente de Seguros Vitales? La convivencia con títeres insensibilizaba a la gente respecto a los originales de aquellos, es decir, frente al ser de carne y hueso. El fenómeno de la disociación del hombre y sus funciones vino a agudizarse con el uso de los sosias. Al pensar así, Alfonso descubrió que no conocía al original de ninguno de los componentes de su sección en Seguros Vitales. Y llevaba tres años allí.

He ahí una nueva faceta de su existencia: lo estrecho de su propio mundo. Prácticamente su vida transcurría entre las cuatro paredes de un departamento, ya que ni siquiera lo abandonaba para acudir a la oficina: enviaba a su alter ego. Ningún amigo.

Mínima relación con sus parientes, a los que nunca iba a visitar por propia iniciativa. Se enteró de la muerte de Roberto al recibir su legado, es decir, el sosia. Ni a sus funerales pudo asistir. A los veinticuatro años parecía no poseer otras inquietudes que las de comer y dormir. La abulia dominaba hasta sus diversiones. Ni siquiera conocía bien Santiago. Jamás habría ido por su cuenta al barrio cordillerano de no mediar la intervención de Leticia, o sea, del doble de Roberto.

Porque desde el día mismo en que adquiriera su títere, empezó a vivir a través de él, con lo cual los límites de su mundo se estrecharon aún más. En la práctica su original, vale decir él mismo, sobraba. Era una especie de autómatas, uno de esos muñecos mecánicos que, al revés de los sosias, son capaces de ejecutar un limitado número de actos gracias a las instrucciones previamente grabadas en sus memorias magnéticas.

Así como la televisión en sus comienzos absorbió de tal modo a los seres humanos, atrofiando su imaginación y sensibilidad hasta convertirlos como el televisor en otro mueble de la casa, el uso de los títeres, recién iniciado, estaba llevando a la humanidad a la renuncia de todo cuanto demandase algún esfuerzo personal, porque era más cómodo y acarreaba un menor desgaste de energía el hacerlo mediante el doble mecánico.

Dejó a Roberto en una plaza pública, bajo una frondosa paulonia, cuando lo avanzado de la noche disminuía el peligro siempre latente de las pandillas infantiles, y, quitándose el casco introyector, se dirigió al baño. Se mojó la cara ardorosa, y la

sometió en el espejo a un melancólico análisis. Como contemplar la imagen de un desconocido. No le guardaba rencor a Manuel. Quizá fuesen innumerables los motivos albergados por el gerente para opinar mal no solamente de Alfonso, sino de toda la humanidad. Tal vez detrás de su sosia se cobijaba un inválido, o un monstruo, o algún enfermo relegado en una clínica, pero autorizado para trabajar debido a sus condiciones de empresario. Porque la colectividad explotaba cualquier cualidad utilizable, basada en el principio de no tolerar ociosos bajo ningún pretexto, política que la aparición de los títeres vino a robustecer.

Salió a la terraza y, aspirando una bocanada de aire nocturno, se dejó caer en una silla. Se ensimismó en sus reflexiones. Su temor a los antitíteres se veía traslapado por el nuevo problema de su insulsa personalidad puesta en evidencia con las revelaciones de Manuel. Ahí estaba el verdadero Alfonso; un pusilánime, un producto de la mediocridad ambiente engendrada por las máquinas y la política imperantes. La actual organización político-social tomaba al hombre bajo su tuición desde su nacimiento, y no lo soltaba hasta su muerte, e inclusive hasta después de esta. Si los padres rehusaban hacerse cargo de los hijos, las cooperativas de párvulos se encargaban de criarlos. ¿La educación? Sobraban los colegios estatales dispuestos a darla a quien quisiera. Y una vez concluidos los estudios superiores, los faltos de talento para seguir alguna carrera tenían facilidades para ocuparse.

La colectividad lo hacía todo, y el hombre era un simple pasajero de su existencia: al nacer se le colocaba en un vehículo destinado a recorrer un camino previamente trazado, libre de baches, en cuyo otro extremo aguardaban los cementerios del Estado. Así el hombre cumplía una función social, lo único importante para los principios vigentes. Y todo ello sin tiranías ni coacciones.

Él, Alfonso, era un producto típico de la «nueva ola» del *Homo sapien sapiens*. Asincronizado con la vida. ¿Y cómo no? Al igual que el resto de la gente, endosaba al nacer su existencia a la colectividad, es decir, se convertía en un títere conducido por una organización insensible. Una sola cosa fue descuidada por los sociólogos: el hombre estaba condenado a perder su ritmo. Dentro de ese gigantesco cuerpo de baile constituido por la humanidad, los coristas cometían torpeza tras torpeza.

El hombre había perdido la noción estética de su propia existencia.

—Hola, Alejandra.

En el fonovisor el rostro vivaracho y fino de la muchacha, de corto pelo castaño, reflejó una sorpresa angustiada.

—Roberto, ¿qué te habías hecho?

Tía Charo, seguramente por amor propio familiar, nunca confesó a sus relaciones que Roberto usaba un sosia juvenil, de manera que la muerte de aquel nadie la asoció con el títere. De otro modo, Alejandra no hubiese reaccionado así: Eugenia, hija de una amiga de Charo, e íntima de Alejandra, tuvo que enterarse del deceso de Roberto. De nuevo narró la historia de su hipotético accidente. Con cuánta solicitud Alejandra indagaba sobre su percance, confesándole las zozobras sufridas por ella ante su

silencio. ¿Por qué Roberto no la había llamado, al menos?

—¿Vendrás a verme esta noche? Estoy invitada a una fiesta en casa de Felipe. ¿Lo recuerdas? Es el amigo de Sebastián, el que tiene a cargo las plantas hidroeléctricas. ¿Me acompañarás? Precisamente y Felipe me preguntó por ti.

—Sí, pero tengo que pedirte un favor. ¿Podría llevar a un amigo?

—Desde luego.

—¿Y será posible que invites para él a Eugenia? Mi amigo se muere por conocerla.

—Eugenia va a estar encantada cuando sepa que vas tú. No es que esté celosa, pero creo que Eugenia algo siente por ti. ¡No me vayas a salir después con que tu amigo no va a poder ir!

Desde la casa de Manuel se trasladaron al departamento de Alejandra. Allí aguardaba Eugenia. Alfonso hubo de hacer un esfuerzo para ocultar su emoción a la vista de la muchacha. Sin ser hermosa, poseía un colorido singular y una tez nacarada, sin mácula, tan blanca que a Alfonso le producía una sensación de desnudez al verla en tenidas de verano. Los ojos castaños, separados un poco más de lo común y de tímido mirar, junto con acentuar su femineidad le daban un particular atractivo. Alejandra compensaba su pequeñez con una silueta bien proporcionada, que le confería una estatura aparente mayor a la real. Vestía con elegancia, contrastando su cuidadoso tocado con el traje deportivo de Eugenia. La muchacha, que carecía de la desenvoltura de Alejandra, apenas ocultó su decepción al conocer a su pareja. Manuel derrochaba humor y parlanchinería. Junto con percatarse de la antipatía de Eugenia por Manuel, Alfonso notó cómo ambas jóvenes rivalizaban por mostrarse encantadoras con él, lo que tampoco pasó inadvertido para el gerente. No desmayó, empero. Siguió contando anécdotas, bastante pasadas de moda, pero que a fuerza de entusiasmo terminaron por arrancar risitas de las muchachas.

Reconfortante sensación la de verse convertido en el centro de las miradas de dos mujeres jóvenes. Sensación nunca antes conocida por Alfonso. Saberse amado por una mujer es como asomarse a una ventana que permite mirar el mundo desde una posición privilegiada. Pero el recuerdo de que todo no era sino un espejismo disminuía su alegría. Alejandra amaba al mismo títere, sin duda, pero dicho amor lo hizo nacer el hombre que antes lo condujera: Roberto. Sin embargo, debería mantener la farsa; de esta nueva amante de su tío podría obtener quizá importantes revelaciones. Además, inconscientemente trataba de prolongar aquella grata situación aunque la supiese ilusoria. Alejandra depuso su natural antipatía por los títeres gracias al magnetismo de Roberto, y su tío vivió una farsa que fatal e intencionadamente debió mantener hasta su muerte.

Pero Alfonso no se avenía a desempeñar el mismo papel: deseaba reconstruir su propia vida conforme a los descubrimientos hechos sobre sí mismo mediante el sosia de Roberto y sus vinculaciones mundanas. Pero ¿qué difícil permanecer indiferente ante Alejandra, quien dejaba entrever delicias pasadas y elocuentes insinuaciones

para lo futuro, o ante el encanto de Eugenia, agravado esto por el recuerdo, si bien un tanto adormecido pero presto a despertar, de su primitivo fracaso con ella! Los límites otrora estrechos de su mundo se ampliaban hasta proporciones inimaginables.

La casa de Felipe, emplazada en plena cordillera, enfrentaba, a través de un precipicio, un largo y estrecho ventisquero que fosforecía bajo la luz estelar. Los aerocoches de Alejandra y del gerente se posaron sobre una planicie rocosa, en medio de diez o doce máquinas, y con otros invitados se dirigieron, envueltos en una atmósfera glacial, a la enorme casa suspendida sobre el abismo, plenamente iluminada. Música, risas, voces de una multitud alegre, arrancaban ecos fantasmales de la empinada ladera que comenzaba al fondo del patio. Un mozo títere (el sosia de algún presidiario condenado por delitos menores, o el doble de algún pensionista del hospicio) los recibió en el amplio vestíbulo. El anfitrión vino a saludarlos, estentóreo. Usaba un títere finísimo, cuya juventud y estilizada apariencia traicionaban su condición de sosia distinto al original. Si bien caluroso con Alfonso, Felipe no lo fue tanto con Manuel, a pesar de que el gerente derrochaba servilismo.

—Deseaba conocerlo, Felipe. Estoy a cargo de Seguros Vitales. He sabido que Endesa hará adquisiciones en Sudáfrica...

—¡No hablen de negocios ahora! —interrumpió Alejandra—. O nos vamos a casa, ¿no es cierto, Eugenia?

Unas cincuenta personas, naturales y mecánicas, formaban corrillos en el vasto salón. Alfonso, como tal, no conocía a nadie, y tampoco Roberto parecía de lo más popular en el ambiente. Alejandra, en cambio, gozaba de prestigio: muchos la saludaron como a una vieja amistad. Eugenia demostró también ser ajena al grupo de Felipe. La piel de la muchacha, bajo la luz tenue, despedía reflejos que le daban un aspecto de sobrenatural tersura. Manuel le conversaba con un entusiasmo y energía que no guardaban proporción con el interés dispensado por Eugenia. Pero cuando Roberto despegaba los labios para decir cualquier trivialidad, desprovista de entusiasmo, nacida de la inhibición experimentada por Alfonso cada vez que se hallaba en medio de una multitud, Eugenia salía de su abulia y prestaba toda su atención a las palabras del títere.

Escasos invitados de carne y hueso. La juventud y apostura de los pocos «naturales» traicionaban el verdadero motivo de su presencia allí: satisfacer los caprichos de los funcionarios altamente colocados, pero carentes de atractivos o demasiado viejos, excepto cuando utilizaban sus magníficos dobles mecánicos como en el caso actual para conseguir alguna mejor situación dentro de sus respectivas empresas. Como hallarse en otro planeta. Los rumores de que los jefes del gobierno vivían en medio de lujos y fiestas, proscritos por las actuales leyes, que redujeron los placeres a «corrupción histórica burguesa», solían llegar a los oídos de Alfonso. La residencia de Felipe databa de los últimos estertores del capitalismo. Numerosas mansiones de aquella época perduraban y, según las versiones oficiales, estaban convertidas en oficinas públicas, en museos o en casas de reposo. Pero se

sospechaba que muchas de ellas habían sido entregadas para el goce y disfrute de los altos funcionarios. Felipe, que como jefe de las plantas hidroeléctricas estatales ocupaba un elevado rango dentro de la burocracia imperante, debía ser uno de los favorecidos con aquellos palacetes.

Títeres y naturales bebían entusiastas. Los originales, en sus habitaciones, debían empinar el codo para estar a tono con el ambiente. Porque para experimentar los efectos del alcohol se necesita beberlo al natural. Cuando Manuel quiso bailar con Eugenia, la muchacha se disculpó alegando que necesitaba «ambientarse» primero. La negativa pareció colmar la paciencia del gerente: dejó de hablar y hacer chistes, y fingió concentrarse en los otros bailarines. Alejandra cogió a Alfonso y lo condujo al centro de la pista.

En el baile los títeres son insuperables: basta conectar un dispositivo, y el sosia se acomoda automáticamente al ritmo captado por sus micrófonos, sin nunca equivocar un paso o dar pisotones a su pareja. Los odorófonos llevaban a Alfonso el perfume de Alejandra, y los tactilófonos la turgencia de su cuerpo y la suavidad de su piel. La técnica permitía que una actividad como el baile, hecha para aproximar los sexos, no perdiese ninguno de sus atractivos a través de los títeres.

—Está tarde me acusaron de antitítere.

Recordó a los agentes que indagaban sobre el paradero de su tío: tenía poco tiempo. La vastedad del salón dejaba bailar desahogadamente, sin topones ni apreturas, posibilitando mantener un diálogo confidencial. Pero Alejandra se sobresaltó.

—¿Qué te ocurre? —preguntó con una cierta dureza, temiendo haber cometido algún nuevo error en aquel día aciago.

—¡Te juro que lo hice por ayudarte!

—No sé a qué te refieres. La música cesó de pronto, y el sordo triar de los diálogos invadió de nuevo el salón. Alejandra lo condujo hasta un rincón apartado, vecino a la terraza. Cuando de nuevo la música hubo silenciado la colmena, le cuchicheó:

—Uno de ellos me pretendía, pero llegaste tú... Alfredo no me lo ha perdonado. Es un antitítere fanático. Si no se atrevió a lanzarse en contra tuya fue por miedo a que yo lo delatase. ¡Canalla! Para desquitarse le ha dicho a la policía que tú eres un anti.

Alfonso no alcanzó a comentar la revelación de Alejandra: en el vano que comunicaba el vestíbulo con el salón, dibujada contra la luminosidad rojiza que surgía de aquel, Leticia miraba desafiante a los bailarines. No estaba sola: la acompañaba un esbelto y juvenil títere. Un vestido lila, ceñido, destacaba la opulencia de la mujer. Felipe fue a darle la bienvenida, y ella, con una sonrisa que iluminó extrañamente su rostro moreno, volvió a pasear los ojos por la concurrencia.

Alfonso condujo a Alejandra al centro del salón. Y por suerte la muchacha no se percató de su nerviosidad. Pero al echar una rápida ojeada a Leticia, se encontró con

su mirada fulgurante.

VI

Aterrorizado, esperó la tempestad de insultos que no tardaría en endilgarle, delatando su impostura ante la concurrencia. Pero, tal como ocurre cuando nos tapamos los oídos para no escuchar la detonación del rifle que esgrime un cazador y el estampido no se produce, la evidencia de la no consumación del fenómeno demora algunos segundos en tomar conciencia en nosotros, Alfonso aguardó inútilmente un lapso más que prudencial sin mirar a Leticia. Trataba de concentrarse en las palabras de Alejandra, que recordaba los felices momentos vividos durante la primera época de su romance, de muchas cosas que bien podían haber ocurrido en otro planeta ante la absoluta ignorancia de Alfonso. Manuel se les aproximó, tratando de aferrarse a Eugenia. La muchacha lo eludía con escasísima diplomacia. El gerente hablaba con una voz traposa y entrabada. Hasta sus movimientos, faltos de ritmo, delataban la embriaguez que cundía en su original. Alejandra se largó a reír.

—Adoro a esta mujer, Roberto —tartajeó Manuel—. Pero es tan difícil. Parece que no quisiera nada conmigo...

—¡No se dé por vencido, hombre! —Alejandra le hizo un guiño a Eugenia—. Lo difícil es mejor. Eugenia se hace de rogar no más. Insístale...

—¡Usted es un encanto, Alejandra! —La cogió de un brazo—. ¿Te importa que baile con Alejandra, Roberto? ¡Hic! Un solo baile, no más. Atiende tú a Eugenia. Contigo todas las mujeres son encantadoras...

El gerente dio un tropezón, y estuvo a punto de venirse a tierra. Alejandra, entre risueña y molesta, alcanzó a sujetarlo. Al mirar a Eugenia, Alfonso se encontró con unos ojos picarescos que lo escudriñaban.

—¿Bailamos?

Roberto dominaba en el mundo de Alejandra; Eugenia, reacia a bailar con Manuel, aceptó de inmediato. ¡Lástima que su tío no le hubiese transmitido ese legado para disfrutarlo en carne y hueso! Por mucho que él, Alfonso, sintiese, a través del sosia de Roberto, el amor de Alejandra, o la secreta atracción que ejercía sobre Eugenia; por mucho que tales sensaciones, si bien provocadas por un espejismo (el doble de un muerto), estremeciesen a seres vivos (ninguna de las jóvenes había manifestado dudas sobre la autenticidad de Roberto), el hecho de que no fuese él el verdadero constructor de ese mundo lo inhibía para disfrutarlo libremente. Sentíase un usurpador (siendo un legítimo heredero) que engañaba a las muchachas, que las burlaba con aquella suplantación. Recordaba a Leticia, cómo se enfureció al enterarse de que no era su amado Roberto el conductor del títere. Si ella, titerómana antigua, reaccionó así, podía presumirse cuál sería la reacción de Alejandra y Eugenia al enterarse del subterfugio.

¡Qué fácil es engañar a la gente! Porque lo determinante de la personalidad de

Roberto debió de ser su espíritu, y no algo tan material y mecánico como un títere. La reflexión se le antojó de súbito tranquilizadora: demostraba cuán débiles son las convicciones humanas. Porque fue el espíritu del muerto el que despertó el amor de las mujeres; Alfonso como amante fue siempre una nulidad. No obstante, su situación había empezado a cambiar en cuanto utilizó el doble de Roberto.

¿Es legítimo aprovecharse del trabajo ajeno? Dentro de la historia humana es lo común y corriente. El bienestar de la humanidad, los mismos títeres, fueron creados por hombres y mujeres largo tiempo desaparecidos, quienes legaron el producto de su trabajo a anónimos descendientes. El nuevo enfoque robustecía el precario raciocinio de Alfonso. El mejor dotado ayuda al menos favorecido. Quien legaba bienes a un menesteroso en la antigüedad, le permitía a este disfrutar de una vida insospechada, imposible de conseguir de otro modo. Y en nada habría disminuido su placer si alguien le hubiese enrostrado que estaba haciendo uso de bienes cuya adquisición ningún esfuerzo le demandara. ¿Por qué entonces Alfonso, fracasado ante Eugenia, al sentirla ahora dispuesta a complacerlo, gracias a la herencia del tío, no se decidía a aprovechar la oportunidad? Tal vez por el hecho de ser, con seguridad, la primera persona en vivir tan curiosa experiencia. Quizá con el correr de los años los hombres considerarían este procedimiento tan legítimo como los legados de bienes económicos en los tiempos antiguos.

Los tácilófonos le transmitían los latidos del cuerpo de Eugenia y el leve trepidar de la sangre que circulaba por sus venas. Parecía mentira que aquello no fuese sino un nuevo tipo de ensueño inventado por los hombres en su eterno afán de engañarse a sí mismos, de burlar a cualquier precio la obra de la naturaleza, de prolongar en suma, hasta el último instante, la posibilidad de procurarse placeres. ¡Con cuánta facilidad el hombre se acostumbra a los artificios! Al principio fueron la cirugía estética y las hormonas las que consiguieron escamotear algunos años a la vejez. Una figura carcomida por el tiempo ofrecía un aspecto joven gracias a los medicamentos, cosméticos y masajes, tal un desvencijado automóvil que, mediante una mano de pintura y algunas reparaciones, ofrece una flamante apariencia.

Y llegaron los títeres.

Los viejos pudieron trasvasijar sus apetitos seniles a un cuerpo robusto y hermoso, capaz de realizar los actos humanos con mayor eficiencia y vigor que un adolescente. Aunque una parte de la humanidad considerase una perversión la titeromanía, el resto la miraba con benevolencia, con mayor benevolencia que los antiguos juzgaban la vejez libidinosa. ¿Y por qué? Porque el hombre siempre se halla dispuesto a contemporar en las cuestiones de utilidad general. La vejez une a la humanidad, porque nadie puede sustraerse a ella. Todos algún día quedarán reducidos a despojos vivientes, que, en el mejor de los casos, inspirarán veneración. Pero vinieron los títeres a demostrar que, en la práctica, la vida comienza a los ochenta y más años. Para el anciano que no le cabía sino esperar filosóficamente la muerte, contemplando en su cuerpo la erosión del tiempo, viviendo de los recuerdos de otras

épocas, o aconsejando a jóvenes cuyos rostros no disimulan la ironía, abriéndose un nuevo mundo de juventud y potencia, atestado de placeres distorsionados, donde entraban perfectamente dotados para satisfacer sus seniles lucubraciones.

Si la ley no pone atajo a la euforia, decían los antitíteres, el porvenir de la humanidad será tenebroso. Pero ¿quién o quiénes serían capaces de tomar la iniciativa? Comenzaba la era de los ancianos. Así como en otros siglos los viejos integraron el gobierno por mayor experiencia y equilibrio, ahora, desde sus títeres, estaban conformando la humanidad a su gusto. Y lo hacían acuciados por el instinto de conservación llevado a su último extremo: su fatal desaparición ante la vejez, proceso hasta entonces imposible de atajar por medios naturales. Quien más probabilidades tiene de imponer un criterio es aquel para quien dicho criterio le garantiza la supervivencia. Si en otros tiempos los hombres lucharon por acumular riquezas con el único fin de procurarse comodidades y placeres, arriesgando en esa lucha lo más sagrado, en la actualidad, desaparecidos aquellos medios, se perfilaban otros de mayores trascendencias: a través de los títeres disfrutar de la vida y sus goces hasta el último suspiro.

Allí estaban Alejandra y Manuel, codo a codo con ellos.

—¿Por qué no bailas así conmigo, Eugenia? —siseó la aguardentosa voz de Manuel.

Las palabras de una mujer se destacaron nítidas:

—Roberto, ¿me guardas rencor por lo de esta tarde?

Era Leticia: su pareja la tenía aferrada de un brazo, mientras ella alargaba su rostro hacia Alfonso, con una expresión de súplica, entreabiertos los labios.

—¡Leticia! Eres la diosa del amor personificada. ¡Estás maravillosa! ¡Hic!

Manuel envolvió a Leticia por los hombros, y la atrajo hacia sí como para besarla. El acompañante de la mujer, hasta ese momento inmóvil y silencioso, le dio un violento empujón, y el gerente salió disparado entre las parejas, que se apartaron con rapidez para no ser arrolladas. Manuel fue a dar al piso reluciente, y siguió deslizándose como un tobogán, hasta chocar con un sillón. Se quedó inmóvil, no lejos del muro, clavados los abiertos ojos en el techo.

Un clamor airado surgió del salón. Los invitados rodearon al compañero de Leticia, y lo apostrofaron en medio de una ira creciente. Algunos se inclinaron sobre el caído, pero los demás concentraban su furor en el joven títere, quien los enfrentaba insolente:

—Estaba borracho. Y trató de faltarle el respeto a Leticia.

La aludida bajó los ojos, en medio de las risas que brotaron aquí y allá.

—No echemos a perder esta magnífica fiesta —exclamó alguien—. Saquen a este señor de la pista, y sigamos. Leticia nos hará un *strip-tease*, para levantar los ánimos.

—¡No lo permitiré!

El amigo de Leticia cubrió con su cuerpo a la mujer, la que no parecía asustada. El cráneo del títere retumbó con un ruido sordo: un macetero le había golpeado con

furia homicida. El esbelto sosia se derrumbó, y se quedó en el suelo, encogido el cuerpo en una posición fetal.

Se escuchó el rasgar de una tela y un grito: el vestido de Leticia se desprendió limpiamente de su cuerpo. Otro títere la sujetó por los brazos, y un tercero le sacó la última prenda en medio de una creciente euforia. Enseguida la soltaron, y Leticia retrocedió trastabillando: había perdido un zapato. Un anillo de títeres y naturales, cogidos de la mano, le hizo ronda. Brincaban en torno a la desnuda mujer en medio de acompasados gritos:

—¡Violación! ¡Violación!

Alfonso, Eugenia y Alejandra, aprisionados por la turbamulta, trataban de mantener el equilibrio.

—Vámonos de aquí mejor. Esto se pone feo —cuchicheó Alfonso. Retrocediendo con cautela, llegaron al vano del vestíbulo.

—¡Eh, ustedes! Deténganse. ¡Nadie se marcha de aquí!

Varios títeres, gritando excitados, se precipitaron sobre ellos. Tomaron a Alejandra, y en peso la volvieron a meter al salón. Alfonso, empujado contra la puerta de calle, se encontró de súbito rodando por la escalinata de acceso, en medio de la noche helada. Un portazo perforó sus audífonos. Lentamente el cielo estrellado se abrió ante sus ojos artificiales. Desde la casa surgían un bronco tumulto y chillidos femeninos. Alfonso trató inútilmente de abrir la puerta a empujones. Entonces rodeó la casa y llegó hasta el borde del abismo, donde iba a dar la terraza del salón, las ventanas que se abrían a su alcance se hallaban fuertemente abarrotadas. Volvió a la puerta de acceso, y se encontró con Eugenia, que bajaba veloz la escalera.

—¡Huyamos pronto!

—¿Y Alejandra?

—No te preocupes por ella. Le gustan estas cosas. ¡Corramos!

Lo arrastró hacia el aerocoche del gerente sobre la planicie glacial. Cinco o seis figuras desnudas, cuya blancura las destacaba en la oscuridad como otros tantos fantasmas, se lanzaron sobre ellos en medio de salvajes alaridos.

El aerocoche despegó.

Abajo los títeres se achicaban. Pronto fueron chispas que hacían cabriolas en la noche.

VII

¿Qué te parece tu mundo? El aerocoche atravesaba la noche gélida; en el bajo, la metrópoli con su laberinto de luces titilantes. Un domo ópalo difuminaba el brillo de las constelaciones. Eugenia apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y fijó los ojos en el cielo.

—¿Mi mundo? No te entiendo...

¿No es ese tu mundo, acaso? —preguntó ella—. Claro que no eres como ellos,

pero perteneces a su generación, ¿no?

¡Con cuánta facilidad se olvidaba de su tío Roberto!

—Sí. Pero quizá sea aún más distinto de lo que aparento.

—Ella, sonriendo, lo miraba de reojo. El mundo del tío Roberto jamás podría ser el de su sobrino. Después de la fiesta sentía la urgente necesidad de tocar su propia carne, no la tibia imitación del títere, sino la natural, tal vez un tanto áspera, pero que representaba el auténtico misterio del organismo humano. He ahí el destino del hombre: luchar la mitad de la vida para aclimatarse al medio, y la otra mitad para que ese medio, tan arduamente logrado, no se escapase demasiado pronto. Nunca antes se perfilaron tan nítidos los límites entre el idealismo y la realidad como en la actual época de los títeres. Gracias al sosia de Roberto se abría ante sus ojos una nueva perspectiva de la vida moderna. Lanzó un suspiro y, decidido, rodeó los hombros de Eugenia.

La muchacha lo rechazó suavemente.

—No: soy ciento por ciento animal. No puedo tolerar que un mecanismo me acaricie. Sería exigirme un sacrificio demasiado grande. ¿No te atreves a enfrentarme como hombre?

—¿Y si fuera demasiado viejo?

—No me importaría —replicó ella—. Prefiero un hombre de verdad, por viejo que sea, y no la juventud de un sosia.

—Acompáñame a mi departamento, y me mostraré al natural.

Una perspectiva de faroles bajo el autoaéreo. Eran visibles las casas y edificios de la ciudad, cuya población dormía.

—¿Esta noche?

—Ahora mismo.

—Bueno —dijo Eugenia—. Pero antes pasemos por el departamento de Alejandra. Se me quedaron la cartera y el abrigo. ¿Te importa esperarme algunos minutos?

El acontecimiento que se avecinaba le hizo olvidar sus temores. No se sentía ciento por ciento seguro de un inmediato éxito con Eugenia. Pero no dudaba de que la muchacha lo miraría con otros ojos, como a un nuevo Alfonso, distinto al muchacho timorato y torpe que conociera. ¿Y Roberto? Siempre ha sido la mujer la mejor protectora del hombre. Y fueron las mujeres quienes, al deponer su repugnancia por los títeres gracias a Roberto, daban el triunfo a los sosias. Su tío pasaría a la posteridad como el prócer del titerismo.

Pero Alfonso se hallaba obligado a renunciar a la herencia del tío. Alfredo, aquel dirigente de la secta, no descansaría hasta vengarse de Roberto. ¿Existe una mayor humillación para el defensor de una causa que la mujer amada prefiera precisamente al paladín de la causa contraria? Al pensar así, Alfonso volvía a sentirse medroso. Los peligros cobijados dentro del mundo de Roberto le restaban atractivos. Una vez que revelase su verdadera personalidad a Eugenia, debería deshacerse para siempre

de Roberto.

Los viejos contra los jóvenes. ¿Quién se impondría? Los éxitos de Roberto parecían darle la ventaja a la «senectud eufórica». Porque en una lucha así los viejos utilizarían todos sus recursos y subterfugios para burlar a la juventud. Solo Roberto ayudaba a su sobrino. Pero involuntariamente. Aunque tal vez su sosia se impregnó con su extraordinaria personalidad —como esas vasijas que retienen la esencia del coñac y la comunican en parte al humilde aguardiente allí trasvasijado—, transmitiéndosela a su sobrino. Roberto habría estado orgulloso al verlo convertido en un discípulo tan aventajado.

El aerocoche se posó en la azotea del rascacielos. De la ciudad surgían el halo lechoso de las luminarias y un zumbido sordo y bienhechor.

—¿Vives muy lejos de aquí? —preguntó Eugenia.

—A cinco minutos en metro.

—¿Por qué no te llevas el aerocoche, y me esperas en tu departamento?

—¿Y tú? ¿En qué te irás? —El ofrecimiento de Eugenia despertó sus sospechas. ¿Y si después la muchacha no iba?—. Además... No quiero llevar este títere a mi departamento.

—¿Por qué? ¿Piensas abandonarlo? —Eugenia abrió los ojos desmesuradamente.

—Este... Cómo explicarte. ¡Es posible que nunca más lo vuelva a usar!

—Lo vendes. Puedes sacarle un buen precio. Conozco gente que te lo compraría de inmediato. —Y prosiguió sonriente, como quien le habla a un niño que está a punto de cometer una estupidez—: Te arrepentirías todos los días de tu vida, Roberto.

—No quiero que me vean llegar a mi departamento con el títere —insistió él, desolado, tratando de aferrarse a sus argumentos, que sabía débiles—. Quizá lo tienen vigilado.

—¡Vaya! ¿Quién puede verte llegar en el aerocoche? Si te fueras a pie, tal vez. Pero por aire...

Eugenia abrió la portezuela haciendo un gesto despectivo: le parecía absurdo que un hecho tan elemental no fuese comprendido por Roberto.

—Es verdad. Tienes razón. —¿Qué peligro corría llegando por aire?—. Es en realidad una magnífica idea. Pero tú, ¿demorarás mucho? ¿Y si te espero?

Eugenia, de pie en la terraza, semidiluidas sus facciones en la penumbra, brillantes los ojos, sonrió picaresca.

—Soy un poco a la antigua, Roberto. No me gustaría que me vieran entrar en un departamento acompañada de un títere.

—Sí, tienes razón. —Se puso a reír—. ¡Tienes toda la razón del mundo, Eugenia!

Una euforia creciente, que lo ahogaba, ascendía por su organismo mientras el aerocoche lo transportaba a su departamento. Evitaba pensar; tal vez si lo hacía se dejaría de nuevo invadir por temores cuando se hallaba a punto de transformar su opaca existencia en algo radiante, distinto, definitivo. Tomó el ascensor en medio de la más completa soledad, y pronto entraba en su alojamiento. El títere de Roberto se

encontraba a salvo, y nadie lo había visto llegar.

En cuanto se hubo quitado el casco introyector, fue al baño y se lavó el rostro y las manos. Sentía agarrotados los músculos por su larga permanencia en el sillón, conduciendo el títere de Roberto durante aquel largo día. Hizo algunas flexiones, y luego de peinarse cuidadosamente puso a calentar café. Eugenia no tardaría en llegar.

Sonó el timbre. Allí estaba la muchacha. Casi fue a abrir la puerta. Pero presentarse así, en cuerpo y alma ante Eugenia, de tan brusca manera, tal vez ocasionara un desastre. Eugenia lo miraría incrédula, asustada quizá, pensando que se había equivocado de dirección.

No. Necesitaba usar un método progresivo. Rápidamente, cuando el timbre volvía a sonar, corrió a colocarse el introyector, y fue el doble de Roberto quien abrió la puerta. Los tres hombres entraron sin miramientos. Placas policiales brillaron en las manos de los intrusos. Uno de ellos lo empujó con violencia, y Alfonso, desprevenido, se fue de espaldas. Olvidando el títere, llevó las manos al casco para quitárselo y descubrirse ante los policías. Pero ya los tres hombres encañonaban al tipo que, cubierta aún la cabeza con la oscura escafandra, trataba de incorporarse. A la seca detonación siguió prolongado gemido. Alfonso soltó el casco, que volvió a caer sobre sus hombros. Terminó de levantarse, llevándose las manos al pecho. Y se fue de bruces sobre la alfombra. Los agentes se inclinaron sobre el caído, y lo volvieron de espaldas. El jefe del grupo procedió a quitarle el casco. Una exclamación surgió al unísono de las tres gargantas.

—¡Tal como yo lo decía! Y creían que el jefe de los antitíteres era viejo. Tenía que ser joven. Todo lo demás fue una leyenda para disimular mejor la vida del cabecilla.

El hombre salió a la terraza, y, con una linterna, hizo una rápida señal. Entretanto los otros dos arrastraron el cuerpo de Alfonso y el títere de Roberto. Un aerocoche policial descendió lentamente, hasta colocarse al nivel del balcón. En breves segundos el cuerpo humano y el sosia desaparecieron en el interior del vehículo.

El aerocoche se remontó en el cielo nocturno.

Los tres policías se dirigieron a la puerta de calle, echando rápidas ojeadas a los muebles del salón y a los rincones oscuros.

—Esta vez la llamada anónima no mentía —comentó el jefe, apagando la luz antes de salir.

Eugenia abrió la puerta con una llave maestra y registró el departamento. Detrás del sillón utilizado por Alfonso para dirigir sus sosias había un casco introyector. La muchacha fue al fonovisor. En la pantalla redonda apareció el rostro de un anciano, cuyos ojos brillaban febriles.

—¿Será este el casco de Alfonso, Roberto?

—Pruébatelo, tontuela. Apúrate, ¿quieres? Hace un mes que estoy escondido.

¿Crees que no es aburridor?

—¿Y piensas utilizar el doble de tu sobrino de ahora en adelante? —Eugenia hizo una mueca de desagrado—. Claro que te servirá para burlarte de los antitúteres. Pero ya deseché una vez al tal Alfonso. ¿No temes que te suceda lo mismo?

Roberto le hizo un largo guiño.

—Acuérdate de que lo conduciré yo y no él. No es lo mismo, ¿verdad? —El anciano reía de buenas ganas.

La imagen se desvaneció de la pantalla.

Eugenia permaneció un segundo pensativa, y luego, encogiéndose de hombros, se dirigió a la salida.

El veraneante

Reunía el balneario las condiciones exigidas por Max: gente discreta, tranquila; una playa desabrigada, cuyo oleaje impedía los baños de sol prolongados, y atardeceres fríos, pródigos en viento sur, que obligaban a recogerse temprano. La pieza en la hostería, alegre y limpia, con un ventanal orientado al norte, sobre la gris arena y un roquerío que se prolongaba hasta una puntilla distante, junto a una cadena de dunas empotradas en las estribaciones del cerro. Otros títeres se hospedaban en el balneario: cundía la costumbre entre aquellos que, por diversos motivos, no disfrutaban de las playas de cuerpo presente, de enviar allí a sus sosias mecánicas.

Mientras los otros almorzaban, Max salió a caminar por la playa. Mantos de espuma se extendían sobre la arena, dejando, al replegarse, vellones que reventaban con tenues estallidos; restos marinos gelatinosos; huiros relucientes de agua bajo el sol. Era un día diáfano, propicio para realzar el colorido de la naturaleza; el firmamento, sin un vapor, reflejaba las resonancias del oleaje como una cúpula. Los rompientes cubrían las rocas, y alegres cascadas se deslizaban por sus flancos con destellos áureos. El títere caminaba sobre la franja húmeda, desentendiéndose de la resaca que de tarde en tarde lamía sus zapatos. Sus huellas formaban una línea que se alejaba paulatina del sector residencial.

Gran invento el de los títeres, reflexionaba el hombre que, lejos de allí, dirigía a su sosia con la cabeza cubierta por el casco introyector. ¡Qué de problemas se obviaron con esos muñecos! Su aparición llenó necesidades humanas que parecían irremediables. Porque es una condición del hombre vivir de apariencias. Los sosias vinieron a llenar las insuficiencias del actor natural que habita en cada individuo. Porque el ser humano común no siempre es capaz de actuar con dignidad. Los títeres llegaron a subsanar estos inconvenientes. Porque mediante la introyección uno sentía sus órganos y sentidos prolongados dentro de los sosias, de tal manera que, a la distancia que estuviese el títere, su propietario tenía la sensación de estar allí.

Max arribó a una roca de color verde oliva. El oleaje se estrellaba levantando trombas de espuma, cuya frescura captaron sus tactilófonos. Aquí y allá, albuferas renegridas con huiros, y sobre la cumbre del escollo, una bulliciosa bandada de gaviotas. Destacándose del oleaje llegó a sus audífonos un gemido de dolor. Escuchó atento. No había duda: al otro lado de la roca había alguien: una mujer o un niño. El hechizo del paseo se desvaneció. Deseaba estar solo. Por eso eligió aquella hora para hacer su caminata. Iba a emprender la retirada cuando de nuevo vino a sus oídos un ¡ay! De tratarse de una mujer, bien podían sus gemidos ser provocados por el amor. Pero ¿y si era un niño?

Rodeó la roca, pero no se atrevió a asomarse. Se quedó allí, parado junto al paredón de piedra. Una sombra proyectose sobre la arena, seguida casi de inmediato por un brazo desnudo, cuya mano se aferraba a la roca para avanzar. Un rostro tostado por el sol, enmarcado en una larga cabellera dorada, apareció a menos de dos metros. Era una muchacha alta, delgada: llevaba un *short* blanco y una camisa azul con su ruedo anudado a la cintura. En su cara la sorpresa fue reemplazada por una

mueca de dolor.

—Por favor, ¿tiene un pañuelo que me preste?

Max, con movimientos nerviosos, extrajo el pañuelo. Se lo alcanzó con una sonrisa que quiso hacer amable, pero en cuyo intento fracasó. ¿Así que esa muchachita de no más de dieciocho años, que cultivaba su parecido con alguna estrella de la televisión, había interrumpido su paseo? Poco le habría importado topársela, siempre que lo hubiese dejado seguir su camino. Pero, además de aparecerse en forma intempestiva, lo obligaba a iniciar una conversación.

—¿Qué le pasa?

—Un imbécil dejó una botella rota... Me corté un pie. He perdido como un litro de sangre.

Su color desmentía tal afirmación. Pero se expresaba con desenvoltura. Sus ojos grandes, rasgados, brillaban con cierta picardía al examinar el sosia de Max.

—¿Cómo habrá gente tan irresponsable? Hace media hora que estoy aquí; no me atrevía a irme al hotel sin vendarme el pie. Además de desangrarme, puedo pescarme una infección.

—Hay buenos remedios para esas cosas —comentó él, desabrido—. ¿Y qué hizo en todo este rato?

La muchacha, desplazándose a saltitos sobre el pie sano, fue a sentarse en una peña retirada del agua. Max verificó la existencia de la herida en su talón derecho, que sangraba en abundancia.

—Me apretaba como podía el pie —explicó ella, en tanto trataba de colocarse el vendaje, para lo cual puso una pierna sobre la otra con un gesto infantil—. ¿Me podría ayudar?

Max estuvo a punto de lanzar un no rotundo. Adivinó ella su intención, porque de inmediato sonrió:

—¿Tal vez no es muy perito con su títere?

Una mujer no acepta argumentos poco prácticos para justificar la desatención de un hombre. El hecho de que un hombre no quiera, simplemente, hacer una cosa puede ser explicable para otro hombre, pero nunca para una mujer. Haciendo un gesto indefinible, Max se acercó y, poniéndose en cuclillas, procedió a atarle el pañuelo.

—Apriete fuerte, sin miedo —lo azuzó ella, risueña—. Tiene usted uno de los títeres más finos que he visto. Si no fuese por el distintivo reglamentario habría jurado que era un hombre de verdad. ¿Cómo se llama usted? Me llamo Valeria. Y soy de carne y hueso, aunque la sangre, imagino, es una prueba suficiente, ¿no? Pero me encantan los títeres. ¡Son tan prácticos!

Max concluyó su tarea. Se puso de pie y miró el vasto mar.

—Pero usted es muy poco práctica.

—¿Por qué?

—¿Hasta cuándo habría estado aquí, desangrándose, si no hubiese llegado? ¿Le costaba mucho romperse la camisa y hacerse una venda?

—¿Destrozar esta camisa? ¡Jamás! Es un recuerdo.

—¡Ah! —hizo él—. Bueno, espero que la venda haya quedado bien. Adiós.

—¿Y me va a dejar sola, cuando apenas puedo caminar? ¿No podría volverse al hotel, para que yo me afirme en usted?

—No —replicó Max, cortante—. En todo caso llamaré para que la vengan a buscar.

—No, gracias. —El rostro de Valeria se enfurruñó—. Me vuelvo sola. Por lo visto, no es usted de los que creen en los encuentros fortuitos.

—Así es.

—¿En qué cree usted?

—En nada. —Volvió la vista al océano, y se alejó con lentos pasos.

—¡Oiga! ¡No se vaya! —Valeria se paró y, cojeando, alcanzó al hombre, es decir, a su sosia—. ¿Sabe? Yo pensaba que era la única persona que no creía en nada. Deseaba conocer a alguien que pensase lo mismo.

El títere la encaró con una impávida expresión en su rostro blanco.

—Las causas que la hacen pensar así son distintas a las mías —dijo Max, a través del parlante que se albergaba en la garganta del títere—. Como no acostumbro explicar mi filosofía de la vida, de poco le servirá una conversación conmigo.

—¿Por qué piensa así?

—Porque si entre dos seres hay un mundo de diferencia, entre una persona natural y un títere hay dos: el que representa el sosia y el de su conductor.

Valeria lo escudriñó con sus ojos oscuros.

—No es así. En otros casos, tal vez. Pero usted... Nunca me ha engañado la intuición.

—Bueno. —Max se encogió de hombros—. Resulta que hoy no me hallo de ánimo para convencer a nadie.

—¿Cuándo lo estará?

—Nunca.

Volvió a ponerse en camino. Sus huellas se hundían en la arena mojada, formando pozas que reflejaban el sol. A sus espaldas se escuchó un gemido. Max se dio vuelta: Valeria, muy pálida, había caído de rodillas. Se acercó con rapidez. Se aferró Valeria en su brazo y se incorporó.

—Sentí un vahído. Debe ser la pérdida de sangre. Me arde la herida como una brasa.

—¿Quiere que llame al hotel?

—No, no. Ya se me pasará. A esta hora todos están almorzando.

¿Usted no almuerza?

—Me comí un sándwich antes de salir. Quería estar sola.

—Parece que los dos queríamos lo mismo. —Una sonrisa se esbozó en los labios plásticos.

—¿Me puede llevar hasta esa roca? Es lo último que le pediré.

Un rictus de pesar contraía su rostro. Max la ayudó a incorporarse y ella, apoyada en su brazo, se dejó conducir a una roca alta, con una grada que podía servir de asiento y protegida del ardiente sol. Allí se dejó caer Valeria, lanzando un quejoso suspiro.

—¿Cómo se llama usted?

—Max.

—¿A qué se dedica? No lo había visto antes.

—Llegué hace menos de una hora.

—¿Está su original aquí?

—No, está en Santiago.

—Por lo visto, usted es más callado que yo. Porque soy poco habladora, aunque no me crea.

—Le creo.

—¿Sí? Yo también le creo a usted todo lo que dice. Es raro, ¿no?

—¿Cree usted, por ejemplo, que el que conduce mi sosia es un hombre?

—No me cabe duda. Sé que hay mujeres que utilizan sosias masculinos. Pero usted no es una mujer.

—Bueno, soy un hombre.

—Es lo único que importa —exclamó ella con una sonrisa curiosa—. Nunca había hablado con un títere cuyo original no conociese. Produce una emoción especial conversar con un títere sin que uno sepa cómo es, o cómo piensa, o a qué se dedica su propietario. ¿Le gustan las emociones especiales?

—¿Por qué usa ese tonillo irónico? ¿Me encuentra esnob?

—No acostumbro prejuzgar —replicó él, pensativo—. Usted es demasiado joven, y es propio de la juventud querer vivir cosas nuevas.

—Pero usted también es joven —dijo ella, convencida.

—¿Por qué lo cree? —Una vaga curiosidad se despertó en el hombre que se cobijaba en el títere.

—No sabría explicárselo, sé que es joven.

—Dice las cosas con una seguridad...

—¿Me he equivocado?

—Soy joven, en realidad. No un muchacho, pero todavía puedo considerarme joven.

—Y su títere es muy fino. Podría deducir que tiene una buena situación económica, aunque hay casas que arriendan títeres. En fin, eso no tiene mucha importancia. Pero estoy segura de otra cosa: el títere que usted usa no es su doble.

El sosia volvió a sonreír.

—¿Y qué deduce de eso?

—No me gusta prejuzgar —dijo ella, muy seria—. Usted no es de las personas que hacen las cosas porque sí. No utiliza el títere por seguir una moda solamente.

Una cierta emoción asomó a los ojos de cristal.

—¿Quiere que llame al hotel para que la vengán a buscar?

—No. Que conste que es mi tercera negativa. Usted es un hombre interesante. Y son muy raros los hombres interesantes hoy día. ¿Le aburre mi conversación?

—En absoluto. Pero no me gusta hablar de mí. ¿Por qué no me cuenta algo suyo?

Valeria encogió la pierna del pie herido, haciendo paralelamente un gesto de dolor. Comprobó si la venda estaba firme, y enseguida levantó sus ojos hacia el títere.

—Acabo de tener un fracaso sentimental. Mi novio se enamoró de una amiga mía, ¿qué le parece?

—Veleidades del amor, simplemente —rió el títere—. ¿Usted es de aquí?

—No. Una tía mía quería venir a pasar unos días a esta playa, y me ofrecí para acompañarla.

—¿Para olvidar las penas?

—Sí, en parte —replicó la muchacha—. Siempre se hacen cosas así para olvidar las amarguras.

La muchacha trabajaba en una oficina de publicidad. Su novio también se desempeñaba allí. Y ahora estaba obligada a verlo día a día, habiendo terminado todo. El infierno. No parecía, en todo caso, darle una importancia extrema al incidente. La verdad de las cosas es que se había decepcionado de su novio, de su amiga y del mundo en general. Afirmó esto con su acostumbrada seriedad y firmeza. Max rió.

—Esa es, en resumen, mi historia. Poco entretenida, ¿no?

Max puso un pie sobre la piedra que servía de asiento a Valeria, y la estuvo observando un breve lapso sin hablar.

—¿Por qué me mira así?

—Porque usted es muy bonita —respondió él con lentitud—. No lo tome como una galantería, porque no sé decirlas.

—Le salió muy bien. No es muy original, pero usted dice las cosas como si nunca nadie antes las hubiera dicho. ¿A qué se dedica?

El hombre suspiró; los fuelles que reemplazaban sus órganos respiratorios tradujeron fielmente el suspiro.

No tiene importancia. ¡Imagínese cualquier actividad!

—¡Qué misterioso! —rió Valeria—. Usted debe ser un artista. ¿Sabe? Siempre he pensado que nunca se conoce a las personas porque sí. Aunque eso ocurra por un azar, como ahora. Tengo la idea de que todo pasa debido a algún designio. No creo en las casualidades. ¿No piensa lo mismo?

—Es posible que así sea. Pero si para estas cosas, aparentemente inexplicables, existe una causalidad más o menos rigurosa, ¿qué consecuencias se derivan, a su juicio?

—Muy importantes, especialmente cuando se trata de un hombre y una mujer.

Al decir esto Valeria le clavó la vista. Sus ojos profundos y puros parecían decir: aquí estoy; digo lo que siento; no me importa cómo juzguen mis palabras.

—Los seres humanos son como los astros: recorren órbitas más o menos

predeterminadas. Y en medio de su recorrido se topan, a veces, con otros astros cuyas órbitas bien pueden no volver nunca a toparse. En ese sentido estoy de acuerdo con usted.

Max se detuvo y miró el mar. Valeria lo escuchaba con una respiración corta. Su pecho subía y bajaba en tanto aguardaba al hombre (su sosia) que prosiguiese, sin despegarle los ojos, sus labios ligeramente entreabiertos, con un mechón que despedía reflejos cobrizos sobre su frente dorada.

—¿Y...?

—Pero por el mismo hecho de que esas órbitas son determinadas por factores irracionales, es difícil que esos encuentros posean una sincronización. ¿Ve? O se llega mucho antes, o demasiado después.

—¿Por qué lo crees así?

El tuteo sonó en los audífonos del títere como algo natural, como algo que debía venir. Como esos deseos que, en forma inopinada, se ven corroborados por la realidad.

—Porque es así, desgraciadamente.

—No tiene por qué ser así —dijo ella, vehemente—. Las mujeres son más francas y valientes que los hombres. Soy libre para amar a quien se me antoje. No a un títere, pero sí al hombre que hay detrás. Y nunca he fijado condiciones.

Valeria se puso de pie: afirmó el pie herido en la arena y enfrentó al títere.

—Es que el hombre que hay detrás tal vez está imposibilitado.

—¿Qué imposibilidad? No eres un monstruo.

Hay otras imposibilidades. Existen los votos formulados cuando se abraza una creencia. O la prisión. Hoy los presidiarios están autorizados para gozar, cada cierto número de años, de algunos días de libertad a través de los títeres que les facilitan personas generosas. Y quizá detrás de un títere no haya nadie.

Max dio media vuelta y se apartó con pasos rápidos, tambaleantes. Valeria se quedó allí, inmóvil, mirando con los ojos muy abiertos al que se alejaba. En la arena húmeda las pisadas del títere formaban una línea que lo unía a la muchacha, pero alargándose cada vez más.

El hombre prohibido

I

El refugio, construido durante la última guerra para preservar a los viajeros de la irradiación atómica, se hallaba en ruinas. El acceso, cubierto de matorrales, se abría a los pies de un cerro achaparrado, de tierras gredosas, rojizas, abundantes en romeros y espinos. Puertas una vez herméticas, pero a la sazón inservibles y desencajadas de sus marcos, comunicaban las diversas secciones del gigantesco tubo de hormigón. Una escalerilla de hierro unía el escondite con la superficie y, a pesar de casi un siglo de abandono, seguía prestando utilidad.

En la segunda sección del refugio, y en torno a una mesa con cinco sillas, todo lo suficientemente nuevo como para revelar su reciente adquisición, conversaban cinco títeres. Una lamparilla portátil, colgada del muro, en cuya agrietada superficie brillaban aquí y allá manchas de humedad, esparcía una luz azulosa, confiriendo al rostro de los socios un colorido espectral. El cantarino rumor de una gota de agua proveniente de la vecina habitación dejaba oír su acompasada caída.

—Es indudable que la captura de León no fue casual. —La voz estentórea del títere que hablaba arrancó una lúgubre resonancia del domo de concreto. De cráneo macizo, coronado de una cabellera hirsuta, parecía un músico convencional o un sabio de sainete. Grandes ojos redondos se hundían en un rostro mofletudo, bermejo—. Alguien tuvo que delatarlo. Y mientras ese alguien mantenga su anonimato, todos nosotros corremos peligro.

La gota cayó cinco veces con nítida monotonía.

—Así es; era prácticamente imposible pillarlo —comentó un robusto títere de cabellos canosos y rostro sereno; espesas cejas se proyectaban sobre sus ojos grises. Sus puños crispados se duplicaban en la brillante superficie de la mesa—. Y antes de veinticuatro horas le echaron el guante. ¿Por qué? ¿Cómo?

León, el cabecilla del movimiento secreto que esperaba derrocar al gobierno, había sido capturado después que su intento por asesinar al ministro de Justicia, valiéndose de un títere sustraído a la policía secreta, fracasara. ¿Cómo la policía pudo moverse tan rápidamente? Porque el sosia utilizado por León cayó en manos de los conspiradores gracias a un azar, pocas horas antes del atentado. Por medio de un conocido, a quien topase casualmente en la calle, León se enteró de que un vecino suyo pertenecía a la policía secreta. ¿Tal vez estaba destacado en el barrio para vigilarlo? Muy pocos conocían la identidad de los componentes de aquel cuerpo, así es que la información obtenida por León se consideró afortunada. De inmediato se fraguó el plan de raptar al esbirro y suplantarlo. Como los agentes debían acudir de cuerpo presente a su trabajo para evitar sustituciones, el mayor problema radicaba en

engañar a la guardia. Porque sería el doble mecánico del detective conducido por León, quien acudiría al cuartel. Dos hechos favorecieron el desarrollo de la estratagema: la inercia engendrada por la certeza de que nadie trataría de contravenir reglamentos largamente en vigencia, por una parte —en lo referente a la guardia—, y un acontecimiento casual, por otra: no bien el falso agente cruzaba la puerta de acceso, se le ordenó presentarse de inmediato en la sala de mando para una misión urgente, lo cual evitó que el centinela reparase en la calidad de títere del recién llegado.

En una habitación premunida de butacas como un teatro se reunieron los agentes apremiados por las órdenes surgidas de los parlantes. Una vez que León —es decir, el sosia del agente conducido por aquel— hubo encontrado su puesto, se colocó el casco introyector: bajo aquella hermética escafandra nadie podría descubrir la sustitución. Difícil tarea la de conducir un títere a través de otro. Pero León, introyector avezado —motivo por el cual él mismo se hizo cargo de la maniobra—, no tuvo dificultades en manejar el sosia policial.

Minutos después, León abandonaba el edificio blanco de la policía, cuyos muros lisos carecían de ventanas, y en un aerocoche, acompañado de otros cuatro silenciosos títeres —un dispositivo especial evitaba que los policías dialogasen entre sí: todas las instrucciones las recibían de la central—, pronto arribaban a la sede de una embajada. Entonces, León supo el objetivo de su misión: velar por la integridad del ministro de Justicia, quien comería esa noche allí. Aquel golpe de suerte se vio frustrado: a última hora el ministro avisó que no podría asistir. León pudo rescatar el sosia del agente sin dificultades: la guardia era menos estricta a la salida. La policía secreta se preocupaba precisamente de custodiar a las personalidades del régimen: no tardaría en presentársele otra oportunidad. Pero no fue así: veinticuatro horas después, León caía preso bajo la formal acusación de intento de asesinato del ministro de Justicia.

León, ex diputado del antiguo régimen, gozaba de popularidad, por lo cual el gobierno, a pesar de sus sospechas sobre las actividades subversivas del político, no se atrevía a proceder en su contra por falta de pruebas. Pero ahora las evidencias sobraban.

Una vez encarcelado León, nadie pudo visitarlo: sus colaboradores temían delatarse. El rebelde había confesado su delito —declaró la policía—, y se esperaba que pronto delatase a sus cómplices. Cosa imposible: en vista de la implacable vigilancia policial, los conjurados se reunían valiéndose de títeres por lo general arrendados, e ignoraban sus reales nombres y actividades. Lo único que León conocía de sus correligionarios era la apariencia de sus títeres, y como estos nunca correspondían al original, estaba prácticamente a oscuras.

—Bien —dijo el que presidía el grupo reunido en el viejo refugio—. Creo que debemos entrar en receso por un par de meses, mientras aclaramos la verdad sobre la captura de León.

La penitenciaría del Estado, emplazada en una abrupta meseta cordillerana, no disimulaba en su construcción de estilo arcaico (altos muros almenados, con ventanas estrechas, provistas de fuertes barrotes) ni en su color (gris ceniciento, patinado por el tiempo, las lluvias y el viento) su finalidad específica. Pero no era la sensación de verse privado de libertad, dentro de un austero y melancólico edificio, lo que más pesaba sobre la psicología de los presos. Porque la ciencia, en lugar de suavizar los sistemas carcelarios, los condujo a un rigor nunca soñado. En un régimen de libertad las máquinas facilitan el trabajo y tornan cómoda la vida. Pero utilizadas como medio de represión se transforman en verdugos que, dirigidos desde una sala de control, proceden con la indiferencia y crueldad de los que se saben respaldados por el anonimato.

Porque el técnico que coloca la cinta de instrucciones a un autómata, o el hombre que, embutida la cabeza en un casco introyector, conduce desde la distancia un títere, cumplen sus funciones sin responsabilidades ni temores a futuras represalias. Por duro que sea un guardián de carne y hueso, siempre hay la esperanza de que, en el fondo de su espíritu, sobreviva un resto de humanidad. La adopción de la máquina vino a obviar el problema de la flaqueza humana en la actividad carcelaria y policíaca. Y el advenimiento del títere hizo que estas funciones alcanzaran el máximo de ferocidad. Un autómata carcelero no puede sobrepasarse en su tarea, porque debe atenerse a las instrucciones previamente grabadas. Pero si el carcelero es un títere, ¿quién le impide proceder despiadadamente cuando, además del anonimato, sus relaciones con los presos las mantiene a través de instrumentos?

Es más simple negarse mediante el teléfono que de cuerpo presente. Un ser humano que suplica, o pide algo únicamente, quizá por el efecto de su mímica, o el tono de su voz, o, también, porque su personalidad irradia algún efluvio que, como la gravedad o el magnetismo, influye sobre su interlocutor sin ser notado, hace más difícil tomar medidas extremas. Pero ¡entregad a un guardián un mecanismo de vigilancia y castigo guiado por control remoto! Aunque las autoridades lo negaban, se sabía que los conductores de los títeres carceleros eran presidiarios condenados a perpetuidad. Así disfrutaban de un remedo de libertad, y desahogaban en los demás reclusos sus instintos constreñidos por el encierro.

León, dentro de su celda (una habitación de paredes blancas, con una ventanilla enrejada), veía pasar con regularidad a los títeres que vigilaban la hilera de mazmorras. Escasa similitud hay entre un sosia común, destinado a servir de doble a un ser humano, y un títere guardián. Carecían estos de facciones: sus rostros, sin relieves, acentuaban su ferocidad. Tampoco hablaban entre sí o con los presos: sus instrucciones las recibían mediante un sistema cerrado de comunicación. Sus ojos eran los simples lentes de la cámara televisora albergada en su cráneo. Resultaba así un engendro mitad humano, mitad autómata, vestido con un uniforme verde oliva, que se paseaba mudo por patios y pasillos, acechando con sus cristales a los

prisioneros a través de las mirillas. Quienesquiera fuesen sus conductores, parecían aguardar la oportunidad de descargar un sadismo largamente contenido.

León, al cabo de una semana de cautiverio, debilitado por los interrogatorios, esperaba el «lavado cerebral» que lo convertiría en un ente sin pasado ni recuerdos. Luego, en una escuela de readaptación, lo prepararían para que se reincorporase a la vida colectiva a desempeñar funciones inferiores. A pesar de que los lavados cerebrales fueron prohibidos en anteriores administraciones, un gobierno que necesita eliminar algunos enemigos —la pena capital se hallaba abolida— y no verse obligado a mantenerlos indefinidamente en presidio (siempre existe el peligro de una fuga o que un cambio de régimen los convierta en testigos peligrosos), debe buscar un medio para silenciarlos. ¿Qué hacer con ellos? Luego del lavado cerebral al prisionero se le grababa en la mente, ahora virgen, la obligación de actuar siempre a través de un sosia mecánico. Estos modernos libertos permanecían bajo control estatal hasta su muerte, utilizando siempre un doble distinto al original, para que así nadie pudiese identificarlos.

Cuando un hombre se ve frustrado en su ideal pone en duda, aunque sea por un instante fugaz, si aquel justificaba su sacrificio. En los tiempos antiguos las revoluciones aparecían revestidas de una cierta aureola romántica. Y aunque muchos consideraban desequilibrados a los rebeldes, no por eso dejaban de mantenerse expectantes sobre el resultado final. Existían metas precisas: el enemigo se hallaba a la vista, ya sea bajo la forma de un sistema político-económico caduco, o tras la careta de una doctrina mesiánica que cobijaba las ambiciones de un grupo largo tiempo dueño del poder. Pero cuando el hombre, al cabo de siglos de experiencia y de haber atravesado por cuanto régimen político y económico es dable imaginar, llega a un sistema que, en apariencia, llena las aspiraciones de todos, con la expectativa de dar por terminadas esas eternas luchas, la técnica, nunca en receso, permitía ciertas imprevisibles tretas.

Porque, ¿contra qué luchaban específicamente los actuales revolucionarios? No contra el sistema económico ni la ideología política imperantes, o contra tal o cual gobernante incapaz o malévolo, sino contra la mera sospecha de que el régimen ocultaba aspectos ambiguos. Y el origen de la imposibilidad de desenmascarar al enemigo fue un invento que, al comienzo, se le consideró la panacea universal. Cuando algunos intuyeron sus peligros, ya era tarde: los títeres.

Porque no todos se conforman con el papel de meros gozadores de un nuevo invento: algunos se dedican a buscar los puntos débiles dejados por su adopción, y cuando los encuentran los explotan en su propio beneficio. Así ocurrió con el advenimiento de los títeres. Si bien las ambiciones individualistas tienden a extinguirse cuando el hombre alcanza un bienestar material satisfactorio, dentro de un régimen de igualdad económica, las expectativas de anonimato ofrecidas por los títeres se convirtieron rápida y sigilosamente en una nueva manera de encauzar las ansias de poder, siempre latentes en un alto porcentaje de la humanidad. Garantizarle

a un hombre la impunidad, sea cual fuere el régimen político bajo el cual actúa, es un estímulo suficiente para resucitarle sus apetitos.

Fue así como un día alguien reparó en que el gobierno funcionaba en forma demasiado expedita. Las elecciones se efectuaban con regularidad y la administración estatal mantenía satisfecha a la mayoría. Pero algunos creyeron notar la repetición de ciertos vicios a lo largo de dos o tres períodos y, también, la inamovilidad de determinados funcionarios de la exclusiva confianza del gobierno a través de regímenes políticos opuestos. Cuando se dio la alarma sobre esta situación, los funcionarios desaparecieron. ¿Cambiaron de sosias? ¿O el gobierno los exoneró de sus cargos en tanto se aquietaba la opinión pública? Nunca se conoció la verdad: como el país parecía contento con sus gobernantes, cualquier reclamación se estrellaba contra una pirámide de intereses creados.

Pero la idea de que un grupo de personas, utilizando los títeres para disfrazar sus manejos, se había eternizado en el poder, sustituyendo a los gobernantes legalmente elegidos en cuanto tomaban posesión del mando, originó un movimiento que, clandestinamente, empezó a recoger pruebas para aclarar el asunto. Las medidas tomadas de inmediato por las autoridades contra los descontentos demostraron a estos que estaban en lo cierto. El gobierno propaló profusamente la noticia de que un grupo subversivo y anarquista, el cual obedecía consignas extranjeras, trataba de alterar el orden público difundiendo calumnias.

Una oscura maniobra impidió a León optar a la reelección. Ingresó entonces al movimiento revolucionario, convencido de que el gobierno había conseguido desalojar del Parlamento a todos aquellos diputados y senadores poco manejables, pasando a gobernar, a los ojos del país, con el apoyo de la más cerrada oposición. Es decir, la totalidad del Congreso Nacional integraba una misma misteriosa corriente política, aunque representando la farsa de hallarse dividido en dos bandos. Pero antecedentes así solo podían exhibirse frente a un grupo reducido: la máquina burocrática y propagandística del régimen imposibilitaba una demostración pública.

¿Qué probabilidades tenía el grupo sedicioso de derrocar al régimen? Casi ninguna en la actualidad. Los conspiradores, desprestigiados por una eficaz propaganda, que los asimilaba a los antitíteres, movimiento impopular por sus excesos, debían permanecer ocultos, adoptando mil precauciones para no delatarse, lo cual ocasionaba pérdidas de tiempo. El asesinato del ministro de Justicia (dentro del caos, conscientemente mantenido por el gobierno, se creía ver en el ministro la verdadera cabeza del régimen, aunque el gabinete cambiaba constantemente de títeres), cuya posibilidad se le presentase en forma tan imprevista a León, habría traído serias repercusiones y, con seguridad, generado una crisis de gobierno. Frustrado el intento, y descubierto con misteriosa rapidez al posible asesino, el porvenir se cerraba para los sediciosos.

¿Cómo dieron con el culpable tan rápidamente? Ahora León conocía la respuesta. Pero se hallaba imposibilitado para darla a conocer a los demás. Al gobierno no le

convenía destruir el movimiento revolucionario: prefería mantenerlo latente, aunque perfecta y secretamente controlado. De este modo el propio régimen introducía células dentro de las filas revolucionarias, manteniéndose así informado de cuanto fraguasen. ¡Cuán firme se sentiría el gobierno para permitirse el lujo de estimular a sus enemigos! Claro que con tal procedimiento evitaba que los golpes proviniesen de sectores desconocidos. Ahora León comprendía que los informes sobre los puntos débiles del régimen les fueron proporcionados por componentes de aquel. Y aunque el atentado contra el ministro de Justicia no pudo ser previsto, poco trabajo le demandó a la policía estatal encontrar al culpable en las próximas horas. Y todas estas fantásticas maniobras se facilitaban con los títeres.

Porque para mantener el máximo de sigilo y discreción, ningún conspirador acudía de cuerpo presente a las reuniones, sino mediante dobles mecánicos: un títere como mecanismo teledirigido dificulta la localización de su conductor, al revés de lo que ocurre con una emisora radial. Pero las ventajas derivadas del uso de los socios eran solo aparentes: el hecho de que los sediciosos únicamente se conociesen por sus títeres facilitaba el soplónaje. Como proceder a cara descubierta habría sido un suicidio, los gobiernos llevarían siempre las de ganar: toda revolución estaba condenada al fracaso.

Apoyado en los barrotes de su celda, León observaba los primeros parpadeos de Sirio. Los pasos lentos y mecánicos de sus guardianes recorrían con la incansable perseverancia de un reloj los larguísimos pasillos de la penitenciaría.

II

Aun para sus colaboradores cercanos —un buen político carece de íntimos— el ministro de Justicia constituía un enigma. Parco en el hablar, el rostro de su títere, de firmes facciones, rara vez se contraía con una risa jovial. Nadie conocía al original del ministro. Pero en un mundo donde los títeres imperan, nadie está obligado a mostrarse en cuerpo y alma. Los hombres consideraban sus sosias tan necesarios como sus vestidos. El andar «al natural» acabó por convertirse en algo absurdo, como salir desnudo a la calle o vestido a medias.

Porque el hombre recomenzó su historia sobre la Tierra el día en que el primer casco introyector logró el milagro de que sus miembros se sintiesen prolongados en un organismo sintético. Fue como un nuevo Renacimiento para el mundo. Y como tal acarrió la revisión y el remozamiento de todas las adquisiciones sociológicas y artísticas de la humanidad. Los títeres convirtieron al viejo planeta Tierra en un mundo inexplorado, sobre el cual es indispensable caminar cauteloso, como los exploradores arcaicos en las tierras vírgenes. El títere llevaba doscientos años en el mundo, pero solo ahora el hombre lograba la suficiente experiencia y tranquilidad para acomodar su civilización a la existencia de esta maravilla tecnológica.

Y este período de adaptación permitió ciertas jugarretas.

Ciertamente hoy es difícil abusar a la vista y paciencia de la gente: los triunfos sociales o políticos, ahora convertidos en vivencias, son imposibles de desalojar de buenas a primeras. Nadie habría creído en la posibilidad de una dictadura desembozada, por ejemplo. Ni tampoco en la permanencia sigilosa, más allá de los límites impuestos por las nuevas constituciones políticas, de algún determinado bando. Pero los títeres posibilitaron en cierta medida burlar tan perfeccionados sistemas de gobierno. Porque la perfección en cualquier orden de cosas termina por aburrir al hombre. Lo perfecto parece tanto más deseable cuanto más lejanas se encuentran nuestras posibilidades de obtenerlo. La última hora del hombre sobre la Tierra habrá sonado cuando consiga la perfección de todo cuanto le rodea. Y en esta convicción estribaba precisamente toda la filosofía del ministro de Justicia.

El sistema que permitiera al actual régimen adueñarse del poder, enmarcado en apariencia dentro del más riguroso respeto a las leyes, germinó en el cerebro del ministro de Justicia cuando, diez años antes, ocupaba el cargo de jefe de Identificación. Ocurrió que ciertos sistemas se tornaron inoperantes con el advenimiento de los títeres. Porque en esa época aún no regía la exigencia del período previo de educación del público antes de lanzar al mercado un nuevo invento, con lo cual ahora es posible evitar vicios y errores. En aquel tiempo —cuando la humanidad

se asomaba a la nueva era tecnológica— lo social y filosófico no solamente iban a la zaga de la ciencia, sino que nadie se preocupaba de prevenir las consecuencias nocivas que la adopción de un dispositivo novedoso podía acarrearle a la humanidad, porque el auge industrial que allanó el camino al advenimiento de los nuevos tiempos se debió precisamente a la absoluta libertad comercial.

Sucedió entonces que las cédulas de identidad y las fichas antropométricas, aunque continuaban utilizándose, no cumplían ciento por ciento con sus funciones. Un gran porcentaje de la población (los viejos, los inválidos o aquellos que, por alguna minusvalía física, prefirieron la solución integral de su problema ofrecida por los títeres al lento y arduo proceso de la autosuperación) pocas veces durante su vida se presentaban al natural en la vida pública. Aunque existía la obligación de entregar a Identificación el número de serie de los dobles mecánicos, el cual se anotaba en el correspondiente fichero, los originales solían marginarse por completo de la vida diaria: todos sus actos comenzaban a realizarlos los sosias.

Este desdoblamiento de la personalidad terminó por restar importancia, dentro de las actividades sociales y colectivas, al hombre de carne y hueso que conducía a su títere, porque sus conocidos solamente lo individualizaban por su sosia: el original permanecía siempre encerrado en sus habitaciones. Ocurría entonces que muchos hombres y mujeres jamás fueron vistos al natural: vivían, morían, pasaban a los crematorios y se convertían en inidentificables pavesas sin que sus relaciones hubiesen conocido sus verdaderos rostros.

El colapso de la familia, por otra parte, que multiplicó los casos de la gente solitaria (los hijos naturales o legítimos pasaban a depender de las cooperativas estatales, quienes los criaban y educaban), permitió fraguar suplantaciones o prolongar en forma indefinida la supervivencia de gente largamente muerta. Este fue el descubrimiento hecho por el futuro ministro de Justicia que les permitió a él y a un grupo de colaboradores asentarse en el poder por un período cuyo término aún se perfilaba lejano. Algunos países lograron prevenir en su oportunidad la posibilidad de semejantes tretas, pero la mayoría aún vivía la infancia del títere: corrían al mismo riesgo.

El ministro de Justicia puso en práctica su plan en cuanto hubo conocido el resultado de una elección presidencial. La misma noche del triunfo, el vencedor del bando contrario al gobierno en funciones fue raptado sin que ninguno de sus partidarios se enterase. Pero al día siguiente acudió a las emisoras oficiales —su sosia, por cierto—, y envió un saludo a la nación. Porque tanto el original del candidato electo como varios de sus colaboradores inmediatos se hallaban encerrados en las más aisladas mazmorras de la penitenciaría política del Estado. En una semana la superchería quedó perfeccionada: alrededor de cien personas fueron suplantadas en el más absoluto secreto. Como entre los secuestrados figuraban los líderes del movimiento de oposición, este siguió desplegando normalmente sus actividades, sin que ninguno de sus miembros sospechase algo. Ante la opinión pública, un nuevo

régimen político regía los destinos del país, pero aquella ignoraba el hecho insólito de que dos partidos políticos diferentes estuviesen dirigidos por un mismo grupo.

En un mundo donde el equilibrio material alcanzado permitía al hombre medio desentenderse de las cuestiones políticas, relegándolas a un segundo o tercer plano, nadie habría alentado suspicacias aunque lo hubiesen puesto al tanto en detalle de la añagaza: se hubiera limitado a encogerse de hombro o a sonreír. Los golpes de Estado y las revoluciones políticas son historias arcaicas. ¿Quién podía creer en su supervivencia? El ministro de Justicia, concededor de la psicología humana, sabía que tan sutil mecanismo tampoco se sustrae al principio de la inercia: tomando las debidas precauciones, nunca se llegaría a sospechar la suplantación.

El ministro, frente al escritorio de trabajo de su residencia privada, apartó los papeles esparcidos sobre la mesa y clavó la vista en una fotografía colgada en la pared lateral. El rostro de una mujer de unos treinta años, con el pelo rubio desordenado por el viento, de facciones definidas aunque melancólicas, miraba a lo lejos con una especie de resignación algo desvirtuada por su ceño duro. El ministro contemplaba la reproducción con una mirada vacua, los labios un poco más contraídos que de costumbre.

Tamara: nombre raro, difícil de olvidar. Porque hay nombres que son inseparables de sus propietarios. Basta recordarlos para que acuda a la mente la personalidad entera del dueño. Cuando se conoce a una persona, su nombre puede parecernos un accesorio molesto: nuestra mente tarda en asimilarlo a aquella.

No así Tamara.

El ministro, aun antes de conocerla, pensaba que Tamara sería tal como resultó ser cuando la hubo conocido. Amante de León, el revolucionario que aguardaba su ajusticiamiento. El ministro tuvo su primer contacto con ella cuando se desempeñaba como un oscuro funcionario de Identificación. Vecinos durante varios años, sus relaciones con Tamara no pasaban del breve saludo durante sus esporádicos encuentros cuando partía a su oficina, o al regresar por las tardes a su departamento. Cuando mucho intercambiaba con Tamara uno que otro comentario trivial. Ella le daba un trato circunspecto, cauto, incluso receloso, provocado quizá por la misma naturaleza reservada del futuro ministro. Falta de espontaneidad: Tamara en una ocasión, durante esos brevísimos encuentros en el largo y monótono pasillo donde se abrían las puertas simétricas de decenas de alojamientos, invadido por una luz amarillenta, débil, que dibujaba sombras en los rostros y arrancaba raros destellos de las pupilas, le había insinuado en forma velada, discreta, aquella condición que parecía resaltar en la personalidad del ministro.

Pero tampoco ella parecía dispuesta a abrirse, y la esperanza alentada por él de que ello ocurriese no se perfilaba realizable. Porque él se sentía incapaz de tomar la iniciativa, aunque la mujer le produjera una secreta debilidad. Veía llegar a León, muchas veces ya avanzada la noche, y meterse en el departamento de Tamara, para quedarse allí hasta el amanecer. Otras veces abandonaban juntos el alojamiento.

Durante mucho tiempo había pensado que él, como la mayoría de los hombres, necesitaría de un gran amor para poder realizarse a sí mismo. En sus noches, estiradas por la soledad, añoraba a veces la compañía de una mujer, y reflexionaba que, mientras él tejía ilusiones para distraerse, León, aquel hombre pleno de vitalidad y ambiciones, descansaba de las fatigas diurnas junto a Tamara. Un estímulo así (saberse amado por una mujer como Tamara) debía ser decisivo —meditaba por entonces el ministro— para que un hombre se superase.

Quizá la condición básica de un político sea la elocuencia, necesaria no solamente para convencer a los electores, sino también a todas las personas que se vinculan de alguna manera con su existencia. Un político debe sentirse tanto más realizado en la medida en que el mundo responde a sus convicciones, ya sea votando por él, o cambiando de ideología gracias al brillo de su argumentación, o también, tratándose de mujeres, viendo cómo lentamente comienzan a bajar sus defensas. Dentro de la política el hombre se enfrenta minuto a minuto con elementos a los cuales debe someter a sus creencias, o simplemente apartar de su camino cuando los ve oponer dificultades insalvables.

Allí era donde el ministro notaba su principal diferencia con León: se sentía incapaz de convencer a nadie de lo que fuese. Pronto creyó comprender el porqué: sencillamente, porque no creía en nada.

Porque la elocuencia de León emanaba sin duda de su misma convicción en las doctrinas que defendía. A veces el ministro trataba de determinar las causas de su escepticismo frente al mundo. Creía carecer de complejos, y tampoco recordaba experiencias desdichadas a las cuales atribuir su modo de ser, excepto, por cierto, su accidente. El amor no constituía para él un motivo de preocupación, y si Tamara llegó a perturbarlo fue más que nada por el hecho de saberla cerca, y por su conocimiento de algunos aspectos de la vida íntima de la mujer. Quizá por eso mismo la deseaba, o tal vez porque sentía un secreto desprecio por León y sus actividades, y no llegaba a comprender cómo una mujer de la categoría de Tamara se hubiese enamorado de él.

Por una vez al menos, dentro de su solitaria y aislada existencia, tenía oportunidad de compararse con un semejante quien, dedicado a una actividad por él menospreciada —no mucho más que otras, a decir verdad—, poseyera algo que a él le habría gustado tener: Tamara. Ella le hizo comprender cómo el amor puede llegar a convertirse en un sentimiento excluyente. Porque ella, a no dudarlo, vivía pendiente de cuanto realizaba o decía su amante, y le guardaba fidelidad. Por lo menos el ministro no le conocía otros amigos, ni siquiera amigas: Tamara llevaba una existencia bastante solitaria.

Tales reflexiones sobre la personalidad de Tamara excitaban su curiosidad por conocerla. Una mañana la esperó, acechándola tras la puerta entreabierta de su departamento, porque la mujer debía pasar por allí cuando se dirigiera al trabajo. La estuvo atisbando hasta que escuchó sobre el plástico que recubría el interminable pasadizo el rumor de sus pasos. Abrió entonces la hoja como si viniese recién

saliendo y su encuentro con ella fuese obra de una casualidad. Tamara lo saludó amablemente, y durante el trecho que los separaba del metro, mientras caminaban por la vereda embaldosada, orillada de acacias, bajo una claridad fría que se filtraba a través de un cielo encapotado, mantuvieron una conversación algo más íntima que las anteriores. Cuando bajo la luz aplastante de la estación, en medio de un grupo de naturales y títeres que esperaban la llegada del metro, se despedían, ella le preguntó:

—¿Usted sale todos los días a esta misma hora?

—No, no. Hoy me retrasé. Tengo que estar en mi oficina a las ocho.

—¡Qué lástima! Por eso nunca antes nos habíamos topado.

Dijo esto de manera espontánea, con naturalidad. A través de la ventanilla del tren le hizo ella una seña de despedida. Aunque la mujer no revestía las características de una obsesión dentro de su vida austera (del departamento a su oficina, y de esta a aquel: a ello se reducían sus actividades diarias), este primer encuentro le pareció alentador.

Una semana después se le presentaría la oportunidad, aunque sin buscarla esta vez, de conversar más largamente con la mujer. Volvía del trabajo, ya avanzada la tarde —un atardecer melancólico, frío, impregnado de una niebla que revestía de una reluciente pátina las calles, donde las luminarias se reflejaban como largos fantasmas anaranjados—, cuando divisó adelante, trepando la escalera de acceso, la silueta de Tamara envuelta en un tapado brillante. La alcanzó en el pasillo, pero tratando de dar a su llegada la naturalidad de un paso normal. Tamara miró el reloj, y lo invitó a pasar.

Hablaba con una cierta fuerza interior, que otorgaba un particular interés a cuanto decía. Tanto ella como su departamento irradiaban sobriedad: muebles confortables y una biblioteca que cubría todo un muro, tamizado el ambiente por una luz discreta, que emanaba de dos lámparas protegidas por inmensas pantallas oscuras. Trabajaba en un laboratorio, y su vida tranquila, dedicada a su profesión, transcurría dentro de un mundo más o menos limitado.

Mientras él, instalado en un sillón, fuera del círculo de luz, la observaba, Tamara iba y venía por la habitación ordenando las cosas, revisando esto y lo otro. Desaparecía por breves segundos ora en el dormitorio, ora en la cocina. Conversaron sucintamente de León, porque él, con naturalidad, aludió a «un joven con que la había visto en algunas ocasiones». Su amistad databa de un concierto, y no de una concentración política, como podía presumirse dadas las específicas actividades de León, comentó ella risueña. Tamara parecía guardar una cierta reticencia con él, que tal vez derivara de la cautela propia que se tiene con una persona a quien se viene recién conociendo, agregada a esto la naturaleza prudente y mesurada de Tamara.

A las nueve de la noche, y como Tamara redoblase sus cautelosas ojeadas al reloj, él se retiró: seguramente la mujer esperaba la visita de León.

Le rogó Tamara que volviese, y sus palabras no le sonaron a mera fórmula.

III

Tamara se ponía inconscientemente en guardia frente a un hombre que se esforzaba por conquistarla. Quizá a ello se debiera, reflexionaba, su desafortunada vida sentimental. Porque había sido siempre ella la que tomaba la iniciativa — pasivamente, en apariencia— ante un hombre que le gustaba. La perseverancia masculina, lejos de halagarla, la enfriaba. Jamás se dejó asediar; para su sentido práctico de la vida le parecía deshonesto permitir que un hombre perdiese el tiempo en una larga labor de conquista cuando sabía de antemano que nunca le daría el sí. Constituía una mala presa para los conquistadores profesionales, especialmente para los que piensan que ninguna mujer resiste un largo asedio. Tampoco le interesaba probar su resistencia ante un pretendiente determinado.

Pensaba a veces que en esos asuntos tal vez no procediera con una femineidad ciento por ciento. Porque la hembra debe dejarse perseguir; según los preceptos convencionales. Ella, en cambio, encontraba de mal gusto aguantar a un hombre cuyas artimañas para seducirla la dejaban indiferente. Ahora, con una mayor experiencia y seguridad en sí misma, cortaba aquellas situaciones desde el comienzo, aun a riesgo de parecer maleducada. Pero cuando un hombre le gustaba se abría de inmediato, tal vez con demasiada espontaneidad. De allí quizá el origen de algunos de sus fracasos. Pero así estaba hecha: jamás podría fingir en esos asuntos. Se sentía incapaz de simular un sentimiento con fines estratégicos.

Tal ocurrió con León: no pudo disimular su debilidad por él. Recién terminaba un largo romance con el jefe de su laboratorio, hombre torturado por infinitos delirios y complejos. Odiaba a los títeres: muchos parientes y conocidos suyos fueron víctimas, de una manera u otra, de aquella fiebre que consumía a la humanidad: la titeromanía. Pero estaba obligado a disfrazar su obsesión por temor a que sus comentarios, deformados por algún malintencionado, pudiesen acarrear sobre él suspicacias peligrosas en una época abundante en movimientos secretos de antitíteres. Ni su amor por Tamara tuvo la virtud de apaciguarlo, y la mujer se vio forzada a romper con él antes de terminar ella misma saturada de obsesiones, muchas francamente irracionales.

Por esos mismos días conoció a León. Encontrar a un individuo tan normal como el joven político, en una época rica en manías y neurosis, parecía un verdadero milagro, y en especial para Tamara, cuyo trabajo lo realizaba en un medio donde nadie podía desentenderse del problema de la época: su laboratorio fabricaba drogas y específicos destinados, precisamente, a la prevención y curación de las perversiones emanadas del desmesurado abuso de los sosias mecánicos. Pero a Tamara le gustaba

su trabajo, y no lo habría cambiado por ningún otro, porque tenía la sensación de estar haciendo algo verdaderamente útil para la colectividad. Sin embargo, comprendía que, para conservar intacto su sistema nervioso, necesitaba alternar sus labores con actividades por completo distintas a aquellas, equilibrando así su vida emocional.

León carecía de complejos y prejuicios. Pero su cierto sentido animal de la vida no le restaba brillo a su comprensión de los problemas humanos. Poseía un concepto sano de las cosas. Nunca sus actitudes se basaban en propósitos retorcidos, calculados para producir efectos futuros en obediencia a una estrategia previamente elaborada. Actuaba instintivamente dentro de la morbosidad imperante, sin que lo guiasen deseos de venganza, o persiguiendo la redención de la raza humana en pro de alguna ideología mesiánica.

Trataba de enderezar las cosas a ojos vistas torcidas, sin buscarles justificación a sus acciones. No compartía la postura política del momento que, basada en la larga experiencia acumulada por el hombre, aconsejaba dejar la solución de los problemas al devenir natural de la humanidad, porque de lo contrario se perderían tiempo y energía; es peligroso apresurar la maduración de una ideología o doctrina: se corre el riesgo de malograrla. El hombre adopta o se deshace de las cosas cuando la natural evolución así se lo aconseja. Tampoco León cultivaba fobias por los títeres: los atacaba cuando estos irrumpían abiertamente en contra de las leyes naturales, o servían de instrumentos para materializar algún maquiavélico plan, tal como ocurriera en otros países.

Su amistad con León le produjo a Tamara una verdadera catarsis, aunque presentía que ese mismo modo de ser sano y directo del político terminaría por separarlos. Cuando una persona sabe perfectamente lo que quiere, y en la práctica se ha trazado un plan de vida, el cual se empeña en llevar a cabo en su totalidad, necesita meter en su carril a todos cuantos influyen en su existencia. Y León actuaba así, precisamente. Tamara, poseedora de un carácter dúctil, hasta cierto punto, se acomodaba a las circunstancias, cuando estas eran tolerables, sin un gran esfuerzo. Las convicciones de León, logradas según él a costa de grandes penurias y decepciones, nadie las haría variar. Tamara comprendía que, para la buena marcha de la humanidad, es indispensable la existencia de seres así. Porque si la mayor parte de la gente poseyese su propia maleabilidad, el mundo entero se arriesgaba a meterse en el caos, del cual sería difícil, o quizá imposible, sacarlo.

León necesitaba siempre de una mujer junto a él. Estar enamorado constituía para el político una necesidad tan vital e imprescindible como comer o beber. Y no por alguna extremada sensualidad o una inconstancia patológica en el amor. Al revés de muchos, su necesidad de amar no constituía una debilidad para León.

En aquella época —las vísperas de un cambio de régimen—. León comenzaba a preocuparse por obtener un sillón parlamentario. Por entonces nadie barruntaba los sigilosos manejos que conducirían al ministro de Justicia y su grupo a adueñarse del

poder, aunque ya los bocetos del plan empezaban a delinearse en la imaginación del solitario funcionario de Identificación, pero sin que columbrara todavía la factibilidad de materializar sus ideas.

Una noche en que Tamara y León llegaban al departamento de aquella, la mujer alcanzó a divisar cómo su vecino se metía en su habitación, cerrando la puerta con un golpe seco. Sospechó ella que él la estaba esperando, con esa particular manera suya que daba la impresión de una acechanza. Aunque las veces que estuviera con él no pasasen de dos o tres, experimentaba una secreta atracción por aquel extraño sujeto, pero comprendía oscuramente que sus relaciones estaban condenadas a frustrarse. León notó la puerta que se cerraba y, también, la inconsciente tensión de su amiga.

—¿Quién vive ahí?

Le narró ella la singular amistad que la unía con su vecino.

—Es de esperar que no termines enamorándote de él y me dejes plantado — exclamó León, en uno de sus repentinos raptos de buen humor.

—No lo echés a la broma: es un tipo fascinante. Pero puedes estar seguro de mi fidelidad en este caso. Hay un detalle que siempre me separará de él...

—¿Cuál?

Entraron en el departamento, y Tamara, antes de replicar, encendió la luz y se despojó de su abrigo: su busto ceñido en una chomba blanca ofrecía una curiosa opulencia en la penumbra. Encaró a León con una larga mirada:

—Resulta que tu rival es un títere.

León lanzó una carcajada.

—Y, ciertamente, no sabes si detrás de su sosia se esconde un octogenario o un inválido.

Ella se dejó caer en el sofá, junto a León, y clavó la mirada en un cuadro que representaba una orgía de títeres, de esas que fueran tan comunes durante los primeros años de los sosias. *Senectud eufórica* se titulaba el cuadro, en recuerdo de una de las más pintorescas perversiones generadas por el uso descontrolado de los títeres.

—Que yo lo ignorase no tendría nada de particular —dijo Tamara. León le envolvió los hombros, y la mujer apoyó su cabeza, coronada de cabellos rojizos, peinados apenas, contra el pecho del hombre—. Lo terrible del caso es que él lo ignora, ¿comprendes? Está convencido de que es un hombre de carne y hueso.

León pareció sobresaltarse.

—¿Me quieres decir que tu amigo es uno de esos renacidos, a quienes se les ha inculcado la convicción de que no son títeres?

—Así es. Nunca había conocido a uno. Y tú sabes lo que son: o delincuentes readaptados, o algún pobre hombre que, a consecuencias de algún accidente, ha quedado en la más completa invalidez, y al cual, para evitarle traumas psíquicos y complejos, se le ha hecho un tratamiento para borrarle el pasado y hacerle creer que, en su nueva apariencia, es hombre natural.

—Pero ellos son felices así —puntualizó León, repuesto de la sorpresa que la revelación de Tamara le produjera—. Se han reincorporado a la sociedad como elementos que prestan servicios, que son útiles, y no una carga gravosa como ocurría con los inválidos en los antiguos tiempos.

—Evidentemente. Y en el caso específico de mi vecino, se trata de un hombre de excepcional inteligencia. Pero es horrible que él viva ese sueño, y que atribuya determinadas prohibiciones dentro de su vida a una misteriosa enfermedad psicológica producida por un grave accidente...

Aunque León sabía algo sobre los renacidos, nunca se le ocurrió analizar el problema desde un punto de vista puramente humano. Acostumbraba enfocarlo todo por el lado práctico, y así mirado el sistema de readaptación ideado para los delincuentes e inválidos le parecía satisfactorio y útil. Guiado por los principios altruistas que todo buen político debe cultivar, la posibilidad de que seres en otras épocas descartados para la vida útil pudiesen reincorporarse a la colectividad y prestar servicios, con las consiguientes ventajas para ellos mismos porque aun cuando en forma ilusoria llevaban una vida parecida a la normal, era una de las ventajas que a su juicio justificaban plenamente el uso de los títeres. En ese aspecto, ¿podría alguien negar el positivo aporte de los dobles mecánicos?

Cuando un político desea formarse un panorama inteligible de su época debe sopesar y armonizar todos sus aspectos, y no dejarse llevar por una primera impresión, por grande que sea la aberración que se la produzca. Todo cuanto el hombre adopta es bueno en principio, y si las modas llegan a degenerar en vicios peligrosos para el equilibrio social, las causas deben buscarse en la finalidad para la cual son usadas. Muchos de los vicios generados por los títeres en los primeros tiempos se habrían subsanado mediante leyes que hubiesen limitado su uso. Si bien subsistían algunas perversiones, los beneficios aportados a la humanidad por los títeres superaban ampliamente sus defectos.

Pero la historia del vecino de Tamara le despertaba una especie de pavor: que un ser humano se introyectase de tal manera en su sosia hasta el extremo de creerse en realidad un hombre de carne y hueso, no como una ilusión fácilmente despejable, sino como una absoluta convicción, que no lo abandonaría hasta el fin de sus días, parecía algo fantástico, más propio de una pesadilla que de un hecho real y cotidiano. Pero León, ya fuese por pereza mental o por una cierta tendencia a desentenderse de los problemas que se le antojaban demasiado tétricos, no siguió profundizando en el tema. Lo aceptaba como una de esas aberraciones sociales ineludibles y fatales, tal como ocurría con los dementes y enfermos incurables de la antigüedad, los cuales, por mucho que se les considerase hechos espantosos, no por eso dejaban de constituir una realidad.

Conociendo a Tamara, y sabiendo cuán fácilmente se dejaba abatir por problemas

que, en el fondo, no tenían remedio, le insinuó que se apartase de su vecino. A su vez, Tamara comprendía su necesidad de evitar al funcionario de Identificación, no por miedo a que su piedad por él se convirtiese en otro sentimiento, sino porque el enigmático sujeto no contribuía a alejarla de la atmósfera morbosa que impregnaba su laboratorio.

Pero León cometió un grave error, del cual nunca tuvo conciencia; es decir, jamás le provocó remordimientos. Porque si hubiese tratado de intimar con el vecino de Tamara, quizá muchos de los futuros acontecimientos que, junto con llevar al país a una maquiavélica tiranía, lo arrastraron a su propia perdición habrían podido ser previstos o al menos sospechados. No concluyó allí su imprevisión. Como Tamara vivía tan cerca del misterioso títere, el renacido terminó por producirle una secreta aversión. Le aconsejó a Tamara que se mudase de casa. La mujer, sospechando los verdaderos y secretos móviles de su amante —que León jamás habría reconocido ni siquiera ante sí mismo (un buen político debe ignorar ciertas evidencias cuando estas ponen en peligro sus convicciones)—, se hizo la desentendida.

Sus relaciones con León empezaron a enfriarse desde ese día, y aunque decidió poner término a su amistad con el vecino, no tardó en romper con León. Un vago remordimiento la acosaba al recordar los verdaderos motivos de su actitud con el funcionario de Identificación. Pero tampoco podía engañarse a sí misma: fue por miedo a su propia debilidad que se apartó del renacido.

Tiempo después Tamara fue trasladada a una apartada sucursal del laboratorio. Solo entonces decidió mudarse de casa. Pero la imagen del solitario títere, que ignoraba su muerte como hombre, seguiría preocupándola durante muchos años. ¿Qué fatalidad habría cegado esa vida, que en alguna época debió haber sido normal, para sumergirla en esa oscura simulación? Tamara, a pesar suyo, intuía que lo volvería a ver algún día.

León triunfó en las elecciones, pero no obstante la alegría que le despertara la noticia no lo llamó para felicitarlo. Porque esa parte de su vida, la que dedicara a León, pertenecía al pasado, y al pasado no hay que removerlo, porque de otro modo nos hace estancarnos.

Además había conocido a otro hombre.

El ministro de Justicia separó los ojos del retrato de Tamara y volvió a sus papeles. Era inútil: esa tarde no estaba de ánimo para trabajar. Dejando el estudio, cruzó la terraza embaldosada, y caminó sobre el vasto jardín, bajo la luz declinante del sol. Aún flotaba en el aire la pesadez del día caluroso, pero débiles vientos jugueteaban con los rosales y geranios, anticipando una noche fresca. Precedido por su larga sombra arribó hasta la fuente que ocupaba el centro del prado, y cuyo perenne bullicio constituía algo primordial en la vida doméstica del ministro. Surtidores de agua, expulsados por las toberas de la réplica de un antiguo cohete,

impulsaban el artefacto a lo largo de un riel hasta una considerable altura, y luego, cuando los chorros cesaban de surgir, volvía a hundirse arremolinando el agua. El ministro, cuyos tactilófonos captaban la fresca humedad de la fuente, permaneció un rato observando las maniobras del vehículo.

Ahora el hombre tenía conciencia de su soledad dentro del sistema solar: los viajes interplanetarios así lo demostraron, como también el hecho desconsolador de que colonizar cualquiera de los planetas conocidos demandaría gastos desproporcionados con la verdadera utilidad que pudiera reportar a la raza humana. Y los otros mundos presumiblemente habitables se hallaban a distancias demasiado vertiginosas como para pensar siquiera en visitarlos. Sí: por ahora el hombre debía conformarse con la idea de que su destino estaba circunscrito a ese pequeño planeta llamado Tierra, el cual, a medida del transcurso del tiempo, seguía ofreciendo al ser humano nuevos misterios, hasta obligar al hombre a pensar en que toda la inmensidad del universo se hallaba condensada en su modesto mundo. Así como para algunos pensadores la adquisición de nuevos conocimientos pone en relieve su ignorancia, el cada día mayor conocimiento de la Tierra demostraba a sus criaturas cuán poco sabían de ella.

Hubo una época en que la máxima aspiración del hombre fue la de llegar a otros mundos, porque el suyo se achicaba y no tenía nada nuevo que ofrecerle. Pero resultaba a la larga que todo el infinito del cosmos estaba bajo sus pies. La visión de las estrellas, fascinante como el canto de las sirenas, que nos hace sentir el horror de nuestra propia pequeñez y miseria, no es sino un espejismo destinado a ocultarnos el verdadero enigma que se agita a nuestro alrededor, así como la voz de los míticos monstruos cobijaba mortales peligros. Si los títeres se encargaron de revalorizar la Tierra, destacando una nueva y desconocida dimensión humana, no faltarían en lo futuro nuevos inventos que continuasen ampliando los límites aparentemente estrechos del refugio del hombre.

El ministro tomó asiento en un banco del parque, y extendió la mirada por el jardín, en cuyas flores y arbustos el crepúsculo comenzaba a tejer su vestimenta de noche. Durante las tardes le gustaba pasar revista a sus realizaciones. Nunca acostumbraba especular sobre lo futuro. Vivía en un perpetuo presente, lanzando constantes vistazos al pasado, pero por completo despreocupado del porvenir. Se sabía un hombre fuera de lo común; no necesitaba apoyar esta convicción en lo que opinaban todos cuantos lo conocían. Ya en el sanatorio, donde fuera a reponerse de aquel grave y remoto accidente, los médicos se percataron de ciertas condiciones suyas que sin duda todos los hombres guardan en el desván de su conciencia, pero sin lograr aprovecharlas sino en una insignificante medida: las percepciones extrasensoriales. Él se sabía poseedor de una muy desarrollada: la telepatía. Podía enviar y recibir mensajes sin despegar los labios y sin moverse de su sitio.

En muchos aspectos poseía las cualidades propias de los títeres, quienes, mediante un sistema de comunicación radiotelefónica, podían, como él, conversar

con cualquier persona y a cualquier distancia, siempre que el otro receptor fuese un títere o tuviese a mano un radioteléfono. Algún día el dominio de estas percepciones y su desarrollo científicamente controlado permitirían al hombre iniciar una nueva era, de mayor trascendencia y posibilidades que la de los títeres.

Todos conocían las excepcionales cualidades del ministro, pero algunos las discutían, o simplemente se burlaban de ellas. Muchos se atrevieron a tildarlo de títere, queriendo quizá infligirle una grave ofensa. Pero era aquel el único insulto que lo dejaba frío. Al revés, le hacía sentirse superior, y se apiadaba íntimamente de sus enemigos por su falta de imaginación y generosidad al no reconocer tan visibles condiciones. Razón tuvieron los médicos del sanatorio al recomendarle, como primera precaución, la de que nunca hiciese alarde de sus poderes, para evitar así envidias e incomprensiones.

Ahora, desde su alto cargo, nada debía temer de los espíritus mezquinos, pero continuaba mostrándose humilde, tratando siempre de disimular sus excepcionales dotes.

Tamara no fue capaz de comprenderlo. Sin quererlo, la mujer volvía a sus recuerdos, como esas pelusillas que alejamos de un papirote de nuestra ropa y pronto las encontramos instaladas en el mismo sitio. Ciertamente él no hizo grandes esfuerzos para conquistarla, y aún menos cuando empezara a notar su terquedad: nunca convenía forzar las cosas, y menos aún tratándose de asuntos sentimentales.

Por placentero que hubiese sido para él el saberse amado por Tamara, se sentía capaz de prescindir del amor. Los mismos médicos así se lo dijeron: necesitaba de una mujer tan extraordinaria como él; de lo contrario corría el riesgo de frustrarse. Pero hasta la fecha ninguna hembra superdotada se le había hecho presente. Por otra parte, bien pudiera ocurrir que, en vista de la trascendencia de su misión, preferible fuera mantener el celibato. Se evitaba así innumerables problemas. ¡Cuántas vidas viera arruinarse por el simple hecho de sucumbir ante una pasión! Y quienes más deben cuidarse de estos asuntos son precisamente los políticos, si quieren mantener ese mínimo hábito de enigma, indispensable para su carrera.

Allí estaba León, sin ir más lejos. Pertenecía a la escuela romántica de la política, y de ahí que fuese ostentoso, audaz, enamorado. ¿Y dónde fue a parar todo aquel despliegue de fuegos de artificio? Terminó ofuscado con su propia luz, ni más ni menos. En cambio él, ¿habría imaginado León, de haberse tomado el trabajo de conocerlo, de intimar con él en aquella distante época, que llegaría a ocupar un elevado sitio dentro de los conductores del país? Jamás.

Porque el ex diputado ignoraba en absoluto que el omnipotente ministro de Justicia fuese aquel anónimo funcionario de Identificación que trataba de ganarse la amistad de Tamara. Ella, sin duda, intuyó. Aunque en forma vaga e imprecisa, algo había columbrado.

Porque la mujer presintió su verdadera fuerza, y como en el fondo le temía, optó por separarse de él. La comprendía. Recordaba su última conversación con Tamara.

Se produjo a las dos semanas de aquel primer encuentro que tan prolijamente preparase.

IV

Tamara caminaba esa noche, sobre la vereda húmeda, afrontando las heladas ráfagas que, encajonadas por los edificios, se revestían de mil dientes afilados, deseando hallarse en su habitación para escuchar música o leer un poco antes de dormirse. Sus funciones en el laboratorio debía realizarlas de cuerpo presente y no mediante un sosia. Pocas personas carecían de títeres en la actualidad, y aquellas a quienes la especialidad de su trabajo las obligaba a desempeñarlo «al natural», siempre compraban uno para utilizarlo en sus momentos libres. Solamente una minoría insignificante, y esto durante la primera mitad de su vida, permanecían sin alter ego. Todos a la larga terminaban comprándose uno.

Tamara no poseía títere, y las veces que utilizó alguno para divertirse lo obtuvo de las casas de arrendamiento. Quizá por el mismo hecho de su poca pericia en la conducción de los títeres, las personas a las cuales conocía exclusivamente a través de sus dobles mecánicos le despertaban recelos. No ignoraba tampoco las ingratas sorpresas que podía cobijar un alter ego, a pesar de los severos castigos contemplados por la actual legislación para quienes utilizarasen los títeres en suplantaciones o con la finalidad de engañar.

Antes de cruzar frente al departamento de su vecino, tuvo la intuición de que este la aguardaba. Quizá el funcionario de Identificación fuera el único usuario de títeres que, a pesar de su riguroso anonimato, no le producía una franca repulsión, aunque sí le despertaba una leve inquietud, un curioso desasosiego, una particular fascinación. Él, dentro de su anormalidad, actuaba sin inhibirse, despreocupado de las probables reacciones que su presencia pudiese despertar. Era él mismo, a pesar de que vivía una ilusión. Con todo lo de monstruoso y desconocido capaz de ocultarse tras el títere de su vecino, a Tamara le era difícil sustraerse a su raro atractivo.

En ese instante, cuando pasaba frente a la puerta cerrada, en medio de la débil luz amarillenta del pasillo, deseó que el renacido apareciese. Como si sus pensamientos hubiesen sido captados por el títere, escuchó a sus espaldas el rumor de una puerta que se abría. Cautelosa volvió la cabeza. Se encontró con su vecino que, asomado a la puerta, la miraba con su rostro raramente humano. Irradiaba allí, en el umbral, una enigmática súplica para que ella lo invitase, como si no se atreviera a tomar la iniciativa.

—Buenas noches —lo saludó Tamara, la mano puesta en el picaporte—. ¿Todavía despierto?

—Llegué hace poco —replicó él, sereno—. Reconocí sus pasos y me asomé.

—¡Ah! —rió ella—. ¿Quiere pasar un rato a mi departamento? Tengo ganas de

conversar, ¿sabe?

Algo especial fluía esa noche de Tamara. No parecía la misma Tamara de otras ocasiones. Porque siempre se animaba al conversar, especialmente al defender sus puntos de vista, lo que hacía con bastante destreza dialéctica. Entonces su rostro y su voz, por lo general queda, reflejaban una contenida excitación. Su mímica era concisa, pero eficaz. Mas ahora sus gestos y su aspecto delataban una especie de cansancio, de languidez, aunque no de aburrimiento. Escuchaba pensativa al títere, fijándole largamente sus serenos ojos, asintiendo o negando con lentos movimientos de cabeza. Su pelo, peinado con sencillez, despedía fulgores rojizos, y un mechón rebelde proyectaba una larga sombra curvada sobre la frente pálida. A pesar de su rara indiferencia, dejaba translucir su oculto deseo de tenerlo cerca.

Porque cuando una mujer enfrenta a un hombre, solo una mínima parte de su mundo interior lo expresa mediante palabras. Y no es raro que, cuando abre la boca, diga precisamente lo contrario de lo que en ese instante piensa. De pronto Tamara permanecía largos minutos sin mirarlo. Contemplaba sus propias manos, de largos dedos cónicos con uñas barnizadas en tono natural, sin que esa contemplación delatase hastío, sino como si constituyese una nueva manera de relajarse.

De súbito fue a un estante en busca de una caja con dulces, pasando tan cerca del títere que lo rozó con su cuerpo. Le habría bastado alargar la mano para tocarla. ¿Cómo habría reaccionado ella? Porque algo deseaba Tamara esa noche, algo que permanecía envuelto en una enigmática capa de sensualidad, expectante, aguardando quizá alguna iniciativa del títere para definirse, aparentemente insegura de lo que quería, pero deseando algo no obstante.

Tomó asiento junto a su vecino, y le ofreció un dulce. Él lo declinó con amabilidad.

—¿Qué es de su amigo León? —preguntó, tranquilo.

—¿Por qué se acordó de él? —una sonrisa de curiosidad se asomó al rostro sin cosmético.

—Porque usted lo ama, ¿no?

—Creo que sí. Es un hombre que vale mucho. —Pero lo afirmó sin un gran énfasis.

Su pregunta tuvo la virtud de abrir una brecha en la indefinible atmósfera que envolvía a Tamara, y experimentó un secreto alivio, un cierto placer al comprobar con cuánta facilidad manejaba la situación.

—Usted nunca me ha hablado de su vida sentimental —dijo Tamara, con un meloso tonillo acusatorio—. ¿Está enamorado?

—En este momento no lo sé. Antes de ahora no. En lo que se refiere a mi vida anterior al accidente, no lo recuerdo.

Una vaga ternura asomó en los ojos oscuros de Tamara.

—¿Le preocupa su pasado?

—No. —La respuesta sonó cortante, definitiva. Pero suavizó la voz al proseguir —: Mi pasado de nada puede servirme. Durante mis primeros meses en la clínica se hicieron todas las averiguaciones imaginables para encontrarme parientes o conocidos. Pero nada se pudo establecer. Es posible que sea extranjero. Cuando me dieron de alta (de esto hace cinco años) me quedé a trabajar en Santiago, por si alguien me encontraba y al verme se acordaba de mí. Si en tantos años nada ha sucedido, parece difícil que pueda ocurrir más adelante. ¿No lo cree así?

—Sí, es verdad.

Sí: él creía todo cuanto le inculcaran los psiquiatras. Tal vez su títere correspondía a su verdadero físico, aunque la experiencia le indicaba a Tamara lo contrario. Una de las precauciones adoptadas con los renacidos es la de evitarles cualquier posibilidad de conectarse con su pasado. Quizá se tratase de un extranjero: existía un convenio internacional para el intercambio de renacidos: el alejamiento de su país de origen los desvinculaba definitivamente de su anterior existencia. O sea, no solo renacían en cuanto a apariencia física, sino también en cuanto a nacionalidad. Eficaz proceso. Y sobre su vida afectiva, los renacidos poseían un extraordinario dominio. Acondicionados para renunciar al amor, y encauzar sus energías hacia actividades prácticas, se compensaban con la convicción de haberse transformado en superhombres; no dudaban de que su actual cuerpo, fuerte y ágil como el de ningún mortal, era una cualidad innata y no el producto de la mecánica y la electrónica. El renacido venía así a convertirse en un dechado de perfecciones morales y físicas, cuyas energías las utilizaba en gran parte para servir a la colectividad.

—¿Qué producen en su laboratorio? —preguntó él, con su personal manera de cambiar de tema.

¿Se lo diría? Durante sus anteriores encuentros ella había evitado mencionar los títeres, aunque sin ignorar que también los renacidos se hallaban inmunizados contra el asunto. Pero ahora, impulsada por un nuevo instinto, decidió romper esa barrera.

—Trabajamos en drogas para curar las perversiones producidas por los títeres. — Tamara, calmosa, desvió la mirada hacia un rincón oscuro.

—¡Qué interesante! —exclamó él—. Usted debe ser entonces una antitítere en potencia.

Tamara le echó una ojeada cautelosa. Pero la expresión del rostro plástico permaneció impassible. No; parecía improbable que su vecino le estuviese tendiendo una celada.

—¿Por qué me lo dice?

—Cuando uno trabaja en algo destinado a combatir las depravaciones acarreadas por una moda, no es raro que dicha moda le despierte antipatías. A mí me pasaría lo mismo, al menos.

A contraluz la cabeza de Tamara se delineaba nítidamente con un fuerte trazo áureo.

—Evito dar vueltas al problema. Al principio me ocurría lo que usted dice. Pero uno termina por acostumbrarse a todo.

—Así es. Todo es cuestión de tiempo: el hombre no tarda en encontrar cualquier acto monstruoso natural y corriente, con tal que dicho acto sea adoptado por la mayoría. Se me pone la carne de gallina, sin embargo, al pensar que pudiese enamorarme de un títere. ¿Qué piensa usted?

Tamara, por un segundo, creyó asomarse a la ventana de un rascacielos, y ver allá abajo, en un panorama oscilante, los objetos, y los hombres reducidos a miniaturas. Se le oscureció la mirada, y su vecino se convirtió en una imagen imprecisa, lejana.

—Lo mismo que usted —su voz fue un susurro apenas audible.

—¿Nunca ha sido galanteada por un títere?

Evitaba mirarlo. Sentía las manos heladas y la boca seca.

—Si me llegase a ocurrir algún día... —Se quedó vacilante, los labios entreabiertos, fija la mirada en el piso, jadeando.

—¿Qué haría?

—Saldría corriendo a buscar a un hombre de carne y hueso.

Se puso de pie. Allí, en la contraluz, su figura y rostro parecieron transfigurarse: la dorada línea que configuraba su silueta la convirtió en una muchacha anhelante, a punto de tomar una decisión. Quería gritar, huir de allí, o descargar su tensión en el títere, golpearlo con furia. O deshacerle en la cabeza mecánica un jarrón o una silla. La náusea le debilitó las rodillas. Pero aquello fue pasajero. Miró al títere: sus ojos debían reflejar todo cuanto ocurría en su espíritu, porque se notaba una leve cautela en el renacido. Partió al baño, a refrescarse el rostro, que sentía arder dolorosamente.

—Con permiso —dijo al pasar entre las rodillas del sosia y la mesa de centro.

Las manos del títere se aferraron a sus caderas. La oprimían suavemente, pero con decisión. Paralogizada, no se atrevía a volver la cabeza. Una fuerza poderosa, aunque delicada, la empujó sobre las rodillas del renacido. Los brazos del muñeco la estrecharon con una extraña ternura, y los dedos plásticos acariciaron el pelo de la mujer. Tamara hundió el rostro en el pecho del sosia, y rompió a llorar.

—Por favor. Nunca más me hables de títeres, ¿quieres?

—Está bien —contestó él.

La invadió una infinita paz consigo misma, como si le hubiesen aplicado algún mágico calmante, que, de golpe, le despejase todo cuanto de ingrato y amargo solía atormentarla en sus horas de soledad. Habría podido permanecer toda la noche en brazos del títere, hundido el rostro en el pecho mecánico, de cuyas profundidades surgía el ritmo profundo de un corazón inexistente. Él permanecía silencioso, pero los dedos seguían hundidos en su pelo, acariciándola como a una chica de cortos años.

—Debo irme —dijo él, de pronto.

—¿Por qué? —La pregunta de Tamara no disimuló un desencanto.

—Prescripción médica —replicó, sonriente.

Se puso de pie sin soltarla, y alzándola en sus brazos con facilidad, la fue a dejar

al lecho. La tendió sobre el cubrecama y le besó la frente. Tamara le envolvió el cuello y lo retuvo.

—No te vayas. Quédate conmigo. Aunque sea esta noche solamente.

—No puedo. —Una rara firmeza asomaba a su voz—. Me he sobrepasado. Aún estás enamorada de León. Te arrepentirías después. Y no quiero dañarte. Gozaríamos solo de un fragmento de felicidad. Y la felicidad es demasiado fragmentaria para que la hagamos más. ¿No lo crees así?

Las mujeres como Tamara, a pesar de su alergia por los galanes profesionales, una vez en la vida al menos son víctimas de alguno. Pero él declinaba ese honor. Comprendió que su amistad con Tamara había llegado esa noche a su punto crítico. Lástima que hubiese ocurrido tan prematuramente. Aunque Tamara se le estaba convirtiendo en algo semejante a una obsesión, cosa que no le convenía. Pero el solo hecho de que lo ocurrido esa noche le sirviese a Tamara para olvidarse de León, para reducirlo a sus verdaderas proporciones, le parecía algo positivo. Porque estaba seguro de que Tamara lo evitaría en lo sucesivo.

Y así ocurrió.

Pero después de cuatro años sin verla, volvía a encontrarse con Tamara, casada ahora con un alto funcionario del Ministerio de Justicia, al que solía ver con cierta frecuencia. Tamara quizá conociese el proceso de su encumbramiento. ¿Qué habría pensado ella? Las veces que estuvieron juntos, siempre en alguna reunión oficial, no hicieron alusión a su anterior amistad. Por un mutuo y tácito acuerdo, simulaban que recién se conocían. Ella se notaba nerviosa cuando volvieron a encontrarse, como si no quisiera que su marido se enterase de su anterior amistad con el ministro: era evidente que aquel ignoraba esa parte de la vida de Tamara. Quizá nunca había abordado el tema con su esposo, o tal vez no se le presentó la oportunidad de hacerlo. Y a veces se necesitan años para explicar una situación creada por un segundo de duda, de mera indecisión. Rodolfo, el marido de Tamara, había desempeñado un importante papel en la captura de León, el revolucionario. Fue un amigo de Rodolfo, a la vez conocido de León, quien se encargó de soplarle al ex diputado, en forma aparentemente fortuita, la identidad del agente de policía que vivía en las cercanías de su casa.

Porque el ministro de Justicia, conocedor de la psicología humana, sabía que con ese antecedente en su poder el recalcitrante enemigo del régimen no vacilaría en dar un golpe de audacia. Nunca previó un desenlace tan halagüeño, es decir, que fuese el propio León el encargado de conducir el títere policial, cuyo casco poseía una unidad de control cuya existencia ni el mismo policía sospechaba.

¿Qué pensaría Tamara de él si conociese esos entretelones?

V

—Los grandes se divierten más que los niños con esto —comentó Rodolfo antes de colocarse el casco introyector.

Tamara sonrió, distraída. La habitación, atestada de hombres, mujeres y niños, hervía de movilidad y parlanchinería, que iba decreciendo a medida que las cabezas desaparecían bajo las escafandras, aprontándose todos para experimentar el vértigo de un vuelo espacial en el Parque Nacional de Juegos.

—Vamos, Tamara, ponte el casco.

Rodolfo, con la insistencia de un niño de cortos años, había conseguido llevarla al parque.

—Espero que cuando Filippo sea grande lo traerás seguido. —Ella, lentamente, se colocó el casco introyector.

Se encontró instalada junto a una decena de títeres vestidos con trajes del espacio, en el interior de una estrecha cabina.

—¿Qué te parece, Tamara? Vamos hacia la astronave. Es una perfecta ilusión, ¿no?

—En este mundo se vive más de ilusiones que de realidades —comentó ella, sentenciosa.

—Pregúntale a nuestro ministro de Justicia, si no. —Dentro del casco espacial, detrás del cristal de observación, el rostro de un hombre de facciones decididas y audaces sonreía a Tamara—. Él vive su ilusión, y es perfectamente feliz.

Tamara suspiró. ¿Qué rostro tendría su títere astronauta? Le faltaba un espejo para verlo. Debía ser el de una mujer; de lo contrario, Rodolfo habría hecho algún comentario jocoso. Generalmente, Rodolfo evitaba hablar del ministro de Justicia. Tamara se sentía infiel cuando recordaba su amistad con el extraño títere y su falta de valor para confesársela a Rodolfo. Pero los hombres no siempre comprenden esas cosas. Al percatarse Tamara de que Rodolfo debería trabajar cerca del ex funcionario de Identificación, ya fuera por debilidad o por otra causa subconsciente, no se decidió a abrirse con su marido en ese instante. Y comprendió que jamás lo haría. Aunque Rodolfo exhibiese una personalidad fuerte, decidida, segura de sí misma, lo sabía débil y celoso. Le confesó sus amores con León, y aunque en esa ocasión pareció no darle importancia al asunto, Tamara intuía que su marido le guardaba una secreta aversión al revolucionario. Rodolfo evitaba comentar con ella la captura de León, y Tamara, a su turno, temiendo provocarle algún disgusto a su marido manifestando una preocupación desusada por el futuro del prisionero, prefería morderse la lengua, aunque anhelaba saber algo. Comprendía que su marido, conscientemente, evitaba el

tema; con un empecinamiento infantil parecía ignorar que la única noticia de esos días era la captura del revolucionario, y esta actitud revelaba una cierta mezquindad suya, la cual, siendo comprensible, apenaba a Tamara.

Las puertas del vehículo se abrieron, y el grupo de astronautas descendió ordenadamente a una vasta losa de concreto que reverberaba bajo el violento sol estival. Guiado por las instrucciones de un guía, el grupo se dirigió al gigantesco cohete de superficie acerada que se erguía adherido a la torre de lanzamiento, hundida la proa afilada en el cielo hirviente. Se trataba de un simple vuelo suborbital: el cohete, luego de remontarse a una altura de veinte mil metros, descendería con la ayuda de paracaídas. Los títeres se metieron en el ascensor que llevaba a la cápsula de viaje, situada en la punta del proyectil, a más de cuarenta metros de altura.

—¡Pensar que durante los primeros vuelos espaciales se utilizaban cohetes como este! Hacer un viaje por medio de un sosia, pase. Pero de cuerpo presente...

Mas la mente de Tamara permanecía ajena al cohete, al cosmódromo, a los demás astronautas, a todo cuanto la rodeaba. Pensaba en el ministro de Justicia. León y los demás revolucionarios hicieron fe entonces en la farsa difundida por el gobierno de que el secretario de Estado solía acudir de cuerpo presente a determinadas reuniones oficiales. En cierto sentido no se mentía con esta afirmación, porque el ministro identificaba su cuerpo mecánico con el natural, gracias al tratamiento psiquiátrico. De haber sabido Tamara que una de las metas del movimiento sedicioso era el asesinato del ministro de Justicia, habría sido capaz de prevenir a León sobre la inutilidad de su esfuerzo, aunque un paso semejante le hubiese significado una renuncia ante sí misma. Jamás podrían asesinar al ministro. Los revolucionarios iban tras un espejismo. Quizá algún día se enterasen del equívoco, o tal vez ya lo conocían, porque los motivos que indujeron a mantener el secreto del ministro no fueron solamente razones de Estado —aunque también las hubo, pero con la única finalidad de acentuar el misterio e impenetrabilidad que rodeaban todos los actos del gobierno —, sino por la situación de renacido de aquel, es decir, por causas humanas y terapéuticas.

Los conspiradores luchaban contra auténticos molinos de viento, porque ni siquiera tenían la certeza de que los hechos hubiesen ocurrido tal como los imaginaban, o sea, que un grupo se hubiera apoderado del gobierno valiéndose de una treta ingeniosa. La meta de los revolucionarios se escondía en una espesa cortina de humo, activada por el gobierno con todos los métodos a su alcance, transformándose así en una suerte de ameba sin forma conocida, en algo confuso, indefinido, que cambiaba de fisonomía momento a momento, de acuerdo a las circunstancias. A todo esto se agregaba el hecho fantástico de que la vida del ministro de Justicia jamás había corrido peligro. Y sin embargo a León se le condenaba precisamente por haber intentado asesinarlo.

—¿Sabías que en Brasil hay un parque con reproducciones fieles de paisajes lunares y marcianos, para que los viajeros tengan la perfecta ilusión de llegar a otros

mundos? Y existen monstruos mecánicos que salen al encuentro de los astronautas. ¡Qué entretenido debe ser! ¿No?

Tamara tenía la certeza de que Rodolfo algo le ocultaba. Pero también comprendía que su misma delicada función en el Ministerio de Justicia lo obligaba a guardar cautela aun con su propia esposa en determinados asuntos. Habría sido absurdo arriesgar la estabilidad de su hogar metiéndose en algo a lo cual solo la unían lazos sentimentales.

León se labró su propia ruina. Ahora, cuando analizaba las debilidades de su ex amante con la perspectiva y serenidad otorgadas por el tiempo, las veía con nitidez. León era un idealista romántico siempre presto a combatir al lobo, pero sin tomar precauciones antes de atacar. Quizá poseyera algunas de las cualidades atribuidas a los antiguos héroes. Pero la época de los héroes pertenecía al pasado: integraba la mitología de los actuales tiempos, porque ahora la colectividad no necesitaba del heroísmo de nadie. Aunque estuviese ocurriendo en el gobierno cuanto los revolucionarios presumían, tarde o temprano la engañifa quedaría al descubierto; si hasta ahora se mantuvo oculta fue por una simple razón: nadie, exceptuando a los rebeldes, estaba demasiado descontento con el régimen. Lo cual no implicaba por cierto que «todo estuviese maravillosamente en el mejor de los mundos posibles»; pero dentro del perenne esfuerzo de la raza humana por alcanzar la perfección, el camino parecía bueno.

Tampoco olvidaba Tamara que durante su juventud jamás cultivó una filosofía tan conformista, y muchas veces se rebeló contra las cosas establecidas, muchas de las cuales permitían abusos y atropellos. Pero sin duda que la humanidad estaba logrando un cierto grado de madurez media. Subsistían los inmaduros, aquellos que se empeñaban en seguir siendo niños, pero sin formar mayoría. León tal vez fuese uno de ellos.

Dentro de la cápsula, de base circular y techo cónico, provista de ventanillas por donde penetraban los rayos del sol como barras de metal fundido, los astronautas fueron atados por el técnico a las sillas de viaje. Luego el guía abandonó el estrecho recinto, y por una pantalla de televisión los astronautas vieron alejarse la torre del ascensor, quedándose el cohete como un aislado monolito dentro de la vasta llanura de hormigón.

—Estos son los momentos más emocionantes —comentó Rodolfo, eufórico—. ¿Estás nerviosa?

La voz impersonal contaba los segundos:

—... tres, dos, uno, cero.

Con gran lentitud el cohete empezó a separarse de la nube de fuego generada por sus toberas. Tamara sonrió. ¿Qué pretendía el hombre con todos aquellos subterfugios? ¿Engañarse a sí mismo? ¿Acentuar lo ilusorio de la vida, y convertirla mediante los túteres y la tecnología en un ininterrumpido sueño? No obstante aquel despliegue de ardidés aparentemente infantiles, Tamara intuía, a veces, que algo

monstruoso se agitaba en el trasunto de la historia humana. Quizá León no fuese tan loco. Quizá los revolucionarios no anduviesen tan descaminados. Quizá el ministro de Justicia fuese... ¿Quién era el ministro de Justicia? Ni él mismo lo sabía, según Rodolfo. Y así lo pensaba la propia Tamara. Pero evidentemente alguien dentro del gobierno debería conocer al original que conducía el títere del ministro.

Cuando Tamara llegaba a esta parte de sus reflexiones, se sentía acometida por una especie de relajamiento psíquico, que le impedía seguir ahondando en su búsqueda. ¿Para qué? ¿Ganaría algo el día que llegase a despejar la incógnita, si es que alguna vez lo lograba?

Quizá fuese preferible seguir explotando el inagotable filón de ilusiones de la vida humana, y no enredarse en disquisiciones inútiles.

El cohete, ahora en lo más alto de su trayectoria balística, permitía a los viajeros disfrutar de la ausencia de gravedad durante el corto período en que la cápsula, libre del empuje, describía una amplia parábola antes de empezar su caída. Abajo, el gran parque de diversiones dormitaba acoquinado por la resolana, achatado como una maqueta de vivos colores. Allí, en esa cima, uno se convertía en el dueño del mundo o, por lo menos, se hallaba en paz con él. Tal como la vida: el cohete empieza con el ímpetu propio de la juventud, consumiendo en poco tiempo la mayor parte de su energía —la primera etapa—, para entrar luego en la plenitud de su viaje, donde disfruta del esfuerzo anteriormente desplegado —la madurez—, y declina y comienza su inexorable camino hacia la muerte, como la cápsula de viaje que pronto caería irremediamente atraída por la gravedad, la cual como la vejez empuja al hombre hacia su fin, convirtiendo la medicina y la terapéutica en algo menos que el paracaídas que permite a la cápsula tocar el suelo con relativa suavidad.

Antes de Tamara, la vida de Rodolfo transcurría insulsa, vacua. Pero siempre eludió un enfrentamiento consigo mismo.

La mujer y el niño vinieron a encauzar su existencia, a iniciar una etapa de valorización de sí mismo. Alumno gris durante los estudios, su mediocridad fue acentuada por compañeros brillantes que nunca dejaron de acompañarlo. Aquellos genios potenciales, engreídos y fatuos, contribuyeron en gran medida a empequeñecerlo. Porque el hombre de éxito lo acapara todo: honores, primeros puestos, la admiración de las mujeres. Perdió su primera novia a manos de una de esas lumbreras. De allí nació su timidez con las mujeres. Llegó a odiarlas cordialmente. Su vida solitaria le dio fama de apocado y torpe. Pero terminó sus estudios y, hallada una ocupación decente, empezó a hacer carrera.

Tampoco descollaba en su vida profesional. Lo postergaron, lo humillaban jefes irritables, y era cambiado de puesto sin siquiera consultarle previamente su parecer. Y aunque vio cómo varios de sus geniales compañeros de estudios se iban eclipsando hasta el extremo de nunca volver a verlos ni oírlos mencionar, siempre le salía al

encuentro, truncando sus ambiciones, alguien de mayor talento. Quizá ese fuera el destino que nunca lo abandonase a lo largo de su vida: verse siempre desplazado por tipos brillantes. Sin embargo, aunque a trastabillones, logró una situación estable, superior a la de muchos de los superdotados que conociera en su juventud. Pero la colectividad se deja deslumbrar con facilidad por las estrellas fugaces, relegando a segundo término a tipos que, si bien no tan espectaculares, ofrecen por lo menos la garantía de un rendimiento medio constante. Y así, cuando volvía a dejarse consumir por las frustraciones, apareció Tamara.

Como todo desesperanzado, que por inercia se hunde cada vez más en la desesperanza, oponiendo una terca resistencia a quienes le tienden la mano, quiso al principio alejarse de Tamara. Más aún al enterarse de los amores de Tamara con León, porque la idea de que ella hubiese sido amante de otra de esas lumbreras que tanto le hicieran padecer lo llenaba de furor. Y aunque logró superar este aspecto del asunto, siempre cultivó un sordo rencor contra el ex diputado, rencor reactivado al notar la mal disimulada preocupación de Tamara al enterarse de la captura y encarcelamiento de León. Rodolfo poseía una gran sensibilidad para captar esas casi imperceptibles reacciones de las mujeres cuando se les menciona a un ex amante. Un brillo desusado en la mirada, una levísima alteración en el tono de voz, una respiración ligeramente anhelosa, todo cuanto hace recordar una vida íntima, saturada de secretos placeres nacidos de la realización de un amor pleno. Porque Tamara no permanecía fría ante el destino de León, sino que trataba de revestirse de una hipócrita indiferencia. Odiaba a León. Y al verlo ahora derrotado experimentaba la placentera sensación de que, por lo menos, el destino le daba la oportunidad de vengar en León todas las amargas y frustraciones sufridas por culpa de los individuos brillantes. No descansaría hasta verlo convertido en un ente desvinculado por entero de su existencia anterior, es decir, en un renacido.

Sus funciones en el Ministerio de Justicia le permitían estar en contacto periódicamente con el enigmático ministro. Y el títere había empezado a distinguirlo. ¿Por qué? Rodolfo lo ignoraba, pero no parecía raro que una vez en la vida al menos le tocara un jefe comprensivo, el cual supiese valorizar su trabajo. Ascendió rápidamente, ganando en poco tiempo más grados que los obtenidos desde los comienzos de su carrera, hasta llegar a su actual cargo de jefe coordinador entre la policía técnica y los Tribunales de Justicia. No se trataba de un puesto de especial jerarquía, pero sí lo suficientemente representativo como para dejarlo satisfecho. Ahora las mujeres se fijaban en él, y aunque trataba de mantenerse fiel a Tamara, pronto descubrió que es posible correr agradables aventuras sin herir a nadie. Reflexionaba también —como una justificación de sus pequeñas infidelidades— que, habiendo sido Tamara una pieza importante en la consolidación de su personalidad, nada influyó en el éxito de su carrera, porque el ministro de Justicia de todos modos lo habría distinguido.

Se sentía en paz con Tamara. La idea de que su mujer, ex amante de uno de esos

intolerables hombres de talento, lo hubiese ayudado a superarse le hacía sentir una cierta inferioridad. Ahora confiaba plenamente en sí mismo: no fue por un azar que el ministro de Justicia se percató de sus merecimientos, sino porque los tenía. Era acreedor a una recompensa después de una vida tan llena de penurias y privaciones. Así es que no vaciló en compensarse de sus padecimientos gozando de las más bellas y jóvenes funcionarias de su dependencia, sino también tratando duramente a los presumidos que, aureolados con la fama de talentosos, venían a ocupar cargos bajo sus órdenes. Si algún día Tamara llegaba a enterarse de esas cosas, le hablaría francamente. Si comprendía, bien; de lo contrario, ¡qué le iba a hacer!

Y ahora se le presentaba la oportunidad de desquitarse de León. Supo que el gobierno buscaba una persona conocida del revolucionario para poder tenderle una celada. Y Rodolfo recordó a un antiguo compañero de Tamara, el cual, además, mantenía una cierta amistad con León. Se trataba de un individuo de quien nadie podría sospechar. Fue a hablar personalmente con el ministro, para exponerle su idea. El títere lo escuchó en silencio, sin hacer comentarios, limitándose a preguntarle cómo había conocido a esa persona. Le explicó él que por intermedio de su mujer, a quien el ministro conociera en reuniones oficiales. El ministro le clavó sus ojos de cristal, pero su rostro sintético permaneció impassible. Grande fue su satisfacción al ver cómo el ministro seguía su plan. Elías —que fuera camarada de laboratorio con Tamara—, intimidado por la policía política, tuvo que prestarse para la maniobra.

Y así fue como se produjo el encuentro callejero de León con Elías, y la casual pasada por allí del agente secreto. León cayó en la trampa. Nadie, excepto el ministro, se enteró de la participación de Rodolfo en la captura del revolucionario: no quería arriesgarse a ser víctima de una venganza. Esperaba un nuevo ascenso por su colaboración. Pero nada ocurrió. Decepcionado, se percató de que el ministro no parecía darle una gran importancia a su ayuda. Pero se consolaba con el hecho de haberse desquitado del ex amante de Tamara.

Los astronautas regresaron al lugar donde debían despojarse de sus títeres. Tamara siguió silenciosa, como sumida en melancólicas reflexiones. El paseo no había logrado entusiasmarla. Las mujeres son así: incomprensibles. Lo mejor es no hacerles caso. Si él, Rodolfo, desde su juventud hubiese practicado tan sana política, se habría evitado innumerables amargas y desencantos.

VI

Un sexto títere apareció en el refugio cuando los conjurados, terminada la secreta sesión, se disponían a partir. El recién llegado permaneció un momento de pie junto a la mesa, examinando los oscuros rincones de la habitación, y comenzó a hablar con el tono característico de quien se sabe poseedor de un gran secreto. Sus largos miembros y prominente nariz hacían recordar a un fantoche de utilería. Sus mismos gestos eran desiguales y grotescos. Al cabo de muchos circunloquios que terminaron por irritar a los demás, largó su secreto:

—El ministro de Justicia es un títere.

Luego de un breve silencio —despertado por su revelación— estallaron exclamaciones de sorpresa y escepticismo.

—Un renacido, ¿entienden? No era un secreto mantenido por disposición oficial, y por eso mismo pudo permanecer tanto tiempo en el misterio. En nada cambia esto la situación de León ante la ley. Pero al menos sabemos que no ganaremos nada destruyendo el títere del ministro.

—Pero ¿quién es el original, entonces?

—Ese es un secreto que se mantiene en forma absoluta.

El títere siguió su relato, adornándolo con mil rodeos e inútiles aderezos, como para valorizar así sus revelaciones. Todo lo supo por intermedio de una muchacha, funcionaría del Ministerio de Justicia, con la cual mantenía una estrecha amistad, y que a su vez fuera la esporádica amante de un tal Rodolfo. Este individuo, que gracias a la amistad y protección que le dispensaba el ministro, había conseguido hacerse una rápida carrera después de permanecer años en el anonimato, fue quien más contribuyó a la caída de León.

—¿Por qué decían que el ministro acudía a veces de cuerpo presente a las recepciones oficiales? —preguntó Jorge.

—Eso forma parte del maquiavelismo oficial, simplemente. Como todo el mundo trata al ministro como a un hombre de carne y hueso, y a nosotros solo ahora último se nos ocurrió la idea de asesinarlo, no es raro que nunca antes hubiésemos intentado conocer la verdad. Nos preocupaba la función, no el hombre. Que utilizase o no un títere, era secundario para nuestros planes.

—Debemos averiguar qué hacía el ministro antes de ahora. Eso puede servirnos.

—Algo alcancé a saber yo —exclamó el títere, dramático—. Hace una semana que estoy haciendo averiguaciones. Ese Rodolfo se ha convertido en un pozo de oro. Mi amiga lo conoce muy bien. Está casado con una mujer que se llama Tamara. ¿Les suena ese nombre?

—¡Tamara! ¿No se llamaba así una antigua amante de León?

—Exactamente, señores: también a mí me sonó el nombre. Poco me costó comprobar que ella es efectivamente la amiga de León.

—¿Será la culpable de todo?

—También pensé lo mismo al comienzo. Pero Tamara hace años que no veía a León, y se separaron en buena armonía. Sin embargo hay un detalle que me hace dudar de su inocencia: Elías, ese amigo de León por intermedio del cual conocimos al miembro de la policía política, fue compañero de trabajo de Tamara.

Las exclamaciones de los revolucionarios arrancaron ecos del refugio. El títere, imponiendo silencio con un gesto teatral, prosiguió:

—Sí, señores. Resumiendo: Tamara, que fuera amante de León, es en la actualidad la esposa de ese tal Rodolfo, el cual por razones desconocidas se ha ganado los favores del ministro. Elías, que conocía a León cuando este era amante de Tamara, fue quien proporcionó el dato fatal a nuestro amigo. ¿No es como para pensar que todo fue una trampa preparada a conciencia por el gobierno para pescar a León? Rodolfo o Tamara, o ambos de mutuo acuerdo, y por instrucciones del gobierno, usaron a Elías para perder a León. Nuestro próximo paso fluye por sí mismo, y no lo podemos dilatar, aun a riesgo de exponernos.

La gota de agua, a lo lejos, puntualizó la aseveración con su húmeda sonoridad.

—Sí —dijo Jorge—. Necesitamos interrogar a Rodolfo, Elías y Tamara. ¿Es eso lo que sugieres, Alfredo?

A León ya no le preocupaba la inminencia de su ajusticiamiento. Las estrellas empezaban a pestañear en un cielo negro. Quizá fuese el último crepúsculo que el prisionero viera antes de su ejecución. No volvería a ser León, con todo cuanto de brillante y mísero dicho nombre implicaba. ¿En qué se convertiría en un futuro próximo? ¿Qué personalidad habrían escogido sus enemigos para hacerlo renacer? Había sido engañado por Elías. ¿Y Tamara? No: imposible que ella fuese capaz de semejante felonía. Pero no así su marido, Rodolfo, ese retorcido funcionario del Ministerio de Justicia, a quien conociera de referencias cuando se enteró del matrimonio de Tamara. La esencia de la mediocridad. ¿Cómo Tamara, siendo tan inteligente, pudo enamorarse de ese tipo?

Porque Tamara tenía un punto débil: creerse predestinada a levantar hombres caídos. Siempre se sintió atraída por aquellos individuos que cruzaban por algún período álgido, que estaban a punto de frustrarse. Tamara, como la madre primordial, ofrecía a los desamparados su regazo para que hundieran allí el rostro y evitasen las mil caras espantables y deformes de la realidad. El jefe de su laboratorio, por ejemplo, y otros anteriores a él, así lo demostraban. León vino a constituir una excepción, y quizá por eso mismo sus relaciones se enfriaron tan rápidamente. Porque también Rodolfo, de acuerdo con lo que sabía León, era un individuo

fracasado, de insignificante personalidad.

Pero Tamara cometió un error al empeñarse en la conquista de un hombre que, al revés de sus otros pretendientes, carecía de inteligencia o de las cualidades intelectuales que tanto la atraían. Tal vez en aquel mediocre quiso resarcirse de todos sus anteriores fracasos: una vez más trató de ser la madre capaz de aliviar los padecimientos del desamparado. Sin duda Tamara vio realizados sus sueños en Rodolfo: reconstruyó la personalidad del apocado funcionario, y lo hizo superarse y salir del marasmo que lo estaba consumiendo. Pero León tenía la certeza de que a Rodolfo le faltaba la suficiente sensibilidad como para valorizar todo cuanto le debía a Tamara. Por una simple asociación de ideas, León sabía ahora cómo fue planificada su captura. Porque a través de Elías se enteró del matrimonio de Tamara con Rodolfo, y conoció algunos aspectos de la personalidad del marido de su amiga. Tamara, que tanto valorizaba la lealtad, nada debió ocultarle a Rodolfo sobre su pasado, y quizá al enterarse este de las relaciones de su mujer con León, debió cultivar un secreto odio contra él —reacción común en las personas mediocres—, inquina activada además por el mismo hecho de ser León un enemigo del gobierno.

La puerta de la celda se abrió, y León no pudo evitar un sobresalto. Estaba recostado en su lecho, entrecerrados los ojos mientras dejaba vagar sus reflexiones. Llegaba la hora cero. Se incorporó con lentitud. Un títere guardián, con su inexpresivo rostro, le hizo un enérgico gesto desde el umbral. León, recuperándose con un esfuerzo de su momentánea debilidad, echó un vistazo a la habitación donde permaneciera confinado catorce días, y siguió a la impertérrita figura. Otros dos títeres aguardaban afuera.

Precedido por el guía, y flanqueado por los otros dos, avanzó por el oscuro pasadizo. Sabía dónde quedaba la lavadora, aquel verdugo mecánico que en diez minutos lo transformaría en un pelele sin recuerdos ni pasado, en una masa de plasticina que bajo los dedos del Estado Hacedor adquiriría cualquier forma, convirtiéndose en un renacido al cual la colectividad pragmática no tardaría en sacar provecho. Al final del pasaje, en una oscura rotonda, se abrió la puerta de un ascensor: en los sótanos del presidio se encontraba el patíbulo.

Pero al meterse en el vehículo salió de su error: comenzaban a subir.

Pero Tamara conocía a Rodolfo: no se equivocaba sobre la verdadera dimensión humana y espiritual de su marido. Y sabía que Rodolfo, al cabo de tantos años de vida insignificante, privado de todo cuanto un hombre mediocre se cree merecedor —aunque sin saber precisar los motivos, porque sus aspiraciones nacen de su eterno compararse con los mejor dotados, en forma unilateral, por cierto—, se había lanzado, cuando se hubo sentido dueño de sí mismo, en una verdadera campaña de «reivindicación» de su hasta entonces vacua existencia. Seguramente la engañaba con otras mujeres. Le sobraban oportunidades: su cargo dentro del Ministerio de Justicia

lo convertía en un personaje influyente, a quien debía halagarse para tenerlo grato. Pero Tamara contemplaba todo aquello con su acostumbrada filosofía.

Porque Rodolfo era su obra. Y nunca ignoró qué le ocurriría cuando liberase su personalidad. Tamara fue para Rodolfo el carcelero que, en un raptó de generosidad, abre las puertas de la prisión y libera al condenado. Todo verdadero bienhechor jamás juzga los actos posteriores de su protegido. A Tamara le ocurrió lo que a todo creador: su obra se había independizado de ella y empezaba a vivir por sí sola. No obstante, ella cultivaba la esperanza de que la euforia reivindicatoria de Rodolfo no durase mucho; pronto comenzaría a normalizarse, y quizá entonces encontrasen ambos la verdadera felicidad.

Porque ella, como verdadero Hacedor, tenía el poder para derribar a su criatura del pedestal donde la colocase y hundirla definitivamente en las tinieblas. El solo hecho de que Rodolfo se enterase de los verdaderos motivos de su encumbramiento dentro del Ministerio de Justicia, atribuido por él a un azar afortunado, bastaría para destruir sus ilusiones. Porque el ministro, espontáneamente, guiado quizá por su antiguo afecto hacia Tamara, o siguiendo algún desconocido impulso, tomó a Rodolfo bajo su protección. Pero no cabía duda de que lo hizo porque se trataba del marido de Tamara. En nada contribuyó Rodolfo a la construcción del mundo que habitaba. Y de ese espejismo nació su personalidad.

Pero aparte de estas consideraciones existía un motivo más poderoso para justificar la actitud contemporizadora de Tamara: su hijo Filipo. Por él y su futuro Tamara renunciaba a lo que más esperaba de la vida: encontrar a un hombre que supiera comprenderla. Quizá si hubiese persistido junto a León, de haber tratado de ajustarse a una personalidad tan diferente de la suya, habría conseguido la felicidad, aunque la vida azarosa del político la hubiese tenido en una perpetua tensión. Sin embargo, no estaba arrepentida. Aunque ya no amaba a Rodolfo, le tenía un particular cariño. Su sentido de la justicia le permitía perdonar sus debilidades; ella tuvo una vida sentimental plena, libre de inhibiciones; ¿cómo negarle entonces a Rodolfo la posibilidad de correr las aventurillas que todo hombre normal vive durante su juventud?

Ante sus ojos se desplegaba el Parque Municipal. Allí acudía todas las tardes para que su hijo pudiese jugar con otros niños de su misma edad. En torno a una lagunilla rodeada de césped los chicuelos, corriendo y gritando, formaban grupos que de pronto se deshacían como bandadas de avecillas en pleno vuelo. Los gritos infantiles se esparcían por el prado, surgiendo tras los arbustos o de los troncos añosos de los grandes árboles perennes, trizando apenas la quietud de la tarde estival. Un hombre surgió del otro lado de la laguna, y luego de rodearla por la izquierda, detuvo a un chicuelo que corría. Pronto llegaron los demás pequeños. Tamara vio como el desconocido se dirigía a su hijo y le preguntaba algo. Un presentimiento la sacó de sus ensueños. Su hijo la señalaba a ella, que estaba sentada a la sombra de una paulonia. El individuo vino hacia ella. Solamente cuando estuvo cerca descubrió que

era un títere de rostro largo, tez oscura y sombrero hundido hasta las sienes. Se detuvo a unos dos metros de Tamara y, el semblante troquelado con una hierática expresión, le habló con rapidez:

—Necesito que me conteste algunas preguntas con absoluta veracidad. No se asuste. —Los ojos azules del títere (los lentes de una cámara televisora) no se apartaban del rostro de Tamara. No lejos de allí dos mujeres conversaban animadamente, sentadas en un banco bajo la estatua de un efebo, ajenas a cuanto pasaba en los alrededores—. ¿Qué participación tuvo usted en la captura de León? No trate de mentirme.

—¿Yo? Ninguna. —Tamara, cogida de sorpresa, abrió los ojos—. Absolutamente ninguna. ¿Por qué?

—Porque sabemos que su marido fue uno de los que planificaron el golpe.

—¿Rodolfo? Es imposible... ¡Ustedes están equivocados! —Un muro se derrumbó delante de Tamara: por su mente desfilaron en forma retroactiva varias imágenes que una vez empezaron a esbozarse en su imaginación, pero las cuales desechara por fantásticas; ahora las palabras del títere, junto con reactualizarlas, las hacían inteligibles.

—Su esposo se valió de un tal Elías, antiguo colega de trabajo, para engañar a León. Por eso sospechamos de usted.

Nubes blancas, hinchidas como el velamen de un barco, se desplazaban por el horizonte. Por todas partes parecían asomarse burlonas caretas que la observaban.

—¿Elías? No... No entiendo.

En breves palabras el títere le narró la captura de León. Tamara solamente conocía la versión oficial, pero ignoraba la suplantación del policía y, también, que todo hubiese sido planeado por el propio gobierno. Cuando el títere hubo concluido, Tamara sintió un relajamiento intelectual y físico, como si durante los últimos días hubiese vivido oprimida por mil y una sospechas inconscientes, las cuales nunca llegaron a materializarse, como los detalles del fondo de una fotografía que, para destacar el primer plano, aparecen semiborrados. Permaneció con los ojos fijos en un punto remoto del espacio, mientras su rostro se revestía de una total indiferencia.

—¿Qué piensan hacer? —preguntó en un tono vacuo, como si todo lo escuchado perteneciese a un pasado remoto.

—Tomaremos nuestras medidas —replicó el títere, que seguía inmóvil en el mismo lugar—. En consideración a su antigua amistad con León, le hemos dado esta oportunidad de defenderse. Una última pregunta. ¿Usted conocía de antes al ministro de Justicia?

—Sí —replicó ella en un susurro.

—¿Qué hacía entonces?

—Era funcionario de Identificación. Creo que después ascendió a jefe. Es todo lo que sé de él.

—¿No sabe quién es su original?

—Lo ignoro. Solamente sé que es un renacido.

El títere dio media vuelta, cruzó el parque por donde viniera y, sin detenerse ahora junto a los niños que correteaban, desapareció tras un tamarindo. Tamara lanzó un prolongado suspiro. Hizo un esfuerzo por incorporarse. Pero volvió a dejarse caer en el banco: se sentía vieja y cansada. Con débil voz llamó a su hijo, que pasaba junto a ella, y el chico, encendidas las mejillas, el pelo cobrizo pegado a las sienes con la transpiración, corrió hacia Tamara tendiéndole los brazos.

Tamara lo estrechó con fuerza, sintiendo que sus energías renacían al contacto del cuerpecillo tibio.

VII

El rostro del ministro no reflejó el interés que la noticia le produjo. Desde su escritorio atestado de papeles, fijó la vista en el jardín ya hundido en el crepúsculo, como si sus ojos artificiales pudiesen captar algo interesante en aquel conjunto de siluetas.

—¿A qué hora fue?

—Hace más o menos una hora —replicó su informante desde el fonovisor—. En ambos casos dejaron mensajes para que no se persiguiese a inocentes.

—Sigán investigando. Ya pensaré en una manera de ayudar a esa gente.

No valía la pena continuar disimulando. Llamó a Tamara. La mujer lo escuchaba con la naturalidad que se le dispensa a un antiguo amigo, al cual nunca se ha dejado de tratar. A su vez le contó su entrevista en el parque con el títere.

—Por mi hijo, no quisiera que Rodolfo muriera asesinado.

El terror impedía a Rodolfo recapacitar en los últimos acontecimientos. Confusamente recordaba su casual encuentro con María, una secretaria del ministerio con la cual corriese una corta aventura un tiempo atrás. Entonces la muchacha tuvo un comportamiento frío, como si quisiera demostrarle que accedía a salir con él solo porque se trataba de un jefe. Pero ese día la volvió a topar en uno de los pasadizos del ministerio, y cuando observaba su silueta de muchacha en plena adolescencia, la joven le sonrió como nunca antes la viera sonreír cuando se dirigía a él. De inmediato concertaron una entrevista para la tarde.

María vivía en un barrio apartado, en el último piso de un edificio rodeado por decenas de otros similares, en medio de prados mal tenidos, salpicados con las manchas marrones del césped reseco y por desperdicios, todo lo cual reflejaba la escasa preocupación municipal por atender aquel sector. La muchacha le aseguró que esa tarde estaría sola, pero sus placenteras esperanzas duraron poco: al abrirse la puerta del departamento no fue María quien lo recibió, sino dos títeres que, con rapidez y en silencio, lo ataron de pies y manos, le colocaron una mordaza y le envolvieron la cabeza con un impenetrable capuchón. Convertido en un fardo, fue transportado en vilo hacia lo que debía ser la terraza del departamento. Llegó a sus oídos un zumbido apagado: sin duda, el rotor de un aerocoche. Lo metieron en el vehículo sin miramientos. Durante el trayecto, que duró algo así como un cuarto de hora, le fue imposible ordenar sus ideas. Presentía el origen del golpe. En medio del pánico, solo atinaba a maldecir su ocurrencia de haberse metido contra los

revolucionarios. El aerocoche tocó tierra. Lo sacaron en peso de allí, le ataron una cuerda a la cintura, y, suspendido en el vacío, intentaba vanamente materializar su horror en un alarido. Su cuerpo, que se balanceaba suavemente mientras descendía, tocaba las paredes de lo que tal vez fuese un estrecho conducto. Por último sus pies pisaron tierra de nuevo, cuando se hallaba a punto de desvanecerse. Féreos brazos lo condujeron en silencio hasta un dialogar que arrancaba lóbregos ecos. Lo tiraron sobre un asiento duro, frío, y de un golpe le arrancaron la tela que le envolvía la cabeza. Estaba en una habitación de techo combado y muros grises, refulgentes de humedad, apenas iluminada por una lamparilla portátil inserta en una pared. En el centro, varios títeres permanecían sentados en torno a una mesa circular, conversando de algo que su terror le impedía comprender. Los conjurados no parecieron percatarse de su llegada: ni siquiera dieron vuelta la cabeza para examinarlo. Los títeres que lo condujeran hasta allí se retiraron. Solo entonces Rodolfo notó que había alguien sentado junto a él, en el mismo banco de concreto: otro hombre, atado también, lo miraba con los ojos desorbitados: Elías.

—Bien, señores. —Sin moverse de su sitio, el títere que parecía presidir la reunión les dirigió la palabra—: De un momento a otro León, uno de nuestros jefes, será ajusticiado en la penitenciaría política del Estado. Tenemos pruebas suficientes para responsabilizarlos a ustedes dos de esta desgracia. Le propondremos al gobierno canjearlos por nuestros compañeros. Si no aceptan, ustedes morirán.

La transpiración daba al rostro de Rodolfo un raro brillo bajo la luz mortecina de la lámpara. Abatido, hundió la barbilla en el pecho y se quedó mudo, incapaz de articular palabra, lo mismo que Elías. Los conspiradores, en silencio, observaban a los prisioneros como los jueces de un tribunal inquisidor.

La gota de agua, no lejos, marcaba el tiempo con la regularidad de un péndulo.

León, ahora en un aerocoche, custodiado siempre por sus guardianes, se alejaba de la penitenciaría. Los contrafuertes cordilleranos, arrugados y con crestas dentadas, parecían en el anochecer bestias prehistóricas descansando de la diaria jornada. Las cumbres nevadas, a lo lejos, rielaban bajo el fulgor estelar como sudarios tendidos en la noche. No iban hacia la ciudad, cuyo domo blanquecino iluminaba el oeste. ¿Dónde lo conducían? Por alguna decisión de última hora, quizá hubiesen decidido ajusticiarlo en otro recinto. Pero León no temía por su integridad física.

Abajo, entre los campos labrantíos, a los pies del macizo andino, brillaban las luces aisladas de casas campesinas. Allí, en medio de la paz y quietud del atardecer, la gente se disponía a descansar, sin el temor a un desagradable despertar, como él. ¡Qué delicia hallarse en el jardín de una casa de campo, respirando el aire fresco del atardecer, sintiendo en el rostro el soplo de una brisa, y viendo en lo alto la nitidez de las estrellas hundidas en un cielo vertiginoso! Nunca volvería a gozar de tan placenteros momentos. Cada vez se aproximaba más a su desconocido destino.

El aerocoche comenzaba a descender en el jardín de una gran casa de campo. Se distinguía el espejear de una piscina que descansaba en medio de un vasto prado, rodeado de luminarias. El aerocoche tocó tierra no lejos de la pileta, frente a la residencia de un piso que se extendía con sus ventanales iluminados a todo lo ancho del parque. Macizos de flores descansaban en la oscuridad, esparciendo por el amplio jardín un suave aroma.

León, flanqueado por sus guardias, fue conducido a la casa. Cruzaron un vestíbulo artesonado, se metieron por un pasillo iluminado suavemente, cubierto de una gruesa alfombra, y por una puerta del fondo, después de bajar una escalera, llegaron a una pequeña habitación que debía ser una sala de música a juzgar por los equipos y parlantes simulados en los rincones. Los guardianes cerraron la puerta, dejando a León solo en el saloncillo.

El prisionero examinó los muebles confortables, las estanterías repletas de cintas magnetofónicas, y dio algunos pasos sobre la mullida alfombra. A pesar del silencio y la soledad, tenía la sensación de que cada uno de sus actos era observado. Tomó asiento en un sillón, y se quedó allí arrellanado cómodamente, aguardando el desenlace de su singular situación.

—Le habla el ministro de Justicia. —La voz surgió de algún parlante oculto: mesurada, parecía llenarlo todo con su particular timbre—. Lo han traído aquí por órdenes mías. Seré breve: sus amigos han capturado a dos personas que nos gustaría recuperar vivas. —Los ojos incógnitos, mediante alguna cámara televisora, no cesaban de escudriñarlo—. El gobierno estaría dispuesto a concederle la libertad a cambio de esas personas.

Cuando un hombre que espera ser ejecutado de un momento a otro escucha una proposición semejante, le es difícil sustraerse a la particular emoción del resucitado. Todos aquellos temores que, mediante un gran esfuerzo de voluntad, mantuviese amordazados hasta ese momento, se alinearon frente a León en la pequeña pieza. Se le secó la lengua. ¿Sería alguna nueva triquiñuela del gobierno? Las dudas le hicieron recapacitar.

—¿Quiénes son esas personas?

—Debe limitarse a aceptar o rechazar mi proposición. Es una gran oportunidad que se le presenta de eludir el patíbulo. Tiene un minuto para resolver.

Sesenta segundos. No podía ser sino una trampa. Los revolucionarios quizá habían logrado asestar un golpe trascendental con la captura de esas personas. De lo contrario, el gobierno no hubiese corrido el riesgo de dar un paso así. Se hallaban en juego los ideales por los que luchara desde su juventud. Tal vez los sediciosos estaban a las puertas del triunfo. Si aceptaba la transacción, quizá todo se malograra. ¿Y si los revolucionarios ignoraban la importancia que sus prisioneros representaban para el régimen? Dentro de un sistema político caracterizado por la simulación y el sigilo de cada uno de sus actos, nadie sabía a ciencia cierta quiénes eran los personajes fundamentales del gobierno. Ahí estaba la clave de la proposición del ministro: los

rebeldes, sin sospecharlo, dieron un golpe de incalculables proyecciones. Necesitaba advertirles, aunque fuese el último acto de su vida.

—¿Cómo se formalizaría la transacción?

—Usted llama a sus amigos, los pone en antecedentes de nuestra oferta, exigiéndoles de paso una absoluta reserva (hable solamente con alguien de su confianza), y en el lugar donde ellos indiquen se efectuará el canje.

—Conforme.

—En una pantalla que se encuentra a sus espaldas mecanografiará su conversación con los rebeldes. Esta se interrumpirá en forma automática si usted trata de salirse del texto, ¿entendido?

Asombraba la brusca proposición del gobierno. Y más aún al considerar que los revolucionarios pensaban hacer lo mismo: el gobierno simplemente les ganaba el quién vive. Pero Jorge, al revés de León, conocía los probables motivos que guiaban la oferta del ministro de Justicia. Su suspicacia no se despertó como la del prisionero. Por otra parte, ninguna personalidad cuya vida revistiese especial trascendencia para el gobierno hubiese sido tan fácil de capturar. Jorge creía ver allí solamente el aprecio del ministro por Tamara. La revolución comenzaba a mostrar una columna vertebral. Hasta ese momento los actos de los conspiradores fueron poco menos que vagidos, ante los cuales el gobierno se limitó a encogerse de hombros. Pero ahora la revolución tomaba un camino definido. Por una parte, la repentina e imprevista decisión del ministro de Justicia de canjear a León por los dos prisioneros, es decir, precisamente lo que los conspiradores querían. Un paso así revelaba una debilidad del enigmático ministro de Justicia. Por otra parte, las confesiones de Tamara en el parque aportaron una pista valiosa a los sediciosos: rastrear en el pasado desconocido del ministro. Así tal vez llegasen pronto a conocer al misterioso conductor del títere, acto que adquiriría a los ojos de Jorge mil veces más importancia que recuperar a León. Una rápida visita efectuada por los sediciosos a la Central de Identificación reveló que no existían huellas del paso del ministro por allí. Pero no importaba: pronto se reencontrarían los rastros del escurridizo personaje.

El canje se efectuaría en una aislada meseta cordillerana, a las diez de la noche de ese mismo día. El lugar propuesto por los revolucionarios fue aceptado sin comentarios por el gobierno. De acuerdo con las instrucciones impartidas por el ministro a través de León, Rodolfo y Elías debían ser entregados con las cabezas cubiertas por capuchones. Un títere policial verificaría personal y previamente la identidad de los prisioneros. ¿Por qué esta precaución? A Jorge le causaba un secreto y confuso desconcierto el cumplimiento de aquella formalidad, pero carecía del tiempo material para buscar una explicación adecuada. El hecho de que detrás de todas aquellas maniobras se escondiese la secreta amistad que unía a Tamara con el ministro, dejaba intuir vagamente varias explicaciones, aunque ninguna lo

suficientemente racional como para tranquilizar a Jorge. Existía la posibilidad, por ejemplo, de que se tomase aquella medida para mantener en secreto la identidad de los prisioneros ante los demás integrantes del gobierno; el agente encargado de comprobar la identidad podría ser un individuo de la absoluta confianza del ministro. Porque políticamente parecía desorbitado canjear personas tan insignificantes como Elías y Rodolfo por un revolucionario de las credenciales de León. Quizá allí se hallase la respuesta.

El aerocoche del gobierno se encontraba en la desolada meseta cuando arribaron los conspiradores. El frío reptaba sobre la planicie rocosa, acentuado por las largas y periódicas ráfagas del viento que, al escudriñar los cañones cordilleranos, aullaba con la voz lejana de perros hambrientos. El cielo, cubierto por espesas nubes, no permitía distinguir detalles sino mediante el uso de la luz. Era difícil que alguno de los bandos intentase una jugarreta: las únicas vidas puestas en peligro con alguna maniobra sorpresiva serían las de los prisioneros. Porque todos los demás que se habían dado cita aquella noche en la meseta eran simples títeres.

Los rotores de ambos aerocoches siguieron girando. Del vehículo policial bajó un títere que, iluminado por un haz áureo, se dirigió hacia los rebeldes, y, levantando el capuchón de cada uno de los prisioneros, cuidando siempre de mantener interpuesto su cuerpo entre estos y los demás policías, verificó su identidad. Retrocediendo un paso, hizo una seña a sus compañeros y, flanqueado por dos títeres, avanzó León, cuyo rostro permanecía en las sombras. Otro haz de luz surgió del coche rebelde, y los revolucionarios pudieron identificar el semblante demacrado de León. Una gran excitación se reflejaba en el rostro del prisionero. Cuando el trío hubo llegado a tres metros de los sediciosos, se detuvo: llegaba el momento del canje. Pero la voz de León, trémula, rompió el hasta entonces tácitamente mantenido silencio que reinaba en la colina:

—¡No los suelten! ¡Son vitales para el gobierno!

El títere de la izquierda le propinó un violento golpe en el cráneo, y León, sin lanzar un gemido, cayó de bruces. El tableteo de las metralletas convirtió el lugar en una vorágine de infernales ecos. Los títeres de ambos bandos, alcanzados en sus piezas vitales, cayeron a tierra en grotescas actitudes humanas, retorcidos, abriendo los brazos con gestos mecánicos. Rodolfo y Elías, blandos blancos de las balas, quedaron tendidos en el suelo rocoso, las cabezas aún cubiertas con los capuchones. Un títere que utilizaba el cuerpo de León como escudo se vino a tierra con una explosión de vísceras metálicas que rebotaron contra las rocas.

Ambos aerocoches se quedaron allí mismo, fosforeciendo tenues. Sobre la meseta, los cuerpos mecánicos de los guardias y los cadáveres de los prisioneros, hermanados en las tinieblas, recibían las heladas ráfagas del viento cordillerano.

Epílogo

Le vida de León se veía como una interminable hilera de errores. Su habilidad y audacia solamente le sirvieron para abrazar y defender causas perdidas. Pudo quedarse con Tamara, pero la dejó marchar. Murió creyendo que su sacrificio, al delatar una imaginaria maniobra del gobierno, sería un valioso aporte a la revolución. Fue su último desacierto: haber creído que Rodolfo y Elías, cuya identidad ignoraba, eran vitales para el régimen. Los hombres comunes jamás podrían llegar a nada concreto, se dijo el ministro de Justicia. Permanecía a oscuras en la terraza, frente al parque: las luminarias, hábilmente distribuidas, alumbraban pequeños sectores, los cuales, en medio de las frondas, semejaban escenas aisladas como los cuadros de una exposición, que se revisten de independencia y significado mediante la luz de un foco.

Porque el ministro previó que podría ocurrir lo que sucedió.

Lanzando un largo suspiro, Tamara dio media vuelta en el lecho, y permaneció escuchando el respirar profundo y rápido de su hijo, que dormía junto a ella bajo la luz que se filtraba a través de las celosías. Ese era el lecho de Rodolfo. La noticia de su muerte endureció aún más la capa de insensibilidad nacida de las revelaciones de los títeres. En cierto sentido, la muerte de León le producía mayor pena que la de Rodolfo, porque su miserable destino puso de manifiesto su errada trayectoria. Todos los detalles del suceso nunca serían conocidos por Tamara, porque el ministro solo le informó escuetamente que, por un malentendido, se produjo un baleo entre policías y revolucionarios. No obstante, dentro de la vida de León se destacaba un hecho que hizo vacilar el juicio de Tamara: había arriesgado su vida honradamente, siguiendo una línea política inquebrantable. ¿Serviría de algo su sacrificio? Los errores que jalonaban su existencia parecían excesivos. Pero considerarlo un fracasado era duro, no obstante. Porque ¿cuántos idealistas han muerto por causas erradas, sin que por ello se pueda tildar de equivocado su martirio? Para el mártir o para el héroe lo que cuenta es su propia y personal certidumbre: cientos de holocaustos y actos heroicos, vistos hoy en una perspectiva histórica, parecen inútiles. Pero con ellos sus protagonistas se realizaron a sí mismos. Porque lo más trascendental para el hombre es defender un principio, verdadero o falso, hasta sus últimas consecuencias.

Así mirada, la vida de León se revestía de una particular grandeza. En cambio, tras la existencia de Rodolfo no quedaba sino una ristra de hechos míseros, mezquinos. Porque había vivido en función de un pasado, el cual le impidió realizar

cosas positivas: cuando nuestra única preocupación es la de tomar desquite por todo cuanto la vida nos ha negado, destruimos en lugar de construir. Pero Tamara contemplaba la existencia de Rodolfo con la ternura y solicitud del Hacedor que goza con los actos de sus criaturas, prescindiendo de su valor. El mismo hecho de que Rodolfo hubiese alcanzado a disfrutar de algunas de las cosas cuya posesión tanta importancia le atribuyera, y aun a sabiendas de su deslealtad para con ella, le provocaba una secreta satisfacción. Porque lo conoció disgregado, convertido en una masa informe de sentimientos contradictorios. Y con paciencia, pensando que si lograba remodelar a ese hombre se redimiría de sus propios errores, se dio maña para restaurarlo con la misma fe del artista que revive con sutiles retoques una obra maestra. Y algo había conseguido. Al menos demostrarse a sí misma su capacidad para dar intensamente, sin esperar retribuciones.

¿Y no constituye esto en sí mismo una finalidad de la vida?

El anciano fijó los ojos vidriosos en la fotografía que le mostraba el títere. Otros pensionistas del hospicio se asoleaban en el parque, sentados en los bancos distribuidos a lo largo de los caminitos de grava, o en sillas automóbiles que les permitían pasear entre los frescos y fragantes jardines. El sol derramaba una luz cálida, y el aire tibio, removido por una brisa que volteaba las hojas, mostrando alternativamente sus dos caras, una brillante y la otra opaca, formaba una capa protectora sobre los ancianos.

—¿Así es que usted es de la policía? —El rostro encogido, amarillento, exhibió una tenue sonrisa que, entre tantas arrugas, apenas podía identificarse.

—Así es —asintió el títere, calmoso—. ¿Se acuerda de ese señor?

—Sí, sí. Fue arrendatario de un departamento del bloque L. Creo que era el 315. Pero no recuerdo a qué se dedicaba... —El viejo movía la cabeza, cerrando y abriendo los ojos en sus esfuerzos por recordar, por sacar de su memoria donde debían albergarse los nombres e historias de centenares de inquilinos como aquel, la función particular del individuo cuya reproducción mantenía en su mano temblorosa.

—Era funcionario de Identificación —le ayudó el títere, en su mismo tono impersonal.

—¡Ah, sí! —El viejo se golpeó la frente con una mano donde las venas como montañas dejaban entre sí pálidos valles cubiertos de vellos grises—. Me acuerdo de él. No de su nombre. Pero vino de un sanatorio...

—Eso es. Siga. —Únicamente la velocidad de sus palabras traicionaba la tensión del sosia.

—Quedaba en la cordillera, cerca de San José. El director en persona me lo recomendó. El sanatorio de San Alberto. ¡Ese es! Ahí le pueden dar todas las informaciones que quiera.

Se trataba de una pequeña construcción, emplazada a media falda de la montaña, rodeada de perales y castaños, bastante aislada de las restantes viviendas del lugar, y cuya absoluta falta de vigilancia y de muros hicieron dudar al títere de la memoria del anciano. Se comunicó con el refugio donde los cinco títeres, sentados a la mesa, parecían iniciar recién la reunión que comenzara veinticuatro horas antes. La gota de agua aún marcaba el tiempo, y seguiría midiéndolo con la misma regularidad mientras subsistiese la fuente que la alimentaba.

—No se preocupe de las apariencias —dijo Jorge, contestando la consulta del títere—. Recuerde que la verdad sobre el ministro se ha mantenido en el misterio. ¿Por qué entonces habrían de guardar especiales precauciones? Si fallamos ahora puede estar seguro de que montarán una máquina para defender en lo futuro al original del ministro. ¡Apúrese! —Y volviéndose hacia los otros conjurados prosiguió —: Como les decía, todo fue cuidadosamente planeado, lo mismo que la captura. El ministro todo lo previó. ¡Es Satanás en persona! Se deshacía así de León y de sus colaboradores. Y todo con el sutil recurso de que nuestros prisioneros fuesen encapuchados para despistar a León.

—¿Y todo eso para quedarse con Tamara?

—¿Quién lo sabe? Pero de algo estoy seguro: no le convenía soltar a León, ni que Rodolfo y Elías siguiesen vivos ¡Eran testigos incómodos!

Un portero de guardapolvo blanco le abrió la puerta, y sin la más leve desconfianza lo hizo pasar a una pequeña sala de espera decorada con los elementos que Aprovisionamiento del Estado hace confeccionar por miles cada cierto tiempo, sin variar los modelos, indicando simplemente el número de orden, como si se tratara de formularios. Pronto llegó un hombrecillo regordete, cuyas mejillas parecían recién barnizadas por lo relucientes. El médico examinó al títere con sus ojillos vivaces, demostrando más curiosidad que cautela. El sosia le alargó la fotografía.

—¡Oh, don Nicolás! —No disimuló el médico su sorpresa—. ¿Es usted su amigo?

—Sí. Necesito hacerle una pregunta urgente. ¿Es posible entrevistarlo?

El hombrecillo desvió la mirada de la foto, y la clavó en el títere con una expresión lejana, perdida en el tiempo. Una gran melancolía impregnaba sus palabras al contestar:

—Es imposible, señor: murió hace tres años.

—¿Qué dice? ¿Está muerto?

—Sí, señor. No sé cómo pudo mantenerse vivo siete años. Llegó aquí convertido en una masa de carne semiquemada. Hicimos milagros para resucitarlo y conseguir que se introyectase y viviese algunos años de vida útil. Pero murió. ¿Creerá que usted es la primera persona que ha venido a preguntar por él en todo este tiempo? Nosotros hicimos los avisos para recuperar el títere. Pero inútilmente. Por último entregamos el casco introyector a la fábrica para que lo reacondicionase. ¿Me está escuchando? Señor, ¿me escucha usted? ¿Qué le ocurre?

Pero el títere, repentinamente inmovilizado, nada contestó.

Cuando Pilato se opuso

A mi mujer

Nota explicativa

Estos cuentos fueron escritos entre fines de 1959 y 1968. «Alguien mora en el viento», «La esfera lunar», «El último elemento», «Carrusel», «Cuando Pilato se opuso», «El ataque de los selenitas» y «La campana» nacieron antes de 1961. Los demás, ninguno después de 1964, a excepción de «La furia» y «El escondite», que fueron los últimos en ver la luz.

El cuento «La esfera lunar», que encabeza este volumen, apareció por vez primera en el suplemento dominical del diario *La Nación*, de Santiago, el 20 de diciembre de 1959. Aunque los primeros en arribar a nuestro satélite fueron norteamericanos y no un ruso, este relato tiene interés porque la forma de vida lunar ahí descrita fue confirmada en cierto sentido por las fotografías tomadas por el Orbiter 5. En ellas se aprecian unas «misteriosas piedras rodantes, la mayor de las cuales tiene 23 metros de diámetro», y que dejan estampadas sus huellas en el polvo lunar (*Life* en español, edición del 11 de agosto de 1969, páginas 16 y 17).

«La esfera lunar» está dedicada a Ray Bradbury.

El Autor

La esfera lunar

—¿Vladimir? ¿Vladimir?

Transcurrieron cinco eternos segundos.

—Todo en orden, profesor.

La respuesta llegó como un murmullo casi inaudible.

—¡Felicitaciones, Vladimir! ¡Felicitaciones! Todo el mundo lo felicita por mi intermedio. Es usted el héroe máximo de la humanidad.

—Gracias, profesor. Todavía me parece prematuro. Primero tengo que regresar, ¿no?

El hombre, luego de quitarse las correas de seguridad, se aproximó a la ventanilla de observación. El desierto se extendía hasta lontananza, limitado a la derecha por abruptas cordilleras oscuras. La ausencia de atmósfera acentuaba los duros contornos del granito. Las estrellas, desafiando la luz del día, agujereaban la profundidad de un cielo negro, y el sol, una ardiente bola de fuego, parecía rodar como una corona de llamas.

Un mundo árido, desnudo de toda vida, acechaba al astronauta. Agudos picachos, en medio del polvo meteórico, como puntas de lanzas paleolíticas, proyectan largas y afiladas sombras. Recién comenzaba el día de dos semanas: pronto el Mar de las Lluvias reflejaría cien grados centígrados de calor, suficientes para hacer hervir el agua.

¿Qué habría ocurrido con las expediciones anteriores, que alunizaron guiadas por control remoto? Todas —cada una a su turno— enmudecieron bruscamente. ¿Fueron destruidas por bólidos? Difícil parecía que una hora después de su arribo hubiesen sido alcanzadas por aerolitos de tamaño suficiente para destrozarlas.

—Diríjase de inmediato a la estación automática, Vladimir, y vea qué ha ocurrido. Está a menos de diez kilómetros de usted. Comuníquenos con la mayor frecuencia posible el resultado de su exploración. Buena suerte. Recuerde que los poseedores de la Luna serán los dueños del mundo.

La voz lejana del profesor añadió con un tono jocoso:

—Si se encuentra con Jack, dele nuestros saludos.

Horas antes un cohete tripulado por un perro había descendido en la Luna, también en el Mar de las Lluvias. Así lo afirmaron con alborozo los realizadores de la experiencia, destacando que Jack era el primer hijo de la Tierra en efectuar la hazaña. Pero no existían pruebas de que el animalito hubiese llegado con vida.

La gravedad, seis veces inferior a la terrestre, daba una increíble agilidad de movimientos, a pesar del pesado equipo. El hombre partió con veloces trancos rumbo

a la estación. El polvo hollado por sus pies y que reverberaba con inusitada cólera, debió llegar al satélite desde diversos puntos del Cosmos, después de atravesar el vacío durante años y tal vez siglos. Cosas así no ocurren en la Tierra, porque la mayoría de los cuerpos celestes se volatilizan antes de tocar los continentes. Los pocos que por su volumen logran hundirse en la tierra son esterilizados por la capa de aire la cual, al convertirlos en una masa ardiente, destruye cualquier vestigio de vida que puedan acarrear. Pero no aquí. Seguramente los aerolitos se fragmentaban al estrellarse, pero su naturaleza permanecía inalterable. Bajo sus pies se desplegaba un muestrario de sustancias venidas de los más ignotos rincones del Universo. Si alguna forma de vida —determinados seres anaerobios que podían existir en otros mundos— hubiese caído en la Tierra, habría perecido calcinada.

El hombre miró los solitarios y quietos contornos. A trescientos ochenta mil kilómetros sus congéneres proseguían su existencia bajo la techumbre del aire. Él era el primer hombre que sentía abatirse sobre sí el inmenso desamparo del vacío interplanetario. ¿Qué habría ocurrido con los cohetes anteriores? La interrogante se abrió paso en su mente. Se detuvo. El silencio se personificó en los latidos de su corazón, que resonaban en sus sienes. Tuvo la inequívoca sensación de que algo se aproximaba tras él. Se volvió: un bicho que relampagueaba bajo el sol llegó junto al astronauta con saltos monstruosos. Ahogó una exclamación. Petrificado vio como la bestia restregaba el cuerpo metálico contra sus piernas revestidas por el traje protector. Sobre el lomo del animal se distinguían un emblema y un nombre: Jack.

Incrédulo, el hombre observó la aparición. ¡El perro del país rival acudía a darle la bienvenida!

Vladimir se inclinó sobre el animalito —un foxterrier embutido en un primoroso traje del espacio— y le acarició con sus guantes de acero. Le pareció palpar la tibieza de su cuerpo. Lo alzó en sus brazos: tras el visor de la diminuta escafandra unos ojos fieles le miraron. Se comunicó con el cohete, que a su vez lo puso en contacto con la Tierra.

—Profesor Petrov: aquí está Jack, el primer ser viviente que ha llegado a la Luna. Lo tengo en mis brazos. Es un héroe. Se encuentra en perfecto estado de salud, aunque al parecer le está escaseando el oxígeno. ¿Cómo habrá conseguido encontrarme?

—Bueno: comunicaremos la noticia a nuestros amigos. Será una gran satisfacción para ellos. Pero usted no se distraiga demasiado con Jack. El tiempo apremia.

Los ojos de Jack seguían observándole tras los cristales azulados. Obedeciendo un repentino impulso, volvió al cohete. Al llegar a sus inmediaciones sus ojos se fijaron en algo que no descubriera minutos antes. En el polvo, describiendo espirales que se estrechaban alrededor de la astronave, se veía una huella acanalada. Parecían las ondas concéntricas generadas por una piedra en una laguna, que luego se hubiese petrificado, quedando troqueladas en su quieta superficie.

Jack se agitó en sus brazos, como si quisiera desprenderse. La vista del animal se

clavó en el suelo, sobre la señal. Vladimir experimentó una vaga inquietud. La huella, luego de completar una última vuelta —con un radio de unos cien metros respecto a la cápsula—, seguía en línea recta a través de la planicie, perdiéndose a lo lejos. Hizo otro descubrimiento: el rastro, casi imperceptible al lado del proyectil, se ensanchaba de manera progresiva al alejarse de aquel. A unos cincuenta metros de allí medía por lo menos un decímetro de ancho y medio de profundidad, con los bordes levantados y el fondo redondo, como si lo hubiese producido un objeto esférico o cilíndrico que se hubiese deslizado por la planicie.

Las convulsiones del perro cesaron. Se hallaba próximo a morir. El hombre trepó al vehículo del espacio. La atención de Jack le hizo olvidar el descubrimiento. Le dio agua y vitaminas, y cargó sus depósitos con oxígeno. Luego volvió a adaptarle el traje espacial, y se dispuso a abandonar el cohete. El perro pareció engrifarse. Se asomó a la puerta de la cámara neumática pero se negó a saltar a la llanura. Vladimir se dejó caer, salvando con suavidad los cinco metros que le separaban del suelo. Jack lo miraba desde lo alto sin decidirse a imitarlo. ¿Estaría asustado? De nuevo el hombre reparó en los rastros. Miró el llano: nada interrumpía la quietud. Se puso otra vez en marcha hacia la estación.

Había caminado unos doscientos metros cuando, a sus pies, un destello delató la presencia de Jack. El perro se lanzó a correr por el desierto a gran velocidad. Vladimir lo siguió con la vista: Jack recorrió unos cien metros en dirección perpendicular a la suya, con grandes y veloces saltos. Su tosca figura, con los tubos de oxígeno sobre el lomo, le daba la apariencia de un engendro metálico de rara agilidad. De pronto se detuvo y se volvió. El hombre proseguía su camino. Jack repitió la maniobra. Llegó junto a Vladimir, corrió unos metros delante para que lo viese, y partió veloz hacia la izquierda. A eso de una cuadra se detuvo. Solo a la tercera vez el hombre reparó en la carrera como en algo distinto de un juego.

«¿Qué le pasa al perro?».

Volvió a detenerse. El silencio y la soledad se abatieron sobre el hombre. Jack llegó junto a él, y, una vez más, se alejó corriendo. Entonces Vladimir notó que siempre el perro tomaba la misma dirección: la de las montañas del fondo. Jack frenó en el polvo, en medio de una nubecilla que se deshizo en el abrasado yermo, la cabeza vuelta hacia el hombre.

«Quiere que le siga. ¿Qué habrá en esas montañas?».

Recordó que el animal no quiso al comienzo abandonar la cápsula, como si le tuviese una secreta aversión a la llanura. Recordó también su inquietud al ver la huella. ¿Conocería su origen?

—¿Qué tal, Vladimir? ¿Le falta mucho para llegar a la estación?

—Voy a mitad de camino más o menos, profesor.

—Apresúrese. En cinco horas más alunizará el cohete de abastecimiento. Trataremos que descienda cerca del suyo, para lo cual requeriremos su colaboración. ¿Qué hay de Jack?

—Todavía anda conmigo, profesor.

—Le levantaremos un monumento, Vladimir. Llámeme en cuanto llegue a la estación.

Entretanto el perro completó otras tres carreras, cada vez con mayor velocidad, como si le desesperase la frialdad del hombre.

«Lo que desea es hacerme salir de aquí. Quizá en el mar hay algún peligro».

Sí: el perro quería huir de la planicie. ¿Por qué? En el horizonte el desierto parecía introducirse en la negrura del espacio. De súbito el hombre se decidió a seguir al perro. Reflexionó de paso que desde una altura podría descubrir con mayor facilidad los rastros de las anteriores expediciones. Jack corría veloz hacia las montañas, deteniéndose a veces para mirarlo, y reanudar luego sus rápidos brincos. Poco a poco el cohete quedó atrás, apoyado en sus largas patas metálicas. Bruscamente Jack se detuvo. A pesar de su armadura, no había duda: el perro arqueaba el lomo mientras retrocedía, gacha la cabeza, arrastrando sus patas en el polvo. Llegó junto a él: la enigmática huella cruzaba la pradera en dirección a Timocaris, siguiendo una ruta paralela a la que llevaba él minuto antes. Desaparecía a lo lejos en una curiosa perspectiva: sus bordes, a pesar de la distancia, mantenían una separación constante que, en ese punto, debía ser de medio metro. Y la razón era simple: se ensanchaba al proseguir su derrotero.

El hombre no tuvo tiempo para meditar en el enigma. Las carreras de Jack lo obligaron a reanudar la marcha. Ahora sus pies se movían con mayor rapidez: un secreto terror daba celeridad a sus trancos.

Las primeras estribaciones de los Apeninos. Jack ascendió por sus laderas con largos saltos, resbalando a veces en el granito con sus patas metálicas. Emergía la cordillera directamente del arenal, subiendo luego en empinada pendiente. Pronto los montes se tornaban inaccesibles, con fieras franjas de sombras que les daban un aspecto tétrico. Se erguían por último a enorme altura, con verticales paredes imposibles de escalar.

Jack se detuvo únicamente cuando se consideró a una altura prudente sobre el nivel del mar. Se veía tranquilo. Vladimir contempló la llanura.

—¿Qué hay, Vladimir? ¿Encontró el campamento?

—Todavía no, profesor.

Se interrumpió. Lejos, cerca del cohete, algo se alargaba en medio del polvo. Como si un invisible lápiz fuese trazando una línea que se dirigía recta hacia la astronave. Se le secó la boca.

—¡Vladimir! ¿Qué pasa?

La voz del profesor resonó como un murmullo de élitros.

—¡Profesor! Algo se dirige al cohete. Un objeto invisible que deja un enorme surco...

—¿Cómo? ¿De qué cohete me habla? ¿Dónde se encuentra usted? ¡Explíquese!

—¡Dios! ¡El cohete se ha tumbado! ¡Desapareció en el interior de la zanja...!

Pero el profesor no lo podía escuchar. Los auriculares enmudecieron. Vladimir, en medio del pánico, comprendió que el proyectil estaba destruido. Ya no retransmitía sus palabras a la Tierra.

El surco, luego de ocultar al vehículo espacial en medio del polvo, describió una curva y enfiló hacia la montaña. ¡Se dirigía hacia donde él estaba! Su velocidad podía estimarse en unos cien kilómetros por hora. Al llegar a unas cinco cuadras de las primeras rocas dejó de avanzar bruscamente, con sus oscuros bordes separados entre sí por unos cincuenta metros.

Desde el Mar de las Lluvias un gigantesco objeto invisible observaba al hombre. Sintió la mirada del enemigo. Jack se metió entre sus piernas aterrorizado. Con seguridad sus sentidos le daban una idea inteligible sobre el que allí acechaba, en medio de la más absoluta inmovilidad. Durante cinco minutos la huella permaneció como una serpiente dormida, que se calentase en la hirviente pradera. De pronto rompió su quietud. Describiendo una curva que la llevó hasta el borde de la montaña, se alejó al interior del mar. Pronto se enangostó y desapareció a gran distancia, detrás de un macizo rocoso.

El hombre y el perro estaban solos. Cerca del horizonte su lejano planeta, en creciente, brillando con intensidad, flotaba en el vacío como una inmensa esfera, todo su perímetro visible por la difusión de la luz en su atmósfera.

Desterrados. Sombrío el hombre comprendió que no podría salir de allí: carecía de medios para avisar a la Tierra. Cuando el cohete de abastecimiento llegase dentro de cinco horas, ya no dispondría de aire. Y al descender en el mar, cerca de los restos de su cohete, el invisible morador del polvo lo destruiría sin remedio.

Miró la huella. ¿Era posible que un ser dotado de inteligencia habitase aquel desierto? Vladimir bajó a la llanura, seguido con poco entusiasmo por Jack. Pero iba a su zaga, demostrando que el instinto no le advertía un próximo peligro. Solo cuando se hubo internado algunos metros en el mar notó que el perro se quedaba sobre una alta roca, con la apariencia de un juguete metálico que otease lontananza. ¿Cuál podría ser el origen del poblador de la Luna? Una cosa parecía clara: únicamente habitaba los mares. La zanja medía como mínimo media cuadra de ancho, y era tan profunda que dejaba el granito al desnudo, bajo la capa de polvo. El hombre miró en derredor y a Jack: el animal continuaba sobre la misma roca, sin moverse, como un perfecto centinela. De un salto Vladimir cayó al fondo de la huella. La piedra hendida: de ese detalle podía colegirse el peso del objeto. Su cohete debió quedar reducido a una delgada lámina de metal adherida a la roca: de ahí la explicación del repentino silencio de las anteriores expediciones. Sus restos debían yacer en el fondo de aquellas grietas, estampados en el granito. Si no hubiese sido por Jack, también él estaría a esas horas reducido a una fina hoja, mezclado con los despojos de su astronave.

Los contornos de la cuneta, de unos diez metros de alto, bien apisonados, revelando su curvatura la forma del autor. Trató de imaginarlo. Su esfericidad le

permitiría desplazarse por algún sistema de polarización magnética, a grandes y variables velocidades. La actual huella debía ser la continuación de la que descubriera junto a su cápsula de viaje. Recordó que, luego de describir innumerables espirales, se internaba en la llanura ensanchándose progresivamente. Recordó también que en todo el territorio abarcado por su vista desde la montaña no existían restos de la marca. ¿Por qué? Si un ser de gran tamaño acostumbraba rodar por los mares, ¿cómo no dejó una profusión de rastros estampados en el polvo? La explicación era simple: la esfera solo se originaba en determinadas circunstancias. ¿Cuándo? Cuando algún objeto desconocido caía en los mares.

En ese instante una sombra aterrizó a sus pies, despidiendo destellos metálicos: Jack. El animalito saltaba de un lado para otro, trepaba al farallón, volvía a bajar, dando inequívocas señales de invitar al hombre a seguirlo. Vladimir comprendió: el enemigo se aproximaba. Miró el vecino horizonte, en dirección al lugar donde la hendidura desaparecía. Sombreada por sus propios bordes, la grieta parecía una obra de la industria humana. Entonces, a través de sus plantas metálicas, captó una ligera vibración, que aumentaba con bastante velocidad. De un salto salió del canal. En breves segundos estuvo en la ladera de granito. Siguió alejándose: temió que la esfera saliera del mar en su persecución. El aquietamiento del perro demostraba que aquel temor no existía. Pero no obstante que el animal dejó de saltar y correr en cuanto hubo abandonado la planicie, se pegó a las piernas del hombre demostrando a las claras un indecible terror. La huella seguía allí sin variaciones aparentes. Los pies de Vladimir aún captaban la vibración, ya un poco apagada. O sea, la esfera disminuía la velocidad. Entonces los ojos del terrestre presenciaron un insólito hecho: lentamente la huella se bifurcó, y una de sus ramas se alargó hacia la cordillera. El pesado e invisible objeto abría el polvo, levantando a ambos lados dos pestañas que temblaban con suavidad.

Por segunda vez Vladimir comprendió que algo dotado de vida —de una vida inconcebible para los humanos— lo observaba desde la pradera. Había vuelto en su búsqueda, utilizando la misma senda que abriera minutos antes, lo que demostró al hombre algo más: el enemigo «supo» que él se hallaba en el mar. Trató de sorprenderlo. Otra vez la intervención de Jack le salvó la vida. Comprendió las causas de sus presentimientos, cuando marchaba por la planicie. En el polvo lunar existía quizá un organismo anaerobio disgregado en células, esparcido a través de todos los mares del satélite, capaz de detectar la presencia de los intrusos. Aún más: aquel organismo no reaccionaba frente a los aerolitos, o sea, distinguía un cohete de un bólido. ¿Quizá por el pausado descenso de aquel? Vladimir imaginó la gestación de la esfera, mientras observaba el final de la gigantesca huella, donde debía hallarse en ese instante el enigmático ser, acechándolo desde la quietud del desierto. Al descubrir la presencia de un cohete, cuyas radiaciones palpaban de lejos —los mares podían concebirse como verdaderas pieles—, las células originaban un organismo describiendo espirales en el lugar del próximo selenizaje. Al avanzar adquiría

volumen, por la adhesión de nuevas partículas, como una bola de nieve que se agranda al rodar por una falda nevada. Solo cuando su tamaño y peso eran de fenomenales proporciones, volvía al ataque para destruir a los invasores. ¿Qué armas podrían utilizarse contra ella? Era otra forma de vida, sin nada en común con la humana, con una inteligencia distinta, estimulada por otras inquietudes: debió comprender que los cohetes fueron construidos por seres racionales. Sin embargo los destruyó.

El cohete de Jack, tumbado junto a un empinado paredón, en plena montaña, en el fondo de un ancho desfiladero. Vladimir lo revisó con rapidez, descubriendo a la primera ojeada que los cables que conectaban el generador con el equipo electrónico habían sido cortados por un meteorito. La puerta —que permitió al perro saltar a la Luna— se abría en forma automática una vez que el vehículo aterrizaba, poseyendo para el efecto un pequeño acumulador de energía. Vladimir comenzó la ardua tarea de volver a unir los delgados filamentos. Realizaba la labor guiado por su instinto técnico, en medio del indescriptible hacinamiento del sistema de cables. El oxígeno empezó a escasearle. Sin perder la calma prosiguió su trabajo, animado por el vital impulso de que el buen éxito de aquel daría un sentido práctico a su sacrificio. Trabajó durante una hora. Por último, desesperado —la asfixia se anunciaba por un estado eufórico, prueba evidente de la embriaguez del nitrógeno—, captó con su radorreceptor una débil señal. Frenético, utilizando su propia clave, transmitió su mensaje. Esperó. Desde la Tierra llegó una prolongada nota musical. Sus palabras habían sido escuchadas.

El hombre, ya muy débil, recogió el cuerpo de Jack, que descansaba sin vida entre los guijarros, y con gran ternura lo depositó en el cohete. Luego se alejó a prudente distancia. Aguardó en posición firme. Desde la Tierra, nerviosos dedos oprimieron un botón. Las toberas expulsaron chorros de fuego, que pusieron incandescente el granito. Con rapidez el pequeño cono se elevó en el vacío. El hombre sonrió apenas. Cayó a tierra. Con un gran esfuerzo se incorporó.

—Adiós, compañero —dijo en voz baja.

Las llamas se achicaban veloces en el espacio. Pronto se confundieron con el fulgor de las estrellas.

Los invasores

La sirena interrumpió abruptamente la algarabía que reinaba en la sala de conferencias. Los consejeros del gobierno local, que trataban de calmar al enardecido auditorio, se miraron inquietos al escuchar el alarido de las sirenas.

Por los parlantes del teatro surgió una voz baja, de tranquilizadoras inflexiones:

—¡Atención! Mantengan la calma. Retírense a los refugios. Los integrantes de la guardia de emergencia deben presentarse de inmediato al cuartel. Una flota venusina efectúa maniobras sobre la región, contraviniendo el Convenio de Brasilia. Conserven la calma.

Los espectadores, olvidándose momentáneamente de los motivos de la reunión (protestar por la falta de azúcar y aceite), se retiraron a los refugios subterráneos, cuyos accesos se abrían en todas las esquinas del pueblo, echando temerosas miradas al cielo que se hundía en una luminosidad límpida en el atardecer.

—Allá van —exclamó alguien.

Destacándose apenas a una incalculable altura, varios trazos paralelos se alargaban como hilachas extendidas contra un paño azul. Eran las columnas de vapor generadas por el chorro de los cohetes.

Antes de diez minutos desde el vagir del primer sirenazo, las calles quedaron vacías. Una hoja de papel arrugada, empujada por un tibio soplo, se arrastró por la avenida principal: su velocidad decreció junto con el agónico estertor de las alarmas. Desde el umbral de una casa un gato famélico acechaba curioso el desplazamiento del papel y, cuando este se hubo detenido, el diminuto felino se aproximó cauteloso: se paró a examinarlo en el centro de la calzada, sentándose sobre sus cuartos traseros.

—¡Roberto y José! Al puesto de observación uno. Abelardo y Alfonso, al dos. Fernando y Luis, al tres.

El capitán, frente al escuadrón de emergencia formado en medio del patio subterráneo, impartía sus órdenes con un tono rutinario. Los hombres se cuadraban militarmente y, rompiendo la fila, se dirigían al arsenal para recibir de manos de un sargento los anticuados fusiles. Luego partían hacia los túneles de distribución y, a horcajadas sobre un carrito movido a palanca, se internaban por el oscuro pasaje, cuyo silencio era apenas rasgado por el chirriar de las ruedas contra los rieles.

—Convídame fuego, Roberto.

Una luz removió la oscuridad. Pestañeó un breve lapso, y desplazándose un trecho en el espacio, se detuvo un instante en cada extremo de su recorrido. Al apagarse, dos puntos incandescentes cuya luminosidad se activaba en forma periódica, siguieron atravesando la noche.

—Es de esperar que no dure mucho —rezongó José. El rostro de su acompañante aparecía como una visión en medio de un rojo halo cuando Roberto daba una chupada al cigarrillo—. La última vez estuve treinta horas sin probar un trozo de pan, siquiera.

—¿Treinta horas, dijiste? ¡Bah! Yo me quedé con Raúl durante tres días sin tener nada que echar al buche, ni siquiera un vaso de agua. El pobre Raúl se desmayó. Y desde entonces contrajo esa maldita enfermedad. ¡Pobre! Era una buena persona.

—Sí, siempre fue un gran amigo. ¡Qué le vamos a hacer! A todos nos ha de llegar la hora, ¿no?

—Y directa o indirectamente, por culpa de esos malditos venusinos.

Morir en manos de los venusinos era tan natural como fallecer por un accidente o una enfermedad incurable. Los hombres aceptaban la muerte en manos de sus enemigos con un resignado fatalismo, como sus antepasados un ataque cardíaco. Ahora, suprimida la casi totalidad de las enfermedades, y reducidos a un mínimo los accidentes del trabajo, un nuevo cáncer amenazaba a los hombres: las armas de los invasores. Cualquiera día, a cualquiera hora, en los lugares más inopinados, los venusinos podían dar cuenta de uno. Y se moría con rapidez, en cualquiera parte del organismo que sus venenosos proyectiles hicieran blanco. Las víctimas caían a tierra retorciéndose de dolor: la agonía nunca se prolongaba por más de dos o tres minutos. Los venusinos utilizaban venenos originarios de su planeta, desconocidos en la Tierra, de efectos mortíferos y escalofriantes: los cadáveres se descomponían rápido, siendo necesario conducirlos de inmediato al crematorio o rociarlos con combustible en el sitio mismo del deceso y prenderles fuego. Ardían como antorchas, con una llama vivísima, convirtiéndose en segundos en un montón de pavesas.

Siempre que las sirenas anunciaban una incursión venusina, los hombres se hacían las mismas preguntas. ¿Cómo? ¿Hasta cuándo? ¿Por qué? Todo comenzó, por cierto, con los primeros viajes interplanetarios, es decir, cuando los hombres llegaron al planeta Venus, y comenzaron a explorar sus territorios siempre cubiertos por espesas nubes. La posesión del planeta casi desencadenó una guerra, aunque sus posibilidades de colonización no parecían factibles por su atmósfera mefítica. Pero la efervescencia provocada por la exploración del nuevo mundo comenzó a decaer rápidamente. Las entusiastas informaciones primitivas fueron reemplazadas por noticias cada día más concisas y ambiguas. Se habló de la aparición de nuevas enfermedades, cuya propagación en la Tierra revestiría los rasgos de una catástrofe; de animales fabulosos y de una raza parecida a la humana, oculta hasta ese instante en grandes valles donde reinaba atmósfera similar a la terrestre. Pero estos rumores nunca perdieron su calidad de tales, hasta que un día se hizo un anuncio oficial: las expediciones a Venus serían suspendidas indefinidamente. Los hombres debían someterse a nuevos entrenamientos, perfeccionar sus astronaves y medios de supervivencia fuera de la Tierra antes de volver a la carga. Y por primera vez en largos años de rivalidad y guerra fría, el mundo pareció marchar de acuerdo. Se

olvidaron los rumores sobre exóticos males, la fauna mítica y la raza humanoide: nada parecido a la vida se albergaba bajo las nubes venusinas. Y se terminaron los viajes interplanetarios. Los gobernantes llegaron a una conclusión imprevista: la de gastar los recursos en cosas más concretas que la conquista de otros mundos. Los hombres entraban en un inesperado período de paz y comprensión mutua.

Lo que duró exactamente cinco años.

Una noche volaron pulverizadas las grandes metrópolis. El bombardeo atómico destruyó más de la mitad de las principales ciudades. Antes de quince días se producía la rendición de la raza humana. Y así comenzó la nueva era: los venusinos llegaron a gobernar la Tierra. ¿Cómo pudo ocurrir algo así? Pero ahora, los sobrevivientes tenían que conformarse con meros rumores. La raza humanoide venusina existía, tal como se dijo al principio. Poseedores de una cultura avanzada, obligaron a retirarse a los terrícolas, aterrorizados con la ferocidad de aquellos seres. Desconocían las astronaves, pero sin que los terrestres lo supieran, sus espías alcanzaron a copiar un modelo. Y rápidamente sus fábricas construyeron centenares de cohetes interplanetarios.

—El Tratado de Brasilia no sirve para nada —refunfuñó José.

—¿Cómo va a servir un tratado con un enemigo tan poderoso?

—Pero ese grupo de señores terrestres que se entiende con los venusinos lo pasa bastante bien. He oído decir que viven como príncipes. ¿Te parece justo, Roberto?

—No, claro que no es justo. Pero en todas estas cosas alguien aprovecha, José. Es inevitable.

—Es cierto. Mal que mal, están tan sometidos como nosotros. ¿Sabes qué...?

La llegada del carromato a su destino truncó la frase de José. Bajaron los hombres, treparon por una escalerilla, y arribaron a la torre de observación. Mediante un periscopio José inspeccionó los alrededores. Un vasto campo labrado, y el comienzo de la avenida principal del pueblo, quieta y vacía. Llegaba el crepúsculo.

—Me huele a falsa alarma, de nuevo.

Dirigieron el periscopio al cielo: por varios segundos registraron el firmamento, sin encontrar indicios de los venusinos, excepto los filamentos vaporosos de sus reactores que se deshacían lentamente.

—¿Sabes, Roberto? Vas a pensar que estoy loco, pero...

José vacilaba, como si no encontrase la manera apropiada para exponer sus ideas.

—Pero ¿qué?

—Bueno... A mí me tocó ver a Radomiro, cuando fue herido el año pasado por una bala venusina. Me quedé junto a él hasta que murió. ¡Hubieras visto su mirada! Un horror. Pero no de sufrimiento. Sus ojos querían decir algo. Vio al venusino, ¿sabes?

—Se supone que lo vio: no hay pruebas.

—Lo vio, Roberto. Yo estaba a su lado. Los que iban cerca de nosotros estaban lejos para oírlo. «¡Mira quién está ahí!», me dijo. Me parece estarlo oyendo. Cuando

me di vuelta era tarde. Alcancé a ver unas ramas que se movían, en un matorral cercano, el mismo que te mostré hace tiempo, a la entrada del pueblo. Y Radomiro cayó a mis pies, retorciéndose.

—¿Y...?

—La manera como dijo eso. Si lo hubieras oído como yo. En el mismo tono que uno utiliza para referirse a un conocido. Y el disparo vino desde ese matorral, donde él vio al otro.

—¡Son suposiciones tuyas, José! Ese día anduvo un grupo de venusinos en el pueblo. Uno de ellos lo mató.

—Es que Radomiro, como todos nosotros, se asustaba cada vez que veía a un venusino. No habría dicho lo que dijo en un tono amistoso. Menos todavía al verlo semiculto en el matorral. Además, Radomiro hizo un descubrimiento por esos mismos días. A mí no me quiso decir nada, porque era algo demasiado grave para pregonarlo. Andaba buscando a un miembro del consejo para contárselo. ¡Y lo mataron! Al día siguiente. ¿No te parece una casualidad?

—Como tú lo cuentas, sí. —Roberto parecía escéptico.

La excitación de José cundía.

—Los venusinos son iguales a nosotros, Roberto. Solo se distinguen por sus uniformes, y porque jamás cambian palabras con los terrícolas, excepto con el grupo privilegiado. A veces pienso...

—Dilo.

—Pues... ¡que a nadie le consta la invasión, Roberto! Vas a pensar que digo locuras. Pero ¿dónde están las pruebas? ¿Cómo sabes si todo no ha sido sino una superchería inventada por las grandes potencias para repartirse el mundo? ¿Y si los venusinos son hombres como nosotros, que han pasado a integrar una casta privilegiada a través de varias generaciones?

—¡Eso es fantástico! Estás diciendo disparates. Un secreto así era imposible guardarlo.

—Era fácil mantenerlo, Roberto. Esa casta pudo llegar a convencerse de que es venusina. Es decir, hoy día se sienten originarios del planeta Venus. Una simple treta, Roberto. Así podían gobernar la Tierra por siglos, sin que nadie se atreviese a discutirles su origen. Los primeros hombres que fueron a Venus han traído quizá qué terribles venenos y nuevas sustancias. Y tuvieron esa magnífica idea. Las nuevas doctrinas políticas estaban nivelando demasiado a los hombres. ¿Cómo volver a las antiguas aristocracias? Con el mito de los venusinos.

José jadeaba, reflejando su cara una expresión de animal acosado. Roberto lo miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Ves? Los venusinos siempre hacen sus incursiones en los momentos de crisis. Hoy día, por ejemplo, como nos faltaba el azúcar y el aceite, sonaron las alarmas.

—Pero ¿tú crees que el consejo está en el secreto?

José sonrió, cansado.

—No, nadie conoce el secreto. Ni la casta privilegiada que se entiende con ellos. Ahora los venusinos son venusinos. Han formado la clase gobernante. Y quizá eligen, con cualquier pretexto, hombres como nosotros para que ingresen en las filas de sus favoritos. ¿Ves? Lo que descubrió Radomiro pudo ser eso: que un conocido suyo había entrado en ese clan. Por eso no se aterrorizó cuando lo vio tras el matorral.

Por un instante en la estrecha cabina se escuchó la respiración de ambos hombres cuyos rostros, a la débil luz captada por el periscopio, parecían flotar en la penumbra.

—Son teorías, no más José. —Roberto espiró el aire con violencia y sonrió incrédulo—. Suposiciones. Todo es posible, por cierto. Y al hombre siempre le ha gustado especular sobre lo que sea.

Pegó los ojos al periscopio.

—Sobre la inmortalidad del alma, la incomunicabilidad de los espíritus, la soledad humana, el porqué de las cosas... ¿Total? Cero. Ahora tú y otros más, sin duda, meditan en la real existencia de los venusinos. ¿Para qué? El hecho es uno: nosotros, que sin duda somos los verdaderos terrícolas, estamos sometidos a los venusinos. —Hablabla sin retirarse del periscopio, vigilando los alrededores—. ¿Que los venusinos son reales o falsificados? No vamos a ser nosotros los que... ¡Mira eso! Ahí tienes a un verdadero filósofo.

El visor enfocaba la avenida principal del pueblo. Un gato corría tras una hoja de papel por la calle solitaria. La alcanzaba, la apretaba entre sus garras, la soltaba luego y continuaba su persecución.

—¿Crees tú que ese se preocupa de averiguar el porqué de las cosas?

Meccano

Meccano miraba a los hombres con sus cuencas sin ojos.

Durante mil años el cráneo del gigante, con su rostro de ídolo primitivo, contraído por una mueca de ira y crueldad, acechaba sobre su pedestal de piedra, en el centro de un cráter.

—Esto no estaba aquí, capitán. ¿Quién lo habrá construido?

—No somos los únicos humanoides de la Galaxia, Roberto. Y aunque solo hemos envejecido diez años durante nuestro viaje de ida y vuelta a la Tierra, aquí han transcurrido diez siglos. Alguien pudo venir entretanto.

—Estoy seguro que esto es obra de Daniel, capitán. ¡Le gustaban las realizaciones gigantescas!

—Es posible. Siempre fue aficionado al arte, aunque de poco debe haberle servido aquí. ¡La Luna es un oasis comparado con esto!

—Pero también era un genio de la cibernética, capitán. No puedo olvidar sus últimas palabras. «Los esperaré», dijo. ¿Se acuerda?

Un sol achatado, envuelto en un anillo flameante, derramaba un fulgor verdense sobre la solitaria cabeza, las rocas y colinas oscuras. Los hombres dieron una vuelta en torno al cuello trunco, y trataron de desprender un pedazo de la dura sustancia.

—¿Y dónde está su comité de recepción? ¿Esta cabeza? Ni siquiera disponía de bombas atómicas, porque podría habérselas ingeniado para dejarnos una bomba de tiempo que nos esperase mil años. Suerte que se quedaron sin armas. ¡Idiota! Cuando se vio abandonado con sus treinta fieles, y sus dos naves destruidas debió comprender que en su expedición se había colado un miembro de la Causa. ¡Y nos largó sus amenazas!

Detrás de la impasible faz de Meccano, en el fondo de las cuencas sombrías, unos delicados mecanismos contruidos para durar milenios abrieron un interruptor cuyo chasquido engulló el vacío reinante. Porque aquellos alvéolos captaron las imágenes de los hombres cuando entraban al cráter, y de inmediato una computadora estableció comparaciones, barajó cifras, y obtuvo un instantáneo resultado. Un segundo interruptor se abrió dentro de las sombras del cráneo.

—Aquí en este planeta están los tesoros que necesitamos para imponer nuestra Causa, Roberto. Daniel, que no era tonto, también comprendió la trascendencia de este mundo casualmente descubierto. Pero, en nombre de sus principios de libertad, orden y justicia, habría destruido las cartas de navegación para que nadie hubiese regresado aquí. La Tierra lleva cinco mil años de este régimen de orden, y todos son felices, decía. ¿Para qué más? No comprendía que otros hombres deseaban romper la

rutina.

Los hombres treparon al tractor y se alejaron, sin que las orugas del vehículo dejaran huellas sobre el granito. Meccano los siguió con sus negras cavidades, vueltas hacia el desfiladero de acceso, tal como lo dejaran mil años antes en aquel planeta muerto.

—Y recuerde, Roberto: nunca antes hemos estado aquí. Los demás nada deben sospechar.

Otro tractor descubrió en un barranco un carro cuyas ruedas apenas asomaban por debajo de su vientre redondeado, y de forma distinta a la de cualquier vehículo humano. Pero, en cuanto los hombres se alejaron, el vehículo, en cuya techumbre plana se abrían alvéolos y tres escotaduras en el costado más largo, rodó hasta una vasta explanada en cuyo centro se orientó y estacionó cuidadosamente. Otro carro de vientre plano y lomo combado, que se deslizaba sobre ruedas fijas al extremo de largas patas, se superpuso al primero de modo que el techo de uno coincidió con la barriga del otro. Entonces recogió sus extremidades con el movimiento de un monstruoso insecto.

Pero los hombres, en el «Cisne», nada sabían de estas maniobras.

—Tampoco estaba ese carro aquí, cuando vinimos, capitán.

Detrás de la ventanilla de la cabina del capitán las nítidas sombras de los picachos y lomajes del planeta se encogían a medida que el sol se aproximaba al cenit, como una antorcha desplazándose contra un paño negro.

—Tal vez los odasitas, constructores de mecanismos ciclópeos, explotaron algún mineral aquí, y dejaron rastros de su cultura.

—Daniel pudo reacondicionar los motores de las astronaves que destruimos, e instalarlos en algún lugar remoto para transmitir energía inalámbrica a cualquier mecanismo.

—¡Usted está nervioso, Roberto! Pongámonos en el caso de que haya sido así. ¡Ni con cien carros como ese pueden hacerle algo al «Cisne»!

—Sí, es cierto. Pero ¿qué se hicieron las grúas, el taller, la fundición, y las instalaciones que no alcanzamos a destruir? ¿Y dónde están los cuerpos de Daniel y sus treinta hombres? ¿Y los restos de los navíos? En este mundo sin grandes montañas ni precipicios, objetos como las astronaves serían fácilmente visibles.

—Sí, también lo noté. Pero además de que durante estos diez siglos alguien pudo venir y destruir o llevarse todo lo que aquí había, Daniel, con su maravilloso cerebro cibernético, y sus muchachos no pudieron sobrevivir más de diez años en este infierno. Y con suerte. ¿Para qué preocuparse con lo ocurrido con sus cadáveres e instalaciones?

En la lejana llanura otros carros repitieron las maniobras de los dos primeros, y se ensamblaron de modo que no se notaban sus uniones. Y aquella forma cilindroide, angosta en el centro y ancha en los extremos, era la de un tronco humano sin miembros.

—Sí, es cierto, capitán.

Dos muslos se deslizaron por la hirviente pradera, y se insertaron en las pelvis vacías, y dos piernas se anexaron a las rótulas con la exactitud de un rompecabezas armado por una inteligencia. Porque las piezas se movían bajo las órdenes de la cabeza del cráter, mientras los hombres en torno al «Cisne» cargaban toneladas de minerales por las insaciables escotillas.

Meccano se ajustó los miembros para que integraran una sola poderosa máquina. Los pies, altos como torres de treinta metros, y las manos, anchas como terrazas, se unieron a los muñones. En el centro de la planicie tomaba forma un muñeco sin cabeza, con los brazos en cruz y las piernas entreabiertas.

La febril actividad cesó.

Allá, en el cráter, la cabeza verificaba el funcionamiento de cada una de las partes del autómeta. Las manos cobraron vida y los dedos se estiraron y encogieron dentro de las palmas, formando colosales puños amenazadores. De un solo movimiento el coloso se sentó, y un anillo de sombras se proyectó alrededor de su cuerpo.

—Roberto: he ocultado el mapa y la carta de navegación para evitar que los vean otros ojos que no sean los suyos y los míos. ¡Nadie debe saber dónde queda este planeta! Así tendremos siempre la sartén por el mango, ¿entendido?

Meccano se orientó, y con zancadas de a dos metros partió hacia el cráter. El sol convertía su sombra en un gigantesco batracio que palpitaba sobre la superficie escabrosa. Se arrodilló ante la cabeza, y cogiéndola entre sus manos la alzó al cielo con la devoción y recogimiento de un sacerdote cuando levanta el cáliz. Luego la insertó en la cavidad de sus hombros, fijándola allí con la sola presión de sus manos rocosas. Ahora los ojos: del hueco dejado por el cráneo en el centro del pedestal extrajo dos globos blancos, que introdujo en sus cuencas y atornilló cuidadosamente como delicadas ampolletas.

Ya hemos cargado suficiente material para este viaje, ¿no es así, Roberto?

—Sí, capitán.

—Dejamos morir a treinta hombres y al genial Daniel, y destruimos dos navíos para asegurarnos de que nadie disputaría este planeta a la Causa, ¿no? Dígale a esos muchachos que vayan a buscar una última partida de mineral. Yo me encargaré de los otros.

El Guardián estaba completo.

Se irguió con su cuerpo alto como un rascacielos de ochenta pisos, plagado de ruedas que semejaban las clavijas y tuercas de un fenomenal juguete. Desde el centro del cráter el gigante volvía a compenetrarse de aquel mundo que por tantos siglos vigilaba, de su tórrido e inmutable paisaje siempre azotado por el sol.

Meccano había nacido. Meccano ahora recordaba.

Al compás de una marcha sin voces, el titán partió hacia el navío humano.

—Listo, Roberto. Vámonos.

El capitán guardó la pistola. Afuera, en torno a la astronave, el sol extendía su

ardiente sudario sobre cuatro cuerpos retorcidos. No muy lejos, bajo la luz lívida, tres tractores repletos de minerales se aprestaban a volver al «Cisne».

El navegante bajó una palanca, y cerró y abrió decenas de conmutadores. Las escotillas se cerraron herméticas. Los motores empezaron a zumbar sordamente.

Detrás de la ventanilla se materializó la gigantesca figura que avanzaba hacia el navío estelar.

—¡Dios, capitán! Esta... ¡esta es la obra de Daniel!

—¡Pronto! ¡Partamos!

Meccano dejó caer sus poderosos puños. El «Cisne», alcanzado cuando comenzaba a desprenderse lentamente de la tierra, se desvió de su trayectoria y, describiendo una amplia parábola, aceleró como un volador de luces. Kilómetros más allá se estrellaba en medio de una nube de fuego.

Meccano destruyó los tractores cargados de minerales inútiles y hombres paralogizados, y recogiendo los restos del «Cisne» y sus tripulantes, los transportó a un lejano montículo de rocas que cubría una oquedad atestada de fierros y cuerpos momificados. Depositó allí su botín, y volvió a cubrir el hueco con la eficiencia de un sepulturero.

Entonces Meccano fue al cráter, colocó su cabeza en el pedestal, y de nuevo en la llanura, su cuerpo se desintegró como bajo el efecto de una repentina putrefacción. Los miembros fragmentados, conducidos por silenciosas ruedas, fueron a ocultarse en las colinas y hondonadas del planeta, y se mimetizaron con el color de las rocas.

En la planicie solo quedaron piedras que hervían al sol.

En el centro del cráter la cabeza de Meccano miraba el planeta muerto con sus cuencas vacías, vuelta la faz distorsionada por una mueca de ira y crueldad hacia el desfiladero de acceso, tal como su creador le ordenara quedarse, mil años antes.

La teleportación es un deporte para mayores

En el centro del patio (un rectángulo rodeado de altos muros), envuelto en una nube de humo amarillento que se desvaneció veloz, se materializó la figura de un hombre vestido con un traje espacial rojo, que despedía vivos reflejos bajo el sol de mediodía. Cristián y Manuel rodaron por el embaldosado plástico empujados por la onda expansiva, y se incorporaron, observando entre aterrorizados e incrédulos, la aparición. Un olor desagradable se esparció en el ambiente.

—Nada temáis, niños. —La voz emergía de un parlante disimulado en el pecho del aparecido—. Me estabais llamando, ¿no es así? Aquí estoy: soy Dasmon, un habitante del planeta Niff.

Pero ¿cómo...?

Una carcajada contenida, que arrancó ecos de los rincones del patio, acentuó el estupor de los chicos. Se miraron, aún en tierra, revuelto el pelo sobre las húmedas frentes.

—Vuestras mentes, por un instante fugaz, se concentraron en una imagen capaz de ser captada por mis percepciones. Simple, ¿verdad? Los hombres de Niff conocemos los secretos de la teleportación. De todas las «teles» habidas y por haber, a decir verdad.

De las caritas se desvaneció el rictus de pavor. Fue reemplazado por un abrirse de ojos excitados, por un entrecortado respirar que dilataba sus aletas nasales.

—¿Es cierto? ¿De veras viene usted de otro mundo?

—¿Y sabe teleportarse? ¿Cómo lo aprendió?

—¡Huuu! Mucho antes de que el hombre aprendiese a caminar erguido, los seres de Niff conocíamos esa ciencia.

Los niños, recuperada la confianza, se pusieron de pie y avanzaron hacia Dasmon.

—¡No os acerquéis! —conmina la roja figura, alzando un brazo largo, delgado, que flotaba dentro de las holgadas mangas—. Mi traje despide radiaciones peligrosas. ¡Manteneos siempre a una prudente distancia!

De nuevo el temor se pintó en los rostros infantiles. Un detalle de la vestimenta del aparecido se les hizo presente: su cabeza permanecía encerrada dentro de un casco hermético, sin visores. Las escafandras de los astronautas poseen un amplio cristal de observación, e incluso, algunas son por completo transparentes, como pompas de jabón. Un par de ojos que miran tras un vidrio, o los labios que se mueven para hablar, inspiran confianza, una cierta familiaridad. Pero Dasmon, aparte de su figura, únicamente se daba a conocer por el sonido deforme de su voz.

—Mi traje es impenetrable a todas las radiaciones: por eso no veis mi rostro.

Quienes se teleportan necesitan de una protección así. Pero sois aún muy pequeños para comprender los secretos de las dimensiones y sus sutiles fórmulas. Aprovecharé esta feliz casualidad para saber algo más sobre los hombres, nuestros hermanos de raza. Vivís en un mundo magnífico, en realidad. ¡Debéis estar orgullosos de él!

Los niños se miraron con una expresión vacua.

—Es muy aburrido —comenta Cristián—. Durante ocho horas al día nos quedamos solos en este patio, mientras los papás trabajan. En las mañanas nos hacen clases por televisión. Antes de acostarnos y a la hora del desayuno, volvemos a ver a nuestros padres. Todos los días es igual.

—Es que sois muy chicos —dice Dasmon, sentencioso. No cambiaba de postura: seguía de pie, en el centro del recinto, un poco separadas las piernas, acompañando sus palabras con un enérgico gesticular—. La niñez es una etapa aburrida en todos los mundos habitados. Más en un planeta como la Tierra, que se encuentra en plena era interplanetaria. Estáis solos en esta casa, ¿verdad? Asintieron los chicos.

—¿Por qué no nos enseña a teleportarnos? ¿No es cierto, Manuel? Podríamos irnos a otros mundos, mientras los papás trabajan.

—¡Enséeeñenos!

—No os apresuréis. La teleportación es un deporte para mayores. Pero no hay que desmoralizarse. El contacto conmigo está establecido. Os enseñaré la fórmula para inv... llamarme, pues de seguro ya la olvidasteis. Debéis hacerme una formal promesa, eso sí.

—¿Cuál?

—No digáis una palabra a nadie de esta aventura, por ahora.

—¿Ni al papá?

—¿Ni a la mamá?

—A nadie.

—¿Usted no quiere que en la Tierra se sepa que existen hombres en el planeta Niff? Los sabios creen que no hay seres inteligentes, parecidos a los humanos, en ningún planeta de la galaxia.

—Yo vengo de otra galaxia. Os he dicho que el secreto deberéis mantenerlo por ahora. Con vuestra ayuda, lentamente los hombres se impondrán de mi existencia y espero que, si sabéis cumplir mis instrucciones al pie de la letra, todos los humanos irán algún día a mi mundo, donde serán recibidos con los honores correspondientes. Y cuando seáis grandes, también podréis ir allá. ¿Que os parece?

Manuel y Cristián permanecían indecisos.

—Bueno: lo prometemos.

—Perfecto. Ahora, escuchad: ¿qué es lo que más ansían vuestros padres?

—Trabajar menos para tener más tiempo de divertirse y gozar de la vida — replicaron los rapaces, casi al unísono.

—Una justa, justísima aspiración. Bien: es necesario que el aprendizaje de la teleportación se haga por separado. ¿Entendéis?

—Eso lo podemos hacer en los fines de semana. Casi siempre uno de los dos se queda aquí, a la hora de la siesta, mientras el otro sale.

—¡Magnífico! Proponedles el siguiente juego: que relajen por completo los músculos, y piensen con toda la intensidad de su espíritu en las tinieblas. Decidles que es un sistema de descanso aprendido por televisión. «Quiero encontrarme envuelto en tinieblas», debéis enseñarles que piensen, mientras se relajan.

—¿Por qué en tinieblas?

—Porque la oscuridad, hijitos míos, las tinieblas absolutas, son el mejor descanso para el alma humana. Y no me preguntéis por qué: la sola explicación de tal maravilla demoró siglos de experiencias a nuestros sabios. Y es el elemento básico, el «eureka» de la teleportación. Una vez que el hombre consiga esa entrega absoluta a las tinieblas, se irá de un viaje al...

Dasmon vaciló un segundo, como si buscara el término preciso.

—¿Dónde?

—Pues... al planeta Niff, por supuesto. ¡Me olvidaba! Antes de que él o ella se relajen, me llamáis. Nadie me verá, pues me encontraré revestido por rayos decolorantes.

—¿Usted cree que aceptarán jugar a eso? —Manuel arrisca la nariz, escéptico.

—¡Cuando sepan que os lo enseñaron por televisión, el mayor vehículo de cultura jamás inventado, no vacilarán! La mente humana nunca ha estado tan preparada como ahora para escuchar mis enseñanzas. Haced lo que os he dicho. Hasta luego.

Dasmon desapareció envuelto en una explosiva nubecilla que se disolvió en segundos, dejando como único testimonio de su paso el mismo hedor del principio.

—Es muy entretenido, papá. —Cristián le hizo un guiño a Manuel—. Te vas a sentir como nuevo.

El sol azotaba el plástico. El papá, no muy decidido a moverse luego de almorzar, permanecía arrellanado en la mecedora automática. El acondicionador de aire enviaba desde la casa bocanadas frescas y con olor a hierbas campestres. La mamá, como solía hacerlo los sábados, se hallaba en el Club de Hipnovisión.

—Pero ¿por qué tiene que ser a pleno sol? —inquirió el hombre.

—Porque eso dijeron en el programa: debe ser al aire libre —puntualizó Cristián, con mucha seriedad—. La fuerza cósmica llega directamente...

Ríe el papá. Hace una débil tentativa para resistirse. Pero sentía una vaga curiosidad por comprobar los beneficios del nuevo programa.

Nada en el cielo azul; nada dentro del simétrico patio, cuyas baldosas polícromas lanzaban suaves destellos. El hombre se acomodó en la mecedora, luego de arrastrarla al centro del embaldosado.

—¿Que hago ahora?

—Relaja los músculos, sin pensar en nada.

—Eso es fácil —comenta el hombre, los ojos cargados de sueño.

—¿Listo? Ahora piensa en las tinieblas. Trata de que se te oscurezca la cabeza.

Cristián hizo los signos de la clave proporcionada por Dasmon. Miró en torno, sin ver un alma. ¿Estaría allí el hombre del planeta Niff, observando la escena?

—No es tan sencillo eso. Menos con esta resolana —refunfuñó el papá.

—¡Es que tienes que desearlo, papá! Debes querer hallarte en medio de las tinieblas.

—¡Qué truculento! —exclama el hombre riendo. Y como los chicos protestaron porque «no tomaba en serio la prueba», volvió a concentrarse. Ahora me está resultando más fácil. ¡Huy! Se me ha llenado la cabeza de oscuridad.

—¡No hables, papá! Vas a echarlo todo a perder. ¡Concéntrate! Es indispensable.

—Dasmon debe estar cerca —susurró Manuel al oído de su hermano.

—¡Chsst!

El hombre parecía dormir. Los niños lo observaron excitados. ¿Se produciría el milagro? ¡Paf! La mecedora quedó vacía. Un olor acre se esparció en la atmósfera, y, de pie sobre el embaldosado, se materializó la figura de Dasmon.

—¡Magnífico, niños! Completo éxito.

—¿Y el papá?

—Aunque no lo creáis, ya está en Niff. Parece mentira, ¿no? Los poderes de la mente son infinitos.

Los rostros de los niños reflejaron inquietud.

—¿Podrá volver?

—No de inmediato, porque es contraproducente teleportarse muy seguido, sobre todo para un principiante.

—¿Y cuándo regresará?

—Dentro de doce horas. ¡Nada temáis! En cuanto llegue vuestra madre la traéis a esta mecedora y le hacéis la prueba. Así se reunirá con su marido en Niff antes que el sol se ponga.

—Y nosotros, ¿nos vamos a quedar solos toda la noche?

—Yo os acompañaré. Llamadme en cuanto llegue vuestra madre, ¿no?

Los niños examinaron la vacía mecedora. Parecía mentira que, apenas dos minutos antes, un hombre hubiese estado recostado en ella. Una repentina soledad cayó sobre el lugar.

—¿Nos diría la verdad, Dasmon?

—¿Por qué nos iba a engañar? —Cristián no parecía seguro. Nervioso contempló los cuatro rincones del rectángulo—. Dasmon sabe lo que dice.

—¡Qué maravillas nos va a contar el papá de Niff! Es el primer hombre que ha viajado a un planeta fuera de la Vía Láctea. Será famoso.

—Menos lo veremos, entonces —observó Cristián, melancólico—. Se lo va a llevar en conferencias y viajes por todo el mundo.

—Pero nosotros podremos teleportarnos cuando seamos grandes. Y los papás serán gente importante. ¿No te parece?

—Sí, es cierto. ¡Uf! Qué mal olor tiene Dasmon, ¿no?

Desde la casa llegó la voz de la mamá.

—¡Cristián, Manuel! ¿Dónde está el papá?

La mujer se detuvo bajo el toldo y observó la escena. Los chicos se miraron azorados.

—Este... salió a dar una vuelta, mamá. Vuelve ligerito.

La mamá avanzó hasta el centro del patio. Se paró junto a la mecedora y encogió la nariz: olfateó la atmósfera, al mismo tiempo que una sospechosa expresión se pintaba en su cara.

—¿Por qué hay este olor tan raro? ¿Qué han estado haciendo?

—Yo no siento ese olor, mamá —se defiende Manuel, inquieto.

—Quizá viene de afuera. —Y Cristián añade, antes de que ella prosiga en sus indagaciones—: Hemos aprendido un juego maravilloso, mamá. Ven: siéntate en esta mecedora. Es algo que nos enseñaron por televisión. Sirve para relajarse y descansar.

—¿Por televisión? Bueno: debe ser algo interesante, entonces. ¡Menos mal que no han perdido el tiempo!

Mientras Cristián le enseñaba a relajarse, Manuel, a hurtadillas, hizo los pases para llamar a Dasmon.

—Esto ocurre con los niños que se quedan solos: se vuelven mitómanos —expresó el inspector, arrugando el entrecejo, al mismo tiempo que daba una mirada circular al solitario patio—. «¡Aprendieron a teleportarse!», ¿no digo yo? ¿En que planeta estarán ahora?

—Es el tercer caso en una semana —observó malhumorado el prefecto de policía—. Si esto sigue así, la Cooperativa de Párvulos va a quebrar.

El inspector se dejó caer en la hamaca, y se dedicó a observar la llama de un cohete que, destacándose apenas de las nacientes estrellas, aceleraba rumbo al espacio.

—Es que la cuota de incorporación a la cooperativa es demasiado alta. Siempre lo he sostenido: hay que rebajarla por lo menos en un cincuenta por ciento. —El inspector apartó la vista de la astronave, y contempló pensativo la casa. El acondicionador de aire continuaba lanzando frescas bocanadas con olor a hierbas y flores—. De lo contrario, los padres seguirán aprovechándose de la primera oportunidad para abandonar a sus hijos.

Partió con lentos pasos hacia la casa, seguido por el prefecto. —¡Tres casos en una semana! —repitió este último—. Y la misma historia del hombre del planeta Niff. ¿En qué programa de televisión lo habrán transmitido? No se lo he oído nombrar a mis chicos.

En el centro del patio la vacía mecedora parecía dormir.

Carrusel

—¿Listo, señor Kachur?

—Sí, coronel.

—¡Fuego!

Al cabo de siglos de quieta soledad las rojas arenas recibieron el cuerpo del hombre. Declinaba el día: un sol pequeño esparcía luz sobre las dunas.

—Sáquenle la ropa y sepúltenlo. El traje nos puede servir. Los espero en la base.

Las botas hollaron el arenal, haciendo el camino de regreso. Los otros dos pares de botas se aproximaron al caído. Removieron el desierto marciano hasta hacer una oquedad suficiente para contener el cadáver. Luego la roja mortaja envolvió los despojos, empujada por el invasor.

—La cara que puso cuando el coronel lo desenmascaró. Es la primera vez que he visto la desesperanza en una persona. Era un niño, casi.

—Se lo merecía este traidor. Pasaremos tres meses abandonados aquí. Ilya, con un poco de habilidad, estaba en condiciones de asesinarnos a todos, y esperar tranquilo el regreso de los cohetes. El único sobreviviente de cualquiera fingida calamidad. Habría regresado en calidad de héroe, y antes de que lo descubriesen, tenía ocasión de escaparse para ir a dar cuenta a sus amigos.

Un montículo señalaba la tumba del ajusticiado. El sol se ponía en esos instantes: se alargaron las sombras de las dunas y pasaron sobre el túmulo como un parpadeo. Los hombres emprendieron la vuelta a la base. A lo lejos se recortaban contra el cielo las primeras colinas del extremo meridional de la Gran Syrte, la mancha verde del planeta.

El frío de la noche marciana se abatió sobre el yermo. Se recubrió el arenal de gemas: gotículas de agua rápidamente congeladas. Una túnica púrpura, recamada de brillantes, rodeó la Gran Syrte. Deimos asomó un cuerno en lontananza, y se lanzó en rauda vuelo por encima de las constelaciones. Los despojos del muchacho descansaban envueltos en la mullida piel del planeta. Ya no sangraban las heridas, obturadas por el polvo: el sedimento le insufló al cadáver su milenario calor. Lo impregnó con su decantación eónica. Se removió el montículo, y surgió de él una mano que se agitó bajo el resplandor astral, seguida de inmediato por una faz enrojecida, por cuyas mejillas resbaló la arena. Los revividos dedos limpiaron los ojos, las narices y los labios. Ilya, enterrado hasta la cintura, abrió los ojos y oteó, sorprendido, el panorama. Una frescura a tierra añosa y a hielo nocturno dilató sus narices. Respiró a pleno pulmón la etérea atmósfera. Se sacudió el pelo y, con un pequeño esfuerzo, se puso de pie. Miró su sepultura con cierta extrañeza, como si se

tratara del recién dejado lecho. Entonces recordó.

—Me mataron. Sin embargo... ¿Y las heridas? Los cinco orificios causados por las balas eran manchas ligeramente oscuras, apiñadas sobre el corazón. Los dedos comprobaron que la piel, en esa zona, permanecía lisa y suave al tacto, sin hendiduras ni asperezas.

—El coronel se salió con la suya. ¿Cómo se las arreglaría? Con seguridad se valió de mis viajes al extranjero. Tiene buenos amigos en la policía secreta. ¡Qué le vamos a hacer! Si me dirijo al campamento los mataría a todos con la impresión. Pobres. Los hombres son débiles: necesitan trajes del espacio y una presión adecuada para resistir este ambiente. Y yo, ¿qué soy? ¿He dejado de ser un hombre?

Contempló el desierto: una alfombra escarlata, salpicada de luces iridiscentes, ligeramente sombreadas por las mórbidas dunas. El veloz Deimos rasgaba la inmensidad como un puñal malayo esgrimido por una mano invisible. Las enormes, rutilantes estrellas, lo saludaron alegres. Un aerolito cruzó el firmamento: su radiante cola permaneció largo rato deshaciéndose contra la galaxia.

—No: no soy un hombre. Soy un neomarciano.

Dio un prodigioso salto, y aterrizó con la desenvuelta ligereza de un bailarín, levantando una tenue nube de polvo. Siguió brincando y desplazándose sobre la fulgente arena, sin cuidarse de tomar un rumbo determinado, sino con la despreocupación de quien ejecuta una danza en un escenario ilimitado, al compás de una melodía que se acomoda a los pasos del danzarín.

—Ya has brincado bastante, ¿no?

Una voz a sus espaldas: una voz humana, sonora, que se esparció sobre las dunas con un eco diáfano, hendiendo de pronto la quietud. Ilya se volvió. Un hombre lo observaba desde la cresta de una duna. No llevaba ropas: su piel desprendía una leve luminosidad.

—¿Quién eres? —indagó Ilya. Notó que su voz, como la del aparecido, surgía con extraordinaria potencia y se quedaba vibrando, haciendo tintinear el congelado rocío.

De un salto el otro estuvo junto a él. Lo examinó con tranquila curiosidad. Los rasgos de su rostro parecían poco firmes. Cambiaban constantemente, como la imagen reflejada por una laguna de suave oleaje.

—Un marciano. Pero de los viejos marcianos. No un neomarciano como tú.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque te vi llegar.

—¡Me viste llegar! —exclamó Ilya—. Pero ¿dónde estaban ustedes? Este planeta no tiene habitantes.

—Eso creen los hombres. Pero estoy aquí, ¿no es así?

Ilya se dejó caer al suelo, confuso. El marciano se sentó frente a él.

—No trates de explicártelo. Somos una raza vieja: dominamos las dimensiones, ¿ves? Desde hace siglos, en previsión de una posible visita extramarciana, nos

cambiamos a la dimensión vecina, para que no nos vieses. Elemental.

Cogió un puñado de arena, y la hizo deslizarse entre sus dedos: cayó a tierra como una cascada radiante. Ilya lo imitó.

—Has de saber que mis compatriotas me mataron. Alguien llamó desde la Tierra y me acusó de traidor al coronel.

El marciano le hizo un alegre guiño.

—Estás vivo; es decir, naciste a la vida marciana con tu muerte terrestre. La *vitalina* te resucitó.

—¿La *vitalina*? ¿Qué es eso?

Por toda respuesta el otro cogió un puñado de arena y la engulló, dando muestras de gran deleite.

—Hemos recubierto el planeta de esta sustancia, la cual ahora se regenera sola bajo la influencia de la energía cósmica. Deseábamos tener un planeta confortable. Únicamente en el desierto, donde están tus ex congéneres, no hay *vitalina*.

—¿Desierto? ¿Así llamas a la Gran Syrte, la zona verde más extensa del planeta?

—Es el desierto: la única región estéril que nos queda. Pronto será también productiva.

—¿Y qué piensan hacer con los hombres? ¿No van a decirles que aquí hay gente?

—No tenemos tiempo. Siuviésemos que explicarle a cada visitante de otro mundo cómo vivimos, esto sería el infierno. Por eso los dejamos venir y hacer lo que quieran. Es asunto de ellos.

—Me parece un egoísmo sin nombre. Ustedes son iguales a nosotros...

—¿Iguales? —El marciano se puso a reír—. ¿Lo dices por mi apariencia? Para hablar contigo me he visualizado de hombre. Pero no soy así.

Dicho lo cual la humana forma se hinchó y se convirtió en segundos en un cuerpo ovoide, de ambarinos destellos y ligeramente translúcido. Dio dos o tres saltos en el desierto —una pelota liviana y flexible que rebotaba—, y prosiguió con una voz susurrante, suave y adormecedora:

—No somos muy parecidos que digamos, ¿verdad?

Ilya tragó saliva.

—Y tus compatriotas, ¿no me harán el vacío por mi aspecto?

—En absoluto —replicó el huevo—. No juzgamos por el físico. Mal que mal somos civilizados. Y, sinceramente, hay formas peores que la humana en esos mundos.

Señaló el cielo con un apéndice que surgió y desapareció veloz de su parte superior. Enseguida se alejó dando ágiles botes.

—¡Espera! —gritó Ilya—. Espera. Todavía tengo preguntas que hacerte.

Volvió el ovoide.

—¿Hay ciudades en Marte?

—¿Ciudades? —Trataba de recordar: el esfuerzo se traducía en rápidos cambios de color, que abarcaban toda su nacarada superficie—. ¡Ah! Ciudades...

Se estremecía entero, como si de un momento a otro fuese a deshacerse y desparramarse por el suelo.

—¡Qué gracioso! ¡Ciudades!

—¡No veo dónde está lo gracioso! —exclamó Ilya, amoscado—. La ciudad es el símbolo de la civilización.

—De la civilización primitiva, querrás decir. No: aquí no hay ciudades. Hace miles de años, en la Era de la Forma Constante, existieron.

—¿Qué era es esa?

—Cuando los marcianos tenían que conformarse con la figura dada por la naturaleza. Como comprenderás, eso es antiquísimo. Es paralelo a las ciudades, a la democracia, a la igualdad, al comunismo, etc.

—Pero ¿qué régimen político impera hoy en Marte?

—El Nomadismo Libre. Cada uno hace lo que le place, va donde le place y se queda donde le place. Anarquía Racionalizada, en otras palabras. En un sistema así no pueden existir las ciudades, como comprenderás. El Universo es demasiado amplio como para quedarse mucho tiempo en una parte determinada. Y menos desde que dominamos la teleportación. Ya aprenderás todo eso. A cualquiera le puedes preguntar.

Se elevó a gran altura. Ilya esperó su caída y el próximo rebote. Pero el huevo se desvaneció en el aire.

El desierto recuperó su soledad.

Ilya se encontró con el segundo ovoide cuando creía hallarse cerca de sus compatriotas. Ahí estaba la Gran Syrte; pero ni rastros de las instalaciones.

—Vaya, ¿cómo las vas a ver si te encuentras en otra dimensión? Tienes que aprender primero a teleportarte. Entonces estarás en condiciones de ir al Marte de ahora, del pasado, y del futuro. Y todo esto dentro de sus infinitas dimensiones paralelas. Porque has de saber que cada mundo posee infinitos estratos dimensionales. ¿A qué hombres quieres ver?

—A mis compatriotas. Llegué a Marte con tres hombres como yo.

—¿Cuándo?

—Ayer.

—El marciano vive en el presente. Espacio-tiempo-continuo con discontinuidad-extratempórea-hiperespacial, es decir, teleportación. Para tu comodidad hablemos de presente-menos y de presente-más. Es una aberración, por cierto. Pero es lo único asimilable al ayer y al mañana, esos arcaicos conceptos. En un presentemenos llegaste a Marte. Perfecto. Pero ¿cuánto habría que restarle al presente para tener tu hora de llegada?

—Eso es fácil —replicó Ilya—. Llegué de día: el sol estaba alto en el cielo cuando aterrizamos. Bajó el sol y llegó «esta» noche.

A lo que el marciano observó con displicencia:

—Vas a tener que buscarte otro para que te aclare tus problemas. Desde que nací evito los días. Me teleporto de noche a noche. No me gusta el sol, ¿ves? Y vengo llegando recién de Pólux.

Ilya empezó a impacientarse.

—Por favor —rogó—. ¿Cómo puedo aprender a teleportarme?

—Es muy sencillo: entiérrate en la *vitalina* pensando en la teleportación. Vas a perder la conciencia. Cuando la recuperes sabrás teleportarte.

Continuaba la noche. Ahora era Fobos el satélite que recorría su vertiginosa órbita. Deimos estaba por hundirse en el rielante horizonte.

—Teleportación. Basta pensar en una época o en un lugar cualquiera y estaré ahí. Necesito ir donde los hombres y enseñarles estos prodigios. Me convertiré en el máximo benefactor de la humanidad. El coronel se pondrá verde de envidia.

Aspiró el fresco aire a bocanadas.

—Hola, neomarciano —le dijo alguien a su lado.

Un ovoide lo observaba, lanzando suaves destellos.

—He aprendido a teleportarme —le comunicó él, con orgullo.

—Cuídate. Es un deporte peligroso.

—¿Por qué?

—Careces de la propiedad nuestra de cambiar de formas. Nosotros adoptamos la de los pobladores de cualquier mundo visitado para no despertar desconfianza. Por ahora confórmate con viajar a planetas habitados por seres de tu especie.

—Quiero ver a los hombres. Creo estar en condiciones de ayudarlos.

—Renuncia a los hombres: nada te une a ellos. Eres un neomarciano.

—¿Y qué saco con trasladarme a todas las épocas y a un millón de mundos si nunca podré ser de utilidad a mis semejantes?

—Tus semejantes te mataron, ¿no es así? O sea, no necesitaban tus servicios. Con el tiempo aprenderás que nuestros semejantes nunca nos necesitan.

—¿Qué escéptico eres! —exclamó Ilya, irritado—. Los hombres serían felices con mis descubrimientos. Tengo que comunicárselos. ¡Ya sé cómo hacerlo!

El muchacho se puso de pie, entusiasmado con la repentina ocurrencia.

—¿Cómo lo harás?

—Me trasladaré a la época en que recién llegué a Marte. ¿Ves? Cambiaré el curso de esta historia.

—Eso es imposible. Nuestro poder es limitado.

—Sé que lo puedo hacer.

—Volver a esa época, sí. Pero lo otro no. Perderás el tiempo.

—Ustedes son marcianos: nunca comprenderán al hombre. En cambio, yo sé qué idioma debo hablarles.

—¿Sí? En fin, ¿a qué momento preciso piensas volver?

—Cuando el coronel me acusó de traición. Ahora me defenderé con buenos argumentos y compartiré con ellos mis secretos.

El huevo se convirtió en una sola faz, contraída por una irónica sonrisa.

—¿A todos los hombres les falta lógica?

Y se desvaneció. Ilya se echó a reír.

—Ellos no están en mi caso. ¿Cómo me van a entender? Si voy al futuro me tomarán por un impostor, un loco o un aparecido. En cambio en el pasado... Claro que el coronel, que es tan ambicioso, puede hacerme una jugarreta. ¡La cara que va a poner cuando le hable de la teleportación!

Se concentró en el momento preciso de la acusación que lo llevara al patíbulo.

Ilya se encontró bruscamente marchando por el arenal, entre Iván y Volodia. En sus oídos, dentro de la escafandra, se oía la voz sarcástica del coronel.

—Desgraciadamente, señor Kachur, no estamos en condiciones de mantener prisioneros. Son noventa días de abandono en este desierto, ¿comprende? Por el buen éxito de esta expedición, usted debe morir.

—Soy víctima de una calumnia, coronel. ¡Nunca he sido un traidor!

No se le ocurrían otros argumentos. Ante sus ojos se desplegaba el vasto arenal rojo. El sol estaba por desaparecer tras los lomajes, cuyas sombras crecían a ojos vistas.

—Tampoco podemos seguirle un juicio hecho y derecho, señor Kachur. Estado de emergencia. En todo caso, usted ocupará un lugar destacado en la historia de esta conquista: el primer hombre muerto en Marte por causas no naturales.

Iván y Volodia no lo miraban. Evidentemente, mantenían esa actitud para disimular su emoción. Debía ser ingrato para ellos cumplir la tarea. Lo soltaron frente a una duna y, alejándose seis pasos, lo encañonaron con sus fusiles. Ilya se armó de valor: hinchó el pecho y levantó la cabeza, tratando de sonreír dentro de la escafandra.

—¿Listo, señor Kachur?

—Sí, coronel.

—¡Fuego!

El escondite

A las nueve de la noche el bus, blanco de polvo, arribó al pueblo, luego de cruzar un estero cuyas aguas refrescaron sus hirvientes neumáticos. La oscuridad impedía distinguir detalles, pero Ignacio reconoció las calles y casas, apenas alumbradas por ampolletas suspendidas de postes de madera basta; las tiendas y almacenes aún abiertos, tras cuyos mostradores acechaban los dependientes; la casa esquina con su largo corredor de pilares blancos, y las palmeras que circundaban todo el perímetro de la plaza. ¡Ah! Y allí se yergue la torre de la iglesia, con su pálida silueta envuelta en la bulliciosa galaxia. Los pueblerinos se pasean por la plaza embaldosada, o conversan en los bancos sumidos en la oscuridad de las frondosas palmeras. Todo permanecía tal como Ignacio lo recordaba, aunque quizá el pueblo pareciera reducido, como si se hubiese achicado con los años.

El bus, luego de rebasar la plaza, siguió trepando por la calle principal, y se detuvo pasada la gobernación, una de las escasas construcciones de dos pisos. El vehículo, bajo un farol, descansaba humeante al cabo de su largo recorrido.

Un pequeño almacén servía de antesala a la residencial de doña Rosario. Un almacén con su mostrador, su estantería repleta de conservas, frascos, paquetes de tallarines, fósforos, velas, etc., y una ampolleta sucia, de luz amarillenta. Doña Rosario tejía sentada, con sus anteojos precariamente instalados sobre la nariz larga, rematada en una punta brillante.

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse aquí? —preguntó la anciana con su débil voz.

—No lo sé, todavía. Depende de cómo me vaya.

Doña Rosario fijó en él sus ojos miopes.

—Usted se parece tanto a una persona que yo conocí... Pero no me acuerdo a quién.

—Siempre me han hallado parecido a mucha gente —replicó él, rápido—. Me gustaría que me mostrara la pieza. Quiero lavarme las manos y cambiarme de ropa.

Una muchacha lo condujo a través de un pasadizo oscuro y un corredor, adyacente a un patio con un naranjo, hasta una pieza encalada con un catre de fierro y dos sillas. En un rincón, una mesa sin pintar con un lavatorio, y en el suelo, el recipiente de fierro enlozado, decorado con flores celestes y saltaduras.

Desde el pajonal, que comenzaba detrás de la iglesia, venía, atravesando la noche quieta, el coro de las ranas. Un perfume de azahar llegaba tenuemente a su olfato. Tiempo que no respiraba un aire así, tan puro, tan penetrante. Aunque de pronto alteraba esa delicia el hedor de la letrina, situada en una esquina del patio, dentro de una garita de madera. Aún el pueblo carecía de alcantarillado, como en sus tiempos.

Las calles seguían sin pavimento, y la luz eléctrica la proporcionaba un grupo electrógeno cuyo tableteo acudía de tarde en tarde, transportado por esporádicos soplos de aire. Reencontraría los lugares de su infancia. ¡Cuánto los necesitaba! Aquel hombre que lo miró fijamente en la estación de Curicó. Seguía mirándolo cuando el tren comenzaba a chirriar por la angosta trocha, desplazándose con una lentitud desesperante. Y su figura rechoncha permaneció allí, muy quieta en el andén, dando largas chupadas al cigarrillo hasta que la curva lo escondió.

Sí: las patrullas ya debían estar registrando cada estación, cada villorrio emplazado en las vecindades del ramal. Y más de alguien recordaría haberlo visto descender en Licantén, la estación final.

De espaldas en el lecho, fijos los ojos en el cielo raso, en la ampolleta que pendía de un alambre retorcido, y en la falena que describía órbitas en torno a la luz, volvió a escuchar el lejano ladrido de Tony, su fox terrier, el inseparable compañero de juegos de su niñez, en medio del nocturno coro de las ranas.

Tony se precipitó sobre un conejo surgido repentinamente de un matorral. El animalillo, herido por algún cazador —una pata le colgaba— se metió en un hondo barranco, y desapareció bajo un macizo de maquis, entre cuyas raíces se abría algo como una madriguera de zorros. Los ladridos del perro resonaban en las entrañas de la tierra. Una brisa empujó las ramas de los árboles, adormecidos por el sol de la tarde. Aunque alguien hubiese descubierto el agujero, a nadie se le habría ocurrido asomarse a él. Además, su estrechez impedía el paso de un hombre. Ignacio tuvo que arrastrarse para entrar. Sentía como la tierra arenosa rasmillaba sus brazos y piernas desnudas. Una brisa fresca, fragante, venía del interior. Al alargar la mano sus dedos tocaron algo duro, liso. Siguió reptando hasta que la mitad de su cuerpo estuvo dentro de un cilindro metálico. El conducto comenzó a ensancharse, y metros adelante Ignacio pudo ponerse de pie. El pasaje concluía en un círculo luminoso que demostraba su perfecta redondez. Más allá, envuelto en aquella luz azulina, un vasto panorama se desplazaba con un movimiento uniforme hacia la izquierda. Una ladera descendía suavemente, cubierta con un pasto denso, salpicado de arbustos desconocidos y grandes flores doradas, hasta rematar en las márgenes de una laguna de aguas tranquilas, rizadas por el viento. Y todo alumbrado por aquel fulgor celeste, de desconocido origen.

El chicuelo saltó la estrecha fisura, de bordes paralelos y lisos, que separaba el tubo de la ladera. Trastabilló al caer sobre el terreno en movimiento. Le acometió una risa nerviosa, que le llegó a producir dolor de estómago. El acceso seguía alejándose hacia la izquierda, pero describía al mismo tiempo una amplia curva. Porque el conducto se abría en una pared, que se doblaba hacia izquierda y derecha, y también hacia lo alto, como una colosal cúpula.

Junto al muro la tierra remataba en un reborde metálico, curvado hacia sus dos extremos, separado por algo así como medio metro de la pared. Desde el fondo de la grieta, de orillas perfectamente pulimentadas, y anchura constante, surgía también la

brisa. Ignacio metió la mano allí, pero no tocó fondo. Todo el recinto interior parecía girar sobre aquella especie de plataforma, que lo mantenía separado del domo. ¿Qué era aquello? ¿Quién lo había construido? ¿Habría alguien más allí? Parecía indudable que nadie en el pueblo conocía la existencia de ese lugar.

Nada; ni un alma. A lo lejos, al otro lado de la laguna, la ladera subía hasta rematar seguramente en el muro. La distancia difuminaba el quieto paisaje. Tony vino a saltar en torno a las piernas del chicuelo. Emprendía veloces carreras, desapareciendo a veces tras los arbustos y flores.

—«Tony no tiene miedo. Si hubiese algo malo aquí, no estaría tan contento».

El niño bajó corriendo la ladera, hasta llegar a las márgenes de blancas areniscas del estanque. Hundió la mano en el agua tibia. Sin vacilar se desnudó. Chapaleó y nadó con su rudimentario estilo. Tony, sentado en sus cuartos traseros, lo miraba tranquilo, risueño. El agua le llegaba a la cintura, pero el fondo, nítidamente visible, descendía con suavidad siguiendo el declive del terreno. Entonces descubrió la boca del tubo que avanzaba lentamente por la derecha, en la distante pared, apenas visible su contorno circular en la luz azulina. Para volver a salir solo tenía que esperar junto a la muralla. Aparte de aquel conducto en la lisa pared no se abrían otros accesos.

A orillas de la laguna, no lejos del lugar donde se bañara, se destacaba una zona rectangular, circundada por un antepecho de cierta altura, parecido al brocal de un pozo. Debía medir unos tres metros de largo por dos de ancho; abajo, a menos de un metro, se extendía su fondo plano. Notó que Tony gruñía con el pelo erizado, y restregaba su cuerpecillo trémulo contra las piernas de Ignacio.

—«¿Qué habrá aquí? Tony tiene miedo».

Pero en cuanto se alejó el perro reinició sus alegres jugueteos. El niño no volvió a aproximarse al brocal. Cuando se hubo cansado de jugar se dirigió al muro, y de un salto se coló en el acceso.

A nadie reveló su descubrimiento.

En los siguientes días recorrió el escondite. Excepto algunos conejos y pajarillos conocidos, que debieron entrar allí por el mismo acceso, ningún otro ser viviente se movía dentro del vasto domo. Tampoco el agua albergaba vida. A pesar de que el chico buceó, nada pudo descubrir contra el liso fondo del estanque. Y el único sitio que aterrorizaba a Tony era el brocal. Ignacio evitaba siquiera pasar por sus cercanías.

El chico disfrutó de su descubrimiento durante todo el verano. Habría podido vivir en ese lugar durante años sin necesidad de recurrir al mundo exterior: la temperatura se mantenía allí constantemente tibia, y jamás faltaba la luz.

Pero terminaron las vacaciones y tuvo que partir al colegio. Antes del verano siguiente su padre fue trasladado a Santiago. El refugio se desvaneció de su memoria, quedando reducido a una imagen de brumosos contornos.

El aire comenzó a refrescar. A través de los vidrios sucios, la luminosidad del alba revistió el patio y el naranjo de un halo fosforescente. Se escuchaba a lo lejos el roncar de un motor, que paulatinamente se aproximaba. ¿Serían sus perseguidores?

Cogió la maleta y el saco de herramientas y, en punta de pies, dejó la habitación. Cruzó el corredor con cautela, se metió en el pasillo de salida y, en medio de la oscuridad, abrió la puerta atrancada. La calle solitaria. El bus parecía dormir junto con el silencioso pueblo.

Atravesó la plaza y, una cuadra más allá, tomaba la calle que conducía al cerro. Cada vez más cercano el ruido del motor. La calle ascendía en suave pendiente, y, según recordaba, al rematar aquella empezaría a bajar. Al llegar a su punto más alto volvió la vista, justo para ver cruzar, rumbo a la plaza, una camioneta oscura. Era la policía. Bajó corriendo la calle. Solamente cuando descubrió abajo los reflejos del estero aminoró el paso.

Empezó a subir el cerro por la angosta huella, llena de baches, con sus carriles paralelos labrados en la tierra gredosa por el ir y venir de las carretas. No lejos, hacia la derecha, se divisaban tras unos eucaliptus los muros enjabelgados de la casa donde viviera durante su niñez. Nada parecía haber cambiado allí. Como si el tiempo se hubiese detenido. Abajo, iluminado por el amanecer, el pueblo se desenvolvía con la perfección de un paisaje acuciosamente pintado, con todos sus detalles y tonalidades penumbrosas realzadas por la luz del alba. La iglesia, las viejas palmeras de la plaza, el techo de la gobernación, el naranjo que bien podía ser el de la pensión de doña Rosario. Pero no se divisaba el bus, embutido en la callejuela, ni la camioneta de sus seguidores.

Llegaba a la primera cumbre del monte cuando los rayos del sol retrataron bruscamente su interminable silueta en las anfractuosidades del cerro. Detrás de la cima el camino bajaba un trecho, y entonces, hacia la izquierda, apareció la quebrada: a menos de cien metros descendía por la ladera de la montaña cubierta de matorrales, maquis y boldos.

Ahora corría, sin temor a tropezar. Allí estaba el senderillo por donde tantas veces descendiera con Tony. Pronto se abría paso bajo las ramas de los boldos y maquis. Como tras una niebla la negra oquedad apareció en lo hondo del macizo de raíces retorcidas. Sacó un hacha del saco de herramientas, y despejó la maraña de ramas. ¡Cuán estrecha parecía la entrada del agujero! Mediante la picota la agrandó. La tierra arenosa se desmoronaba con facilidad: el conducto se convirtió en una grieta que se metía en la loma.

De súbito la picota chocó con algo duro, y se escuchó un apagado rumor metálico. En aquel corto lapso sus oídos captaron con fidelidad las voces de varios hombres que subían por la carretera. Y el ladrido de un perro.

Apartó la tierra con las manos, y pudo palpar un tubo de metal, de no más de treinta centímetros de diámetro. ¡Jamás podría entrar allí! Siguió excavando, frenético. Y entonces... El conducto medía apenas unos cincuenta centímetros de longitud, y en lugar de engrosar, se enangostaba hacia el interior, hasta rematar en la pared de una esfera, cuya curvatura puesta a la vista revelaba su tamaño reducido: no más de un metro de diámetro.

Y entonces aquella especie de embudo se recogió con mágica presteza, desapareciendo dentro de la bola. Crujió levemente el terreno. Retrocedió un paso. El objeto se desprendió de la tierra, y ascendió lentamente, rozando la ladera, apartando las ramas que cobijaban la secreta entrada al refugio. Y siguió ganando altura, mientras él, tambaleante, retrocedía entre los maquis. La esfera aceleró, y en pocos segundos se perdió en el espacio. Las voces se precipitaron sobre él. Sintió los anillos de hierro en torno a las muñecas.

—¡Vean si tiene algo enterrado ahí!

El sol ascendía, escudriñando con sus rayos las espesuras de la quebrada, iluminando quizá el camino del objeto que permaneciera tantos años sepultado a no menos de dos metros de él, y que ahora, recuperada la libertad, empezaba tal vez a penetrar en el Cosmos.

—Vámonos ya. ¡Aquí no hay nada! Y si hay algo, ya cantará.

El cansancio, agazapado hasta entonces, se desperezaba y convertía sus miembros en bloques de plomo. Salió de la quebrada arrastrando los pies, como un anciano, remolcado casi por sus captores.

Atrás la quebrada, bajo el sol que empezaba a quemar, se aprestaba a sumirse en la modorra del mediodía.

El último elemento

Zonas luminosas verdes, rojas y azules, de regular tamaño, horadaban el planeta. Numerosas en la región intertropical, disminuían paulatinamente hacia los polos, como úlceras sobre una oscura piel arrugada. El viejo mundo era un cadáver. El sol, rojo y debilitado, ya en los estertores de su agonía, derramaba sangrientos destellos.

—¡Faltan veinticinco minutos para el aterrizaje, capitán! La radiación ha disminuido notablemente. Proviene en especial de esas manchas luminosas.

—¿Qué dice, Juan? Podemos considerar un éxito el viaje, ¿verdad?

—Me permito insistir en mi sugerencia, capitán: quedarnos en órbita hasta reparar la computadora, para que nos entregue un informe sobre la radiactividad del planeta. Esa intermitencia es sospechosa.

—No. El tiempo apremia. El elemento z debe encontrarse aquí en estado natural, y con él barreremos a los rebeldes. Debemos apurarnos.

Los territorios, sin vestigios de vida vegetal o animal, teñidos de rojo bajo la luz del crepúsculo, se aproximaban lentamente. Cadenas de montañas desgastadas por una erosión de milenios. Llanuras salpicadas de zonas radiantes, rodeadas por imponentes anillos rocosos. Nubes de gases blancos, extendidas en largas guedejas, flotaban sobre el sombrío panorama reptando imperceptiblemente.

—¿Estará la Tierra destinada a terminar de esa manera?

—¡Quién sabe!

—¿Qué le pasa, Juan?

—Presentimientos, capitán. Algo hay ahí abajo que me enerva. ¿Qué habrá ocurrido?

—Ya lo averiguaremos. En cuanto a sus presentimientos, no se fíe de ellos. La mayoría de las veces engañan. En cambio, nuestros instrumentos son infalibles. ¡De ellos sí que nos podemos fiar!

El cohete, como una copa invertida, apuntaba el cielo con su afilada proa. Al norte, las primeras estribaciones de una redondeada cordillera; tras ella, la policroma fosforescencia. Dos hombres bajaron del tractor, y ascendieron por la ladera atezada. Las pesadas botas se hundían en el limoso terreno, formando profundas huellas. Los reflejos de las radiaciones eran suficientes para iluminar el paisaje, a pesar del avanzado crepúsculo. Un halo espectral disfumaba los astros.

—Estos cielos son distintos, pero tienen algo de familiares, ¿verdad, Max?

Señaló una constelación de forma de cruz, integrada por ocho estrellas de primera

magnitud.

La cumbre del reborde. Encerrado entre acantilados abruptos, se extendía un arenal azul levemente ondulado, reverberante. Una actividad silenciosa hervía ante la mirada de los exploradores. A pesar de su coloración y rara vitalidad, el lugar carecía de belleza.

—¡Tengo la impresión de que nos están observando, Juan! ¿No te parece que la luz ha aumentado?

Dentro de las escafandras, los rostros de los hombres flotaban envueltos en los azules reflejos.

—Sí, es cierto. Claro que puede ser una ilusión causada por la puesta de sol.

—¡Mira!

De súbito la superficie ondeada se aplanó, transformándose en una lisa llanura azul que vibraba con suavidad. Simultáneamente creció la reverberación. El vasto páramo parecía hervir, generando una neblina que danzaba como el aire reflejado por una calzada a pleno sol.

—Ha cambiado, Juan, ¿no es cierto?

—Sí, vámonos. Esto no me gusta nada.

Multitud de remolinos salpicaban la llanura. Atrás la luz comenzó a decrecer rápida.

—Juan: estoy seguro que ese lugar cambió de aspecto cuando nosotros llegamos. Como si hubiera notado nuestra presencia.

El capitán escuchó el relato de los dos hombres en silencio.

—La mayoría de las radiaciones son desconocidas, capitán. Mantengo mi opinión: emprender vuelo y esperar el informe de la computadora.

—No, Juan. En dos días completaremos nuestras investigaciones, y zarparemos. Unas horas perdidas pueden ser fatales. Recuerde que de nosotros depende el éxito de la guerra.

El planeta descansaba apacible. Una penumbra opaca permitía distinguir detalles dentro de un radio reducido.

—¿Está seguro, Pierre? ¿No estaría soñando?

—Usted sabe que soy poco aficionado a soñar, capitán. Eran dos figuras parecidas a Juan y Max. Se dirigían al arenal. Usted ve que ha aumentado la luz. ¡No pude engañarme tanto!

Las doce de la noche.

—¿Habrá habitantes aquí, capitán?

—¿Quién va a poder sobrevivir en este ambiente?

—Alguna criatura adaptada al lugar. Tal vez...

—¿Sí?

—Bueno. Es posible que otra expedición nos haya ganado el quién vive. Los

rebeldes, por ejemplo.

—¡Eso es imposible, Joe! Nadie conocía el destino de este viaje.

El capitán se acercó a la ventanilla de observación. Una claridad lívida iluminaba la comarca, destacando el macizo que, a unos quinientos metros del cohete, señalaba el término de la hondonada, y, también, el comienzo de la ciénaga.

—¡Joe, Pierre! Hagan una inspección rápida. Sigo creyendo que lo suyo fue una visión. Pero debemos asegurarnos.

Una intensa luz alumbraba el camino del tractor hacia el arenal. En lontananza los diferentes tonos entretejían una ininterrumpida mutación cromática.

—¿Por qué no nos despertaste de inmediato?

—No atiné a hacer nada, Joe. Vine a reaccionar cuando comprobé que nadie había salido del cohete. ¡Aquí hay una subida!

Enfiló la máquina hacia un corte que se abría en el paredón. El fondo de aquel, ancho como una acera, aunque disparejo, permitió que el tractor trepase.

—Con razón sospeché que Max y Juan ocultaban algo.

Los muros y techumbres de las bajas y simétricas construcciones de la ciudad fulgían débiles. Las calles, amplias y sin escombros, parecían pavimentadas con el mismo material de las casas.

—¿*Han encontrado algo?*

Pierre hizo un gesto a Joe para que callase.

—Nada todavía, capitán.

—*Cada vez me convenzo más de que usted tuvo una pesadilla, Pierre.*

La voz del capitán resonó irritada en los auriculares.

—¿Por qué mentiste?

—Por una simple razón: Juan y Max tuvieron que ver lo mismo. Pero callaron. ¿Por qué? A nadie perjudicaremos si mantenemos el secreto algunos minutos más, ¿no?

Se aproximaron al borde del talud.

—¡Qué raro que no la hayamos notado desde el espacio!

—El color de las construcciones es el mismo del arenal. No tienen ningún relieve. La reverberación las hace invisibles desde arriba. Voy a echarle un vistazo a esa ciudad. Espéreme aquí, Joe, por lo que pueda ocurrir.

Comenzó a descender con agilidad, aferrándose a las salientes rocosas. Debajo de él terminaba una calle ancha, que desaparecía al llegar al farallón. El hombre alargó un pie, y lo apoyó en la calzada.

—Sólido como el concreto, Joe.

Continuó avanzando, internándose en la población.

—La radiación es infernal. Las calles forman verdaderos laberintos. Estas casas no tienen respiraderos ni ventanas de ninguna clase. ¿Para qué habrán servido?

Pierre, detenido junto a una construcción que se levantaba al fondo de la avenida, despedía el mismo fulgor de la ciudad.

—¿Qué pasa?

—Aguarda un segundo... ¡Hay palabras, Joe, grabadas en el metal! Es un nombre. ¡Dios Santo!

Joe nada alcanzó a preguntar. El paisaje tiritó como una gelatina. Reventaron en burbujas las construcciones. La urbe se acható, transformándose en una inmensa sabana que hervía enfurecida. Creció la reverberación hasta enceguecer, en medio de un silencioso gorgotear. Luego la luminosidad empezó a disminuir. A los pies de Joe se extendía una quieta superficie celeste que se apagaba lentamente.

—¡Joe, Pierre! ¿Qué ocurre? ¿A qué se deben esas luces? ¡Contesten!

Joe seguía allí, aferrado a una roca, los ojos fijos en la ciénaga. Max y Juan tuvieron que desprender los agarrotados dedos del muchacho, y llevarlo en peso al tractor. Veinte metros más abajo reverberaba el arenal. Pierre no apareció.

Cuando regresaban, los astronautas notaron que la luminosidad prácticamente se extinguía.

Una vez más la noche recuperó su imperio.

Joe fue sometido a un acucioso examen. Le cerraron los ojos, y lo introdujeron en la hibernadora, donde debería permanecer hasta su regreso a la Tierra.

Los tres hombres se reunieron en la sala de navegación.

—¿Por qué dejarían de informar? Por lo menos estuvieron mudos diez minutos antes del grito final de Joe.

—Joe vio algo —comentó sombrío el capitán—. Tal vez vio morir a Pierre.

El planeta, ahora dormido, despedía resplandores que los hombres captaban a través de las ventanillas.

—Debe haberse caído a la ciénaga, capitán. Joe estaba al borde del farallón. Quizá Pierre se aproximó demasiado, y cayó.

—¿Y las figuras que vio Pierre?

El capitán no pudo reprimir un suspiro.

—Eso nunca lo sabremos, Max.

Al capitán le fue imposible conciliar el sueño. Se dirigió a la sala de navegación y, asomado al exterior, comprobó que la luz aumentaba de nuevo, tornando visible la comarca hasta una distancia apreciable. Quizá existían mundos peores. Mercurio, sin ir más lejos. Allí el plomo forma humeantes lagos: calientes gases recorren sus rocosas llanuras, y en la cara nunca tocada por los rayos del sol, el frío se aproxima al cero absoluto. Pero a pesar de todo, tenía un aspecto inocente.

En cambio aquí... la estrella se extinguía. ¿Dónde terminar la evolución de un mundo? ¿Cuándo se apaga su sol? ¿O aquella sigue desarrollándose y ajustándose a las nuevas condiciones climáticas? Quizá en la propia Tierra, el hombre no fuese el

último ser de la creación. Cualquiera catástrofe podía terminar con su existencia: la misma guerra que se avecinaba, y cuya inminencia motivara el actual viaje, planeado para buscar nuevos materiales de destrucción.

¿Qué habría ocurrido aquí? Los efectos de una guerra atómica. Con el correr de los siglos la radiactividad pudo generar un maligno légame, sin forma corporal, pero capaz de experimentar algún tipo de evolución. Aquellas extrañas pústulas dotadas de vitalidad. Una nueva forma de vida. O de muerte. Un cáncer de los planetas. El último elemento. Eso era: el elemento z. El objetivo del viaje volvió a materializarse frente al capitán. La búsqueda del desconocido elemento z, de existencia teórica, producto hasta la fecha de simples conjeturas y cálculos. Capaz de desintegrarse rápidamente y en silencio, no se conocían defensas contra sus radiaciones. Su infernal actividad le permitiría extenderse en pocas horas sobre una superficie de millones de kilómetros cuadrados, sin dejar nada vivo.

Una figura humana apareció en la cima de un montículo. El capitán enfocó el televisor: allí estaba Pierre, con su traje espacial; agitó los brazos; dobláronse sus rodillas y cayó a tierra.

—Está a menos de quinientos metros, Max. Debe tener la radio estropeada. Vaya usted solo, y tráigalo. ¡No se aproxime por ningún motivo al arenal! ¿Entendido? ¡Ni lo mire!

Max se detuvo junto a las rocas donde encontraran a Joe.

—*¡Ciento cincuenta metros a su izquierda, Max!*

—No puedo seguir en el tractor, capitán. Lo voy a dejar aquí.

A pesar de lo escabroso del terreno Max avanzaba con rapidez, desapareciendo a veces tras una roca. O debía deslizarse por estrechos pasajes abiertos entre masas graníticas.

—*¡Ahí está Pierre, capitán! Arrastra los pies. Lo sigo.*

—*Apúrese, Max. Quizá está loco. Tenga cuidado.*

Pierre desapareció en las proximidades de un cerro. No se veían grietas ni cavernas donde el hombre pudiera haberse metido. Max registró los alrededores con su linterna: una abertura de bordes regulares empezaba a los pies del faldeo, y se hundía en la tierra con una suave pendiente.

—Es como una galería, capitán.

—*Siga, Max. Tantee el terreno a cada paso antes de avanzar.*

El pasaje se ensanchó a unos cuarenta metros de la entrada. Su piso sólido, parejo, hacía suponer un origen artificial. Max debió extremar sus precauciones para no resbalar.

—No hay huellas, capitán. El suelo está cubierto por una fina capa de limo. Esto debió ser una mina o un refugio.

La galería bajaba a veces y otras subía, describiendo curvas periódicas. Max, al

cabo de avanzar un kilómetro, calculó que se encontraba a la altura del campo de aterrizaje. Una súbita satisfacción y entusiasmo acometió al hombre. Se desvaneció la tensión que no le abandonaba desde que iniciara la persecución de Pierre. Cien metros adelante penetraba la lívida luz exterior.

—El túnel termina, capitán.

—¿Y Pierre?

—Nada todavía. Pero estoy seguro que lo voy a encontrar, capitán.

—¿Por qué?

—No sé: una corazonada.

—¡Déjese de corazonadas! ¿Qué le pasa?

—Nada. Me siento muy bien. Es algo nuevo.

—¡Vuélvase, Max! ¿Entiende? ¡Vuélvase de inmediato!

—¡Me ensordece, capitán! No grite tanto. ¡Ahí está Pierre!

—¿Pierre?

—Sí... Pero ¡he vuelto al punto de partida!

—¿Cómo? ¿Qué está diciendo?

—¡Ja! ¡Ja! Este Pierre... ¡Va hacia el cohete! Está a menos de cincuenta metros, capitán. Se está aproximando por detrás. ¿Entiende? Miren al norte. Voy saliendo del túnel. Sobre la arena se ven las huellas de Pierre.

Se oyó un aullido.

—¡Deténgase, Max! Nadie se está aproximando. Al norte hay una llanura de más de cinco kilómetros. ¡Vuélvase! ¡Se lo ordeno!

—Pero... si estoy a menos de cien metros del cohete. Pierre me está esperando junto a las toberas. ¡Me hace señas! ¡Gran Dios! ¡Se hunde el terreno!

El capitán hizo el mismo recorrido de Max: la galería desembocaba en el tremedal, a su mismo nivel. Aquel se extendía con su quieta reverberación en todas direcciones.

—Juan: Max vio un espejismo. ¿Nota que la luz ha disminuido? En cuanto amanezca cargaremos el cohete y partiremos.

—¡No esperemos nada, capitán! ¡Vuélvase y vámonos de inmediato!

—¿Está loco, Juan? ¿A qué cree que hemos venido? ¿A pasear? ¿O cree que la muerte de dos hombres me hará volver con las manos vacías?

—¿Y las visiones? ¿A qué las atribuye?

—¡Qué sé yo! Algún trastorno óptico provocado por la reverberación.

El capitán se interrumpió. Bruscamente el arenal perdió su ondulado aspecto radiante, y adquirió la apariencia del concreto. A los pies del hombre se desenvolvía ahora un vasto campo aéreo iluminado por un reflejo lunar. A la izquierda, una altísima torre de control. En la parte central de la visión erguía, brillante y soberbia, una astronave colocada en su base de lanzamiento. El capitán ahogó una

exclamación: sobre el costado del cohete pudo leer con nitidez su cifra identificadora.

Desde la izquierda surgieron por una trampa cinco siluetas uniformadas. Y el capitán pudo reconocerse a sí mismo en el hombre que encabezaba el pelotón. Sucesivamente identificó las figuras de Juan, Joe, Pierre y Max, marchando con pasos rápidos rumbo al cohete.

Uno a uno —él en último término— desaparecieron en el interior de la astronave. No había duda: estaba presenciando la partida de su cohete cuando, un tiempo atrás, fue lanzado al espacio interestelar. Cambios de luces en la torre de control. En los oídos del capitán volvió a resonar la voz seca del jefe de vuelo que contaba los segundos. Retrocedió instintivamente cuando la cuenta llegó a cero.

Debajo del coloso surgieron oleadas de humo y fuego que alcanzaron hasta sus inmediaciones. Lentamente empezó a subir, apoyado en diez ígneas columnas que se deshacían contra la base en nubes de chispas. Creyó oír el furioso rugido del átomo que se desintegraba en la cámara de combustión liberando un megatón de energía domesticada.

Cambió la visión: ahora el mismo paisaje bajo los rayos del sol de mediodía. Un cohete descendía sobre el mismo lugar del reciente despegue. Era el suyo, aunque bastante deteriorado. Salió un hombre que pronto desaparecía entre una multitud de curiosos antes de que el capitán lo hubiese reconocido. De una cosa tuvo la certeza: no era él.

Extraordinaria agitación entre el público: varios dedos indicaron el cielo. La gente emprendió precipitada fuga. Solo entonces pudo identificar al astronauta, cuando pasaba corriendo por su lado, echando despavoridas miradas a lo alto. Era Juan.

Un segundo cohete aterrizaba apoyándose en una caprichosa lengua de fuego. Se parecía al otro, aunque sobre su fulgurante costado no se advertían emblemas. Tocó tierra levantando una gigantesca ola fosforescente de color azul que difuminó el paisaje tras una neblina. Y ante los ojos del capitán el nuevo cohete se deshizo rápidamente: su fuselaje se tornó gelatinoso y resbaló a tierra como una cascada radiante. Pronto no fue sino un montón de materia radiactiva que se extendía veloz por el cohetódromo. El primer cohete reventó, y se vino al suelo, transformado en una sustancia sin consistencia; tembló la torre de control, y se fundió como una estatua de nieve azotada por el sol. Cayó la noche.

A los pies del hombre se extendía una sabana que hervía enfurecida. Burbujeó en silencio por varios segundos; se aquietó paulatinamente, troquelándose pronto en un arenal ondulado que refulgía con suavidad.

El capitán lanzó un estertor.

—¡Este... este es el elemento z...! —Y gritó con voz ronca—: ¡Juan! ¡Juan!
Nadie contestó.

—¡Juan! ¡Juan! ¿Qué pasa? ¿Se habrá descompuesto la radio?

Con nerviosos dedos revisó el transmisor. Vano esfuerzo. Tuvo la sensación de que un millar de ojos malignos lo observaban. Hasta le pareció oír una risotada burlona que surgía de la ciénaga. Se lanzó a correr por el túnel.

«No. No volveremos. Nos seguirían. Si regresamos, la Tierra se convertiría en un planeta como este. Los espíritus de los hombres quedarían encadenados a ciénagas radiactivas, para formar el último elemento. Debo sacrificarme. Y sacrificar a Juan. Lo encerraré en su camarote y dirigiré el cohete hacia el otro extremo del universo».

Ahora tenía que subir. Resbalaba a cada tranco por la interminable galería. ¿Qué habría sido eso antes? Seguramente la raza que alguna vez poblara el planeta explotó; como los hombres lo hacían los minerales: desgarró las entrañas de la tierra para calmar su insaciable sed de riquezas y poder.

El corazón le latía frenético. Le Palpitaban las sienes; sentía un gusto acre en la lengua. Por último emergió al aire libre. Se detuvo a tomar aliento. Por el oriente el cielo enrojecido revelaba el inminente advenimiento del sol. ¡Había estado dos horas en la galería! Antes de que se recuperara de su sorpresa una luz roja surgió por el lado del campo de aterrizaje. Una llama fluía con un poderoso ímpetu de la parte inferior de un conocido objeto.

—¡Dios! ¡El cohete! ¡Juan! ¡Juan!

Corrió desbocado alzando los brazos al cielo.

—¡Juan!

El cohete cobraba velocidad. Contra el cielo teñido de carmesí los surtidores atómicos que conducían la astronave de vuelta a la Tierra eran apenas visibles. Juan no esperó más. Aterrorizado por la soledad, el silencio del capitán y la intensa actividad luminosa de la ciénaga, se decidió a partir.

El capitán corría de un lado para otro. Trepaba y caía, incorporándose luego con poderosos despliegues de vigor. Al fin, agotado y deshecho, fue a apoyarse en unas rocas negras. Tras ellas los reflejos azulinos del arenal, al mezclarse con la luz escarlata del sol, creaban fantasmagóricos efectos.

El capitán, lanzando broncos estertores, advirtió que una silueta de contornos familiares empezaba a erguirse en medio de la ciénaga con un furioso remolino de partículas radiantes. Era un cohete. En su base se produjo una tempestad de burbujas y oleadas azules. Comenzó a ascender cabeceando grotescamente. Tras él, el globo de sangre de la estrella surgía pausadamente. Sus rayos iluminaron los costados de la nueva astronave que subía cada vez más alto.

El capitán, seca la boca, los ojos y la piel, notó que aceleraba con extraordinario empuje. Sus expertos ojos la vieron inclinarse al sureste. Se disponía a tomar la órbita de escape. Con muy pocos segundos de retraso se lanzaba en persecución de Juan.

Llevaba en sus entrañas el codiciado elemento.

El feligrés

La lluvia ondeaba bajo el viento norte en largos jirones, que azotaban las planchas de cinc de la iglesia de El Paso. Desde una loma, al final de un camino de tierra (convertido en un pantano con el diluvio), el viejo templo dominaba la población de casas míseras, alineadas a lo largo de una calle que serpentea por los contrafuertes de la montaña.

«¡Qué aislados estamos del mundo!», —se dijo el párroco de El Paso, encerrado en el confesonario. Las pisadas de su último feligrés remataban en lejanos ecos, hendiendo la soledad de la oscura nave.

«¡Cualquier cosa puede ocurrir aquí sin que nadie se entere! ¿Será cierto lo que vieron Chuma y Pancho?».

El día anterior dos leñadores, que se hallaban en el interior del monte, junto a una hendidura de boscosas laderas, a la hora del crepúsculo, escucharon un zumbido sordo que provenía del cielo. Un objeto envuelto en una luz verde descendía pausadamente en el centro de la vasta quebrada. Cuando el aparato tocó tierra, la luz y el trémolo se extinguieron. Ya la noche nada permitía distinguir aún a corta distancia, y estaban muy asustados para acercarse a investigar.

«¡Son tantos los que han creído ver cosas de otros mundos! Pensar que Chuma y Pancho, si hubiesen tenido más valor, habrían podido ver algo más. Quizá yo me hubiese atrevido...».

Total: son setenta años de vida gris. El buen Dios solo permite vivir sucesos extraordinarios a los elegidos. En cambio tú... Bueno: eres un sacerdote cumplidor. Has tenido un desempeño pasable. No debe estar descontento el obispo cuando ofreció cambiarte a una parroquia de mayor importancia. ¿Y tus feligreses? Se opusieron a tu traslado, después de tenerte treinta años de párroco. Pero no eres una persona extraordinaria. Eso no. ¡Ver una criatura de otro mundo! A lo mejor el aparato que vieron Chuma y Pancho aún sigue en la quebrada. ¡Dios Santo! Se les ocurriera asaltar el pueblo... ¡Qué tonto eres! Son los años. Te asustas como un escolar...

El párroco se arrellanó en el asiento duro, y empezó a rezar, sintiendo que el triscar del agua sobre la bóveda actuaba de somnífero en su organismo. A veces, por falta de fieles, el sueño lo dominaba, y permanecía allí, encerrado en el confesonario —una mancha oscura contra la pared enjabelgada— hasta que Etelvina, su cocinera, acudía a despertarlo. Ahora el viento y la lluvia, y los gemidos del envigado y del ciprés de la casa parroquial, lo arrullaban dulcemente.

Pero salió del aletargamiento en que se sumergía: una ventana batía ruidosa en

algún rincón. Las garras de una ráfaga corrieron veloces sobre el piso, introduciéndose en todos los resquicios, arañando la piel del anciano con uñas de hielo. Permaneció escuchando, sorprendido de su brusca vuelta en sí. Y comprendió que no estaba solo. Eso lo había despertado: la llegada de un fiel. Acercando el rostro a la celosía, murmuró:

—Ave María Purísima.

De reata de la rejilla llegó un sonido ininteligible, una ristra de apagados crujidos metálicos. Luego una voz sibilante, entrecortada, a la que una curiosa distancia parecía deformar:

—¿Es usted un sacerdote?

—Pues... ¿Que no conoce usted las iglesias?

—Es la primera vez que entro en una. No soy de aquí.

—Pero ¿cómo es posible que una persona no haya entrado a una iglesia, aunque no sea sino por curiosidad? —Las voces del viento y la lluvia volvieron a subir de tono.

—Un habitante de otro mundo no tendría por qué haber entrado en un templo, ¿no? —La voz tardaba algunos segundos antes de iniciar cada frase; previamente se oían los sonidos que el párroco escuchara por vez primera.

—¿Qué se ha creído usted? ¿Se está burlando de mí?

—¡No se mueva de su sitio! Ya se lo dije: soy un ser de otro mundo. ¡No le voy a hacer daño!

No. No sueñas. Es tu confesonario, es tu iglesia. No hace ni cinco minutos que pensabas en seres de otros mundos. ¡La historia de Chuma y Pancho.

—¿Cuándo llegó usted?

—Ayer. Escuché un diálogo que sostuvo con la última persona que había aquí. Me enteré así de que usted es un sacerdote, un intermediario entre el ser común y las Potencias.

—¿Es un pecado gravísimo escuchar una confesión! —El recuerdo de la advertencia del otro lo hizo permanecer quieto.

—¿Cómo iba a saber que estaba cometiendo una falta? Quise venir a dar una vuelta al pueblo, pensando que la lluvia disimularía mi presencia. Pero antes de llegar me encontré con una patrulla armada, de a caballo. Traté de hablarles. En lugar de oírme me dispararon. Desgraciadamente mis defensas son automáticas: los tres hombres y sus caballos fueron volatilizadas.

—¿Me quiere decir que mató a esa gente? ¿Cuándo? ¿Dónde?

—Hace una media hora, junto a un estero que pasa cerca del pueblo. La llamarada del disparo debió ser vista por alguien. Sentí ladridos y voces. No pude volver a tomar el camino hacia mi nave, y me vi obligado a venir a refugiarme aquí. Me pareció un sitio aislado y seguro.

—Pero... ¡Todo el pueblo debe andarlo buscando!

—¿Por qué? Apenas quedaron algunas cenizas. ¿Usted cree que alguien va a

descubrir algo? Aunque usted se los contase, no lo creerían.

—¡Matar es gravísimo! Y usted... ¡No parece en absoluto arrepentido!

—¿Por qué? Ellos fueron los primeros en disparar. Sí: tiene razón. Pero ¿habrías escuchado tú las explicaciones de una criatura desconocida, de aspecto quizá repugnante? ¿Quién lo habría hecho? Ni siquiera los hombres más sabios del mundo.

—¿Cómo habla nuestro idioma?

—Desde el espacio, mediante la radio y la televisión, es fácil aprender todo lo de la Tierra.

—Pero ¿de dónde viene usted?

—De otro sistema solar. Había venido antes a la Tierra, aunque solo una vez me comuniqué con un hombre. Era un tipo joven, eso sí. Porque usted es un hombre de edad, ¿no?

—Sí, soy viejo. —Los dedos de la lluvia tamborilearon melancólicos en el cinc—. Tengo setenta años.

Sí: estas viejo. Nunca te había preocupado tu vejez. Pero ahora... ¡Cómo sientes el peso de los años! ¿Qué has hecho durante tu vida como para merecer la atención de un habitante de otro mundo? Has sido un pobre sacerdote de aldea. Nada más. Y tu destino no tendrá grandes variaciones: morirás en este pueblucho, aislado del mundo, y tus huesos irán a descansar en el viejo cementerio, bajo los cipreses, junto a las tumbas ruinosas de tus fieles que se alinean en el borde de un camino desaparejo, cubierto de malezas que ocultan la mitad de los nichos inferiores. Y en las noches de invierno el barro nacerá a los pies de los sepulcros, y la áspera piel del agua y del viento hará palidecer las cruces que, cansadas de vigilar a los muertos, se inclinan día a día.

—En un sistema solar lejano hay un planeta poblado por una raza igual a la terrestre. Yo estuve allí hace mucho tiempo.

—¿Sí? ¿Usted ha visto hombres en otro mundo? —El triscar de la lluvia perdió su melancolía—. ¿Creen en Dios, en la Virgen, en la Santísima Trinidad?

—No lo sé. No vi sacerdotes ni templos. Es un mundo muy evolucionado. Ha terminado con las enfermedades, el crimen, las guerras, y su gente vive durante largos años en perfecta salud y vigor. Allí usted podría recuperar su juventud y vivir plenamente un montón de años más.

—¡Qué hermoso debe ser eso! —El viento y la lluvia se alejaron a una distancia infinita—. Quizá sean seres no contaminados con el pecado original. Dios, en medio de su infinita sabiduría, pudo permitir la existencia de seres casi perfectos, de verdaderos ángeles.

Un planeta poblado por ángeles. El paraíso terrenal seguramente. Un mundo sin sacerdotes ni templos. ¿Para qué van a necesitarlos si son perfectos?

—Volví una vez allí, a dejar un hombre.

—¿Usted llevó un hombre a ese planeta?

—Sí: a un inválido, que había perdido las piernas en un accidente. Le hablé de ese

mundo, y me pidió que lo llevase. Allí pudo recuperar las piernas y llevar una existencia feliz.

Dios. A ti podría llevarte. Volverías a ser joven: llevarías una vida placentera, dotado de eterna juventud. Pero eres un sacerdote... Debes permanecer junto a tus fieles, enderezar las almas descarriadas. Si te vas traicionarías tu juramento al Hacedor. Dios mío. ¿Y si este ser de otros mundos ha sido enviado por el Altísimo para recompensarte al final de tu vida por todas tus privaciones y sacrificios, permitiéndote vivir en ese mundo paradisiaco?

—Si usted quiere, podría llevarlo a ese planeta. Tendríamos que partir de inmediato, eso sí.

Tu madre te metió al seminario porque te creía destinado a la santidad. Y trataste de responder a sus esperanzas. Y creciste y maduraste con las sotanas sobre los hombros, viendo a tu alrededor como la gente amaba y se enriquecía. Y tu sangre vibró con las llegadas de las primaveras. Y las primaveras se sucedieron a los inviernos, y los otoños ahogaron a los veranos. Y vino la madurez con su amarga recapitulación sobre todo lo vivido y no realizado. Y las largas noches de desesperación. Hasta que tu fuego comenzó a extinguirse como el rescoldo de una fogata dejada de alimentar. Ahora, resignado, te disponías a esperar la muerte, y que tu cuerpo fuese a engrosar las tierras sombreadas de cipreses del cementerio.

Pero llega este habitante de otros mundos...

—Ya todos en el pueblo deben haber vuelto a sus casas. Tengo que irme.

Una transpiración fría empapó los viejos miembros del párroco, y por todo su cuerpo se extendió, como un fluir de arena, una intolerable comezón.

—¿Sabe? Llevaré conmigo al Santísimo Sacramento. No le importa, ¿verdad?

El sollozo de una ráfaga murió junto al altar.

—¿Para qué? —La respuesta llegó remota, casi inoíble.

—No podría vivir sin Él. Imagínese: he sido sacerdote toda una vida.

La lluvia y el viento no declinaban. Pero fuera de su estrépito, en la nave reinaba una calma perfecta. Rezando, el sacerdote se puso de pie. Salió del confesonario.

El reclinatorio, envuelto en penumbras, estaba vacío.

Cuando Pilato se opuso

El *Tierra*, alto como un rascacielo de cuarenta pisos, se erguía imponente entre las dunas del desierto azul. Al norte una cordillera, cuya dentada cumbre hendía el cielo, se extendía a lo largo del horizonte hasta que sus últimas estribaciones, en forma de mano, penetraba en el arenal como quietas garras afiladas. Por el oeste y el sur solamente el yermo, que a la luz del sol despedía iridiscentes destellos.

Tras la cordillera, sobre sus faldeos septentrionales, en cuevas revocadas con barro aglutinado, disimulados sus accesos por hirsutos bosques, vivían los dumis. Desde la sala de mando, situada bajo la aguzada proa, el capitán Ortúzar —hombre robusto, bajo y cejijunto, con una expresión colérica troquelada en su rostro, sin la cual sus aplastados rasgos habrían parecido faltos de relieve—, repantigado en su asiento, observaba en la pantalla del televisor diversas escenas de las poblaciones dumis, que el explorador autómatas —un minúsculo helicóptero teledirigido— captaba y transmitía al cohete.

—¡Qué mezcla de reptiles e insectos! Jamás podríamos convivir con ellos.

—Es una imposibilidad social —apoyó Murchinson, el ingeniero de vuelo estelar.

—Y en la Tierra todavía se atreven a mencionar la incomunicabilidad de los espíritus. Debemos felicitarnos de nuestra condición humana.

—Bueno: imagino que los dumis también se dirán lo mismo, pero a la inversa.

—Sí, el optimismo es la calidad esencial de lo viviente. Sin embargo, creo que esos bichos se sienten avergonzados de su aspecto y costumbres: las investigaciones de Rossi lo confirman.

—Mm. Eso está por verse, capitán. Su imprevisto servilismo bien puede ser una estrategia. Me parece una actitud exagerada.

Porque fueron múltiples y contradictorias las reacciones de los dumis ante el arribo del hombre. Empezaron con el asesinato a mansalva de Véliz: una de sus venenosas lancetas traspasó el radioperador, y su cuerpo, que se hinchó horrorosamente hasta reventar, fue devorado en medio de una gran algarabía. No conformes con eso se lanzaron contra el cohete en un mal urdido ataque. *El Tierra* —una inexpugnable fortaleza, cuyas alarmas descargaban automáticamente su artillería — repelió la agresión en medio de un chirriar de carnes correosas y bocanadas de rojo humo. La totalidad de los pueblos dumis habría sido incapaz de tomarse la astronave, aunque hubiese contado con algún rudimento de organización militar.

Y ocurrió lo inesperado: los dumis depusieron sus armas y, con el más abyecto servilismo, ofrecieron a los hombres el gobierno de sus territorios: reconocían así la superioridad humana.

Treinta días deberían permanecer los expedicionarios en el nuevo mundo antes de volver a la Tierra. La oportunidad de asegurarse la conquista decidió al capitán Ortúzar, jefe de la expedición, aceptar la oferta, siempre que los dumis se mantuviesen lejos del *Tierra*, pues su repulsivo aspecto y fetidez natural los hacían vecinos poco gratos. La condición fue aceptada con humildad. Desde esa fecha los hombres pudieron circular libremente entre aquellos seres, recibiendo además su colaboración en los estudios e investigaciones.

—¿Estrategia? No, Murchinson. Si usted llama así el terror, le acepto la idea. Nos temen, Murchinson. Eso es todo. No pueden olvidar esa noche en que un centenar de ellos fue achicharrado en un abrir y cerrar de ojos. ¿Hay estrategia que valga frente a una técnica infinitamente superior? Multiplique por mil la diferencia entre los conquistadores españoles y los aborígenes americanos: aun así se quedaría corto en la relación hombre-dumi.

El televisor enfocaba a Rossi, el arqueólogo, parado ante una construcción similar a una torre trunca.

—Capitán, esto es el paraíso de la amoralidad: canibalismo, anarquía política, hurto legalizado y otras cosillas del mismo corte. Y ¿sabe una cosa? Están muy felices así. Solo un aspecto de la civilización humana les ha llamado la atención. Usted se va a reír: les ha impresionado la historia de Cristo. Jamás han tenido un redentor.

—¿Cree usted que les ha hecho falta? En ese sentido su evolución no se ha visto entorpecida.

—¡Pero este es un pueblo antiquísimo, capitán! Y usted ve que su civilización es nula.

—Bueno: también puede haber mucho de cretinismo congénito, ¿no?

—Podría ser, aunque meses antes de nuestro arribo había aparecido un profeta.

—¿Un profeta?

—Sí, vive en el desierto, se dice hijo de un ser superior, y algunos dumis acuden todos los días a escucharlo. ¿Qué le parece?

Descendió la noche, anunciada por las sombras de los vecinos montes, las que reptaron sobre las dunas hasta tocar el cohete. Millones de luces perforaron la inmensidad: el *Tierra*, aislado baluarte de otro mundo, despedía metálicos reflejos en la penumbra turquesa. Una estrella enorme, que se destacaba nítida de sus vecinas, derramó una pálida luz desde el cenit.

—Es una *nova*, como creíamos. Apareció hace treinta años, precisamente la noche en que nació el profeta —informó Rossi, en la sala de mando. Una brisa tibia, saturada de efluvios minerales, se arrastró por el desierto—. Esa sería la nueva estrella de Belén, capitán. También se supone que fue una *nova*.

—Al menos nosotros no somos los reyes magos, ¿verdad, Rossi? —Agregó con

indiferencia—: ¿Estos engendros vinculan la aparición de esa estrella con la llegada del profeta?

El arqueólogo se quedó mirando las tenebrosas montañas del fondo, morada de los dumis.

—No se explayan mucho sobre el tema. Si no hubiesen conocido la historia de Cristo, de seguro que habrían guardado silencio. Aun así son parcos.

—Nada en común tienen los hombres con esas hediondas alimañas, Rossi. Son subproductos de la naturaleza. Así como me he negado a mostrarles el cohete, me niego a considerarlos mis semejantes.

—Cuesta aceptarlo, capitán —apoyó Nasokov, el astrogador jefe.

—Y esa profecía, ¿qué ecos ha despertado entre estas bestias?

—Solo expectación, la que fue interrumpida por nuestra llegada.

La mayoría de los dumis encontraban ridícula la historia. Pero como el traductor electrónico captaba a medias las voces de su infernal idioma, lo averiguado por Rossi, llenando los vacíos con conjeturas, hacían un todo vago. La doctrina del profeta parecía similar a la del Mesías terrestre: amor al prójimo, humildad, rechazo de los bienes materiales en beneficio de la vida eterna, etc. También realizó algunos portentos que podían considerarse milagros: profetizó el arribo del *Tierra* y se opuso al ataque del cohete. Se acarreó así la enemistad de la mayoría: ahora nada querían saber de él. Incluso se hablaba de eliminarlo, para que dejase de perturbar al pueblo dumi.

—Cuenta con algunos fieles, además de un grupo de discípulos, pero tan apáticos que estoy seguro que a la primera lo abandonarán.

—A estos bichos nadie los hará entender, Rossi. Los desequilibrados, esos que creen poder arreglar el mundo, existen en todas partes, así sean gusanos los pobladores de un planeta. Pero los dumis nunca podrán comprender ni los más mínimos principios de convivencia. ¡Se comen entre ellos!

—Sí —asintió Rossi—, arreglan sus malentendidos en combates singulares, y el vencedor, luego de elegir las presas más apetitosas, deja el resto a la «colectividad». Y se va solo a banquetearse.

—Desconocen la ley y la política. —El capitán acompañaba sus palabras con enérgicos movimientos de sus cortos brazos—. Solo se unieron para atacarnos, pero sin elaborar ningún plan previo, porque ni para eso les da.

—Pero en más de una ocasión han venido a solicitar su juicio, capitán. Eso ya es algo: toman en serio su papel de súbditos.

—Porque no quieren hacer frente a ninguna responsabilidad. Hemos reemplazado sus rudimentos de gobierno en forma ventajosa para ellos: siguen disfrutando de su libertad, haciendo todas las fechorías que les place, a sabiendas de que no intervendríamos en sus asuntos así decidieran devorarse mutuamente en una sola orgía. Lo cual sería una espléndida solución, ¿no? Porque he de decirles una cosa: durante la colonización de este planeta no va a quedar ni un dumi vivo. Estamos

procediendo en forma humanitaria porque todavía no ha llegado el momento de poner las cosas en su lugar. Pero cuando los hombres vengan en busca del espacio vital que está faltando en nuestro mundo, comenzará la matanza. Supervivencia, muchachos, nada más. El hombre no va a compartir con el dumi este magnífico planeta, susceptible de colonizar sin recurrir a costosos métodos artificiales.

Las palabras del capitán resonaron con un eco definitivo. Una de las lunas — inmensa como una rueda de molino—, con sus llanuras festoneadas de rojo y gualda, desérticas como las del satélite terrestre, emergía en esos instantes del arenal. Su luz tornasolada envolvió al *Tierra* con un gélido manto.

—¿Qué ocurre? En la pantalla apareció el rostro de uno de los hombres que montaban guardia.

—El centinela ha detectado un grupo de dumis que se dirige hacia acá, capitán. ¿Qué hacemos?

El capitán pareció asombrado.

—Yo les hablaré.

En breves segundos el explorador, sostenido por su silencioso rotor, se detuvo sobre los dumis. Un haz de luz deslumbró a los monstruos. Retrocedieron agitando sus múltiples brazos.

—¿Qué desean? ¡No deben aproximarse ni un metro más!

El traductor irradió las palabras de Ortúzar por medio del parlante del autómata. Uno de los dumis —que en nada se distinguía del resto— silbó su respuesta, la cual fue captada por los micrófonos del helicóptero.

—Hemos capturado a un individuo que se hace pasar por profeta. Como ha conseguido engatusar a una parte de nuestro pueblo, deseamos que usted nos autorice para sacrificarlo ante el peligro de que separe al pueblo dumi y acarree una guerra.

—¿Desde cuándo están tan melindrosos? —preguntó el capitán a Rossi—. ¿No se matan a diario entre ellos para almorzarse sin consultarnos?

—Únicamente por razones personales, o cuando tienen mucha hambre, capitán. Nunca ha habido guerras en los pueblos dumis.

—Ah, tienen sus principios.

Permaneció pensativo unos instantes. La muchedumbre, enfocada por el ojo electrónico, esperaba inmóvil la sentencia.

—¿Y si de verdad fuese el redentor? —exclamó el arqueólogo.

—¿Y qué?

—Pues significaría, ni más ni menos, que usted estaría haciendo el papel de Poncio Pilato, capitán.

Ortúzar se mordisqueó las uñas y miró a sus hombres, que guardaron silencio.

—¿Y qué más da después de todo? Ello sabrán lo que hacen.

—No es tan simple, capitán —replicó Rossi—. Por mucho que pertenezca a una especie repulsiva, ese profeta trata de predicar cosas buenas. Quizá su doctrina cambie a este pueblo. Yo que usted no daría un juicio así a la ligera.

—Sí, es cierto. Me están poniendo en aprietos.

—Díales que esperen unos minutos.

El capitán Ortúzar, por primera vez en sus cuarenta años de vida, vacilaba. Pero se decidió a seguir el consejo de Rossi. Los dumis contestaron que esperarían allí su decisión.

Ortúzar comenzó a pasearse por la sala de mando. Observó el instrumental reluciente, los complejos cuadrantes, las palancas y botones policromos, las pantallas de radar y televisión, todo el maravilloso instrumental capaz de conducir la astronave a través del cosmos sin la intervención humana.

«Están condenados. Cualquiera sea mi decisión, en nada alterará su futuro. Les haría un favor si me opusiese al sacrificio de ese profeta. Si una astronave hubiera llegado a la Tierra en vísperas del Gólgota, y su capitán hubiese evitado la crucifixión, la humanidad no habría tenido que esperar tanto tiempo la llegada de la tecnología».

Se detuvo frente a la biblioteca, y presionando un botón susurró el nombre de Poncio Pilato ante el micrófono. Una voz impersonal reseñó la biografía del tetrarca.

«¡Qué estúpido! Por eludir responsabilidades perdió la oportunidad de convertirse en el más grande benefactor de la humanidad. ¡Una lavada de manos que sumergió al mundo en quince siglos de tinieblas! Que desencadenó un período de estúpidas guerras religiosas para imponer cosas abstractas, sin ningún resultado positivo».

Miró el televisor: en la pantalla, el sombrío grupo.

«¡No hay escapatoria para vosotros! En dos siglos más serán destruidos».

Se asomó a la ventana. La luz, alta sobre el horizonte, interponía una cortina invisible sobre las nacientes estrellas, tornándolas tenues, casi imperceptibles. Solo la gran estrella, la *nova*, mantenía su radiante fulgor. Muy pronto el segundo satélite haría su aparición: en el horizonte un resplandor rojizo, como un gigantesco domo transparente, anunciaba su salida.

—«Si Dios existe, no cabe duda que se olvidó de los dumis. Y si el que espera mi sentencia es su hijo, es evidente que llegó demasiado tarde. ¡Nada podrá hacer para salvar a su pueblo! Sin embargo...».

El capitán se golpeó la frente.

«¡Casi se me va! No debo permitir que ese profeta muera».

El arqueólogo, Murchinson, y los dos astrogadores se aproximaron al capitán.

—Señores: me opondré al sacrificio de ese profeta.

Se produjo un corto silencio, que interrumpió Rossi.

—¿Está seguro de lo que hace, capitán?

—No se ponga suspicaz, Rossi —rió el capitán—. ¿Cree que trato de hacer una

sutileza teológica? No. Soy práctico ante todo: la doctrina de ese profeta convertiría a los dumis en seres sumisos y humildes. Y todavía en la Tierra quedan espíritus retrógrados que, por ese motivo, se opondrían a su exterminio. Sería fatal: los dumis, a la larga, como hijos autóctonos de este mundo, podrían llegar a asimilar nuestros conocimientos, y reducir a los hombres, que tendrían en su contra el hecho de ser trasplantados. ¿Han comprendido? Supervivencia, señores. Debemos mirar más adelante, y no conformarnos con la labor de meros exploradores. Mi decisión será trascendental para la raza humana, porque no les dejaremos irritantes problemas.

De nuevo fue el arqueólogo el que habló, en vista del silencio de los demás:

—¿No le parece que extrema su acuciosidad, capitán?

—Yo creo que el capitán tiene razón —terció Murchinson—: me parece una idea excelente.

—A mí también —dijo Nasokov. Los otros asintieron por turno.

—¿Y qué piensa hacer con el profeta y sus discípulos? —preguntó Rossi.

—Encerrarlos en una bodega y llevarlos a la Tierra, simplemente. Servirán de muestra. Es la única manera de garantizar su supervivencia.

—Es que en la Tierra se formarían una excelente impresión de los dumis a través de esa muestra, capitán —insinuó Rossi.

Ortúzar montó en cólera:

—¡Yo mando aquí, Rossi! Si es preciso mataré a esos bichos una vez que nos encontremos en el espacio para evitar lo que usted dice. ¿O piensa que no lo había previsto?

El capitán se dirigió al televisor y habló con voz seca:

—Mi sentencia es esta: entregarme al profeta de inmediato.

La respuesta pareció irritada, aunque temerosa:

—¿Podríamos conocer los motivos de esa decisión?

—No: esa es mi sentencia, y deben acatarla.

—Señor, en este caso especial creemos que usted debe explicar al pueblo dumi las razones que lo movieron a dar ese juicio.

—¿Qué me dicen ustedes? —El capitán se volvió a sus hombres entre divertido y amoscado—. ¿Darles explicaciones a estos engendros? ¡Tienen cada ocurrencia!

Y añadió, dirigiéndose a los monstruos:

—En este caso especial, queridos dumis, se hará lo que yo ordene. Y juro que si no obedecen los exterminaré a todos. ¿De acuerdo?

Los dumis cambiaron palabras en voz baja. El capitán no perdía de vista al profeta, el cual se distinguía por un raro adorno que surgía de su cabezota.

—Usted manda, señor —la voz llegó incolora a través del parlante—. Creemos que esto es una arbitrariedad, porque...

—¡Basta! —rugió el capitán—. Hagan avanzar al profeta y sus discípulos. Y ustedes, a retroceder. ¡Cuidado con intentar una traición!

De mala gana el grupo se abrió para dejar paso a los condenados.

—¡Apúrense! ¡Antes de que me arrepienta!

Los quince dumis se alejaron de sus captores, y avanzaron en desordenado tropel hacia el cohete.

—Capitán —tartamudeó Rossi—, dé contraorden. Está cometiendo un error...

Rossi tropezó con una saliente del panel de instrumentos, y perdió el equilibrio. Al tratar de recuperarlo dio la impresión de abalanzarse sobre Ortúzar. Nasokov, el más próximo, reaccionó en un abrir y cerrar de ojos: resonó un golpe seco, y Rossi, alcanzado en el mentón, cayó al suelo. Hizo un débil esfuerzo por incorporarse: volvió a desplomarse pesadamente.

—Déjenlo ahí —ordenó el capitán. Y mandó a los que montaban guardia en la cámara de acceso—: Apréstense a recibir al Hijo de Dios. En cuanto haya entrado, tráiganlo a mi presencia.

Agregó, dirigiéndose a los otros:

—Trataré de contener el asco en vista de la personalidad que nos visita.

El grueso de la tripulación dormía. La monstruosa criatura penetró bamboleándose en el recinto. Recordaba a los arácnidos y lagartos, paralelamente. Cabeza grande, poliédrica, de donde surgían, por cuatro lados, otros tantos ojos de múltiples facetas y raras antenas vibrátiles. Numerosos tentáculos articulados, rematados en extrañas garras afiladas, recubiertos de cerdas, entre los cuales relucían gotículas verdosas, como rocío en el pasto, emergían del informe cuerpo. Placas de una sustancia durísima, parecidas a élitros, protegían sus flancos, pecho y espaldas. Caminaba semierguido, apoyándose en un haz de patas cortas y delgadas. La oscura tonalidad del monstruo contribuía a acentuar su fealdad.

Sucesivamente penetraron en el cohete los catorce discípulos, y el dantesco grupo, en el centro de la cámara, ofreció un aspecto que habría podido denominarse de humildad, de haber sido posible asimilar sus actitudes a las humanas. Un olor acre y repulsivo se esparció en el ambiente, a pesar del aire acondicionado.

—Que el profeta, ese que tiene un adorno en la cabeza, suba —ordenó el capitán—. Los demás deben esperar ahí hasta nueva orden.

Rossi fue arrastrado fuera de la sala de navegación: aún no recuperaba el conocimiento. Los otros mantenían los ojos fijos en el ascensor: se abrió la puerta de corredera e hizo su entrada el dumi. Avanzó con cierta majestad, desplazándose con esa curiosa manera de sus congéneres, que parecían caminar al sesgo. Los hombres tuvieron que reprimir un gesto de pavor. El capitán lo conminó a detenerse a una prudente distancia.

—Bueno, imagino que usted estará agradecido con nosotros por haberlo salvado de una muerte segura.

Al decir esto el capitán hizo un rápido guiño a Murchinson, diciéndole entre dientes:

—¿Hablará en parábolas esta alimaña?

—Ciertamente —replicó el profeta. Es decir, emitió una serie de silbidos y chirridos, mezclados con un vagido prolongado, que rebotó en los rincones de la sala. El traductor cumplió su misión en una milésima de segundo, y una voz humana, opaca y metálica, retransmitió la respuesta—. No esperábamos menos de la bondad humana.

—¡Ah! —exclamó el capitán. Ahora fueron voces electrónicas, capaces de reproducir con mucha fidelidad la fonética dumi, las que salieron por el parlante. El esperpento torció cómicamente la cabeza para escuchar mejor—. Significa eso que mi intervención no ha contrariado sus planes.

—Hace mil años —replicó el dumi— se hizo una profecía en nuestro pueblo: que los dumis serían redimidos el día que llegaran unos seres del más allá. La primera parte de esa profecía se ha cumplido: los hombres llegaron a nuestro mundo.

—¿La conocía usted, Rossi? —preguntó el capitán, buscando al arqueólogo con la vista. Solo entonces recordó que aquel dormía en su camarote. Hizo un gesto de contrariedad, y volvió a interpelar al profeta—: ¿Qué más decía esa profecía?

—Que esos seres, pertenecientes a una raza superior, ya redimida, arribarían a nuestro planeta precisamente en la época en que yo estaría predicando mis doctrinas. También se ha cumplido esa parte.

El capitán se puso nervioso. Algo marchaba mal. ¿Qué tenía que estar conversando con aquel fétido bicho? Ya había cumplido sus propósitos: estaba en su poder.

—Por último —prosiguió el dumi—, que esos seres tratarían de evitar nuestra redención, oponiéndose a que yo fuese sacrificado.

—¡Oliveira, Fresnay! —rugió el capitán, asaltado por una repentina sospecha.

No alcanzó a completar la orden: el profeta se precipitó sobre él. Ortúzar sacó la pistola e hizo fuego. El monstruo reventó en una nube de humo rojo. Tosieron los hombres, asfixiados por el nauseabundo hedor. Cayeron a tierra, donde se quedaron inmóviles, esfumados sus cuerpos tras la niebla escarlata.

El capitán volvió en sí: se encontró maniatado en una silla. Ante sus ojos, semivelados aún por el narcótico, adquirió forma uno de los dumis. Ahogó un gemido. Varios monstruos deambulaban por la vasta sala, examinando curiosos el panel de instrumentos. No lo tocaban: se limitaban a mirarlo, intercambiando comentarios por lo bajo, que el traductor electrónico no alcanzaba a captar. Persistía en el ambiente el hedor del dumi volatilizado, aunque el acondicionador de aire seguía funcionando. Una garra informe, velluda, saturada de gotícula, se agitó ante sus ojos. Ortúzar echó la cabeza atrás para alejarse de la bestia. Al mirar en derredor, en busca de auxilio, pudo ver a sus compañeros, también atados, que empezaban a recuperar la conciencia. Pero no tuvo tiempo de seguir observando. Algo le rozó el

cuerpo: una lanceta roja, larga como un florete, surgida de una de las extremidades del dumi, se proyectaba contra su pecho. Sintió la aguzada punta del aguijón presionándolo con suavidad. En sus oídos resonaron simultáneamente las sibilantes palabras del engendro, y la voz metálica del traductor:

—Desconecte las alarmas y abra las puertas.

La orden no admitía réplica ni dilación. Ortúzar se dirigió al panel, y accionó varias palancas. Apoyada contra su columna vertebral sentía el extremo del punzón. Las ataduras le permitían mover las manos con cierta desenvoltura. Vagamente cruzó por su imaginación la idea de poner en marcha los reactores: la aceleración del cohete reduciría a la impotencia a sus captores, aunque también los hombres sufrirían los efectos de la inercia. Pero comprendió que la lanceta lo traspasaría antes de que el *Tierra*, impulsado por el chorro atómico, empezara a elevarse.

—Vuelva a su sitio —ordenó el dumi.

Otro dumi se asomó al ventanal para avisar a los de afuera que las escotillas estaban abiertas.

—Han mirado en menos a los dumis, hombres —dijo entonces el que hacía las veces de jefe, el mismo que amenazara al capitán, sin duda uno de los apóstoles—. Si bien desconocemos los secretos científicos y técnicos de los humanos, somos grandes psicólogos. ¿Qué mejor que hacerles creer a los hombres que el Hijo de Dios había llegado a predicar sus doctrinas entre nosotros? El hombre no perdería la oportunidad de burlarse de Dios: en su retorcida mente nacería la ocurrencia de oponerse al sacrificio del Redentor. ¡Una demostración de que el Hacedor había sido superado! Porque aquel que usted mató, capitán, no era profeta ni el Hijo de Dios: solo un dumi corriente. Él y nosotros, sus «discípulos», ingerimos ciertas plantas que, de ser volatilizados nuestros cuerpos por sus malditas armas, esparcirían un gas que los reduciría a la impotencia, pero inofensivo para nosotros. El éxito superó nuestras expectativas: sus ingeniosos sistemas de ventilación llevaron rápidamente ese gas a todo el cohete antes de purificarlo, y todos los tripulantes quedaron a nuestra merced en cosa de segundos. Como ustedes ven, el que murió nos ha redimido.

—¿Redimido? ¿Qué quieres decir? —tartamudeó el capitán.

—Nos ha redimido de ustedes. Escuchen: dentro de doscientos años terrestres, cuando los hombres, cansados de su silencio, lleguen aquí, estaremos en condiciones de hacerles frente. Porque ustedes nos enseñarán todos sus conocimientos: nos convertiremos en un pueblo altamente civilizado. E impediremos que la especie humana pise nuestros territorios.

—¿Y la profecía?

No conocíamos profetas ni redentores. Vengan.

El grupo de prisioneros fue conducido a la ventana de observación. Miles de dumis —fieras siluetas que se movían bajo la luz policroma de las lunas— rodeaban al *Tierra*; muchos entraban en su interior a través de las abiertas escotillas.

—Capitán —balbuceó Rossi—, cuando Nasokov me golpeó quería advertirle una

cosa.

—¿Qué?

—Según las tradiciones bíblicas, la redención, debido a su origen divino, no puede ser impedida por nadie.

Ya en descenso la gran *nova*, opacada por las lunas, cintilaba tenue sobre el desierto.

Asterión

Ya no se ven las ruinas en la cumbre de la loma: las zarzamoras las han revestido con una verde caparazón. El camino que conducía a la casa apenas se delinea, a trechos, entre los matorrales. La colina penetra como la cabeza de un gigante dormido en las quietas aguas de una laguna, cuyas márgenes desaparecen bajo un manto de plantas filamentosas, sombreadas por la fronda de los sauces. A veces, durante las puestas de sol, los viajeros creen descubrir entre las zarzas los amarillentos restos de los muros, que despiden espectrales visos bajo el sol de las ánimas. Pero la soledad y las leyendas deforman las apariencias de las cosas: el incendio que destruyó la construcción dejó solo cascotes atezados.

Los actuales propietarios de Las Torcasas han construido su habitación en el extremo opuesto de la hacienda, junto a la nueva carretera interprovincial, quedando los escombros relegados al último confín.

El pueblo se encuentra a tres kilómetros de la laguna. Callejuelas que trepan por las estribaciones de un cerro, bordeadas de casas construidas en adobes, pocas revocadas y un mínimo con una descascarada mano de cal; una plaza con un quiosco de techo verde y bancos de madera deteriorados por el uso y las lluvias; palmeras de hojas resquebrajadas e hilachentas; un paseo de tierra apisonada y una iglesia blanquecina: eso era el pueblucho por aquella época, cuando ocurrieron los hechos que dieron fama a Las Torcasas. En ese tiempo alcanzar las vías de comunicación, o, al revés, llegar al pueblo desde la ciudad más próxima, constituía una ímproba hazaña: se necesitaban seis horas de viaje en automóvil y en un ferrocarril andrajoso para tomar contacto con la civilización. Hoy, la carretera nueva une al pueblo en menos de dos horas con una capital de provincia, y aunque no se advierten progresos inusitados, el lugar ha perdido eficacia para relegaciones y ocultamientos. Además, la población carece ahora de esa particular majestad que derivaba de su extremado aislamiento.

Nadie en el pueblo conoció íntimamente a Exequiel Ramírez. Era un hombre cauto, de mirada dura, desconfiado. Nunca trabajó sus tierras: cuando fue rematado el fundo se hallaba invadido por malezas y zarzas. Conejos, perdices, y hasta zorros pululaban por los abandonados potreros.

¿De dónde vino Exequiel Ramírez? ¿Para qué compró aquella remota propiedad que nunca explotaría? Llegó un día abruptamente a tomar posesión de Las Torcasas, a instalarse en las casas semiderruidas por el último terremoto. En poco tiempo la

vivienda fue refaccionada. Ramírez la hizo rodear además con un alto muro, y, acompañado de un matrimonio viejo, que trajo de afuera, se encerró a vivir en su ínsula, la que apenas abandonaba para viajar quizá a Santiago y, en algunas oportunidades, al pueblo.

Fue su vida aislada lo primero en llamar la atención de la gente. Que un hombre compre un fundo para vivir en él sin explotarlo, sin preocuparse siquiera de buscar inquilinos para entregar las tierras en medias, tenía que despertar curiosidad, aunque su conducta a nadie incomodase durante los primeros años. Ni afición por la caza demostraba. Tampoco se le conocían amigos: aunque su vida se deslizaba en un secreto casi total, la visita de forasteros habría sido conocida en el pueblo.

Nunca se supo de nadie que hubiese venido en calidad de invitado a alojarse en Las Torcazas.

Frente a la colina, al otro lado de la laguna, se extiende un valle cubierto de matorrales y bosques —que también forma parte de Las Torcazas—, cuyo suelo escabroso, pleno de guijarros y desniveles, lo ha mantenido siempre huérfano de visitantes. Más allá comienza la montaña con sus laderas azulosas de bosques. Quien asciende al monte por un camino cavado en la tierra gredosa, que une al pueblo con aldehuelas de leñadores dispersas por los cerros, puede observar, durante un trecho, y desde lo alto, tanto la laguna, la colina con sus casas —ahora las ruinas— como el llano situado a los pies del collado.

Hace veinticinco años —tres desde la llegada de Exequiel Ramírez— un leñador, que bajaba con su carreta atestada de leña una medianoche de junio, en medio de una llovizna helada, que apenas permitía distinguir la huella a un par de metros, divisó un resplandor verdoso. La luz, en forma de cúpula, surgía desde el centro del valle que enfrenta la casa de Ramírez. Era imposible distinguir nada a través de la fantasmal luminosidad. Pero el hombre escuchó un zumbido bajo, ininterrumpido, que le produjo una sensación de embotamiento. Los bueyes resollaban fuerte, y trataban de desprenderse del yugo. Atemorizado por una sensación de peligro, el leñador huyó de allí.

Al día siguiente, a pesar de la lluvia, gran parte del pueblo fue a visitar el lugar. En el centro de la planicie se abría una vasta región circular donde los árboles y matorrales quedaron reducidos a cenizas. Aún se destacaban las rojas corolas de carbón ardiente. La lluvia no tardó en apagar el fuego, pero el calor que emanaba de allí era tan agudo que nadie pudo aproximarse mucho. Insectos, pajarillos, conejos y ratas campestres aparecieron muertos por miles en los días siguientes.

Durante años el sitio fue evitado por cuanto ser viviente pasaba por sus proximidades.

Interrogado Exequiel Ramírez por los carabineros contestó que nada había visto: a esa hora se encontraba durmiendo. La anciana pareja corroboró las declaraciones de

su patrón, a pesar de que casi todas las ventanas de la casa se orientaban hacia el sitio del fenómeno.

Canto de cigarras y pidenes bajo las frondas. Un calor denso dormía bajo los llorones cuando Alberto y Juan, cansados por la caminata de la tarde estival, relucientes de sudor los rostros tostados, llegaron a la laguna. El agua, como la superficie de un espejo de acero, se trizaba fugaz con el deslizarse de las mulitas. Los chicos, en una playa cubierta de arenisca blanca, se despojaron de sus ropas y se tendieron de espaldas. La mancha de un jote describía espirales en el azul, moviéndose lenta, como si dormido se dejase arrastrar por alguna corriente de las alturas. De pronto se escucha un chapuzón. Los rapaces se incorporan de un salto. Bajo los sauces de la orilla opuesta, entre las filamentosas ramas de las plantas acuáticas, las aguas ondulan agitadas. Allí empieza el promontorio en cuya cumbre se alza la casa del rico Exequiel Ramírez. Se divisa el muro de adobes, coronado de tejas rojas, y semicubierto de zarzas que la circunvala. Juan y Alberto vieron que algo se deslizaba con extraordinaria velocidad bajo las aguas, describiendo círculos. De súbito la estela se dirigió hacia el punto de donde había surgido, y desapareció bajo los sauces. Además, los rapaces notaron otro fenómeno: todo, las cigarras, el pidén y los demás ruidos del lugar, había enmudecido. Transcurrió un lapso de un silencio tal que los niños se asustaron. Pero los rumores volvieron, no tardando la laguna en recuperar su normalidad. Juan y Alberto alejaron sus temores, y decidieron investigar.

Allí el remanso medía unos cien metros de ancho. Lo cruzaron nadando con lentitud, y cuidadosamente, para no enredarse en la maraña ribereña, alcanzaron la orilla ocultos por un gran llorón, cuyas ramas usaron para izarse hasta un estrecho borde de donde nacía el farallón. Avanzaron por aquella vereda, abriéndose camino entre los sauces y zarzas hasta descubrir una serie de barrocos escalones que trepaban hasta la cumbre. Oculto por un matorral un socavón cruzaba bajo el muro circunvalatorio, cubierto del lodo negruzco generado por el paso de cuerpos húmedos. Los chicuelos no vacilaron. Por razones desconocidas el dueño de Las Torcazas nunca tuvo perros; el peligro se reducía a encontrarse con el propio Exequiel. Al otro lado se alzaba, a menos de dos metros, otra muralla también de adobe, que se interponía entre los niños y la casa patronal. Una urdimbre de totoras le sirve de techo. Además del intenso calor impera allí un gran silencio. En el corredor de tierra que separa ambos muros no se divisa un alma. Una abertura de forma de puerta se abría frente a ellos. Era la única entrada visible y, tras ella, empezaba la noche. Juan y Alberto avanzaron por un estrecho pasaje que corría paralelo al muro, por un piso de consistencia pastosa. Reinaba allí un fuerte hedor, y una casi total oscuridad, exceptuando los escasísimos rayos de luz que la techumbre de totoras dejaba pasar. Al fondo un nuevo vano: tras él comienza otra galería perpendicular a la primera. Un frío húmedo reemplaza el calor de afuera. Entonces se oyó no lejos un

gemido agudo, como el de un animal quejumbroso, que murió en un trémolo creciente, pareciendo llenarlo todo con su son. Los chicos se detuvieron temerosos. Desde algún pasaje lateral vino el rumor de algo pesado, que avanzaba azotando las paredes con un eco acuoso, como si se impulsase mediante coletazos. Los niños huyeron. Rodaron por la burda escalinata y, abriéndose camino entre la maraña de plantas ribereñas, salieron a laguna abierta. Recién surgían del agua cuando volvieron a escuchar el pesado chapuzón. Y de nuevo la estela dejada a su paso por algo que nadaba a gran velocidad hendió el líquido, dirigiéndose donde ellos estaban.

Huyeron desnudos, metiéndose entre los matorrales para salir cuanto antes a campo abierto.

Otras personas escucharon el lamento del ser que se ocultaba en la casa de Exequiel Ramírez. Y también divisaron la rauda estela generada por un invisible nadador. Pero nadie vio nada concreto. Tales historias dieron mala fama al lugar, y desde entonces la gente optó por evitarlo. ¿Y qué era de Ramírez? Después de su matrimonio y del nacimiento de un hijo, el carácter de Exequiel se tornó más huraño. Luz, su mujer, permanecía en la casa, sin salir de su pieza ni siquiera a tomar el sol. Fuera de un viejo casi ciego, que vino a reemplazar al primitivo matrimonio de servidores, nadie más habitaba la casona. Este anciano medio chiflado era el encargado de aprovisionar la hacienda. Cuando alguien le preguntaba algo fruncía el ceño mirando a su interlocutor con una expresión vacua.

Durante varios años nada anormal ocurrió en la propiedad de Ramírez, excepto las historias comunes a la laguna. Pero entonces sobrevino la aventura de Rosalía, una muchacha semiidiota, hija natural de una mujerzuela del pueblo. Rosalía acostumbraba vagar a solas por los campos, evitando a la gente. En más de una ocasión fue violada por ebrios y hombres que se aprovechaban de su idiotez y desamparo. Una vez alguien la vio rondando la laguna. Le advirtieron el peligro que corría de seguir metiéndose en Las Torcazas. Pero ella insistió en sus paseos. A su madre, mujer envilecida, le contó que había conocido a un joven, que siempre se bañaba en la laguna, frente a la casa de don Exequiel. El muchacho nunca dejaba el agua para hablar con ella. Se mantenía con la cabeza afuera, debajo de un sauce, en medio de las enredaderas de la orilla. Siempre se dejaba ver en el mismo sitio, y más o menos a la misma hora: las cuatro de la tarde. La historia fue conocida por la madre de Rosalía, la que a su vez la oyó de su hija a quien nadie en el pueblo escuchó más de dos o tres frases ininteligibles, por lo cual su verosimilitud es dudosa. Mayores detalles (de dónde venía el bañista o qué conversaba con la idiota) tampoco se supieron.

Después de la muerte de la muchacha —apareció un día ahogada en el sitio donde solía conversar con el joven, enredada entre las plantas acuáticas— se hicieron investigaciones, y como alguien sugiriera que el bañista podía ser el desconocido hijo

de Exequiel, los carabineros visitaron a Ramírez. El hombre los recibió secamente. No los hizo pasar a la casa, sino que conversó con ellos junto al portón de entrada. Cuando le contaron la historia de Rosalía, pareció sobresaltarse. Pero echando a reír manifestó que su hijo hacia años que estudiaba en Santiago, alojado en casa de una hermana. La versión fue confirmada por el viejo, aunque este tenía la mente tan confusa, que poco caso se le podía hacer.

Se dedujo que la muerte de Rosalía fue casual: sus restos no presentaban señales de violencia. Quizá la muchacha, que no sabía nadar, cayó al agua por aproximarse demasiado, ofuscada con sus visiones.

Solo escasas personas tuvieron oportunidad de ver a Luz, la mujer de Ramírez: durante su estadía en el fundo bajó pocas veces al pueblo. La vida matrimonial del solitario hombre fue conocida a través de las declaraciones de Elvira que, con su marido, eran servidores de Las Torcazas por ese tiempo. Elvira tuvo que romper su hermetismo a raíz del incendio.

Ramírez había conocido a Luz en Santiago, años antes. Una vez que hubo refaccionado la casa hizo un viaje a la capital y volvió casado. De pelo rubio, grandes ojos azules, voz suave, cálida, Luz poseía una paciencia de cósmicas proporciones, según Elvira. Supo hacer frente al mal genio de su marido, y logró, en cierto sentido, domesticarlo un tanto.

Transcurrido un año y medio, Luz no daba señales de esperar familia. Ese invierno menudearon las tempestades eléctricas y los vendavales. Una noche de julio hubo una tormenta de truenos que se prolongó hasta el amanecer. A eso de la medianoche Elvira, desvelada con el estruendo —su marido dormía a pierna suelta—, divisó, a través de la ventana del dormitorio, un resplandor verdoso. Empinándose, pudo ver la misma cúpula luminosa que observara años antes el leñador, en el mismo sitio, al otro lado de la laguna. Atemorizada, la mujer fue a avisarle a sus patrones, aunque sin despertar a su marido: era asustadizo y padecía del corazón.

Al pasar frente al escritorio vio, por debajo de la puerta, una luz intensamente verde que se extendía varios centímetros sobre el piso enladrillado del pasadizo. A través de la hoja cerrada se oía un extraño susurro y la voz de su patrón, un tanto apagada por el estrépito de la tormenta. Cuando Exequiel callaba surgía el indescriptible rumor, el que terminó por aterrorizar a Elvira, aunque sin quitarle la curiosidad. La lluvia y el viento disimularon su presencia. Retrocediendo hasta la cocina, se quedó figando el pasillo por las jambas entreabiertas. Minutos después la puerta del escritorio se abría. El resplandor inundó el pasaje. Elvira tuvo que encerrarse en la cocina, pero el flujo luminoso alcanzó a penetrar y se mantuvo flotando junto a ella como una niebla que lentamente se desvanecía. Sobreponiéndose al terror, la mujer miró por el ojo de la cerradura. También en el corredor la niebla verde se extinguía, pero aún su pegajosa luminosidad, adherida a los muros y el

techo, revelaba cada detalle como el fondo de un acuario cuya agua difunde la claridad. Otra puerta se cerraba: la de la alcoba de los patrones.

Entonces del escritorio saltó al pasaje fantasmalmente claro Exequiel, con el rostro desfigurado. Hizo un intento de dirigirse al dormitorio. Pero de pronto, con un gesto de impotencia, volvió a encerrarse en su estudio. (No volvería a salir de allí en el resto de la noche. Amaneció borracho —cosa inusitada en él— tendido en el suelo, al lado del escritorio).

Ya avanzada el alba Elvira, trémula de frío y miedo, había visto desde su dormitorio una luz verde bajando veloz por el farallón que remataba en la laguna. Creyó descubrirla de nuevo en la otra orilla: allí se extinguió por completo. No obstante, el resplandor primitivo seguía brillando en la explanada.

Al día siguiente no se divisaban rastros de luz al pie de la montaña. La lluvia y el viento se mantuvieron durante tres días. Pero nadie en el pueblo se enteró de la repetición del fenómeno presenciado por el leñador años antes.

La señora amaneció enferma. Silenciosa, demacrada, casi hosca, nada recordaba su naturaleza afable. Desde ese día se produjo un cambio total en la casa. Exequiel seguía emborrachándose. Luz no recuperó su primitivo carácter, y las riñas con su marido se hicieron frecuentes. Cuando se supo que esperaba un hijo, atribuyeron a ello su estado de ánimo. Pero la noticia, añorada semanas antes, se convirtió en una telaraña que todo lo envolvía. Durante los siete meses del embarazo Luz guardó cama. No fueron llamados médicos ni matronas. Luz fue atendida solamente por Exequiel durante el alumbramiento, aunque parecía improbable que el hombre supiese algo de partos. Pero en cuanto el hijo hubo nacido, Exequiel, demudado, llamó a Elvira para que terminase de curar a la señora. En cuanto al niño, había desaparecido. Al parecer, Ramírez lo condujo a una pieza vecina para que no fuese visto por Elvira. Lo prematuro del alumbramiento hizo presumir que el recién nacido no sobreviviría. Y aunque Elvira estaba cierta de que el niño vivió, jamás pudo verlo: los padres se encargaron de ocultarlo de ojos extraños, habilitándole para el efecto un cuarto del fondo, cuyas ventanas fueron clausuradas.

Un mes después Elvira enfermó y tuvo que marcharse a Santiago. Su marido no tardó en seguirla. Cuando fue interrogada por la policía, Elvira agonizaba: sus declaraciones fueron sucintas y casi ininteligibles.

Su muerte terminó con las expectativas de conocer mayores detalles de lo acaecido esa noche de invierno en Las Torcazas.

Un año después del nacimiento de su hijo, Ramírez comenzó a construir en un extremo del patio, vecino a la laguna, una serie de murallas que formaban intrincados y estrechos pasajes, recubiertos con una techumbre de totoras. El edificio fue hecho de adobe, y los albañiles y operarios que intervinieron en la obra los trajo Ramírez desde apartados lugares. Mientras duraron los trabajos esta gente nunca fue vista en

el pueblo: se alojaba y comía en la casa del fundo. Concluida su labor, volvieron a sus hogares en forma tan sigilosa como habían sido traídos.

El muro externo, también de adobe, ocultaba la nueva construcción, pero después del incendio fue posible formarse una idea de su estructura. Era una muralla que encerraba un cuadrado casi perfecto, integrado por pasillos interiores que se cortaban en ángulos rectos, comunicados entre sí por angostos vanos. A un profano le habría sido difícil salir de allí si alguien lo hubiese abandonado en su interior. Pero como escondite reunía incontables ventajas. Dicho laberinto tenía dos accesos: uno que, arrancando de la casa —del cuarto donde fuera encerrado el recién nacido, según Elvira— llegaba allí a través de un corredor cubierto, y el otro, frente a la laguna.

Es evidente que aquel edificio sirvió de morada o refugio a alguien —al incógnito hijo de Exequiel, tal vez—. Al respecto, existe el vago testimonio de los rapaces Juan y Alberto, vagabundos que acostumbraban meterse en todas partes. Al comienzo, sus antecedentes hicieron poner en duda su historia. Pero hechos posteriores la confirmaron.

Otro aspecto de la vida de Exequiel Ramírez comenzó a preocupar a la gente por esa época, aún más que el destino de su hijo: el origen de sus riquezas. Porque era evidente que Ramírez las poseía: el hecho de que viviese sin explotar su hacienda revelaba ingresos ajenos a la agricultura. ¿De dónde obtenía su dinero? La gente no tardó en atribuir la fortuna de Ramírez al clásico pacto con Satanás: su misteriosa existencia daba margen para tales conjeturas. Se corrieron innumerables anécdotas para demostrarlas. Se hablaba de visiones observadas en las casas, cerca de la medianoche: llamas que surgían de los patios, lamentos y extraños ruidos metálicos oídos desde el camino.

Algunos, hilvanando los sucesos inexplicables ocurridos en la región mientras vivió allí Exequiel Ramírez, y aún después de su muerte —la historia del «cuero» de la laguna, causante al parecer de la muerte de dos bañistas y de las visiones de Rosalía y un veraneante— concluyeron que el hijo de Luz no lo era de Exequiel: su auténtico padre fue el visitante cuya presencia captara Elvira. Si Exequiel toleró el adulterio de su mujer, fue porque estaba en manos del demonio, o de alguna divinidad salida del otro mundo, el cual habría engendrado al ser que durante años señaló su presencia de manera indirecta, pero evidente.

En compensación por aquella tolerancia, el amante de Luz proporcionaba a Exequiel Ramírez los medios para vivir sin trabajarle un día a nadie.

Sobre el incendio casi todas las versiones coinciden. Los carabineros que esa noche cruzaban frente a las casas vieron surgir grandes llamaradas que rugían bajo el viento y la lluvia. Ellos fueron los primeros en llegar a la puerta de acceso, que se hallaba herméticamente cerrada. En vano golpearon: nadie vino a abrir. Cuando llegó la gente del pueblo, atraída por los resplandores del infierno, aunaron sus esfuerzos

para derribar la hoja, aunque el calor y el humo dificultaban la operación. El acceso descubierto por los rapaces se encontraba al borde del farallón: imposible caminar por allí sin riesgo de caer en la laguna. Las zarzas además formaban matorrales impenetrables. Pronto las chispas prendieron las enredaderas que cubrían parte de las murallas externas, y las casas ardieron por los cuatro costados. Algunos trataron de pasar por encima de la muralla, encaramándose en los hombros de sus compañeros. Pero retrocedieron ante la magnitud del desastre: adentro todo ardía, y el humo espeso y asfixiante no dejaba distinguir nada. La gente tuvo que conformarse con contemplar desde lejos el desastre.

Muy avanzada la mañana una espesa nubada de agua terminó por vencer el fuego, pero ahora solo restaban ruinas humeantes. El fuego destruyó tanto la casa como la construcción del fondo. Algunos muros aún se erguían ennegrecidos, pero los muebles y enseres desaparecieron engullidos por las llamas.

Dentro de una de las habitaciones, carbonizados e irreconocibles, aparecieron los dos cadáveres.

La investigación, solicitada por un hermano de Luz, a nada condujo. Según el viejo servidor, el señor Ramírez estaba por completo dado a la bebida. No hablaba con nadie, ni siquiera con su mujer; Luz, aquejada de una parálisis, permanecía en cama, con su melancólica mirada perdida en un rincón de la pieza. Un día Exequiel envió al viejo a Talca, a comprar herramientas. Fue una decisión intempestiva, porque las compras de esta naturaleza acostumbraba hacerlas el propio Ramírez. ¿Quizá aquel encargo fue un pretexto de Ramírez para alejar al anciano de Las Torcasas, una vez que hubo planeado su propia muerte, la de su mujer y el incendio de la casa? Tal vez tantos años de aislamiento y alcoholismo terminaron por minar sus facultades, de por sí anormales. La casa poseía un generador de energía eléctrica, a bencina. El combustible se compraba una vez al año, siendo almacenado en tambores. No cabía duda de que se utilizó la bencina para rociar la casa, y asegurar así la acción del fuego. Lo ocurrido allí podía resumirse así: Exequiel asesinó a su esposa —el cadáver de Luz presentaba heridas producidas por alguna horqueta o cuchillo—, y luego procedió a regar la casa hasta en sus últimos rincones con el combustible. Después se colgó de una viga: en torno a su cuello quedaron restos de un cordel. Se dijo que también Ramírez tenía heridas cortantes, aunque esto último fue negado por la policía. La impotencia de los investigadores para aclarar las causas del incendio los determinó a echar un velo sobre los pormenores oscuros.

Sin embargo, surgieron revelaciones: el hijo de Exequiel y Luz jamás había sido enviado a Santiago, como dijera Ramírez. ¿Qué fue del niño? A nadie le constaba que hubiese muerto. El viejo, demasiado embrutecido para tomarlo en serio, nunca dudó de la historia relatada por su patrón. El muchacho debía contar entonces alrededor de dieciocho años. La declaración de Elvira tampoco aportó grandes luces. Ella estaba

segura de que el niño había sobrevivido. Pero ¿por cuánto tiempo? Si el chico fue una criatura monstruosa —de ahí la negativa de sus padres a exhibirlo— pudo morir al cabo de algunas semanas o meses, siendo luego sepultado por los propios padres.

La investigación también reveló la existencia de una hermana de Ramírez, la que estuviera sin verse con Exequiel durante los últimos treinta años. Tampoco conoció a su cuñada. Declaró que Exequiel siempre fue un tipo raro, voluble, sumamente ambicioso, convencido de que poseía extraordinarias condiciones mentales. Sus padres, gente modesta, nada dejaron a sus dos hijos al morir. La hermana consiguió una ocupación que apenas le daba para vivir. Exequiel, en tanto su hermana trabajaba, se dedicó a leer y leer. Vivían en una residencial pagada por la hermana. El joven Ramírez no quería ocuparse. Había inventado un sistema —explicaba— para comunicarse con seres del más allá. Ganaría fortunas. Ella interpretó sus declaraciones como que Exequiel estudiaba ocultismo: encontró entre sus libros textos de brujerías y magia negra. Quizá lo que realmente quería —reflexionaba ella— era descubrir una fórmula para comunicarse con Satanás y negociarle su alma.

Y algo así debió conseguir: de otra manera no se explicaba su violento cambio de fortuna. Porque la hermana, aburrida del ocio de Exequiel, le cortó la ayuda y lo hizo salir de la residencial. Volvió a verlo de nuevo cuando Exequiel fue a la pensión a buscar unos papeles. Le dijo a su hermana que acababa de establecer contacto con un personaje que nadie conocía —para conocerlo se requieren mis especiales facultades mentales, le manifestó—, el cual le ayudaría a ganar dinero. Para ello requería aislarse un tiempo: su amigo gustaba de las entrevistas secretas.

Y ahí terminó la investigación. Nada más se pudo averiguar, excepto que Exequiel algo logró de su misterioso amigo.

El verano siguiente al incendio, la laguna volvió a ser frecuentada por bañistas: Las Torcasas, temporalmente abandonada en tanto la sucesión de Ramírez procedía a su remate, estaba convertida en un lugar tranquilo y hasta acogedor. En las tardes acudían muchachos de la población, y hasta algún veraneante, de esos que, por tener algún pariente en la localidad, hacía el largo viaje hasta allí en las vacaciones. Uno de estos visitantes —un sobrino del médico del pueblo— que fue una tarde a bañarse, se le ocurrió cruzar el remanso hasta la orilla opuesta, donde los rapaces descubrieran la entrada a la casa. Al llegar a la mitad, dejó de bracear ante la mirada del médico que, desde la playa, seguía su trayectoria. El muchacho se sumergió en dos ocasiones. Luego volvió nadando a gran velocidad. Excitado contó que había visto bajo él, con nitidez, un rostro humano. Era una cara pálida, cuyos ojos se abrieron y cerraron antes de desaparecer en el fondo oscuro. Temiendo que se tratase de alguien en peligro de ahogarse, se sumergió para auxiliarlo. Pero allí las aguas eran muy profundas, y nada consiguió descubrir. Era imposible que se tratase de un bañista: lo habrían visto o sentido nadar esa tarde.

De vuelta en el pueblo el muchacho fue a la comisaría a contar su aventura. Los carabineros hicieron una investigación: todo cuanto sucediera en la laguna siempre frustró sus intentos por aclararlo, por lo cual no perdían oportunidad de buscar nuevas pistas. Pronto se descartó la teoría de un posible ahogado: nadie había desaparecido del pueblo. Los carabineros llevaron un bote y registraron el sitio con acuciosidad. Realizaron sondajes donde el muchacho aseguraba haber visto el rostro. Aunque utilizaron una cuerda de cincuenta metros, no tocaron fondo. Cuando se supo que la laguna era tan honda renacieron las supersticiones. De los turbios manejos atribuidos al difunto Ramírez, ¿cuántos habrían sido resueltos en el fondo de aquellas aguas! ¿Sería aquello un ojo de mar? La costa se hallaba próxima. Pero la no salinidad de sus aguas desmentía la hipótesis. No obstante, muchos siguieron acariciándola como posible: de ese modo se multiplicaban las posibilidades de imaginar horrores. Algunos relacionaron la visión del sobrino del médico con la historia de Rosalía.

Una tarde un muchacho que se bañaba con tres amigos se hundió, haciendo desesperados esfuerzos por desprenderse de algo. Durante una semana la policía y la gente del pueblo registraron la laguna. Calculaban que el cadáver reaparecería a los tres días, pero transcurrió una quincena sin que nada ocurriera. Se llegó a la conclusión de que el cuerpo se había quedado en el fondo, atrapado por las plantas. De nuevo se recomendó a la gente no bañarse allí. Pero diez días después un carpintero fue visto por dos cazadores nadando en el centro de la laguna. Era una tarde calurosa: el carpintero, que pasaba por allí —venía de almorzar en la casa de un compadre, se supo—, decidió darse una zambullida. Los cazadores le gritaron que saliera si no quería correr la suerte del otro. En ese preciso instante lo vieron desaparecer, antes de que el bañista alcanzara a lanzar un grito. Tampoco fue posible encontrar el más leve rastro del desaparecido. Esta vez las sondas de cien metros quedaron cortas en la parte céntrica del remanso. La policía vigiló durante un mes el lugar infructuosamente.

Entonces nació la leyenda del «cuerpo», monstruo que, según tradiciones campesinas, habita en las profundidades de las lagunas. Esta alimaña, que nadie ha visto, mata a los seres humanos para chuparles la sangre y devorarlos.

¿Qué otra explicación darle a desapariciones tan absolutas?

Nada extraordinario ocurrió durante dos meses. Si bien no faltaban los fantasiosos que urdieron decenas de historias descabelladas, ninguna tenía bases concretas. A comienzos de abril, en una tarde de sol —por esa época abundaban los días de cielos cubiertos y atardeceres neblinosos—, un funcionario de la tesorería comunal, que gozaba de feriado médico para convalecer de una delicada operación, hizo un descubrimiento. El hombre solía pasear por los cerros vecinos. Al descubrir un sitio tranquilo, se instalaba allí y leía o dormitaba hasta que la tarde o el frío le impelían a retirarse. En abril sus paseos empezaron a distanciarse: cayeron algunas lluvias, y el

suelo mojado se tornó insalubre. Durante los últimos días tomó la costumbre de dirigirse a aquella parte del cerro desde donde el campesino viera la luz. Desde allí se dominaba un paisaje pintoresco: a los pies el bosque con su calvero central, generado por el fuego verde; la laguna con sus leyendas y márgenes pobladas de sauces, y, al otro lado, la colina con sus ruinas ennegrecidas, donde las zarzas comenzaban a tejer su verde sudario.

Era una tarde de mucho sol, como si el verano estuviese haciendo un postrer esfuerzo por recuperar su imperio. La atmósfera tibia, con olor a hierbas y romeros húmedos; el cielo despejado, intensamente azul. El convaleciente, sentado en el reborde gredoso del camino, observaba los distantes escombros con un libro sobre las rodillas. Desde los muros caídos surgió un relámpago vivísimo.

El hombre, cogido de sorpresa, se quedó mirando el fulgor que, al cabo de cortos segundos, se extinguió. Pero el destello volvió a parpadear allá abajo. Por siete veces consecutivas, separados por los mismos intervalos de tiempo, de entre los cascajos saltó al espacio el brillante reflejo. Si bien aquello podía ser la reflexión del sol en algún vidrio escapado del incendio, alguien le daba su periodicidad. Luego del último destello transcurrieron no menos de diez minutos antes de que los rayos volvieran a brillar por siete veces seguidas.

El hombre creyó ver que algo salía arrastrándose de las ruinas y desaparecía entre los sauces que rodeaban la laguna, por el mismo sitio donde los rapaces descubrieran el pasaje secreto. Le pareció que era un hombre, el cual caminaba pegado al suelo para no ser visto por algún posible fisgón.

Esa tarde contó su historia al teniente de Carabineros. Como la noche estaba avanzada, la investigación se postergó para el otro día. Pero dos carabineros vigilaron las ruinas toda la noche, con escaso éxito, eso sí, porque se levantó una espesa niebla que solo vino a disiparse en la mañana.

Al día siguiente registraron los escombros y pronto apareció, oculto bajo restos de madera carbonizada, entre los derribados vericuetos del laberinto, un gran espejo que había escapado casi intacto del incendio. ¿Quién y con qué objeto lo utilizaba en aquel lugar? El teniente decidió montar guardia personalmente. A eso de las seis de la tarde comenzó a levantarse una neblina, y pronto la laguna y sus aledaños desaparecieron detrás del vaho blanco. Los carabineros habían dejado el espejo en el sitio donde lo hallaran. Como a las ocho, cerrado por completo el panorama con la niebla, se escuchó un ruido en el vecino laberinto.

Alguien se arrastraba sigiloso entre los cascotes.

El teniente salió de su escondite y, revólver en mano, se dirigió al lugar donde se escondía el espejo. Pero tropezó con una viga quemada y se produjo un verdadero estrépito. Cuando el silencio volvió, los hombres escucharon que el rumor enfilaba veloz hacia la laguna. Corrieron para interceptar al fugitivo. Las hojas de un sauce se movían ante el paso de algo. Abajo estaban las aguas. Entonces los carabineros dispararon. Un chapuzón hendió la niebla. Los hombres gritaban y corrían de un lado

para otro, tratando de ver algo. Y seguían disparando en forma descontrolada. A través de las ramas de un sauce vieron las agitadas aguas. Por allí era imposible alcanzar la laguna sin resbalar y hundirse en el helado líquido. Pero el bote traído para investigar las desapariciones de los bañistas aún estaba fondeado no lejos de allí.

Pronto los hombres remaban en dirección al lugar donde desapareciera el fugitivo. Las aguas se veían inquietas. No obstante, ¿habría sido alcanzado el otro por las balas? Si bien los disparos fueron hechos a bulto, la poca distancia pudo favorecer la puntería. Los hombres bogaban lentamente, siguiendo aquella margen, hendiendo la red de vegetales acuáticos. De súbito surgió al lado del bote una serie de grandes burbujas. Los hombres comenzaron a disparar hacia el fondo de la laguna siguiendo la huella de las burbujas. Alguien dio un grito. A cosa de cinco metros apareció una estela que se esfumó en la niebla creciente. Los carabineros volvieron a tirar, en tanto remaban con un ritmo acelerado.

El invisible fugitivo los conducía a la ribera oriental, donde comenzaba la planicie boscosa, que era la margen más alejada de la laguna. Entre las altas hierbas sintieron el ruido producido por algo que se internaba en la espesura. Los carabineros se adentraron en la maraña, tratando de encontrar la huella del otro. Pero habían perdido mucho tiempo. Sin un perro para rastrear era casi imposible descubrir algo entre aquella floresta, invadida además por la niebla. Pero siguieron abriéndose camino hacia el interior.

A través de un claro del bosque, a cosa de doscientos metros, los carabineros vieron una luminosidad verdosa que se difundía fantasmal entre la floresta. La luz verde de nuevo: estaba allí, al alcance de ellos. Además del espectral reflejo, los hombres escucharon un zumbido sordo que pronto se les localizó en el centro del cerebro, produciéndoles un curioso sopor. Antes de que los hombres tomaran alguna decisión, el ruido se agudizó y se transformó en un silbido. Y la luz parecía subir. Los carabineros, semiinconscientes, tratando de taparse los oídos, cayeron a tierra.

Cuando el teniente pudo incorporarse, el silencio había vuelto. Y la luz desaparecido. Los hombres siguieron su marcha. Un extraordinario calor emanaba del centro de la jungla. Era un calor pesado, enervante, que hacía cosquillar la piel. Los carabineros desistieron de su empeño y regresaron.

Al día siguiente hicieron una nueva batida, esta vez acompañados de varios pueblerinos y perros, y solo encontraron, en el antiguo calvero, las señales de un fuego que se extinguía lentamente.

Ahora las ruinas están por completo cubiertas de zarzas. Ni en la laguna ni en sus alrededores se han vuelto a producir sucesos anormales. Las Torcasas está en manos de nuevos propietarios, quienes construyeron su vivienda lejos de las antiguas. Todo cuanto ocurrió allí ha quedado en la oscuridad. Piensan algunos que si de verdad existió el hijo de Luz y de un ente desconocido, cuya presencia notó Elvira, aquel fue

el autor de la muerte de Exequiel y su esposa.

Porque, ¿acaso no se puede esperar cualquiera monstruosidad de un ser monstruoso?

Una criatura así estaba obligada a vivir en la más completa soledad. Si alguna semejanza tuvo con sus parientes humanos, esta no fue suficiente para permitirle vivir con el resto de los mortales. ¿Qué hizo después del asesinato de sus padres? Seguramente siguió oculto en la laguna. Mató a los bañistas para que no volvieran a importunarlo. Sabiéndose incapaz de alternar con los hombres, prefería que nadie lo molestase. ¿Y lo que vio el funcionario de la tesorería? Este cree que la finalidad de los destellos fue la de atraer la atención de algo lejano, es decir, que se trataba de un mensaje. Si alguien volvió a las ruinas a buscar el espejo —el invisible hijo de Luz, sin duda— lo hizo pensando que volvería a utilizarlo. Los carabineros frustraron su intento. Pero un poco tarde. Porque de seguro el mensaje había sido recibido. ¿Y después...?

Hay testimonios de que algo vivió en las insondables aguas de la laguna. Quizá el hijo de Luz.

¿Quién podrá jamás saberlo?

La bestia marciana

—Finlay: llame a la Tierra. Infórmeles que hemos llegado bien; que todo está en orden; que vamos saliendo hacia el Pionero, etc. En fin, contésteles cuantas preguntas le hagan. Usted sabe decir esas cosas mejor que yo.

El profesor Morris, seguido de Johnson, entró en la cámara neumática, y pronto ambos hombres avanzaban por la roja arena marciana, desplazándose como ágiles tortugas, con grandes trancos que sus pesados trajes espaciales no parecían entorpecer. Pronto desaparecían tras una loma. Finlay se retiró de la ventanilla con un gesto de cólera ante las ininterrumpidas llamadas de la Tierra. Sin gran apuro se aproximó al radiotransmisor.

Morris y Johnson llegaron frente a un paredón abrupto, y se detuvieron en busca de un sendero para trasponerlo. El Pionero debía encontrarse al otro lado, a no más de un kilómetro, en la ladera norte del cerro. Luego de intercambiar una mirada con Johnson, cuyo rostro dentro de la escafandra parecía sereno y sumido en una inefable satisfacción, Morris caminó a lo largo del muro.

—Profesor Morris —Johnson interrumpió el silencio (mantenido desde que abandonaron el cohete por un tácito acuerdo) con un tono curioso—, ¿no le parece Marte un mundo que irradia sinceridad, y una especie de comprensión por nosotros?

El profesor se volvió hacia Johnson, sorprendido.

—¿Sabe que tiene razón, Johnson? Estaba pensando lo mismo.

—Pero no se atrevía a decírmelo, ¿verdad? Debe ser, posiblemente, la falta de atmósfera: la cara de Marte se ve limpia, pulcra, sin artificios que disimulen sus rasgos.

—Es cierto.

El sol, suspendido sobre una cresta granítica, lanzaba sus débiles rayos a la llanura. Allí rebotaban en las vetas minerales con destellos iridiscentes. Un silencio helado, árido, fluía del desierto, cuyo horizonte salpicado de montañas se hundía en un cielo negro y estrellado.

—Y dicen que este es un mundo muerto —comentó el profesor.

—Como sea: me hace sentir más yo mismo. ¿Sabe? En la Tierra no hay tiempo para acordarse de uno. Los días se van, desde la salida del sol hasta la llegada de la noche, en un perpetuo hacer cosas sin sentido, en un eterno escuchar noticias alarmistas. Que la guerra va a estallar, porque los derechos de tal o cual nación fueron atropellados, o porque un jefe de Estado cualquiera, cuando amanece de malas, hace declaraciones ofensivas, sin importarle un pepino la reacción mundial, ni las susceptibilidades heridas, o que los rivales inventaron una nueva astronave, o

descubrieron un combustible más potente, con el cual llegarán a Marte o al infierno antes que nosotros. Toda una sarta de cosas absurdas, en medio de las cuales el hombre común (como usted y yo) atraviesa por el mundo como un conejo perseguido por un lebel, sin tener tiempo siquiera para volver la cabeza y ver si el enemigo se acerca o si, debido a las sorpresas de nuestra época, sin que nosotros nos hayamos percatado, ha dejado de ser nuestro perseguidor para transformarse a su turno en perseguido, y está mirándonos azorado al darse cuenta que su víctima aún no ha comprendido el milagro y parta, a su vez, en persecución suya. Y así se muere: sin saber si somos conejos o lebreles porque, en el fondo, cualquiera de las dos cosas da lo mismo. ¿Y «nuestro yo»? ¿Y el ser y el no ser? ¿Y todas esas cosillas, como la salvación del alma, la autodeterminación, el «pienso, luego existo», en las que tantos sabios dejaron el seso tratando de ponerlas en claro? Se quedan al lado del camino recorrido por el conejo que huye del lebel. ¡No hay tiempo ni para echarles un vistazo!

Johnson observa a Morris y enseguida desvía la mirada al yermo.

—Usted es un filósofo, Johnson. Pero también yo me siento filósofo frente a este panorama tan callado y limpio.

—Porque la limpieza nos hace filósofos —puntualiza Johnson—. En la Tierra todo es sucio y falso. Cada vez el mundo nos hace sentirnos más desterrados. ¡No hay nada que me haga desearlo! Ni las mujeres. Día a día se ponen más iguales a uno. Hacen todo cuanto nosotros hacemos. Y para mí, al menos, no tiene atractivos mantener relaciones con un colega, ¿no es así? La mujer de hoy no ofrece nada nuevo, nada que nosotros ya no sepamos o ya poseamos. Si uno les habla de cibernética, ellas nos dan una lección de electrónica. Antes por lo menos se podía deslumbrarlas con nuestros conocimientos, con una hazaña en perspectiva. Ahora lo saben todo. ¡La Tierra es una lata!

—Usted lo ha dicho, Johnson: es una lata. Y ahora creen que en este mundo hay una bestia que mata a los astronautas.

—¡Ah! La Bestia Marciana —Johnson echó a reír.

Morris, suspirando, volvió a ponerse en marcha. La Bestia Marciana. La última historia fraguada por la imaginación de los encargados del programa espacial, para desviar la atención pública de los costosos gastos destinados a mejorar los cohetes interplanetarios. ¿De dónde había nacido? Del repentino silencio de Parker, el tripulante del Pionero, el primer cohete que lograra descender en Marte. El hombre alcanzó a transmitir sus primeras impresiones sobre el nuevo mundo, y luego de anunciar que se disponía a bajar al planeta, no volvió a despegar los labios.

Transcurridas algunas horas se le dio por muerto. ¿Un meteorito, probablemente? ¿O alguna enfermedad fulminante que le acometió en cuanto pisó Marte? Pasaron tres meses. Surgieron mil y una teorías. Hasta que alguien expuso la hipótesis de un monstruo que merodeaba por las praderas del planeta. La Bestia Marciana. Prendió la ocurrencia entre los periodistas y libretistas de radio y televisión. Cuando el actual

cohete estaba listo para partir no faltaron sugerencias para que los astronautas llevasen armas, incluso bombas atómicas, y pudiesen repeler el ataque de la hipotética fiera. Morris y sus acompañantes tenían la misión específica de desentrañar el destino de Parker. Ese momento se aproximaba. Ambos hombres encontraron un corte en el cerro y, en cuanto lo hubieron atravesado, se hallaron ante la esbelta silueta del Pionero: el cohete reverberaba bajo la pálida acción del sol, y tanto sus antenas como pantallas solares ofrecían un aspecto normal.

—Finlay: estamos frente al Pionero.

—¿Quiere que lo comunique a la Tierra, profesor? Me tienen loco. Ganas me dan de cortarles la transmisión.

—No les haga caso. Que aprendan a tener paciencia.

El Pionero se erguía en el centro de una plana y baja meseta. Los dos hombres se aproximaron a la astronave con su acostumbrada pachorra, mirando a su alrededor como si fuesen dos turistas que efectuaban un paseo de placer.

—¡La Bestia Marciana! Todas las bestias están, por fortuna, a cincuenta y cinco millones de kilómetros de aquí. Ojalá nunca los hombres lleguen a practicar sus malditas costumbres en este mundo inocente.

Nadie en el cohete. La escotilla abierta: sobre la capa de arena roja que cubría sus alrededores se conservaban nítidamente grabadas las huellas deformes de las botas de Parker. Se dirigían a la pradera que comenzaba a medio kilómetro de allí; pero en ninguna parte los hombres descubrieron señales de su regreso. Morris y Johnson se detuvieron en el borde de la meseta a contemplar la hilera de pisadas que se perdía en el interior de la llanura.

Ambos hombres intercambiaron una silenciosa mirada.

(No cabe duda, se dijo Johnson: Parker no podía perder tan magnífica oportunidad. Quería estar por lo menos algunas horas a solas. Me gustaría hacer lo mismo. ¿Se opondrá el profesor Morris? Quizás...).

Observó a su compañero. Un inusitado brillo rielaba en los ojos de Morris.

(«Este Parker hizo el gran descubrimiento —se decía el profesor—. Y Johnson también. ¿O estaré prejuzgando? Nunca se me presentará otra ocasión igual. Aunque solo sea una hora de meditación solitaria...»).

Volvieron a mirarse cautelosos. Se estudiaron unos instantes, como si ninguno de los dos fuese capaz de romper el silencio, como si la conversación de segundos antes hubiese agotado todo cuanto tenían que decirse. Pero aún quedaba algo. Johnson, contemplando el desierto rojo, cubierto por suaves dunas de arena impalpable, que guardaba en una diminuta perspectiva las huellas del primer hombre arribado a Marte, habló con un tono terminante, definitivo.

—¿Avisamos a Finlay?

¿Le preguntaría Morris «qué cosa»? ¿O comprendería sin mayores explicaciones, tal cual Johnson lo intuyó al formular la pregunta?

—Me parece mejor —Morris no disimuló un tono de alivio—. No debemos

dejarle problemas.

Finlay no contestó. Una sonrisa de comprensión asomó al rostro de Johnson.

—Bueno: parece que, por una vez, los hombres se han puesto de acuerdo para hacer lo que les conviene. Y sin consultarse. Adiós, profesor Morris. Espero que estas horas de meditación le sean provechosas.

—Lo mismo le digo, Johnson. ¿Sabe? En la Tierra no van a dudar ahora de la Bestia Marciana.

—Por lo menos que en algo tengan fe, ya que en todo lo demás la han perdido.

Ambos hombres, enfundados en sus trajes espaciales, partieron cada uno por su lado. El Pionero formó uno de los vértices de un triángulo que crecía: un trozo de metal inmóvil, cuya proa puntiaguda apuntaba la inmensidad, y dos diminutas siluetas blancas, dotadas de movimiento, alejándose del exponente de la tecnología humana.

El regreso del Arcángel

El cohete autómatas Arcángel, bastante estropeadas sus antenas y pantallas, descendió con lentitud en medio de una atronadora nube de polvo que esfumó su silueta. Pronto la astronave empezó a perfilarse en medio del remolino, dibujándose borrosa contra el sol en descenso.

Volvió el polvo al suelo.

Se abrió una escotilla en la proa del Arcángel, y las trompetas esparcieron una alegre llamada. Luego una voz potentísima atravesó el espacio, despertando ecos en unos lomajes vecinos:

—Hombres del futuro: a fines del siglo xx vuestros antepasados me enviaron a girar en torno a la Tierra por un período de diez mil años, al cabo del cual debería volver para saludar a la familia humana. Aquí estoy de regreso. Mi aspecto es, más o menos, el que tenía cuando emprendí el viaje. Quizá mi figura les parezca un poco pasada de moda. El día que zarpé la humanidad pasaba por un período crítico: por primera vez en su historia el hombre tenía conciencia de poseer los medios para destruirse a sí mismo en forma integral. Se vivían momentos angustiosos, porque muchos temían que el hombre no supiese elegir. La voz que les habla es la de un hombre de ese tiempo. ¿O han dejado de utilizar el lenguaje hablado para sustituirlo por la telepatía, como muchos fantasistas suponían en mi tiempo? Pero no les aburriré con mi discurso, porque de seguro son gente muy ocupada. Abriré mis escotillas y todo mi cargamento queda a su disposición. Si bien lo mecánico que llevo puede parecer anticuado, los productos del genio humano merecen vuestra atención. Pueden oír a Beethoven, leer a Shakespeare, contemplar reproducciones de Miguel Ángel, Rembrandt, y muchos otros. Sin necesidad de largos trabajos arqueológicos tendrán a mano las magnas producciones de veintiún siglos.

—Una vez más les saludo, hombres del futuro.

Nuevamente las trompetas derramaron por la llanura sus alegres sonos. Las notas murieron una a una en los últimos confines del horizonte. Se abrieron otras escotillas del Arcángel, y un teclé empezó a depositar en el polvo, una a una, innumerables cajas y bultos cuidadosamente embalados, que formaron un montón de creciente tamaño junto a las toberas.

El sol comenzó a hundirse en el horizonte. Sus rayos iluminaron la brillante astronave y la eficiente labor del teclé, hasta que este dio fin a su actividad automática: lanzaron por último una mirada rasante a la quietud final del cohete.

Un viento bajo sopló sobre la llanura: se levantó el polvo y, antes que el astro rey se hundiera en lontananza, el presente de los hombres del siglo xx desaparecía bajo

una fina capa de cenizas.

Efraín Campos, el inspector de obras camineras, posó su helicóptero en el centro de un terreno baldío, en el noveno tramo de la vía transcontinental. A menos de una cuadra la gigantesca aplanadora, estacionada al borde del camino, y unos cien metros detrás dos niveladoras reflejaban en sus cuchillas los últimos destellos del sol. Bastante más allá la mole atestada de tuberías y brazos articulados de la betonera automática, tan inmóvil como las restantes máquinas. Campos contempló intrigado el silencioso campamento. ¿Qué habría ocurrido? ¿Por qué esa brusca cesación de actividades?

—No se nota nada sospechoso, jefe —informó por radio a su superior—. ¿Las ve usted? —Hizo girar la cámara televisora para proporcionarle al otro una visión completa.

—¡Qué extraño! El detector sigue sin dar señales de averías. ¡Una huelga de máquinas! ¿Qué me dice usted? Vaya a echarles un vistazo, mientras llegan los cibernéticos. Quizá se trate de una nueva forma de sabotaje.

Una huelga de máquinas. Efraín Campos no pudo evitar una sonrisa al meditar en la comparación. Poco entendía de mecanismos automáticos y, en más de una ocasión, había reflexionado en la multitud de problemas obviados con la utilización, en la última década, de máquinas autómatas en las obras camineras. Antes, a pesar del riguroso control estatal, los obreros se amotinaban dejando paralizadas las faenas, sin miedo a las posibles represalias. Pero eso ocurría cuando las máquinas necesitaban de un técnico que las manejase. Ahora todo se controlaba desde los centros ejecutivos, situados por lo general a mucha distancia del lugar del trabajo. Como en el caso actual, por ejemplo: la central, emplazada a trescientos kilómetros de allí, constituía además la población más próxima, porque esa vasta región, destinada a reserva forestal, era prácticamente un desierto. Los obreros de carne y hueso habrían elegido, precisamente, un lugar así para sus fechorías. Efraín Campos, al ver como la transcontinental se iba alejando de los centros poblados, pensó muchas veces en qué ocurriría si las máquinas, por alguna desconocida falla mecánica, se parasen. Nada, excepto la falta de combustible, siempre calculado para una duración de semanas, o una avería de los complicados mecanismos, podía paralizar una máquina. Pero esa tarde, menos de una hora antes, el equipo caminero, en forma imprevista y hasta el momento inexplicable, se detuvo.

Campos se dirigió a la aplanadora (la 322: su número de serie resaltaba con

grandes caracteres), pisando un terreno escabroso, lleno de brozas y baches, bajo la iluminación aún viva del rojizo crepúsculo. Las aplanadoras impresionan más por su apariencia de pesadez y poderío que por la complejidad de su estructura. En realidad son simples rodillos de treinta metros de largo por seis de alto, por cuyos extremos asoma el eje directriz, donde van las luces de posición y las antenas. La pantalla de radar de la 322 estaba quieta y, por cierto, apagados los grandes faros. Campos dio una vuelta alrededor de la máquina: tras ella una franja perfectamente apisonada iba a desembocar en la transcontinental, en las proximidades de la quieta betonera.

—Están paradas, simplemente, jefe —informó Campos por su radio portátil—. No he visto intrusos ni huellas sospechosas.

El inspector pasó la mano por la lisa superficie de acero. Se encontraba precisamente bajo la curva del rodillo, cerca de su extremo. Un clic apagado llegó a sus oídos. Campos se estremeció. Se quedó inmóvil una fracción de segundo, escuchando. Entonces la gigantesca máquina dio media vuelta, en forma tan rápida e imprevista que Campos no alcanzó a reaccionar. Su agónico alarido fue bruscamente truncado por las dos mil toneladas de hierro que lo aplastaron. La aplanadora, luego de su maniobra, permaneció quieta, ocultando bajo su mole el deshecho cuerpo del inspector de obras.

En el resto del campamento todo siguió igual. Los últimos fulgores del crepúsculo mostraron al inmovilizado rebaño de monstruos con la misma impotente apariencia ofrecida, minutos antes, a los ojos de Efraín Campos.

Antes de que los técnicos pudieran examinar la aplanadora, el motor de la máquina comenzó a funcionar.

—¡Central! ¿Detectaron la partida de la 322?

—¡Todas se encuentran en marcha! Han trabajado muy rápido, muchachos.

—¡Esta sí que es buena! No las hemos tocado.

Los focos de posición de las máquinas se encendieron. A lo lejos los fanales de la betonera parecían luces suspendidas en el vacío que se balanceaban lentas. Un roncar profundo invadió el hasta pocos segundos antes silencioso lugar.

—Retírense: la 322 vuelve al camino. ¿Es necesario que la examinen?

La máquina rodó con majestuosa lentitud alrededor de su eje, torció al sureste y, acelerando, enfiló hacia la carretera, invisible desde allí. Tras ella la tierra se hundía con un leve temblor, formando un camino perfectamente liso.

—¿Qué es eso? ¡Central! Detenga la 322.

De un salto los cibernéticos llegaron junto al aplastado y semihundido cadáver de Efraín Campos.

La revisión de la 322 no aportó mayores luces sobre el accidente.

—Tuvo que dar una vuelta para matarlo. Sin embargo, la memoria no registró el movimiento. ¿Alguna explicación tiene que haber!

—¿Cuál? —El ingeniero jefe permaneció un momento mirando las grandes máquinas que seguían su labor como si nada hubiese ocurrido—. Estos mecanismos tan sensibles se parecen al hombre. Al menos, han sido hechos a su imagen y semejanza. ¿Qué influencias externas pueden actuar sobre ellos? Accidentes similares se han repetido ahora último. Y han quedado en el misterio.

El grupo regresó al helicóptero.

—Hay una cosa cierta —concluyó el jefe, deteniéndose de nuevo a observar las máquinas, que se delataban únicamente por sus luces de posición en el oscuro campo y por el lejano gruñir de sus motores—: la 322 asesinó a Efraín Campos: lo mató premeditadamente.

El ataque de los selenitas

—En nombre de la Unión de las Repúblicas...

Los hombres, embutidos en los trajes acorazados, escuchaban al profesor Blazov, allí, en el hirviente Mare Ibrum. No muy lejos las cumbres de los Apeninos lunares, recortadas en el vacío, no difuminada su aridez por atmósfera alguna. El sol en descenso acentuaba la dureza topográfica, nunca desgastada por la erosión, de los filos y picos de las cumbres, y las aristas de las laderas cortadas a plomo. Y el anillo pétreo de Aristillus, como una muralla construida por algún arquitecto inverosímil, proyectaba sombras hasta las inmediaciones del cohete, que se erguía en el centro de una zona carbonizada por los chorros de sus toberas. En las proximidades, las cúpulas y antenas de la estación automática, armada por control remoto durante los años que precedieron al envío de seres humanos. Un tractor rodó sobre sus orugas al encuentro de los recién llegados, dirigido desde la base por el siempre eficiente instrumental, no deteriorado durante su largo abandono en el océano de piedra. El vehículo se detuvo junto a los hombres: luego de recorrer los alrededores de la estación durante un trienio, mediante instrucciones radiales impartidas desde la Tierra, acudía ahora a darles la bienvenida.

—¿Qué hay del Luna II?

—Dentro de dos horas aluniza, profesor.

—Usted, Dimitri, hará el primer turno a bordo, y será relevado dentro de cuatro horas. Avísenos cuando el Luna II sea visible para presenciar su descenso —añadió—: Este es el momento más grande de la historia humana. Nadie nos podrá disputar este satélite, Vania. Somos los primeros en llegar a instalarnos aquí, y por lo tanto, los amos y señores.

Los expedicionarios se dirigieron a la estación, hollando un suelo áspero entre cuyas fisuras el polvillo meteórico, impalpable como fina arena, acumulado allí durante milenios por la constante lluvia de aerolitos, reposaba sin que una brisa perturbase su quietud. Todo allí era ajeno a la vida, distinto a todo cuanto el hombre acostumbra elegir como morada. Hasta el aire sería necesario traerlo desde la Tierra. ¡Pero qué agilidad y soltura de movimientos, a pesar de las pesadísimas armaduras, que no otra cosa eran los trajes lunares!

Las antenas del campamento, de radio y radar, giraban enviando mensajes a la Tierra. Las cámaras televisoras del tractor y la estación transmitían, en esos mismos instantes, las escenas del arribo, para que nadie en el mundo se perdiese detalles de la histórica hazaña.

En la casamata central los hombres se despojaron de sus equipos. Todo

funcionaba a la perfección, como si las instalaciones hubiesen sido montadas por hombres y no por máquinas; los generadores solares, incansablemente, acumulaban energía durante el día de dos semanas, garantizando así la fuerza motriz para las interminables noches.

—¡Qué distinta es esta toma de posesión comparada con las de los primitivos conquistadores!

—No obstante, en algo hemos procedido como ellos.

—¿En qué?

—Durante la ceremonia invocamos un poder superior.

—Con una pequeña variante, eso sí: Dios ha sido reemplazado.

El sol, en su lenta marcha hacia el horizonte, besaba ahora con sus bordes llameantes el límite de Ibrium y Procellarum.

—Espero que la Luna nos entregue sus secretos durante este primer viaje, ¿no, profesor Blazov?

Al cabo de las primeras horas de sueño en el satélite, los hombres dieron comienzo a la segunda jornada.

—La bomba atómica nos hará conocer las entrañas de este mundo, Vania.

—Exactamente. Lo que solo era un arma se convertirá en nuestra mejor herramienta de trabajo.

—¡Cambiamos la cara de la Luna, Vania! Le daremos una nueva fisonomía.

Afuera la planicie, entrecruzada de sombras, presagiaba la inminencia de la noche lunar. En el cielo, estrellas palpitantes, cada vez más luminosas.

—¿No les parece sentir un olor a azufre?

El ruido de las seis narices husmeantes pobló la habitación. —Sí: hay un olor a azufre.

—¡Pronto! ¡Colóquense los trajes! Aunque no ha sido registrada actividad volcánica en esta zona... ¡Mantengan la calma!

Ni resquicios o fisuras de ninguna especie. Al cabo de una búsqueda estéril, los hombres se despojaron de sus trajes. El aire, renovado por el equipo purificador, no guardaba señales del olor.

—Hay que descartar la existencia de solfataras: ya las habríamos descubierto.

—¿Y entonces?

Iván Staniewsky se dirigió al laboratorio automático.

—Había azufre en la atmósfera, profesor. El laboratorio lo detectó.

Blazov fue a su turno al laboratorio.

—Es verdad. Una cantidad pequeña. ¿De dónde pudo provenir? ¿Se le ocurre algo, Iván?

—Solo que es azufre terrestre. O sea, se escapó de aquí.

En la sala de muros metálicos resonaba el ruido susurrante, como una prolongada

respiración, de los acondicionadores de aire.

—Pero no pudo generarse espontáneamente, Vania.

—Eso significa que alguien lo preparó, profesor.

Los cuatro ayudantes sintieron los ojos desconfiados de sus jefes, que los auscultaban.

—¿Fue alguno de ustedes?

Los cuatro protestaron al unísono. ¿Con qué objeto iban a hacer algo semejante?

—El olor lo sentimos cuando estábamos todos juntos, Vania. Cualquiera que en ese instante lo hubiera estado preparando se habría delatado.

—Quizá usted no se fijó, Blazov —dijo Staniewsky con lentitud—, pero también quedó bi-col registrado en el detector, esa sustancia que se desvanece en contacto con el aire sin dejar rastros. Alguien confeccionó una vasija de bi-col, calculando su espesor para que durase el tiempo necesario, la llenó de azufre gaseoso y esperó que, una vez disuelta, liberara el gas. ¿Ven?

—¿Qué pretende insinuar, Vania? ¿Que alguien se dio el trabajo de hacer todo eso...?

—Hay un hecho evidente, Blazov. El azufre existió materialmente. Si bien el asunto no tuvo consecuencias, no podemos desentendernos de un hecho que podría eventualmente entrañar un peligro: alguien, entre nosotros, miente.

Hasta el latir de los seis corazones habría podido escucharse, agudizando el oído.

—Estamos en la Luna, iniciando una expedición de conquista, y si empezamos con engaños, no podremos llegar muy lejos. ¡No culpo a nadie en particular! —añadió, al ver algunos rostros tornarse hoscos.

—¿En qué momento cree usted que pudo hacerse el frasco de bicol? —preguntó uno de los ayudantes—. Leonid y yo, además de usted, sabemos lo suficiente de química para hacerlo. Pero ¿en qué momento?

Staniewsky fue a una ventanilla, y, antes de contestar, estuvo observando el panorama oscuro.

—Mientras dormíamos.

—Entonces, profesor... ¿Usted sospecha de Leonid o de mí?

—¡Yo no culpo a nadie! Confío en cada uno de ustedes como en mí mismo. Pero existe un estado del hombre cuando duerme que es incontrolable: el de sonambulismo.

En la sala estalló una algarabía.

—Mire, Vania: estamos perdiendo el tiempo con esta discusión. Hagamos algo mucho más práctico que hacer suposiciones: sometámonos al detector de mentiras. ¿Están todos dispuestos?

La creciente tensión se relajó de inmediato. Pero la consulta al detector dio una respuesta negativa.

—Dimitri no pudo ser —dijo alguien—. Habría tenido que entrar mientras dormíamos, y la alarma lo habría delatado.

—¿Qué me dice, Staniewsky?

—Esto confirma lo del sonambulismo, simplemente. Nos hallamos en un mundo nuevo, Blazov, y hemos estado en contacto con sustancias desconocidas, cuyos efectos en nuestro organismo, y quizás en nuestra propia siquis, desconocemos.

—¿Qué sugiere usted?

—De ahora en adelante, uno de nosotros deberá permanecer despierto, en tanto los otros duermen.

—Es una razonable idea —dijo Blazov, mirando a los demás—. ¿Les parece aceptable?

Los ayudantes abandonaron el refugio, dejando solos a los dos profesores.

—¿Tiene usted alguna explicación para esto, Iván?

—Nada concreto, profesor. Pero el olor a azufre se vincula con ciertos arquetipos que aún sobreviven en el subconsciente humano. ¿Ve? Y que por fantástico que nos parezcan, no podemos despreciarlos, menos aún cuando enfrentamos un mundo nuevo. «Hay más cosas entre el cielo y la tierra, Horacio...». Frase consabida, pero siempre cierta, ¿no es así?

Los trabajos de la jornada y el zarpe del Luna I hicieron olvidar el incidente. Los hombres montaron una base de lanzamientos balísticos, para dominar la Tierra con comodidad desde el satélite. Se construyó también una nueva casamata para guardar bombas nucleares. En cuanto el Luna I tocase tierra emprendería vuelo rumbo al satélite el Luna III, estableciéndose así el puente lunar. Entretanto, en la base autómatas, el Luna II aguardaba el momento de integrar la posta.

El sol se puso en el cercano horizonte. Pero las estrellas y la Tierra, en creciente, derramaron una fría claridad sobre el mar petrificado. En aquel desierto nunca ocurría nada. En la Tierra, aun en las más desoladas regiones, siempre pasan cosas, aunque no sea sino una tempestad. Pero aquí ni un soplo remueve el polvo meteórico. Las rocas, en un paulatino proceso de enfriamiento, esperaban que el calor tórrido del día fuera reemplazado por el frío glacial de la noche.

Con todo lo desolado de aquella masa granítica, que se desplegaba contra el cielo negro, el incidente del azufre seguía en el misterio. ¿Sería posible que la siquis experimentara trastornos en la Luna? De las diversas muestras examinadas, ninguna parecía distinta en exceso a las sustancias terrestres. Como para descartar casi con un ciento por ciento de certeza la posibilidad de alguna suerte de vida albergada en el desierto lunar. Pero también tanta desolación, agregada al incontrastable suceso del azufre, tornaba más irritante el incidente.

Concluida la segunda jornada los hombres se reunieron a presenciar un espectáculo revisteril especialmente preparado para ellos desde la Tierra. Afuera las estrellas relucían con la potencia de grandes bujías, encabezadas por la Tierra, que flotaba majestuosa sobre los Apeninos. Nuevamente el suceso del azufre latió en las

conciencias de los expedicionarios. De tarde en tarde se sorprendían escudriñándose a hurtadillas. Pero nadie lo mencionó. Por último se retiraron a dormir, excepto Anastas, que fue designado para montar guardia.

Ilia, el ingeniero nuclear, fue el primero en abandonar la casamata al iniciarse la tercera jornada.

—¿Qué me dice del asunto de ayer, Vania?

—Nada, profesor. Y si sigue sin ocurrir nada, cosa que espero, podremos relegarlo al montón de sucesos sin explicación, que siempre acaecen entre los hombres, y que no por eso les quitan el sueño en exceso.

—¡Vaya! Ilia vuelve. ¿Qué habrá ocurrido?

De la cámara neumática salió Ilia, aún con la escafandra puesta. Dos hombres le quitaron el casco: su rostro demudado apareció a los ojos de los demás.

—¿Qué ocurre, Ilia?

—Frente a la entrada, grabada en la roca, hay una pisada humana.

Un gran temor acometía al ingeniero. Como si hubiese visto alguna aparición o una alimaña feroz retozando sobre el rocoso llano. Iván y Blazov, los primeros en reaccionar, se pusieron sus trajes lunares y salieron.

A un metro de la puerta, perfectamente visible bajo la luz de la Tierra, se destacaba nítida la huella de un pie descalzo, con cinco dedos rematados en agudas garras.

—Esto fue hecho con un soplete. ¿Qué me dice, Vania?

Ambos profesores, de vuelta en la cámara neumática, esperaban que las presiones se nivelasen para despojarse de sus trajes.

—Tenemos que descubrir al autor, Blazov.

—¿Por qué grabar una huella? El autor tiene una imaginación bastante truculenta.

No tanto, Blazov. Esa pisada gigantesca, con dedos en forma de garra, y grabada a fuego en una roca... También corresponde a un arquetipo, lo mismo que el olor a azufre.

—¿Cree usted que ambas cosas las hizo la misma persona?

—No lo sé, Blazov. Es posible.

Los profesores fueron despojados de sus escafandras.

—Anastas: usted se quedó de guardia anoche. ¿Qué tiene que decir?

—Pues... Le juro que nadie se movió de aquí, profesor.

—¿Seguro que no se quedó dormido?

—En ningún momento, profesor.

—Espere, Blazov —interrumpió Staniewsky—. Acuérdesse de Alexis: está solo en el cohete.

—¡Es cierto! Llamémoslo. Él pudo hacer la huella sin que nadie se percatase.

Blazov llamó a la astronave.

—¡No contesta!

Se precipitó a la ventanilla: el Luna II había desaparecido.

Jamás pareció tan desolada la llanura lunar.

El granito despedía reflejos sangrientos en medio de la claridad terrestre, aún enrojecido por el calor de los chorros. Las brasas no tardarían en extinguirse por falta de oxígeno.

—¡Ha sido una negligencia imperdonable!

—Sí: debimos dejar dos hombres de guardia en el cohete.

—¡Ese traidor no llegará muy lejos! —Blazov alzó sus grotescos brazos enfundados en metal al cielo solitario.

—¿Por qué traidor? Estoy seguro que todo lo hizo en estado de sonambulismo. Alexis estaba con nosotros cuando oímos el azufre. Y el detector no lo delató.

Staniewsky miró la extensa llanura: en el horizonte refulgía una cumbre diamantina: era Copérnico, con sus enigmáticas rayas luminosas. Tanta soledad y falta de vida se le antojaron de súbito falsas. Algo latía allí, en aquel vasto desierto, algo cuya sola concepción escapaba a la inteligencia humana.

—¿Detectaron algo? —preguntó Staniewsky a la base.

—¡El radar no funciona, profesor! ¡Destruyeron las antenas!

Por un instante ambos profesores permanecieron inmóviles, en medio de la pálida luminosidad terrestre, sin atinar a decir nada. Una llamarada enceguecedora surgió de las casamatas.

—¡Dimitri! ¡Ilia! ¡Algo está ardiendo cerca de ustedes! ¡Salgan con los extinguidores!

Ambos hombres se precipitaron al campamento.

—Es Alexis, Blazov, no se fue en el cohete. Anda con un lanzarrayos. ¡Puede destruirlo todo!

—¡No tenemos armas contra él, Vania!

—¡Llamémoslo! Tal vez consigamos despertarlo.

Alexis no contestó. Los reflejos del lanzarrayos cesaron de pronto.

—¡Vámonos por detrás! Si nos enfrenta nos carboniza en un santiamén. Ese está loco, Vania. No sonámbulo.

Dos siluetas, encerradas en armaduras, salieron retrocediendo de la construcción. Un súbito chorro de fuego surgió de la noche: fue a estrellarse en una nube de chispas contra las figuras. Estas dieron un brinco prodigioso: una cayó y rebotó en las rocas: una brasa que saltaba enloquecida. La otra aterrizó sobre sus pies, se tambaleó un segundo, y los cuatro hombres pudieron ver que sostenía entre sus manos un largo cañón de acero. Un rayo de fuego emergió de aquel: una extraordinaria claridad tras la casamata reveló el impacto. Enseguida la incandescente figura cayó al suelo.

Staniewsky, conminando a los demás que aguardasen, se adelantó. Se detuvo

junto a los caídos.

—¡Vengan! Alexis ha muerto. También Ilia y Dimitri.

Alexis, valiéndose del lanzarrayos y de algunas herramientas, destrozó antenas, cortó cables, y fundió generadores. Tractores y vehículos, semifundidas sus orugas, aún irradiaban calor. Solamente la casamata central resultó indemne. Dotada de generador y radiotransmisor propios, los sobrevivientes estaban en condiciones de pedir auxilio.

—¡Qué desastre! —Blazov observaba las ruinas enrojecidas—. Tres hombres muertos y casi todo el material destruido. Por suerte no alcanzó a emprenderlas contra el depósito de bombas. ¿Qué explicación podremos dar, Staniewsky? ¿Un ataque de locura?

La difusión de la luz en su atmósfera revelaba todo el perímetro de la Tierra, a pesar de que el sol solamente la iluminaba a medias.

—No nos queda otra, Blazov. La idea del sonambulismo parecería descabellada.

—¿Sigue usted creyendo en eso?

Blazov se puso en marcha hacia el refugio central.

—Por cierto, Blazov: todo está relacionado. Empezamos con el olor a azufre, seguimos con la huella, y hemos terminado con este desastre. Si es que hemos terminado.

—¿Qué quiere decir? —Bajo los rayos de la Tierra la armadura de Blazov brillaba alegremente. Detrás de él los Apeninos, desgarradas sus abruptas laderas por largas sombras. El cráter de Aristillus crecía en la llanura como un atezado paredón.

—Que esta expedición, Blazov, ha fracasado. Debemos volver a la Tierra, y someternos a nuevos test y entrenamientos. No podemos seguir arriesgándonos.

—Me parece que usted exagera, Iván. No niego la gravedad de lo ocurrido: todos estuvimos a punto de perecer. Pero el culpable fue Alexis, no cabe duda, y ahora está muerto.

—No estoy tan seguro, profesor. El que liberó el azufre no fue Alexis, porque no tenía suficientes conocimientos de química. Y aunque usted lo dude, el olor a azufre está vinculado a lo demás.

Llegaban en ese instante a la casamata central.

—¿Y qué habrá sido del Luna II? ¿Por qué Alexis lo lanzó al espacio y él se quedó aquí?

Una idea repentina iluminó la mente confusa de Staniewsky.

—¿Dónde va, Iván?

—Después le cuento, Blazov. Espéreme en la casamata. Y llame de inmediato a la Tierra.

Staniewsky se dirigió a la cabina de las armas nucleares, milagrosamente salvada de las depredaciones de Alexis. Una de las bombas había desaparecido. El terror

inmovilizó al hombre. Observó a sus compañeros: dos de ellos aún recorrían el campamento, tratando de rescatar los elementos escapados de la destrucción. ¿Daría la alarma? La noticia podría desatar el pánico, con fatales consecuencias.

—¡Blazov! ¿Avisó a la Tierra?

—Todavía no. Acabo de quitarme el casco. Pero ahora mismo llamo, Vania.

—¿Sabe, Blazov? Llame a los demás. Es necesario que descansen estos muchachos. Bueno: déjeme a Feodor. Me basta con él. Yo vuelvo en algunos minutos.

Tendría que arriesgarse a comunicar el hecho a Feodor. Staniewsky esperó que Anastas desapareciera en el interior de la casamata.

—Feodor: no haga comentarios. Necesito de todo su valor. De ello dependen quizá nuestras vidas. Una de las bombas ha desaparecido: es necesario encontrarla.

De la garganta de Feodor emergió un ruido raro, que resonó apagado en los audífonos de Iván.

—¡Feodor! ¡Espere! No sea idiota...

Pero el hombre, con extraordinarios saltos, se convirtió en pocos segundos en una figura minúscula que brincaba en la claridad terrestre. Pronto era engullida por las sombras de los montes.

Calmoso, Staniewsky comenzó a recorrer la estación, tratando de reconstituir los pasos de Alexis. Escudriñó los escombros, cada protuberancia del terreno, cualquiera hendidura que pudiese albergar la bomba. A pesar de su peso, la poca gravedad la tornaba maniobrable como una granada.

—Vania. —La voz de Blazov reflejaba alivio—. El Luna I acaba de aterrizar. Pronto zarpará el Luna III: antes de diez horas estaremos a salvo. ¿Cómo anda eso?

—En algunos minutos más vuelvo.

En cualquier momento podía volar pulverizado por la furia atómica: en la próxima fracción de segundo sus pies quizá se apoyasen en una masa desintegrada por una flamígera visión.

Trataba de distraerse pensando en Alexis. ¿Qué hizo con el Luna II? En medio del sonambulismo conectó la partida automática y el cohete salió disparado. ¿Hacia dónde? No tenía importancia: la cuestión era dejarlos abandonados. ¿Y después? ¿Por qué cogió el lanzarrayos? ¿Qué lo movió a delatarse y arriesgar su vida? ¿Por qué no se limitó a hacer estallar la bomba?

Entre la multitud de acosadoras reflexiones el hombre trataba de desentrañar la verdad. Los expedicionarios estuvieron, desde su arribo, en contacto con sustancias y minerales extraños. ¿Se habrían contaminado con alguna forma de vida que, para destruirlos, se valía de ellos mismos? ¿Por qué no atacó a las máquinas cuando estuvo durante tres años a solas con ellas? Ello demostraba su evidente premeditación. Nada hizo al equipo mecánico, de manera que los hombres, alentados por los inocentes informes transmitidos por la estación autómatas, se decidieran a viajar, convencidos de que la conquista de la Luna no representaba peligros. O sea, el invisible morador de

los desiertos lunares aguardó a los hombres para actuar.

Staniewsky, agotado, se detuvo; mirando a su alrededor lanzó un suspiro de derrota.

—¡Iván! ¡Iván! —El tono despavorido de Blazov lo sacó de sus reflexiones—. ¡Estamos perdidos! Una explosión atómica destruyó la Ciudad de las Estrellas. ¡Todo destrozado! Los cohetes, las instalaciones, los equipos...

La voz del profesor jefe se quebró en un estertor.

—¿Cuándo? ¿Cómo?

—¡Recién! Estamos captando mensajes de todas partes. ¡Es un sabotaje! ¡Traidores! —La furia distorsionaba la voz de Anastas—. ¡Esto es obra de nuestros enemigos! ¡Canallas! ¡Pero seremos vengados! ¡Seremos vengados!

Anastas estalló en una risa histérica.

«¡La bomba desaparecida! ¡Fue colocada en el Luna I para que explotase en cuanto aterrizara!».

Y gritó, al mismo tiempo que se lanzaba hacia la casamata:

—¡Blazov! ¡Blazov! Avise a la Tierra que eso no ha sido obra de ningún terrestre. ¡Que los culpables son...!

Algo le hizo interrumpirse. Tal vez una sombra que se interpuso por una milésima de segundo. O un presentimiento. Alzó la vista. En una fugaz visión distinguió, agrandándose contra las estrellas, un objeto plateado que descendía con la celeridad de un bólido.

Con la lucidez que precede a la muerte, Staniewsky comprendió que el Luna II, sabiamente dirigido, se precipitaba certero contra el campamento.

La furia

Vio al niño subiendo la montaña por la huella rústica, que remataba en las ruinas, junto al riachuelo. Ni casas ni hombres en las proximidades. Difícilmente podría presentársele una mejor ocasión de abordar un chico. Pero el perro del chicuelo quizá complicase su maniobra.

Registró cuidadosamente los alrededores con el largavista. Nunca antes se había alejado tanto de sus dominios. Entró en picada. El niño, el perro, las ruinas, quedaron atrás. Semiasfixiado por la celeridad y la densa atmósfera, pronto planeaba sobre laderas boscosas. Una chirriante carreta en el camino del cerro. Pero el carretero no lo vio: los humanos pocas veces levantan la vista, porque sus ojos, por naturaleza, se dirigen al suelo. He ahí una de sus sutiles ventajas sobre los hombres.

Las aves se alejaban al presentir su proximidad.

Lentamente, majestuosamente, giró en torno a la montaña, y planeó sobre el estrecho cajón del arroyo, rozando con los extremos de sus alas las espesuras ribereñas. Al frente avanzaban los muros ruinosos. Levantó ligeramente el vuelo y se posó sobre una pared carcomida.

Sus instrumentos detectaron las pisadas del chicuelo y su perro, que se aproximaban.

El niño y el perro caminaban sobre la hojarasca de álamo, reverberante de calor, al lado de la vieja muralla de adobe. Una cigarra canta con una voz somnífica en los bosques penumbrosos del otro lado del arroyo, cuya risa se arrastra gutural.

El perro se paró en la esquina del muro, donde la tierra blanca de una carretera despedía reflejos hipnóticos, y se quedó con el cuerpecillo tenso, erguidas las cortas orejas. Sobre la hojarasca se alargó como una culebra una sombra rematada en dos puntas agudas: permaneció inmóvil bajo el sol de la tarde adormecida. El perro, largando un prolongado gemido, fue a restregarse trémulo contra las piernas del chicuelo.

Pero la sombra se recogió con una mágica presteza. El perro, ladrando, desapareció tras el muro. El animalito olfateaba la tierra, echando miradas a la montaña, a través de los matorrales y el arroyo. Ni una huella sobre el polvo.

Un alarido cruzó la tarde cálida.

Un aullido humano, con un cierto timbre animal, que permaneció tremolando largo rato. Venía de la cercana sierra.

El chico dio media vuelta, y emprendió veloz carrera, seguido del perro.

El animal lo había olfateado antes de que pudiese eliminarlo. Trataría de atraerlos a ambos, al perro y al niño, hacia el bosque de enfrente. Saltó al cajón del estero y sostenido por sus alas desplegadas, aterrizó al otro lado, sobre las piedras blancas. Pronto avanzaba bajo el bosque, cuyos claros le permitían desplazarse con cierta holgura.

Adelante se produjo un brusco movimiento de ramas. El hombre, un individuo joven, con una herramienta en las manos, se quedó paralizado. Siguió avanzando.

Un grito agudo surgió de la garganta humana.

El cadáver de Rodemil apareció bajo un bosque de robles. No presentaba señales de violencia, pero en su rostro permanecía troquelada una mueca de horror. Como el niño —el más próximo al suceso, a la hora de la muerte de Rodemil— insistía en la sombra que viera asomarse fugazmente en la esquina del muro, se atribuyó el hecho al «pájaro con cara de diablo», aunque nunca antes la aparición hubiese sido vista tan afuera de la cordillera: solamente merodeaba por lo más hondo del macizo, sobre las cumbres nevadas y desiertas.

Sí: lo recordaba. Era el mismo muchacho que, un tiempo atrás, se metiera en su refugio. ¿Qué pensaría ahora aquella gente rústica? Porque esa tarde su único objetivo era abordar al niño. La mente infantil sería sin duda más accesible a sus influencias, y podría, tal vez, mediante ella, obtener ayuda. Porque no podía acudir directamente a los hombres: su ignorancia los tornaba peligrosos. Aunque seguramente existían hombres nobles y cultos. Pero fuera de su alcance.

Debería aguardar una nueva oportunidad. Faltaba poco tiempo. Quizá tuviese que resignarse a cumplir con su destino.

En sus largas exploraciones por la cordillera, Rodemil solía llegar hasta el límite argentino. Una tarde se encontró frente a una escarpadura abundante en rocas destrozadas, como una cantera. Las piedras reverberaban silenciosas, solitariamente al sol. En la cumbre, un desfiladero tan estrecho que la luz solar no conseguía despejarlo de sombras. Rodemil trepó hasta allí: el viento, al penetrar en la fisura, arrancaba ecos como el de aletazos de grandes pájaros. La brisa traía fétidas bocanadas a carroña, y un frío húmedo.

La alarma lo despertó. Cautelosos, pesados pasos de un hombre hollaban el suelo

lacerado por el aterrizaje, adentrándose en su morada. Apagó las luces. Luego, abandonando el refugio, se instaló sobre una roca al amparo de la oscuridad. A lo lejos el fulgor del astro del día penetraba por la grieta como una lámina de metal. El intruso iba llegando a los restos de sus predecesores, al viejo arenal del arroyo.

El hombre venía solo.

De un corto vuelo fue a posarse en la curva misma del barranco, y pudo ver al hombre que, muy abiertos los ojos, escudriñaba las tinieblas, mirándolo a él sin verlo, y sin descubrir aún las osamentas.

La oscuridad se espesaba, porque la fisura superior seguía estrechándose hasta formar el techo de una gruta. Suelo terroso, salpicado de cascajos. Se acentuaban el frío y el olor putrefacto. Al interior un bloque negro obstruía la visibilidad. Pisaba ahora el lecho seco de un antiguo riachuelo. Sobre la arenisca resaltó con un pálido fulgor la mueca de una calavera humana. Y más allá otro cráneo y, también, un esqueleto casi entero con jirones de ropa aún aferrados a sus huesos. Un gemido surgió desde el fondo del abismo despertando un prolongado eco entre los muros rocosos. Y también el lejano aletear.

En las distantes tinieblas dos puntos rojizos, brillantes, se agrandaron como inmensas pupilas. Rodemil echó a correr. Al salir de la hendidura tropezó con las piedras y, rodando cuesta abajo, en medio de un alud, creyó divisar una gigantesca sombra que atravesaba el cielo y se perdía rápidamente.

Dos horas después Rodemil llegó a un poblado erigido sobre una plazoleta natural de piedras lajas, rodeada de coigües, y con un arroyo que la cruzaba al sesgo antes de precipitarse en una quebrada. Las casuchas de madera blanquecina y las lajas fulgían en medio de una calurosa palidez.

Allí Rodemil contó su aventura. Los leñadores solo se alteraron cuando el muchacho mencionó los restos humanos.

Cinco años atrás unos arrieros que cruzaban la misma región de la cordillera recorrida por Rodemil horas antes, en una tarde soleada, escucharon un rugido atronador. Una densa oscuridad cayó sobre el lugar, sumergiendo el panorama en tinieblas. El estruendo crecía. Las cabalgaduras y el ganado relinchaban y mugía enloquecidos. Empezó a soplar un viento huracanado y caliente. Hombres y bestias rodaron por el suelo.

Tembló la tierra como bajo un colosal puñetazo.

El temblor y el estruendo se extinguieron lentamente. Cuando la oscuridad vino a despejarse, el cielo mostraba sus entrañas atiborradas de estrellas. También los arrieros, pálidos, agotados, fueron a dar a la misma aldea donde arribara esa tarde Rodemil.

Antes de una semana los hombres, sus cabalgaduras, y la totalidad del arreo, morían víctimas de grandes hemorragias.

Una vez abierta la escotilla, escuchó la orden de abandonar el navío. Afuera la total oscuridad artificialmente creada, y el vaho caliente que surgía de la tierra, azotada por los frenos. Le advirtieron que aún no volara, porque algunos pobladores del planeta se movían por los alrededores. Debajo de la nave se abría una profunda grieta: en el fondo de ella se encontraba su refugio ya instalado.

Tuvo que guiarse por sus instrumentos en medio de la infernal atmósfera para llegar a la cápsula que le serviría de alojamiento en aquel mundo ignoto. Cerró la portezuela, y se quedó inmóvil. Pronto escuchaba el trueno del navío. Rápidamente se convirtió en un silbido que se agudizaba veloz, hundiéndose en el espacio. Nunca regresarían. Y él allí, en aquel estrecho recinto, desterrado, con provisiones para todo lo que les restaba de vida, y combustible que podía durar siglos después de su muerte.

Era un castigo por haber querido incorporarse a una especie largamente extinguida en su mundo: la de los rebeldes. Porque allí nadie quería saber de cambios ni de nuevas experiencias: la mayoría encontraba insuperable el orden imperante. Él no lo creía así, y, temiendo que dicha conformidad derivase de la inercia y no de una íntima convicción, se había rebelado. Pero fue descubierto, y separado rápida y definitivamente de los suyos.

No. No podía quedarse un minuto más allí. Durante todo el trayecto hacia ese lejano sistema solar, permaneció en una estrecha celda, sin comunicarse con nadie. Salió a la oscuridad. Aún persistía la atmósfera turbulenta creada por los motores y combustible de la nave. Sacudió las alas y emergió a la noche desconocida a través de una estrecha abertura. Un nuevo cielo pestañeaba atestado de insólitas constelaciones, esparciendo un débil fulgor sobre la fiera cadena de montañas que se extendía en torno.

Respiró hondo la salvaje atmósfera. Le costaba mover las alas, pero planeaba con mayor facilidad en aquel medio denso. Y entonces descubrió la caravana de seres en las laderas abruptas, arrastrándose casi. ¿Qué pensarían? Lo que todo ser primitivo frente a un hecho inusitado: en lo hondo de sus mentes, las supersticiones removidas por el anormal acontecimiento, crearían una historia de encantamientos, brujerías y premoniciones.

Aquellos pobres entes, sin duda mortalmente heridos con las emanaciones de la nave, apenas podían tenerse en pie. Los siguió desde la altura hasta que los vio llegar a la aldea. Y en los días siguientes, mientras se aclimatava al nuevo mundo, continuó sobrevolando el pueblo, pero a una altura suficiente para no dejarse descubrir por los nativos.

Y se enteró así de la muerte de los testigos de su arribo.

Algunos curiosos exploraron la región donde los arrieros corrieran su aventura. Rocas sueltas, destrozadas, y tierra recién removida obstruían el paso transandino en

un extenso sector. Un monte de cima puntiaguda —utilizado como referencia por los baquianos—, ahora chato por el impacto de una gran fuerza, presentaba dos grietas en la cumbre que se cruzaban al centro formando una colosal equis. Una de estas rajaduras remataba en la antigua huella cordillerana, y era la misma por la cual se internara aquella tarde Rodemil. Algunos treparon hasta la grieta, pero no entraron en ella: un calor húmedo, enervante, impedía casi respirar.

Una semana después los curiosos morían del mismo mal que los arrieros.

Llegaron rumores de un pájaro de gigantesco tamaño y raro aspecto que solía sobrevolar la cordillera. De día se mantenía siempre a gran altura, no siendo posible distinguir detalles de su forma. Aunque más próximo a tierra al anochecer, la escasez de luz tampoco permitía observarlo con nitidez. Los diversos testimonios coincidían en un detalle: la cabeza del pájaro se parecía a la de los hombres. Y a veces lanzaba un gemido prolongado, estridente, de una tonalidad curiosamente humana, que permanecía tremolando largo rato.

Una muchacha de la aldea fue una noche a la vertiente a buscar un cántaro de agua, y escuchó no lejos el rumor de un poderoso aletear. Atemorizada, hundió la vasija en el pozo estrellado. Las estrellas se convirtieron en un remolino de fuegos de artificio, y un rostro rojo, luminoso, desfigurado por las aguas agitadas, pareció surgir de las profundidades. La joven perdió el conocimiento.

Su relato dio origen al nombre de la aparición: el «pájaro con cara de diablo». Porque la muchacha recordaba que la cara surgía de un cuello emplumado.

Sí: su rostro, como el del hombre, poseía ojos, nariz, boca y orejas. Y su cara afilada, larga, coronada no por una cabellera sino por una prominencia carnosa, podía tomársela desde la distancia y en la noche por una faz humana, algo distorsionada.

Pero a pesar de estas semejanzas, un mundo lo separaba de los hombres: jamás podría comunicarse con ellos. Y con esta convicción sin duda ellos lo abandonaron allí. Habían elegido bien. Así los obligaban a la soledad, a eludir la civilización humana, cuyas emisiones radiales pronto aprendió a interpretar. En las noches claras, desde la altura, divisaba hacia el norte las luces de una gran ciudad.

Durante los primeros meses solía aterrizar de noche en las proximidades del poblacho, para estudiar a los hombres de cerca. Sobrevolaba también los picachos nevados, impregnándose de aquel aire que recorría su organismo con millares de agujitas. A veces, posado en alguna roca, permanecía con las alas recogidas, como uno de esos grandes pájaros que solían acompañarlo en sus correrías. Una vez fue atacado por aquellas aves. Bastaron dos descargas: desde entonces se limitaban a escoltarlo durante sus solitarios vuelos, sin acercarse demasiado.

Cierta noche pasaron por el caserío tres hombres de a caballo, con barbas descuidadas, ropas sucias, y aspecto de agotamiento. Iban armados, y exigieron comida y trago. Pronto llegaba una patrulla de Carabineros: aquellos hombres

acababan de asaltar un fundo, donde asesinaron a toda una familia. Las huellas de los fugitivos desaparecían en los dominios del pájaro. Se pensó que los bandidos habían conseguido cruzar hacia Argentina.

Pero el descubrimiento de Rodemil despejaba el misterio: las calaveras correspondían sin duda a los asaltantes.

Densas nubes en el cielo, arrastradas por un viento cálido. A lo largo del macizo cordillerano, aquellos extraños fuegos nocturnos, centelleantes. Distraído, recordando su lejano mundo, se metió en la grieta, y su instinto lo condujo planeando hacia el refugio. Secos rumores golpearon sus oídos, y la voz de un animal despertó ecos en todos los rincones de la gruta. Caballos. Al tomar la última curva los vio. Enloquecidos al presentir su llegada relinchaban y se paraban en las patas traseras.

Se detuvo en el espacio, y con las garras de las alas se aferró a una saliente rocosa: la escotilla del escondite, abierta. Hombres. Por lo menos tres horas que se hallaba lejos del refugio. El alboroto de las bestias lo hizo reaccionar. Los fulminó con una descarga. Pero los que se albergaban en la cabina no se dejaron ver.

¿Quiénes serían? Desde el refugio surgieron chispas, y varias detonaciones atronaron el interior de la caverna. Disparó. El silencio más completo se impuso en las tinieblas.

Los tres hombres encogidos, pillados por la muerte cuando empezaban a defenderse. De rostros barbudos, y aspecto descuidado y fiero, no parecían intelectualmente superiores a los aldeanos. Con seguridad nada comprendieron de su descubrimiento, ni tampoco consiguieron comunicarlo a los demás hombres. El instrumental no había sido tocado. Arrastró los cadáveres hasta el lecho reseco del arroyo. Pero el peso de los cabellos impedía moverlos.

Al día siguiente llegó a las inmediaciones del refugio una patrulla de hombres uniformados, que buscaba huellas entre los cascajos. No tardarían en enfilarse hacia su albergue. Pero la sirena ultrasónica alteró las facultades mentales de los hombres. Se detuvieron, mirando en torno como si algo columbrasen, pero sin poder determinar dónde.

Pronto se alejaron de allí.

Instaló alarmas a lo largo de la entrada, conectadas a la sirena. Además dejaba abiertos los micrófonos del refugio de modo que si alguien en su ausencia volvía a colarse en él, la radio se lo transmitiría, dondequiera se encontrase.

Últimamente el pájaro se dejaba ver a toda hora y con frecuencia cerca de la aldea. Todos los leñadores habían tenido oportunidad de divisarlo.

El viejo Alfonso bajaba por un desfiladero de altas laderas rojizas, y al dar una curva, se encontró en un ensanchamiento salpicado de lajas, bajo la luz amarillenta

del crepúsculo. Contra el muro terroso, a unos treinta metros, instalado allí como sobre un pedestal, un gigantesco pájaro que, en lugar de pico y ojos colocados lateralmente, poseía un rostro perfectamente humano, semejaba un cóndor en descanso con sus alas plegadas. Raros aditamentos metálicos en sus patas de forma de manos y cuello, y dos largas varillas surgían por detrás de su cabeza cubierta por un casco. El ser, sin separar de Alfonso sus ojos penetrantes, le dirigió la palabra. Voz suplicante, amistosa, aunque se expresaba en un lenguaje desconocido. El anciano sufrió un desvanecimiento.

Alfonso insistía en que la aparición algo necesitaba, que no parecía alentar malas intenciones.

La grieta se perfilaba como su seguro sepulcro. Debería abandonarla pronto. Pero ¿cómo transportar a solas su imprescindible y pesado refugio?

¿Ignorarían ellos las características del mundo donde lo abandonaron? Aunque no todo el planeta ofrecía los mismos peligros, eligieron precisamente esa zona. Cuando hizo el descubrimiento prestó mayor atención a las emisiones radiales, y confirmó sus sospechas: vivía en la región de mayor riesgo.

Sí: ellos no le deseaban un destierro tranquilo. Le prepararon un castigo completo, pero al mismo tiempo le daban tiempo para que meditase en su culpa.

La primera alarma se produjo al mes de que el muchacho descubriera sobre las arenas del arroyo los cadáveres que empezaban a blanquear. Las entrañas del planeta emitieron una voz bronca, sonora. Una voz hasta entonces desconocida para él. Se quedó en la portezuela de la cabina, escuchando. La voz se acrecentó, convirtiéndose en un rugido que arrancaba resonancias de todos los rincones de la grieta. El ruido cesó bruscamente. Y entonces la montaña crujió. El refugio estuvo balanceándose largo rato, mientras él se quedaba inmovilizado.

Sin duda se trataba de un fenómeno natural. Alguna vez, en los tiempos antiguos, cuando aún los cimientos del planeta no se consolidaban, ocurrieron esas cosas en su patria. Allí los fenómenos sísmicos integraban la mitología, una época envuelta en nebulosas. Y mucho antes que desaparecieran, su gente poseía sistemas para predecirlos.

Al día siguiente, de madrugada, se volvió a escuchar la voz oculta del astro. La bestia empezaba a despertar entre cavernosos gruñidos. Imposible escuchar aquella voz salvaje sin alterarse. Carecía de armas contra ella. Trabajó todo el día con sus detectores. Sí: su refugio descansaba sobre una zona de fractura de la corteza terrestre. De ahí las luces nocturnas: actividad volcánica.

Un remezón fuerte y toneladas de tierra y roca llenarían el abismo.

Empezó a sobrevolar la zona prohibida más a menudo, sin escabullirse de la luz diurna. Quizá los campesinos se mostrasen amistosos, comprensivos. Pero la gente le temía.

Sus instrumentos revelaban la inminencia de un gran sismo. Ruidos subterráneos y temblores cada vez más frecuentes. No dormía. Escuchaba los trastornos intestinales del planeta, en espera de la catástrofe. Multiplicó los vuelos sobre la aldea, y otros lugares poblados. Necesitaba un niño. Quizá pudiese utilizar la mente infantil para llegar hasta los hombres a pedirles auxilio. Tal vez los humanos le permitiesen vivir junto a ellos sus últimos años, aunque lo considerasen una monstruosidad, en lugar de quedarse allí, expuesto a ser cogido por la muerte en cualquier momento. Pero el perro hizo fracasar su primer intento.

Soplaba un viento tibio, cuya intensidad creció al anochecer. Las nubes invadieron el cielo, y cuando, detenido por las ráfagas, penetraba en la rambla, cayeron los primeros goterones. ¡Cómo crecía la importancia del refugio frente a la lluvia y el viento! Durante la última semana el monstruo se mantuvo mudo, como si quisiera tranquilizarlo antes de dar el último zarpazo. La montaña, azotada por el viento huracanado, alejaba su somnolencia con sus gemidos. Sí: última noche que dormía allí. Al día siguiente enfrentaría a los hombres. Se dirigiría a la gran ciudad que se alzaba al norte.

Despertó sobresaltado. Toda la montaña gimió al primer remezón. La gruta se derrumbaba: llovían piedras de todos tamaños en medio de nubes de tierra arremolinada. Asfixiado por el polvo, ensordecido por el estruendo del terremoto, trataba de ganar la estrecha abertura donde asomaban las libres estrellas. Una piedra le arrancó plumas del ala derecha. Los astros, arriba, bailando como en una fuente de agua agitada.

La montaña cerró sus fauces con un sordo estrépito.

El rugido del terremoto empezó a decrecer paulatinamente.

Aunque el sismo tuvo características locales, montañas enteras se dieron vuelta, borrando de nuevo el camino hacia Argentina. Las casamatas de madera de la aldea resistieron el terremoto. Y desde entonces no se volvió a mencionar al pájaro con cara de diablo. ¿Qué le habría ocurrido? Habitaba la zona más afectada por el cataclismo.

Nada permanecía en su sitio donde Rodemil descubriera las calaveras. La meseta de los desfiladeros en forma de equis parecía un campo recién arado. Un niño descubrió sobre una laja la pluma finísima, negra como una sombra, y con tal apariencia de fragilidad que el chico se quedó vacilando, sin atreverse a tocarla. Pero llegaron los otros, y el niño, temiendo que se la disputaran, cogió la pluma con sus dedos trémulos. Lanzó un grito. La pluma bruscamente inflamada, cayó a tierra en medio de una llama azulina.

En el suelo solo quedaron algunas negras cenizas.

He ahí los restos del pájaro con cara de diablo. Se volatilizaron al solo contacto con los dedos humanos. Sí: el pájaro llevaba consigo una maldición: su imposibilidad de comunicarse con los hombres. Ahora una montaña de piedras cubría su guarida.

Llegó allí en medio de una catástrofe, proveniente del cielo, y desaparecía al cabo de cinco años con otra catástrofe, ahora de origen telúrico.
El terremoto puso fin a su destierro.

La campana

Los ormios se mantuvieron firmes en su decisión de que los hombres se sometiesen a la prueba de la campana.

—Como sucesores de la raza humana en el dominio de este planeta, y reconociendo el papel desempeñado por ella durante su largo imperio, les debemos a ustedes, sus últimos exponentes, nuestro agradecimiento por el legado cultural dejado a los ormios, lo cual nos ha permitido comenzar nuestra historia desde un peldaño superior.

¿Había un oculto sarcasmo en estas palabras? Imposible saberlo, porque un interlocutor a medias insecto, a medias metal, que apenas consigue erguir un raro apéndice desde el ceniciento suelo, con el cual se confunde casi, hasta el extremo de constituir un misterio su verdadero tamaño, dando incluso la sensación de ser uno solo y no un conglomerado de seres, puede estar diciendo precisamente lo contrario de lo que piensa. Si a ello se agregaban sus hábitos nocturnos (de día jamás se dejaron ver, ni tampoco quedaban rastros de su presencia), se comprenderá la completa ignorancia de los humanos sobre los ormios. Su lenguaje parecía llegar a la mente de los hombres por un proceso telepático camuflado de voces aparentemente audibles.

—Nosotros habríamos vuelto al espacio —explicó el comandante Asenjo—; pero se nos ha agotado el combustible.

Cinco mil años había durado la expedición de Asenjo, enviado a buscar, dentro de los cientos de soles de la Vía Láctea, un planeta cuyas condiciones permitieran al hombre abandonar el suyo, gastado y contaminado por incesantes guerras. ¿Hubo tal vez un último conflicto que precipitó la desaparición de los seres humanos? Los ormios nada decían, fingiendo o pareciendo ignorar la verdad. Se limitaban a mostrar los efectos de la torturada civilización humana: un planeta árido, sin agua ni rastros de vida orgánica, con una atmósfera enrarecida, aunque todavía utilizable mediante filtros, en una palabra, en algo menos que un cementerio: ni siquiera las tumbas de los antiguos moradores del planeta eran visibles en parte alguna.

El comandante quiso, en cuanto entró en contacto con los nuevos pobladores (notando que estos no se veían dispuestos a dejarlos vivir en paz), de llegar a un acuerdo de «convivencia pacífica». Los hombres pedían un trozo de territorio, perfectamente limitado, dentro de cuyo perímetro se comprometían a vivir hasta que el correr de los años cumpliera con su tarea de dejar a los ormios como poseedores absolutos de la Tierra. En principio los ormios aceptaron tan humilde requerimiento, pero los humanos debían pasar, primero, por la prueba de la campana. Era una

condición ineludible.

—Fue construida por los últimos hombres, y dejada aquí como un mensaje para los futuros pobladores del planeta, es decir, los ormios. Nosotros, como respetuosos herederos del hombre, hacemos cumplir su voluntad final: los humanos que por cualquier motivo vuelven a la Tierra cuando el ormio impere, están obligados a someterse al juicio de la campana. Tal fue el mensaje.

Los ormios ignoraban los motivos. Sabían, sí, que para sobrellevar con éxito la prueba se necesitaba cumplir con ciertos requisitos, acarreando su contravención fatales consecuencias. El primero de ellos era que los hombres debían mantener los ojos cerrados durante toda la experiencia. El otro revestía un carácter puramente formal: era obligatorio que cada hombre acudiese solo a la campana, y por cierto, existía la prohibición de visitar previamente su lugar de emplazamiento con el pretexto de estudiarla. Los ormios se encargaban de hacer cumplir la observación de estas reglas. Para empezar, solamente ellos conocían el sitio donde se hallaba aquel extraño monumento. ¿Y si los hombres se negaban? Bueno: no los dejarían vivir en paz.

Inútilmente Asenjo les hizo ver lo inhumano del procedimiento.

—¿Inhumano? ¿Puede ser inhumano un sistema inventado por los propios hombres?

—¿Y hay alguna manera de enterarse anticipadamente del buen éxito de la prueba?

—Evidente: si la campana redobla, significa que el hombre ha muerto. El resultado feliz se traduce, entonces, en el silencio de la campana, lo cual aún no ha ocurrido.

Una tenue niebla gris envolvía el paisaje, la cual, desde el arribo de los hombres, nunca se disipó, de día ni de noche; la faz de la tierra permanecía oculta tras ese velo hasta donde la memoria del ormio recordaba. El espectáculo de un cielo estrellado, o de un radiante sol estival, eran desconocidos para los nuevos señores del planeta. El comandante avanzaba cabizbajo hacia su desconocido destino. Los ormios, simulados en el oscuro suelo, le iban señalando la ruta. No les guardaba rencor. La desaparición sucesiva de sus compañeros en el curso de una semana, terminó por despertarle una morbosa curiosidad. Nada supo sobre los cadáveres de sus hombres. Los ormios se limitaron a informar que no volverían. ¿Qué les ocurriría a los que iban a la campana? Sería el último en enfrentarla, y, por cierto, tampoco deseaba sobrevivir. Cuando en las neblinosas noches resonaron con sobrenaturales ecos los sonos del bronce, señalando el fin de la experiencia, no pudo menos que agachar la cabeza como una aceptación del fatal destino impuesto a los representantes de la raza humana.

El suelo, cubierto por una espesa capa de polvo residual, mostraba la hilera de

huellas dejada por sus compañeros. Eran pisadas estampadas en un solo sentido. De pronto apareció ante sus ojos un curioso objeto. Tenía el aspecto de un columpio: una base de metal, sostenida por una horquilla de acero que, a su vez, colgaba de una doble cadena, uno de cuyos extremos pendía por encima del banquillo. El comandante se estremeció. El aspecto general del aparato (no le cupo dudas que se trataba de la campana; era el único objeto manufacturado visto por sus ojos en el planeta desde su arribo), recordaba el de un patíbulo, más aún al considerar el árido paisaje circundante, apenas visible tras la neblina.

—Ese es el badajo de la campana. —La voz del ormio surgió desde un lugar remoto, como si los misteriosos seres no se atreviesen a aproximarse demasiado—. Tome asiento y tire el extremo de la cadena. Subirá así hasta encontrarse en el interior de la campana. Mantenga los ojos cerrados. Adiós.

El hombre alzó la vista. Muy alto, flotando en el espacio, difuminado en medio de la niebla, pero visible gracias a una vaga fosforescencia, divisó un objeto circular de gran tamaño, cuyo color rojo le daba el aspecto de una mancha sangrienta. Se sentó en el columpio. Por encima de su cabeza surgían unas pértigas que, tanto atrás como adelante, sostenían sendas bolas de un metal oscuro. Comprendió el proceso: las víctimas se balanceaban en lo alto obligadas por alguna secreta trampa, y aquellas voluminosas esferas, al chocar contra el interior de la campana, originaban el redoble final. Cogió el extremo de la cadena y la tiró: con un chirrido de hierros oxidados el columpio ascendió un trecho.

—Cierra los ojos, hombre —la advertencia llegó como un susurro.

El comandante obedeció. Un ligero vértigo se apoderó de él a medida que se elevaba, acentuado aquel por el leve balanceo del columpio al cobrar altura. A través de los párpados le pareció columbrar una luminosidad que, por momentos, tendía a acrecentarse. De pronto la cadena se atascó; había llegado al final de su viaje. Debía encontrarse dentro de la cúpula. Permaneció inmóvil, aguardando. El balanceo decreció y, al cabo de pocos segundos, el columpio se detuvo por completo. A pesar de que dentro de su cerebro sentía un punto escarlata que paulatinamente parecía irradiar calor, siguió con los ojos cerrados. Le dolía la cabeza, pero aún era una sensación tolerable. Entonces vino a su mente una pregunta que no hiciera a los ormios. ¿Hasta cuándo debería permanecer allí, y cómo se las arreglaría para bajar?

Mantuvo la calma. La cadena del teclé estaba al alcance de su mano. La tiró. Nada. Algún mecanismo la había atascado cuando terminó de enrollarse. Y para volverla a poner en marcha era indispensable abrir los ojos. Eso lo comprendió al efectuar la primera maniobra para ponerse de pie sobre el columpio: la base comenzó a balancearse con una frecuencia peligrosa.

Una fría transpiración empapó su rostro. Decididamente los ormios le jugaron una mala pasada. Esbozó una débil sonrisa y, dándose por vencido, como debieron hacerlo sus predecesores, abrió los párpados. Una ola escarlata penetró en su cerebro. Se hallaba en el interior de una cúpula grana, enorme, cuyas paredes despedían una

leve luminosidad. Miró para abajo y vio entre sus pies un espacio circular lleno de niebla, que imposibilitaba divisar tierra firme.

Al levantar la vista descubrió la placa. Se extendía sobre su cabeza, abarcando un espacio de por los menos dos metros de ancho por uno de alto. Una leyenda estampada con grandes caracteres se destacaba sobre la áurea superficie:

MENSAJE A LOS ÚLTIMOS REPRESENTANTES DE LA ESPECIE HUMANA.

«Esta campana, la obra maestra de la técnica e ingeniería humanas, salvará a los últimos descendientes de nuestra raza cuando, al fin de los tiempos, aquellos que regresen a la Tierra la encuentren destruida por guerras o cualquiera catástrofe similar. Basta columpiarse y que el badajo golpee el metal: las ondas sonoras transportarán al hombre a las primeras épocas de la Tierra, para comenzar de nuevo nuestra historia».

Seguían detalles técnicos del monumento, de su construcción y una explicación con cifras y fórmulas, de las leyes que permitían obrar tal prodigio. ¡Qué método tan simple e ingenioso habían inventado los humanos para salvarse! ¿Quiénes eran en suma los amos de la creación? ¿Sospecharían algo los ormos? Con razón los hombres se preocuparon de mantenerlos fuera del secreto, no dejándoles medios para que se enterasen de su verdadera función.

Asenjo, embargado por un eufórico orgullo, tomó impulso tratando, en lo posible, de atenerse a las instrucciones estampadas en la placa. El primer campanazo le produjo el efecto de una explosión. Le pareció, antes de perder el conocimiento, que la sangre empezaba a manar por sus oídos.

—Llevémoslo donde están sus compatriotas.

Los apéndices, con raros movimientos, arrastraron el cuerpo ensangrentado del comandante, que descansaba sobre la ceniza, exactamente debajo de la campana.

—¿Qué será lo que obliga a los hombres a columpiarse y morir? Fueron sin duda muy hábiles, especialmente para matarse.

En lo alto, apenas visible en la niebla, la campana había recuperado su silenciosa quietud.

Alguien mora en el viento

*What is that noise?
The wind under the door.
What is that noise now? What is the wind doing?*

The Waste Land

—Bob.

Suspiros de alivio, casi imperceptibles, contenidos largo rato, interrumpieron el silencio. Nadie se movió. Bajo los trajes espaciales los músculos se relajaron.

El aludido —veinticinco años— abrió la boca para decir algo. Se arrepintió. Esbozó luego una sonrisa. Dos hombres le echaron una rápida ojeada. Los rostros de los demás, impasibles.

—El segundo.

El comandante extendió el papel con rapidez. Concluía el descanso. La atmósfera de la cámara se puso rígida. Bob, la cabeza inclinada, daba una impresión de cansancio.

—Igor.

La voz sonó tranquila. Treinta años. Macizo, de rasgos duros, con una expresión obstinada en la boca. Tragó saliva.

—¡Yo! —Hizo un gesto de furia, y miró a Bob, que pareció no verle. Lanzó enseguida una mirada circular a sus compañeros.

—Lo siento. El tercero.

Igor salió de la fila, y se aproximó a una ventanilla. La ira distorsionaba su cara.

—Pedro.

—¡Tenía que ser yo! —exclamó el interpelado, con una sonrisa en su amplio rostro—. ¡Qué le vamos a hacer! Tarde o temprano...

Se encogió de hombros, y palmoteó las espaldas de Bob. Sereno, sus treinta y siete años no le habían dejado huellas.

—¡Vamos, viejo! No hay tiempo que perder.

—¡Adiós, muchachos! —dijo el comandante—. Es de esperar que vuestro sacrificio no sea inútil. De lo contrario no tardaremos en encontrarnos en el otro mundo.

—Todavía es tiempo que cambiemos puesto, comandante —comentó Pedro riendo, al dirigirse a la cámara neumática.

Sonrió el comandante. Igor le lanzó una rencorosa mirada.

—Es usted un hombre de suerte, comandante —farfulló con los dientes apretados.

—Está en un error, Igor —replicó el comandante, inmutable—. El reglamento es

el reglamento. Lamento que elija esta hora para hacerme una observación así.

Pareció que Igor iba a agregar algo. Los otros no le despegaban los ojos de encima temiendo una imprevista reacción. Volvió a hacer un gesto de furia, ya no con tanto énfasis. Entró en la cámara donde se encontraban Pedro y Bob.

—Comandante —dijo Pedro desde el umbral—, vaya a mi casa, y dele un pellizco a mi chiquillo en mi nombre. ¡Debe estar hecho una pelota!

—Así lo haré, Pedro —y agregó con voz firme—: tienen dos minutos para la operación.

Se cerró la puerta tras los hombres. Se encendió una luz. El barómetro indicó que la presión disminuía rápidamente. Nadie cambió de posición. En el reloj desfilaban los segundos: ochenta y siete, ochenta y nueve, noventa. Se densificó el silencio cuando llegó a ciento dieciocho. A los ciento diecinueve uno de los hombres emitió un ruido gutural. Ciento veinte.

—¡A sus puestos! —tronó el comandante.

Afuera, en el vacío punteado de estrellas, tres objetos se separaban lentamente del cohete. Tres hombres encerrados en sendas cápsulas salvavidas. Doscientos veintisiete kilos de peso que permitirían a la astronave escapar de una segura destrucción.

Abajo, interponiendo su mole a la luz del sol, el planeta, un gigantesco cerebro cuyas circunvoluciones se retuercen con blanquecinos destellos y se negrean, a veces, en embudos. Un manto de nubes martirizado por huracanes de mil kilómetros por hora ocultan su faz. ¿Qué había debajo? Nadie lo sabía. Desde el principio el viento se enseñoreaba allí. El astro ofrecía siempre una misma cara al sol, acarreado así un perpetuo desequilibrio de presiones. Tres expediciones fueron engullidas por su furor: jamás se volvió a saber de ellas. Desde la última los hombres abandonaron sus intenciones de explorarlo.

—¡Miren!

La astronave escupió largos chorros de fuego: se detuvo en el vacío. Luego empezó a alejarse de los naufragos, ascendiendo con poderoso ímpetu.

—¡Que revienten!

—¡No digas eso, Igor! ¡Vuela, vuela! Son buenos muchachos...

—¿Y qué? ¡Eres un imbécil, Pedro! Siempre lo fuiste. El hombre de los desenlaces felices. De la vida de cliché. ¡Cuéntate ahora una de tus aventuras! Esos se van. Llegarán a la Tierra frescos y sonrientes. ¿Y nosotros...?

—¡Cállate, Igor! No le hagas caso, Pedro. Está ofuscado.

—No te preocupes por mí, Bob. Lo comprendo.

—¡Tres ataúdes! El reglamento es el reglamento. ¡Yo, que pude tener tantas cosas! ¿Por qué no nos mataron mejor?

—Todavía es tiempo de que lo hagas, Igor. Nadie te lo impide. ¿Verdad?

—¡No, Bob! ¡No digas esas cosas ni por broma! Podría ocurrir un milagro. ¡Quizá podamos aterrizar!

—¡Idiota! ¡Aterrizar! En el infierno, sí. ¡Ahí vamos a aterrizar! El diablo nos está esperando con su tridente vuelto para arriba.

—¡Si sigues así me veré obligado a cortarte la comunicación, Igor! Te aconsejo hacer lo mismo, Pedro.

El planeta se aproximaba. Arriba, lejos, confundido con las constelaciones, un punto flameante achicábase veloz. Pedro pensó que el cohete se había salvado.

«Son buenos. Habría sido triste que nuestro sacrificio no hubiese servido de nada. ¿Por qué habré tenido que sacar uno de los votos? No volveré a ver a mi gordo. Pero llegará a ser un hombre. ¡Pensar que pude retirarme antes de este viaje y no lo hice! Elena se las sabrá arreglar para sacar la casa adelante. Es empeñosa y tiene buena salud».

Las veloces nubes a menos de diez mil metros. Pedro se estremeció. Los otros, enmudecidos, encerrados en las estrechas cápsulas, contemplaban los torbellinos. Franjas oscuras y luminosas recorrían el planeta. Ríos que se entrecruzan en silencio.

«¡Malditos! El comandante me envidiaba. ¡Gozó cuando leyó mi voto! Se hizo el serio. ¡Canalla! Sabía que abandonaría ese sucio cohete para ocupar un alto puesto en la fábrica. ¡Tantas cosas que habría podido hacer! Mejorar los motores atómicos. ¡La fortuna y la fama! En cambio él está condenado a morir como un oscuro astrogador, en líneas de tercer orden. ¡Yo habría llegado donde hubiese querido! ¡Todo destruido! ¡Qué injusto, qué injusto! Habría ganado millones. El mundo habría progresado con mis trabajos. ¡Pero el reglamento...!».

Y gritó:

—¡El reglamento! ¡El reglamento!

—¿Qué pasa, Igor? ¿Todavía no te conformas? —El otro no replicó.

«Está loco. Y con razón. Tenía un brillante porvenir. Como el mío. ¡Pensar que estaba a punto de ascender a comandante! Me habría tocado dirigir un cohete a Marte, en la mejor línea. Un sueldo fabuloso. Y ahora...».

—¿Qué hay de tu título, Bob? ¡Comandante Bob! ¡Ja! ¡Ja! Un uniforme azul con la estrella de mando en oro. ¡Buenmozo te habrías visto!

—¡Tú pierdes más que yo, Igor!

—¡Te morías por ser comandante, Bob! ¡Te morías! Y ahora te vas a morir de verdad, sin serlo. ¡Apréndele a Pedro! Siempre conforme. ¡Él no aspiraba a nada! ¿Te importa algo esto, Pedro? ¿Por tu mujercita y tu chiquillo, no más? ¡El hombre bueno, sin ambiciones! A ver si tu bondad te sirve de algo ahí abajo. ¡Yo habría cambiado el mundo! ¡Habría sido un Ford, un Fitzpatrick! Algo habrías hecho tú también, Bob. Una brillante carrera de astrogador, por lo menos. ¡Pero, Pedro...!

«¡Qué miseria! Salir con esas ahora. ¿Qué culpa tengo? Tal vez merecía mejor suerte. Él y Bob eran los que prometían más entre nosotros. Y les tocó. Pero pierdo a mi chiquillo y a mi mujer. ¡Mi gordo será alguien! No como su padre, que siempre

fue poco inteligente. No tiene dos años y está aprendiendo a hablar. No debí meterme en esta profesión. Por querer mejor sueldo... ¡Siempre la ambición!».

Con gran trabajo sacó de su pecho una fotografía. La miró con ternura. Su hijo y su mujer. ¡Qué rollizo era! Daba gusto mirarle sus muslos cortos y llenos de pliegues. Miró abajo: la muerte ya cercana. Cerró los ojos y guardó la foto. A unos cien metros a su izquierda, la cápsula de Bob inmóvil en el vacío. A su derecha, el quieto salvavidas que llevaba a Igor. Sobre su cúpula una estrella ascendía lentamente.

—¡Es hora de disparar los cohetes! —gritó Bob.

—¿Para qué? ¿Qué ganamos?

—¡No sé qué ganaremos! Me limito a aconsejar, Igor. Podremos llegar a las nubes con velocidad cero. ¿Listos? Empiezo a contar.

Los otros obedecieron automáticamente.

«¡Sin conciencia ni misericordia! Las fuerzas naturales desatadas. El viento me arrastrará por la atmósfera. Me estrellará. Me hará pedazos. ¡Qué horror! ¡Maricas! ¡Cómo los odio!».

—¡Fue preciso, Bob! —exclamó Pedro—. Velocidad cero. Estamos a menos de mil metros...

—¡Cállate! ¡Que estemos a cien, a cincuenta! ¡Miren eso! Una tormenta de alquitrán. Observen la velocidad de las nubes. Y miren más allá. ¿Ven ese embudo? Ahí las corrientes luminosas se encuentran con las oscuras y forman una vorágine.

—¡Encomiéndate a Dios, Igor! Es lo mejor que puedes hacer.

—¿Para qué? Dios nos dejó hace rato. ¡Se fue con el cohete! ¡Es el diablo el que nos espera, buen Pedro!

Pedro no alcanzó a contestar. Bruscamente su salvavidas se inclinó. Ya no caía a plomo: comenzaba a seguir una larga diagonal. Las ráfagas más altas lo habían cogido.

—¡Ya estamos en el baile! A ver quién dura más. ¡Cómo gozará el comandante pensando en nuestro destino!

—¡Eh! ¡Reserven combustible para más adelante! ¡No corten los transmisores! Tal vez...

—¡Vamos al infierno, Bob! ¿Todavía no te convences? ¡Todo el planeta es igual! Un solo torbellino. Los vientos dan la vuelta al mundo.

La inclinación de su cápsula permitió a Pedro ver una manga de nubes negras que se deslizaban a gran velocidad. Hacia ellas dirigíanse los naufragos. Un río en plena crecida, turbio y arremolinado. Como los desbordes del Claro en su tierra natal, cuando las lluvias hinchaban el torrente, hasta transformarlo en una avalancha oscura, que rugía ensordecedora. Ahora, mediante los audífonos, empezó a oír el ulular de la ventisca. Un bramido de monstruos enloquecidos que se extendía por todos los ámbitos, acompañado de silbidos y lejanos truenos.

—¿Oyen eso? —Era Igor, trémulo—. ¡Es el infierno! Mi cápsula está tocando las nubes...

—¡Dios Santo! ¡Igor!

—¡Me hundo!

Pedro cortó el transmisor. Entonces también fue cogido por el soplo. Su cápsula empezó a girar. Gritos poblaron su cerebro. Era Bob que caía en las proximidades. Siguió el frenético rotar hasta que empezó a marearse. En medio de la algarabía notó que era engullido por un luminoso remolino. Paralelamente su conciencia fue oscureciéndose.

La noche daba vueltas a su alrededor.

Abrió los ojos. La cápsula inmóvil. Una luminosidad invadía el recinto. Pestañeó, la cabeza aún abombada. Pegó la vista al cristal de observación.

Se restregó los ojos repetidas veces. No había duda: su cápsula a medias hundida en una masa verde, de características vegetales. Multitud de filamentos inclinados hacia atrás acometidos de una curiosa vibración. El cielo se presentó como una bóveda blanquecina poblada de figuras que se agitaban. Como contemplar un paisaje submarino. Y todos los objetos realizaban sus movimientos en un mismo sentido. Cuerpos similares a estrellas rotaban veloces: sus puntas no se distinguían. Figuras alargadas, tubulares, de diáfanos colores rosa, azul y gualda. Todas se retorcían delicadamente. ¡También él se movía! Su cápsula se balanceaba levemente. Encendió la radio.

—¡Auxilioooo! Estoy cerca de la superficie. ¡Es lisa como una plancha de mármol! ¡Voy cayendo...!

Silencio. El rugir del viento. Pedro escuchó los latidos de su corazón. Igor había muerto. Se quedó inmóvil, escuchando. Nada. Pasaron varios segundos antes de que se recuperara. Volvió a mirar: todo calmo y sereno. El bramido del huracán despertaba un eco interminable. ¿Cómo explicar aquella luz y ese sinfín de cosas danzantes? De pronto comprendió. Se hallaba en el centro de una corriente aérea. La revelación lo dejó ensimismado. Su salvavidas fue a caer sobre un vegetal que volaba arrastrado por la ventisca, junto a otras grandes masas semejantes que seguían su misma dirección. El tamaño de aquellos islotes era suficiente como para sostener una astronave. Todo cuanto lo rodeaba no era sino la atmósfera del planeta que arrastraba en sus entrañas una fauna vegetal y tal vez animal, liviana y sutil, como los gelatinosos cuerpos marinos. Y la luz provenía sin duda de algún microorganismo fosforescente. ¿A qué altura? Confrontó sus instrumentos. Altitud constante. Descendía a veces algunos centenares de metros, y luego se elevaba, llegando a superar los veinte kilómetros. A lo lejos un muro de tinieblas limitaba la visual.

Suspiró. No corría peligro por ahora. Llevando la mano al pecho oprimió la fotografía. Agradeció a la Providencia. ¿Qué sería de Bob? También debió perecer junto al infortunado Igor. ¡Pobres! Claro que él tampoco podía felicitarse demasiado. El agua y los víveres le alcanzaban para diez días. La atmósfera del planeta, con un

porcentaje de oxígeno superior al de la Tierra, era respirable, aunque sería necesario filtrarla.

Notó de pronto que el nivel exterior subía. No terminaba de sopesar este descubrimiento cuando la masa vegetal llegó a la altura de la ventanilla de observación. Se estremeció. El salvavidas se hundía. La nube no era tan sólida como para soportar su peso. ¿O lo estaba absorbiendo un organismo? De súbito la vertiginosa visión desapareció. Lo rodearon las tinieblas: el salvavidas resbalaba hacia abajo. Luego de descender un trecho interminable se detuvo. Trémulo encendió la luz. Aguardó. Pensaba que bastaría una exhalación suya para que el salvavidas continuase su trayectoria. Por último cambió de posición. Nada ocurrió. El fragor del ciclón llegaba a sus oídos como algo lejano y apagado. Podía suceder que se hallase a pocos metros de la cara inferior de la nube: de seguir deslizándose quizá fuese a dar de nuevo al huracán. Trató de penetrar las tinieblas. La ventanilla pegada a una sustancia compacta. Hizo girar la cúpula: a los sesenta grados la visual se prolongó hasta una distancia indefinida. A su izquierda el muro empezaba al lado mismo del cristal.

«Gordo: estos son los momentos en que hay que proceder».

Revisó el laboratorio automático: aire puro, sin los residuos de afuera. Quitó los seguros a la portezuela, y la empujó. Se estremeció el salvavidas. Pasado un segundo de inmovilidad volvió a la faena. La luz formaba en el suelo un largo rectángulo, revelando un piso lleno de protuberancias. Alargó un pie. La pesada bota se hundió en un suelo elástico, consistente y parejo.

Se hallaba en el interior de una galería de gruesas paredes: el viento se oía apagado. Dio algunos pasos para tantear el terreno. Luego con su linterna inspeccionó el salvavidas. El tubo de acero con su tobera incrustada en el piso, se apoyaba en el muro del fondo donde concluía el pasaje. A sus espaldas el conducto se curvaba. Descendía en suave pendiente, internándose en el interior del macizo cilíndrico y de un diámetro estimable en dos metros. La cúpula del salvavidas tocaba el techo. Sobre ella se abría el agujero por donde el pesado artefacto llegara allí luego de resbalar por lo menos un centenar de metros.

«Bien. En muchas cosas me ha ido mal a lo largo de mi vida. Pero ahora no puedo quejarme».

Verificó la presión del aire, y procedió a quitarse la escafandra. Aspiró la atmósfera tibia, perfumada, que llenaba el recinto. Se sintió rejuvenecido. Se despojó también del pesado traje espacial, quedándose solo con el buzo y las alpargatas plásticas. Hizo una flexión; luego se sentó y apoyó sus omóplatos en la confortable pared. A sus oídos, sobre el lejano rugido del viento, parecían llegar los ecos de una suave melodía. Recordó a su mujer y también la casa que con tanto sacrificio construyera. Elena en la Tierra estaría a esas horas disponiéndose a dormir. Era invierno en su pueblo. De seguro llovía y en la chimenea crepitaban los troncos de eucaliptus. Su gordo ya debía estar acostado, con sus mejillas rojas y frescas.

«Bueno: haremos una exploración. Veamos dónde va a dar este túnel».

El macizo se balanceaba con suavidad. Un barco bogando en mar tranquilo. El piso permitía avanzar con rapidez, hundiéndose como una gruesa alfombra sin que quedasen huellas en él. Las paredes suaves al tacto, con delicadas protuberancias, despedían un perfume difícil de definir. Hongos de variadas formas crecían en las orillas del pasaje delineando una curiosa avenida. Ni una brisa. Una agradable temperatura reinaba en el lugar. El camino describía periódicas curvas. Galerías de variados diámetros desembocaban en él: enfilaba siempre por la más amplia. Así caminó unos quinientos metros.

Cada vez más lejano el rugido de las ráfagas. De ese simple hecho podía colegirse el espesor de aquella verdadera esponja que volaba impulsada por el ciclón. La multitud de conductos llenos de aire la transformaban en un aerostato natural.

De súbito, al describir una curva, apareció una luz. El hombre se detuvo en seco. La naturaleza de aquella era peculiar, como si no fuese el resultado de una fosforescencia. Escuchó: una antigua melodía surgía de un lugar bastante próximo. Luego de unos instantes de vacilación avanzó. Aumentó la luz. Por mera precaución llevó la mano a la pistola. Terminaba el pasaje desembocando en una cavidad de gigantescas proporciones. Una verdadera gruta abierta en el corazón del macizo. De su techo, a gran altura, pendía un globo que iluminaba nítidamente el lugar. Y dicho artefacto —un sol artificial— era de origen terrestre.

Debajo del foco, una laguna bordeada de plantas pálidas confería al lugar singular belleza. En las vecindades del agua una tienda neumática, de color blanco y antiguo diseño. De allí provenía la música. Más atrás dos casamatas pálidas completaban el campamento.

Excitado reanudó su camino. El suelo recubierto de una capa de tierra, donde crecían hongos y otras plantas desconocidas, de etéreos colores, descendía hasta llegar a la laguna. Tomó un caminito que remataba en la tienda. ¿Quién habitaría allí? Recordó las expediciones anteriores. En la Tierra se supuso que nadie había escapado con vida. Pero su propia experiencia demostraba esa posibilidad. Ya veía surgir un hombre barbudo y desgredado de la carpa. Solo la música arrancaba ecos en el recinto.

La puerta se abrió cuando estaba a menos de veinte metros. Apareció en el umbral una muchacha alta, vestida con falda y blusa pasadas de moda. En extremo joven. Su rostro irradiaba frescura, y una cierta inmaterialidad.

—Ha demorado usted —le dijo sonriente.

Pedro, detenido, la boca y los ojos abiertos.

—¿Cómo...?

Rió, lo que iluminó aún más su semblante. El pelo rubio caía sobre su frente. Una expresión traviesa jugueteaba en sus vivaces ojos oscuros.

—¿Que cómo sé que venía? —Avanzó—. Intuición femenina. ¡Como usted quiera llamarla! Pero pase. Lo estaba esperando a comer.

Lo cogió de una mano y lo condujo a la tienda. Una sala de estar amoblada con implementos de campaña. Sillas, mesa y un diván. En el rincón de la izquierda una cocina con ollas que despedían un cálido y apetitoso aroma. También una cafetera.

—Tome asiento. ¿Tiene hambre?

—No sé. ¡Dígame quién es usted!

—Laura. —Extrajo platos y cubiertos de una alacena, y puso la mesa como una experta dueña de casa—. En la primera expedición vino una mujer.

—¿Usted?

Volvió a reír, mostrando unos dientes blancos.

—No, no. Soy hija de esa mujer.

—¿Y los demás? ¿Sus padres?

—Murieron. —Destapó una olla y le echó una rápida mirada a su contenido. Pareció satisfecha—. Hace años que vivo sola aquí.

—¿Me quiere decir que es la única persona que habita este lugar?

—Así es. —Sirvió dos platos de sopa, y luego de alcanzarle uno, tomó asiento frente al suyo—. Sírvase antes de que se le enfríe.

Como estar en casa. Solo los pausados balanceos le recordaban su situación.

Mientras comían Laura le contó su historia. Hablaba con tranquilidad, como si se refiriera a hechos naturales y comunes. Tres hombres y la doctora Solar, única mujer de la expedición, fueron depositados por el viento en una nube, luego que abandonaron el cohete. Descubrieron la especial conformación del islote, y se instalaron en su cámara central. Rescataron varios objetos, restos de la catástrofe, que el huracán fue a dejar allí: una pila atómica portátil, el sol artificial, tiendas, comestibles y medicamentos. La vida de los náufragos empezó a desenvolverse normalmente. A pesar de que disponían de radio, les fue imposible comunicarse con el exterior debido a extrañas interferencias. Tuvieron que amoldarse a la idea de que no podrían salir de allí. La turbulenta atmósfera constituía un escollo imposible de vencer para la ciencia humana. En lo cual no se habían equivocado, pensó Pedro al rememorar las posteriores tentativas para explorar el planeta. Pero sobraba el agua, el buen aire, y las plantas comestibles que asegurarían su subsistencia. Sin ser halagüeño su porvenir, los náufragos podían contar con la seguridad, al menos, de no perecer por inanición. Pero había una mujer.

Al decir esto Laura desvió la mirada hacia la cocina. No la embargaba ninguna emoción especial. Pedro pensaba, a ratos, que estaba protagonizando un sueño absurdo.

Dondequiera que estén los hombres, siempre serán hombres, prosiguió la muchacha. La doctora, fríamente, decidió complacerlos a los tres, a fin de evitar rivalidades. Fue un error. Uno de ellos se enamoró de la doctora. Desesperado por su inmovible actitud se suicidó. Laura no aparentaba agitación por su relato. Como

quien narra el argumento de una película acabada de presenciar. Los otros dos hombres envejecieron rápida e inexplicablemente.

—¿Envejecieron? —Pedro experimentó un escalofrío.

—Sí: al cabo de pocas semanas estaban convertidos en unos ancianos. Y murieron.

—¿Cómo? ¿Por qué?

Se encogió de hombros. Se levantó, y procedió a servir el segundo plato.

—De viejos.

A lo lejos el bronco fragor.

—Tal vez una enfermedad desconocida. Pero todos sus síntomas, según mi madre, eran los de la vejez. Y ella también envejecía, aunque no tan deprisa. Esperaba un hijo.

Colocó los dos platos ya servidos.

—Mi madre me dio a luz sin ayuda de nadie. Todo resultó bien. Pero ella siguió envejeciendo, y cuando cumplí diez años, falleció. Hasta sus últimos momentos tuvo la esperanza de que llegarían a rescatarla. Era muy hermosa. La trastornó su prematura vejez. ¡Odiaba este planeta!

—¿Y usted?

—Me gusta. No conozco otra cosa. Y con lo que sé de la Tierra creo que no estoy tan mal. ¿Cómo encuentra este guiso?

—Muy bueno. Exquisito en realidad.

—Se hace de unas plantas que abundan aquí. Muy nutritivo —y añadió—: Quizá usted piensa que debería tener otras aspiraciones. Volver a la Tierra —al menos intentarlo—, casarme, tener hijos. Pero no me preocupan esas cosas.

—¿Qué edad tiene?

—Tengo entendido que esa pregunta no se le hace a las mujeres, ¿no?

El hombre enrojeció.

—¡No tiene importancia! —exclamó ella riendo al ver su turbación—. Veinte.

—Representa quince.

—Eso debe ser una galantería. A mi madre le gustaba que le dijese que representaba menos edad de la que tenía. ¡Pobre! Fue muy desgraciada.

Lo miró largamente. Pedro se sintió embargado por una inefable ternura. Por último la muchacha frunció el ceño, tamborileó con sus largos dedos sobre la mesa, y sonrió.

—Me gusta usted. Nunca había visto un hombre. Pensé que sería algo inquietante, que me llenaría de turbación. En cambio, al tenerlo cerca siento paz y tranquilidad. Hábleme de usted.

Le explicó que el cohete había sido desviado de su trayectoria por un meteorito. Cayó bajo el campo de gravedad del planeta. Andaban escasos de combustible. Ante

el inminente peligro de caer en aquel mundo tuvieron que desprenderse de toda la carga. No fue suficiente. Necesitaban alivianarse de doscientos kilos más. Se aplicó el reglamento. Le tocó a él, y a otros dos.

—Uno murió, ¿no?

—¿Uno? ¡Los dos, que yo sepa!

—No —replicó ella con un curioso acento—. Hay otro que se ha salvado.

—¿Bob? ¿Dónde está?

—No sé. Se encuentra lejos y en peligro.

—¿Cómo lo sabe?

—He nacido en este mundo. A pesar de su aspecto caótico hay un orden: como en toda obra de la naturaleza. Y es posible que mi intuición se haya agudizado. Determinados sucesos los sé de antemano. Penetran en mi mente en forma de súbitas ideas.

—¿Y Bob? ¿Podemos hacer algo por él?

—Nada. Si quieren salvarlo llegará aquí tarde o temprano. De lo contrario...

Terminó la frase con un elocuente gesto.

—¿Qué es eso de «si quieren salvarlo»? ¿Quiénes?

—Bueno —vaciló unos instantes—. Las cosas no ocurren porque sí, ¿verdad? A pesar de que no tengo pruebas concretas sé que aquí existen ciertos seres dotados de inteligencia. ¿Dónde están? No lo sé. Tampoco se dejan ver, pero su presencia se nota en muchos hechos sin explicación, como mis corazonadas, por ejemplo. Mi madre y los hombres también creyeron descubrir lo mismo. He vivido veinte años en este mundo y no he conseguido averiguar nada más.

Pedro miró a su alrededor inquieto.

—No tema. En todas los mundos, según he leído, donde hay vida, es posible que la evolución dé origen a la inteligencia. ¿Por qué no aquí?

—Usted los habría visto, pues tendrían que habitar en lugares como estos.

—Quizá aquí, al revés de la Tierra, los seres más evolucionados sean incorpóreos, debido a las especiales características del ambiente.

Lo más grande y sólido que se encuentra en las corrientes blancas son estas nubes, prosiguió Laura, que han tenido su origen en colonias de protozoarios como los corales de la Tierra. Todo lo demás es liviano, casi etéreo, y sumamente frágil.

—Hay una sola cosa cierta: aquí los vientos son los amos y señores de la creación.

Lejos el silbido de las ráfagas. Pedro sintió un estremecimiento. Laura recogió los platos y los introdujo en la lavadora.

—Dos fuerzas luchan en el planeta desde su origen: una personificada por las corrientes blancas y la otra por las oscuras. Estas últimas han ido cediendo terreno, pero siguen siendo poderosas.

Sirvió el café.

—Dígame, ¿cree que «sus amigos» le podrían indicar una manera de salir de

aquí?

—¿Está aburrido? —preguntó ella con un cómico gesto de desazón.

—¡No, no! Pero pienso que sería bueno para usted y para mí podemos marchar de este planeta.

—No. No me iré. Son muchas las cosas que me atan —dijo ella con lentitud—. Por la sola memoria de mi madre debo quedarme, ¿ve? Son veinte años y una tragedia, debido a la cual nací. Es imposible olvidar todo eso. He crecido con esos recuerdos y, mal que mal, el planeta me ha tratado bien. Todo lo de aquí me parece natural en la Tierra sería distinto. No sé cuál de esos tres hombres fue mi padre, pero no me preocupa, pues el ambiente, o lo que sea, hace que aquí todo sea tolerable para ciertas personas.

Comenzó a guardar las ollas y cubiertos en la alacena. Pedro se levantó y dio unos pasos por la tienda.

—Verá como le gusta esta vida. Los años no pasarán sobre usted.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque ha sido bienvenido. Se va a sacar varios años de encima. No tendrá necesidades materiales, como me sucede a mí. Al revés de mi madre, que siempre estaba sin ánimos porque le pesaba su parte física, cada día me siento más ágil y joven.

La atmósfera del planeta acentúa el temperamento de las personas, agregó Laura. Los materialistas sienten exacerbarse sus apetitos. Eso lo comprendieron los sobrevivientes de la primera expedición.

—¿Y las otras expediciones? ¿Salvó alguno?

—Ninguno, que yo sepa. Usted es el primero en veinte años que ha escapado del huracán. Y no fue por casualidad. Tal vez el destino ha querido que tenga un compañero.

Pedro se asomó al exterior. A más de cincuenta metros de altura se mecía el sol artificial. Su imagen adquiriría raros contornos al reflejarse en las aguas de la laguna, cuya superficie, a consecuencias del vaivén, aparecía cubierta de un leve oleaje.

«¡Diez años sola! Pobre. Después de todo, tal vez ha sido para mejor».

—¿Tiene sueño?

La voz lo sacó de sus reflexiones.

—Puede acostarse cuando quiera.

—Gracias. —Sacó la fotografía, y se la mostró—. Mi mujer y mi hijo. No es tan bonita como usted, pero es la única que me ha querido. ¿Qué le parece el niño?

—¡Qué lindo es!

—Sí: llena la vida.

—Usted murió para ellos, ¿no?

—Sí, es verdad. Que se haga lo que Dios quiera. Tengo suerte. En la Tierra las cosas no son tan simples. Es agradable conocer una muchacha como tú, espontánea y sin malicia. Soy simple: no tengo la inteligencia de Bob e Igor.

—Sabré corresponderle —y agregó con infantil vehemencia—: haré todo lo posible porque sea feliz.

El hombre la cogió de la barbilla y la miró a los ojos. Sostuvo ella su mirada. La estrechó entre sus brazos: sintió el cuerpo de la muchacha. El perfume de su pelo le produjo un dulce bienestar. El lejano rugido de la ventisca. Una esponja que daba vueltas arrastrada por la turbulenta atmósfera. Y él estaba allí con una mujer que no se opondría. No. No podía hacerlo. ¿Por qué? De tan simple acto dependía la destrucción del hechizo. Diez años sola. Su madre y sus tres amantes. Se separó con suavidad. Laura sonrió. Un gran alivio se reflejó en su semblante.

—Seremos muy felices. Ya verás. Aquí se necesitaba un hombre como tú. Porque los hombres deciden el destino de las cosas. ¿No es así?

—Quizá sean las mujeres.

—¿Cómo amaneciste? —Laura entró en el dormitorio. El olor del café dilató las narices del hombre.

Como estar en casa. ¿Pensarían alguna vez sus compañeros del cohete que él, condenado a una muerte segura, disfrutaba a esas horas de mayores comodidades que ellos?

—Tengo que ir a buscar mis cosas al salvavidas.

—No te preocupes. Me levanté temprano y las traje todas.

Navegar en un mar tranquilo. El hombre se balanceaba suavemente al afeitarse. Tomó un largo baño. Oía a Laura en sus ajetreos domésticos, entonando una canción.

Todo lo que existía en el campamento fue instalado por los náufragos. La pila atómica, capaz de funcionar siglos sin reabastecerse de combustible. El sol artificial —una colosal lámpara de gas que, dentro de un radio reducido, producía los mismos efectos de la luz solar— estaba graduado para dar luz durante catorce horas y apagarse por diez. Como en la Tierra.

—¡Vamos! —dijo la muchacha.

—Tengo la sensación de haber perdido peso. ¿Me notas más flaco?

—¿Más flaco? Solo te conocí ayer. ¿Cómo puedo saber eso?

—¡Vaya! Me olvidaba. Pero me siento raro. En todo caso es agradable.

—Ya verás como te sientes mucho mejor.

Laura marchaba adelante, avanzando con agilidad hacia uno de los innumerables conductos que desembocaban en el bolso central.

Durante varios minutos descendieron por un túnel que describía una espiral. La muchacha alumbraba el camino con una linterna. A veces se detenía y esperaba a Pedro, cuando este se rezagaba. Otras lo cogía de la mano, guiándolo a través de los vericuetos de la colosal esponja. Dos kilómetros de diámetro y uno de espesor. Su forma era la de una lenteja. Daba vueltas sobre sí misma, una vez cada cinco minutos.

—¡A mil quinientos kilómetros por hora! Cada veintiséis horas damos la vuelta al

mundo.

Pedro pensó que, después de todo, no era imposible que los hombres consiguieran algún día atravesar la turbulenta atmósfera e instalarse en aquellos verdaderos satélites. Mal que mal, cada nube tenía capacidad para albergar a un centenar de personas por lo menos.

Llegaron a otra cavidad que se abría exactamente debajo de la primera. El rugido del viento se hizo ensordecedor. En el suelo, en la parte central de la nueva gruta, existía una amplia abertura. Por allí penetraba una luz lechosa. El hombre se detuvo. En la semipenumbra, Laura sonreía.

—¡Ahora hay que ponerse las escafandras! —gritó.

Tuvo que repetir la instrucción, pues el fragor no permitía escuchar.

—¿Qué piensas hacer?

—Nos dejaremos arrastrar por el viento.

—¿Quieres decir que nos dejaremos caer por eso?

Volvió a oprimirle una mano. Se aproximó al boquete. Ráfagas ascendían arremolinadas, esparciendo en los derredores una gran cantidad de detritos. Muchos de estos fosforecían. Algunos empezaban a caminar como tenues cangrejos: volvían a precipitarse al vacío.

—¡Vamos! —dijo Laura de pronto.

Sin soltarle la mano, que le oprimía firmemente a través de los guantes, se lanzó por el brocal. El hombre ahogó un grito. Cayeron por un tiempo que se le antojó interminable.

Se encontró envuelto en una bruma opalescente saturada de graciosas figuras que giraban. Encima, la sombra de la nube. Largas lianas colgaban por debajo de ella, culebreando a impulsos de la ventisca.

El macizo empezó a quedarse atrás paulatinamente.

—El viento nos llevará y nos traerá al mismo sitio.

Flotaban muellemente sin tener conciencia de su peso. Imposible darse cuenta de la velocidad: todo volaba en el mismo sentido. La luz permitía ver el paisaje, a través de una cortina vaporosa bordada con figuras que se debatían. De tarde en tarde una gran nube: siempre quedaban rezagadas.

Ciclópeas flores, con pétalos, estambres y pistilos, tenues y transparentes como los celentéreos, se deslizaban con lentos y armoniosos movimientos. Las plantas absorbían agua y alimentos mediante las raíces filamentosas que en grandes racimos pendían bajo ellas. Los océanos, transformados en neblina, viajaban por la atmósfera llevando consigo un millón de cuerpos distintos; los seres animados —sutiles y livianas formas— también giraban en el interior del huracán. Solo allí existía calma para vivir, para reproducirse, para morir. Cerca de tierra firme corrían el riesgo de estrellarse y deshacerse contra el suelo. A veces los minerales en polvo coloreaban la corriente con tonalidades que degradaban lentas. Como en el interior de una arteria atestada de translúcidos glóbulos en rotación. O dentro de una tubería de oro etéreo

que, a lo lejos, cambiara de color.

Se abrió el torbellino en un luminoso y vago panorama: Pedro iba junto a la muchacha sin notar el más leve cansancio.

De súbito Laura lo soltó.

—Sígueme. El viento hará lo que tú le pidas.

La muchacha se separó de él, y su figura, envuelta en el traje espacial, se alejó como una burbuja. Bastó un movimiento del tronco y los brazos para aproximarse a ella.

A su diestra la vista se estrellaba contra una negrura impenetrable.

—Una de las corrientes oscuras. ¡Hay que cuidarse de ellas! Arrastran objetos de gran tamaño y peso, que podrían destrozarte en un santiamén. Ahí están los restos de los naufragios; nubes de piedras y arena que, desde los primeros tiempos, son arrastradas por el viento. Y también hay muertos. Todo lo que deja de existir en las corrientes blancas es expulsado a esos torbellinos.

Son verdaderos cementerios. Los tripulantes de las aeronaves terrestres que han caído en el planeta flotan en esas ráfagas.

Ahí había caído uno de los cohetes que quiso conquistar el planeta. Las nubes de piedras lo deshicieron. Y a medida que descendía encontraba en su camino peñascos de mayor tamaño.

A corta distancia, un remolino. Zonas oscuras interrumpían la visión. Dos corrientes opuestas daban origen a un embudo que llegaba hasta los continentes. Una de esas vorágines había engullido a Igor.

—¡Pasaremos a otra corriente! —gritó Laura.

La nueva vía bajaba. La muchacha le explicó que las corrientes soplaban en todas direcciones y a diversas alturas. Que era posible sobrevolar el planeta entero sin otro propulsor que ellas.

Abajo, aproximándose veloz, una llanura brillante y plana, con franjas de variados tonos.

—¡Tierra firme! Vamos a pasar cerca.

¿Alcanzaría a enderezarse para evitar el estrellón? A menos de cien metros. Cerró los ojos. De inmediato notó que cambiaba de rumbo. Al mirar de nuevo vio abajo, a menos de un metro, una planicie pulimentada, estriada con fuertes colores, que se deslizaba vertiginosa. Hasta le pareció sentir el calor causado por el roce de la ventolera al frotar el planeta durante milenios. Liso como una plancha de mármol. Las palabras de Igor acudieron a sus oídos. Lejos, otro embudo corría por el planeta como una gigantesca serpiente erguida. Se alejó la fantasmagórica visión. La erosión eólica había limpiado la faz del mundo dejándola pulcra y monda, transformada en una vítrea pradera.

Los hombres nunca podrían hollar esa tierra. Imaginó una astronave tratando de aterrizar. ¡Qué de tumbos y volteretas daría hasta quedar deshecha y enriquecer con sus restos la población de los torbellinos!

Subían como saetas. Prosiguieron saltando de corriente en corriente, desplazándose de un lado para otro con el simple recurso de trasladarse a los vientos que soplaban en sentido contrario. A veces las distintas densidades de la niebla creaban espejismos: lagunas con exóticos bosques y selvas flotantes. O todo parecía inmóvil. O el viento se transformaba en un torbellino al cambiar de dirección. Todo empezaba a girar, y uno se creía en el interior de un caleidoscopio que daba vueltas.

Súbitamente se encontraron volando por el interior de un inmenso túnel de diáfana atmósfera, con paredes de espesas nubes iridiscentes girando vertiginosas. Se perdía a lo lejos en un embudo policromo. Planearon sobre suaves lomajes: en las alturas la bóveda nácar con sutiles reflejos luminosos.

Salieron del aeroducto, y desembocaron en un soplo de luz. Muy cerca, una nube se deslizaba rauda.

—¡Hemos llegado! —Y añadió—: Tu amigo está aquí.

—¿Quién?

—Ese que se llama Bob. Ha llegado durante nuestra ausencia.

Una vez que se desembarazaron del equipo, ella le susurró al oído:

—¿Estás contento?

—Sí.

—Espero que podamos ser siempre felices —dijo con tristeza.

—¿Por qué?

—No sé...

Bob estaba junto a la tienda. Abrió tamaños ojos al verlos.

—¡Pedro! ¿Y esa chica? ¿Estoy soñando?

—Esto es el infierno. El viento me hizo dar vueltas y vueltas. Por poco me hace pedazos.

Abandonó el salvavidas cuando este empezó a girar. Su cuerpo fue a incrustarse en algo. Perdió el conocimiento con el golpe. Al volver en sí descubrió que su sostén perdía altura. El vegetal que le recibiera se hallaba a punto de ser engullido por una oscura zona. Su cuerpo había destrozado la frágil planta. De súbito las ráfagas lo sacaron de allí. Durante horas fue arrastrado por la corriente, dando volteretas y enredándose en los objetos que volaban junto a él. ¡Menos mal que no se topó con nada duro! Por fin, cuando se creía perdido, vino a dar a la nube.

—Parece que tuviste mejor suerte que yo, Pedro.

—Igor murió.

—¿Quién puede sobrevivir afuera? No sé cómo he escapado. ¿Y tú? ¿Y esta chica? Cuéntame.

Le hizo una breve relación de sus aventuras y de la historia de Laura.

—¡Qué suerte la tuya! Venir a dar aquí desde el principio —añadió, dirigiéndose a la muchacha—: ¡Imagino que deben ser muy buenos amigos! Con toda su pachorra,

Pedro no es de los que pierden el tiempo.

Ella se sonrojó.

—Ha sido muy buena conmigo —dijo Pedro, molesto—. Me ha dado hospedaje y me ha hecho conocer este mundo.

Laura, con disimulo, le hizo un gesto para que callase.

—Hay ciertos hechos que hacen la vida color de rosa. ¡Hasta el infierno se convierte en un paraíso! Eres muy, pero muy afortunado, Pedro.

Laura salió de la tienda. Bob se inclinó sobre la mesa, y le preguntó en voz baja:

—¡No me vayas a decir que le has sido fiel a tu mujer con ese bombón al lado!

—Somos amigos no más, Bob. Aunque te parezca raro. Es una muchacha muy buena. Podría ser su padre.

—¡Vamos! No me vengas con esas. ¡Es una reina en cualquier parte!

—No sabe nada de la vida, Bob. Se ha criado sola, y es feliz. Es muy espiritual...

—¿Sí? Con esos pechos y ese cuerpo capaces de hacer feliz al más exigente, mentiría al decir que me despierta el espíritu. En cuanto a que no sepa nada de la vida... ¡Bueno! Nunca es tarde para aprender. ¿O no?

—No sé, Bob. Me desagrada el tema.

—¿Por qué? ¡Vamos, Pedro! No te pongas pacato. Hablemos las cosas por su nombre. Esa mujer me gusta. ¿Entiendes? Estamos abandonados en este infierno, y podría consolarnos de tantas penurias. Como llegaste primero no te voy a discutir tus derechos. Claro que esa torta da para dos con holgura. Si vamos a vivir en comunidad te propongo compartirla. ¡Nada de egoísmos!

Pedro se puso de pie, irritado.

—Mira, Bob: haz lo que quieras. Es mujer y sabrá poner las cosas en su lugar. Si tratas de recurrir a la violencia te prevengo que la defenderé. ¡Hay cosas que no se comparten! Si te acepta no me voy a meter en el asunto. Claro que habría preferido no tocar el tema. Pero en fin, comprendo tu modo de ser.

—¡Vaya, vaya! No hagamos escenas baratas. Si he hablado así es para que veas que estoy procediendo honradamente. ¡No quiero pelearme contigo! Pero no te voy a engañar respecto a mis intenciones. ¡Por cierto que no la voy a violar! Lo que quiero evitar es que mañana mi actuación se preste para malentendidos.

Bob hablaba con sinceridad. Veía las cosas así, simplemente. El hombre es hombre donde se encuentre, había dicho Laura.

Abandonó la tienda, y se dirigió a la laguna. Unos pasos leves a su espalda.

—¿Qué te decía tu amigo?

—Nada. Me hablaba de sus peripecias.

—¿No te dijo nada de mí?

—Le gustas mucho —replicó secamente. Se arrepintió de su tono, y agregó sonriente—: ¿Qué te parece?

—No sé. ¡Mira de una manera...! Me da miedo. Pero es agradable al mismo tiempo.

—¡Ah!

—¿Qué te pasa? ¿Que no te avienes con él?

—¡No, no! Es un buen muchacho. Muy inteligente. Prometía ser un gran astrogador. Iba a ascender a comandante después de este viaje.

—¡Pobre! ¡Y venir a dar aquí! No es de los que se adaptan al planeta.

—¿Por qué lo dices?

—Por lo que contó. No ha sido bien recibido como tú. Por eso te pedí que callases cuando ibas a hablar del viaje. Todavía no conviene que se entere. Trataremos de hacerle llevadera su existencia para que no se amargue. ¿Verdad?

Suspiró Pedro. ¡Qué fácil era hacer lo que decía, pensó, recordando el reciente diálogo!

—Seguiremos siendo amigos, ¿no? Cualquiera cosa que te disguste, dímelo. Sería muy triste para mí perder tu aprecio.

—No te preocupes. Siempre podrás contar conmigo. Alejó los oscuros presentimientos.

Paseó por las galerías de la esponja, que integraban un intrincado laberinto. El encantamiento producido por el viaje en el viento se había desvanecido. ¿Por qué? La vuelta a la realidad: empezó a vivir un sueño, y bruscamente se produjo el despertar.

«Soy un egoísta. Bien hecho que me pase por haberme olvidado de mi gente. Quizá ya están sufriendo por mí. El cohete debe haber llegado a la Tierra, y Elena tiene que conocer la historia. ¡Pobre! Cómo sufriré. Ya estaba dispuesto a dejarme llevar por una vida fácil y sin sentido. ¿Cómo salir de aquí? Pensar que estoy condenado a morir en este mundo. No es para mí. Laura nació aquí y nunca ha conocido otra cosa. No puedo criticar a Bob por sus intenciones. Es joven y sin compromisos, lo mismo que Laura. El único que sobra aquí, después de todo, soy yo. ¡Y me felicitaba de mi suerte! Dios sabe lo que hace. Ojalá que Él me ilumine y me permita escapar para que pueda volver a regalonear a mi gordo. ¡Esa sí que es vida! Oír chillar a ese demonio y saber que uno lo puede aliviar y consolar; que su destino depende de mi esfuerzo, de mis sacrificios. Y será alguien. ¡Ya está aprendiendo a hablar el chico! ¡Un año y medio! No le permitiré que se dedique a la astronáutica. Será médico. Elena quería que estudiara ingeniería electrónica. ¡Nada de esas profesiones que despiertan curiosidades peligrosas! Ahí me impondré yo. Elena es comprensiva; no me discutirá. ¡Bien sabe lo que es tener un marido que viaja de un planeta a otro!».

Cuando llegaba a la tienda oyó la fresca risa de Laura. Y también la de Bob.

—¡Hola, Pedro! ¿Dónde andabas?

—Acordándome de mi chiquillo, Bob.

Laura lo miró por lo bajo. Estaba roja.

Bob y Pedro se turnaban en los trabajos de la colonia. Sin ser excesivos requerían una mínima dedicación. Recolectaban las plantas de las galerías, y las elaboraban en una antigua refinadora. Bob, excelente mecánico, revisó la pila, y reparó algunas máquinas hasta entonces en desuso por desconocer Laura sus aplicaciones.

Los dos hombres ocupaban el mismo dormitorio. Pedro se había percatado de que el muchacho y Laura sostenían largas conversaciones. Más de una vez los vio salir y volver horas más tarde, juntos, riendo. También observó que su presencia, en determinadas ocasiones, no era bien vista por Bob. No así por Laura que siempre se esmeraba en atenderlo. Hasta creyó notar en la muchacha ciertos gestos de reproche por su actitud ausente y como despreocupado. Pero ¿qué podía hacer?

Al tercer día de su arribo, Bob no durmió en su cama. Aquella mañana, por primera vez, Laura no le trajo su desayuno. Se levantó, y fue al baño, que separaba ambos dormitorios. A pesar de las paredes neumáticas le pareció oír que una voz de hombre emergía de la alcoba. Cuando salía del baño se encontró con Laura. La muchacha, de inmediato, se turbó.

—¡Buenos días!

—¿Tomaste el desayuno? ¡Perdona que me haya atrasado un poco!

—No te preocupes. Yo mismo me lo preparo.

—No seas tonto. Anda a vestirte. Te lo tendré listo cuando hayas concluido.

Al dirigirse al comedor, minutos después, se topó con Bob. El muchacho se disponía a entrar en el baño, bostezando y desperezándose con un cínico gesto.

—¡Qué tal, Pedro! ¿Cómo pasaste la noche?

—Bien, gracias. ¿Y tú?

—¡Como un califa! *Boccato di cardinale*, como decía Igor. —Remató la frase con un largo guiño.

Pedro le hizo un gesto para que callase, pues oía a Laura en la cocina. Bob se afirmó en la puerta del baño y lo miró compasivamente.

—Insisto en mi proposición, Pedro —dijo en voz baja, con una amplia sonrisa—. No soy egoísta. Cuando quieras podemos hacer un convenio... digamos de no agresión. Noche por medio. ¿Qué te parece? Ya la muchacha está expedita en el difícil arte del amor. ¡Un trabajo menos para ti! No quiero dejarme llevar por la vida fácil y licenciosa. Las cosas se te harán muy llevaderas en este mundo desgraciado.

Pedro sintió deseos de abofetearlo. Se contuvo y lanzando un suspiro fue a la sala de estar. Oyó que Bob entraba al baño silbando una canción.

Laura, que en esos instantes servía el desayuno, lo sorprendió observándola. De inmediato se ruborizó. Se arrepintió al pensar que su mirada pudo ser impertinente.

—¿Te ayudo?

—¡No, no! No volverá a suceder.

Alargó la taza con torpeza. Por poco la derrama sobre Pedro.

—Voy a hacer tu pieza. ¡No sé qué me pasa hoy!

—Déjame hacerla a mí —interrumpió él—. Nada me cuesta, y estoy

acostumbrado.

—No. Prometí que tendrías un hogar —y agregó acongojada mirándole a los ojos—: sé que ya no es lo mismo.

—¡Vaya! No te preocupes. Estás cumpliendo muy bien. Si te he dicho que puedo hacer mi pieza es para que no te retrases en tus quehaceres. Siempre ayudaba a Elena. ¿Cuándo iremos a pasear de nuevo?

—Este... ¡Puedes ir cuando quieras! Ya sabes cómo hacerlo...

—¿Y por qué no vamos los tres? A Bob le encantaría.

—¿Qué es lo que me encantaría? —Bob irrumpió en la sala envuelto en una toalla de baño.

—Volar, Bob. Dejarse llevar por el viento.

—¿Yo? ¡Estás loco! Ni muerto, viejo. No sé cómo lo pudieron hacer ustedes. ¡Deben tener alguna condición especial! Solo de pensar en que podría cometer semejante estupidez se me pone la carne de gallina.

—Pero si el viento es tan poderoso como para arrastrar una astronave. ¿Qué crees que te va a pasar?

—¡Qué sé yo! Cuando caí en medio de las ráfagas no me sentía liviano en absoluto. Mi cuerpo pesaba como un saco de plomo. ¿Ves? No floté. Giraba como un trompo, siempre cayendo.

Los rayos del sol artificial formaban un trapezoide en el suelo, cerca de la mesa. El fragor apagado como un distante lamento.

—¡No te preocupes por eso, Bob! —dijo ella quebrando la pausa—. ¡Ya te aclimatarás! No todos tienen la facilidad de Pedro.

—¡Esto es el infierno! —repitió Bob mirando a Laura—. Pero algún día llegarán los hombres, y les aseguro que algo podrán hacer. Por lo menos descubrirán que es posible vivir en estas nubes. Y la energía eólica les proporcionará fuerza motriz barata para explotar el planeta. Basta que hagan un estudio sistemático de las corrientes para conocer con exactitud su situación y lo demás será sencillo. Cuestión de dejarse caer proa al viento e ir frenando paulatinamente hasta tocar tierra. Pueden construir cohetódromos subterráneos, y como hay agua y aire en abundancia, no tendrán problemas de abastecimiento. No como los demás planetas, en los cuales no había nada.

Dio media vuelta para dirigirse al dormitorio. De paso cogió a Laura por la cintura. Ella se desprendió con suavidad, echando una mirada de reojo a Pedro.

—¡Estás equivocado, Bob! —dijo la muchacha con lentitud—. Las corrientes cambian de curso constantemente, sin una secuencia fija. No hay ninguna que mantenga un curso regular.

—¿Sí? Bueno. Ya descubrirán un sistema. La raza humana no se detendrá por un inconveniente así. Y menos cuando sepa que varios náufragos han podido escapar con vida.

—¿Cómo lo sabrán? —preguntó Pedro.

—Voy a construir un transmisor para que nos oigan desde la Luna o de cualquier cohete que vaya a Mercurio. Los que utilizaron los primeros náufragos eran modelos anticuados.

Pedro entraba por uno de los conductos cuando lo alcanzó Laura. Se veía agitada.

—¿Qué pasa?

—Quería hablarte de Bob.

Echó una rápida mirada a la casa; luego lo cogió de un brazo, y penetró con él en la galería.

—¡Qué agradable es estar contigo! Me siento tranquila y en paz —añadió en un tono de súplica—: no pienses mal de mí.

—¿Pensar mal de ti? ¿Cómo puede ocurrírsete? —Le tomó la barbilla y la miró—. Nunca pensaría mal de ti, ¿entiendes?

—Gracias —murmuró ella. Le besó la mano—. Eres muy bueno, Pedro. ¿Sabes? Bob nunca podrá volar como tú y yo. Ellos no lo quieren. Le han dado, no obstante, una oportunidad. Lo condujeron para acá en lugar de dejarlo abandonado a su suerte. Pero no harán nada más por él. ¿Ves? Y se da cuenta de su situación aunque no la comprende bien. Algo intuye sin embargo. Le parece increíble que hayas podido volar y recorrer el planeta arrastrado por los vientos. Está convencido de que nunca lo podrá hacer. No se equivoca. Esa idea se la han metido los que viven aquí. Ellos saben lo que hacen.

—Pero ¿crees eso realmente? ¿No será una mera ocurrencia tuya o de Bob?

—No. Ya te lo dije: aquí hay un Orden —y agregó con voz temblorosa—: tampoco me atrevería ahora a lanzarme al viento.

Sin decir más volvió sobre sus pasos, gacha la cabeza. Pedro la vio abandonar la galería y dirigirse a la tienda. De esta salía Bob: iba a la casamata de las máquinas. ¿Conseguiría su objetivo? El solo hecho de que Elena se enterase de que vivía le iba a servir de consuelo. El nuevo ambiente le sentaba bien. No temía a los vientos, y tampoco le atormentaba la inquietud de buscar solución al misterio. Pero no podía pensar en quedarse allí por toda la vida.

Bob, quieras que no, estaba obligado a formar un hogar con Laura. Se encargaría de eso: quería a la muchacha, y le deseaba una existencia digna y feliz. Pero al verlos unidos le recordarían su mujer y su hijo. Sería desgraciado. De poco le serviría una vida eterna, al decir de Laura.

Bob, en mangas de camisa, manipulaba un complicado equipo en la casamata.

—¿Qué tal, Bob?

—Hola. —Se alisó el pelo desgreñado. Gotas de sudor resbalaron por su rostro. Apagó la lámpara portátil. En la semipenumbra Pedro creyó notar algo en su

semblante—. Cunde poco esto. ¡Me canso una barbaridad! Me siento pesado y sin fuerzas. A pesar de que la gravedad es casi igual a la de la Tierra, me produce el efecto de que fuese el doble. ¿No sientes eso, Pedro?

Pedro no contestó. Bob salió lentamente de la casucha y aspiró una gran bocanada de aire. Pedro ratificó lo que advirtiera segundos antes. En el rostro de Bob, juvenil hasta tres días atrás, se notaban profundas huellas de cansancio. No solo eso: alrededor de su boca y ojos se habían formado arrugas. Tragó saliva. Un secreto terror. Comprendió que no podría formalizar su observación. ¿Cómo no se fijó antes? Tal vez eran recientes. Recordó la historia de la doctora y sus amantes. Y los temores de Laura. En la tienda, la luz no permitía distinguir detalles así. Pero ahora, bajo los rayos del sol artificial, los rasgos se hicieron visibles. Bob se había echado diez años encima.

—El infierno, Pedro —jadeó Bob—. El infierno. Algo debe haber en esta atmósfera que produce trastornos. Clavó sus ojos en él.

—¡Qué extraño! Juraría que estás más joven que antes.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—Pues es notable. ¡Te ves joven, Pedro! Eras uno de los mayores de la tripulación. Estoy seguro que tenías patas de gallo... Y ahora tienes la piel como la de un muchacho.

—Es un efecto de la luz, Bob. Como comprenderás, eso no puede ser —se defendió asustado.

—¡Pero si lo estoy viendo! No puedo engañarme tanto.

—Mira, viejo: volvamos al trabajo mejor. Mientras antes terminemos, mayores serán nuestras probabilidades de salir de aquí. Entiendes esas cosas, y saldrás adelante. Solo no sería capaz de construir un transmisor.

Mientras hablaba Pedro volvió a entrar en la casamata, poseído de un enorme desasosiego. Porque realmente se sentía fresco como una lechuga. Hasta le pareció que su cuerpo ya no pesaba como antes. Que ni siquiera el piso esponjoso se hundía bajo sus pisadas. En cambio, Bob...

—Quizá abusé anoche —comentó este, entrando—. ¿Me envidias? Parece que no, por lo visto. Te han sentado bien la castidad y el clima. A mí no. Algo hay en este mundo que es enemigo del organismo humano. Al menos tengo esa impresión. El solo hecho de acostarse con una mujer no tiene por qué producir estos efectos. Al contrario: en la Tierra siempre me sentía mejor después de hacerlo.

—¡No digas disparates! Ponte a trabajar que el tiempo apremia. ¿Puedo ayudarte en algo?

—No. Trabajo mejor solo. Anda a pasear si quieres. A ti, que tanto te sienta el clima, no creo que te tiente mucho la idea de irte, ¿verdad?

—Te equivocas, Bob. Tú, porque te sientes agotado, y yo, porque me siento fresco y liviano, sabemos que nuestro destino está en la Tierra. La misma meta, Bob. Mal que mal somos hombres.

—Quizá no pensarías así de no ser casado.

—Pensaría lo mismo. Dios nos ha hecho para vivir en tierra firme. ¿Ves? Un camino ciego.

«Mi organismo ha sido beneficiado por este planeta. A Bob le ha ocurrido lo contrario. Dios, ¡cómo ha envejecido! ¿Por qué? El terror o los sufrimientos producen los mismos efectos en la Tierra. Hay personas que se vuelven viejas de la noche a la mañana».

Insensiblemente sus pasos lo condujeron a la rotonda de salida. Solo cuando las ráfagas le azotaron el rostro volvió de sus abstracciones. Una gran claridad penetraba por el brocal. Cuerpos etéreos ascendían girando vertiginosos: luego resbalaban por las paredes del agujero como minúsculos espectros. Ensoberdecido por el fragor se colocó la escafandra y el traje espacial que, luego del primer viaje, dejara en una oquedad. Un secreto impulso lo decidió a probar suerte en el tornado. Tuvo una pequeña vacilación al recordar a Laura. La muchacha temía. ¿Por qué? Al borde del pozo. La atmósfera especialmente diáfana. Cerró los ojos y se precipitó al vacío. Segundos después flotaba experimentando la más absoluta sensación de incorporeidad. Recordó a Laura y la compadeció. Pobre. Sabía que estaba sufriendo. Pero se entregó a Bob por su propia voluntad. ¿Por qué? Era una mujer después de todo: imposible que se sustrajese a las debilidades. El muchacho no la merecía, sin embargo.

Cada vez más veloz. La atmósfera más clara y transparente que la primera vez que efectuara el viaje. En la Tierra todo material y duro. Aquí todo tenue y vaporoso. El rugir del viento arrancaba lejanas resonancias. Como flotar en el interior de una catedral donde un coro entonara un canto de gloria. Se dejaría arrastrar por las ráfagas donde quisieran llevarlo. Nada le preocupaba. Imaginó estar al lado de Elena, con el niño en sus rodillas, estrechando sus manitas. A pesar de su lejanía los sentía a su lado. Hasta le pareció oír el gorjeo del pequeño.

Ante sus ojos entrecerrados se materializó una gigantesca nube. Hacia ella lo impulsaba el huracán. Un angustioso presentimiento. En pocos segundos bajo el manto verde. En un remolino penetró por el agujero inferior y aterrizó sobre la esponja. Se acentuó la angustia. Rápido se despojó de la escafandra y, guardándola a la entrada de la galería, se internó por esta. Algo lo impulsaba hacia el corazón del macizo. La senda expedita. En pocos minutos arribó al bolso central. Paseó la linterna por el vasto cubículo. La luz fue reflejada por una masa brillante. Ahogó una exclamación. En el centro de la cavidad se erguía un cuerpo cilíndrico que desaparecía por ambos extremos en la ligera sustancia.

—¿Dónde estuviste?

Algo en el ajado rostro de Bob no le gustó. Detrás de él extendíase el campamento brillantemente iluminado. El pelo del hombre, encanecido. De trasluz sus rasgos casi invisibles.

—Salí a dar una vuelta.

—¿Por tres días? A mí no me vienes con esas. Esa putilla me ha dicho que estás en connivencia con ciertos seres que pueblan este planeta. Dime, ¿qué te han dicho?

La voz cascada calló. El fulgor de sus pupilas y su agitada respiración.

—Estás loco, Bob. ¿Terminaste el transmisor?

—Sabías que iba a fracasar, ¿verdad? Y no me advertiste. ¡Cobarde! Tenías celos. ¿Por qué no fuiste lo suficientemente hombre para decírmelo? Infeliz. Con razón Igor te dijo todo eso.

Tenía su revólver al cinto. Simultáneamente con notarlo, Bob llevó la mano al arma.

¡Deja tranquilo eso, Bob!

La mano quedó sobre el revólver, pero no lo sacó.

—¿Tienes miedo! ¿No? Dime ahora, ¿qué descubriste? ¡Habla!

—Venía a decírtelo. Quería darte una sorpresa.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

—Descubrí el cohete de la tercera expedición. Está intacto en una nube como esta.

—¡Ajá! ¿Y pensabas contármelo?

—¡No seas idiota, Bob! De no ser así, ¿para qué iba a volver?

—Por una simple razón: venías en busca de Laura. A tu esposa espiritual. ¡Ja! ¡Ja! Como ella también se entiende con «esos» señores del viento habrían podido marcharse sin decirme nada. Pero no lo harás, viejo. Me llevarás a la astronave y partiremos juntos. ¿Entendido? ¡De inmediato! ¡Vamos!

—¿Y Laura?

—Ella es de aquí. No tiene por qué marcharse. Además, no se quedará tan sola. Está preñada. Guardará un buen recuerdo mío.

—¡No la podemos abandonar así, Bob!

—¿Por qué? Su madre, ¿no la parió a ella sin ayuda de nadie? ¡Ya! ¡Andando! ¡No me voy a arriesgar a que ustedes se pongan de acuerdo para burlarme!

En lugar de obedecer, Pedro avanzó con calma. Bob hizo un nervioso amago. El otro pasó por su lado rumbo al campamento.

—¿Qué... qué piensas hacer?

—Ya te dije: nos iremos con Laura.

Bob estaba trastornado. Y viejo. Su aspecto equivalía al de un hombre de más de sesenta años. Y su voz. Siguió su marcha. Tras él partió Bob arrastrando los pies. Jadeaba lamentablemente.

«El cohete de la tercera expedición. Una máquina especial. Vale millones. Me acuerdo de ella. ¡Y piensa llevarse a Laura! Fortuna, fama y amante de un solo tiro.

¡Y qué amante! ¡Me ha convertido en una calamidad! No soy capaz de satisfacerla. En cambio, él con su maldita juventud, que ha conseguido no sé cómo, podrá disfrutar largos años de ella. Me dejó que me consumiera porque sabía que aquí hay cosas que no se pueden hacer. ¡Maricón! ¿Qué puedo hacer? No gano nada con matarlo. Y mi vejez. Un año por hora, por minuto, por segundo. Estoy perdido...».

Laura se hallaba en la sala. El rostro marchito: también envejecía.

—Nos vamos. Encontré un cohete. Está intacto: sus tripulantes lo abandonaron sin sospechar que iría a incrustarse en una nube. Con un poco de suerte podremos escapar.

Aún lejos, Bob continuaba su penosa marcha, aproximándose lento.

—No, no me voy, Pedro. Estoy condenada. He perdido el favor de los que me protegían. Nadie podrá salvarme. Saldrías con mi cadáver en el cohete, pues mi vejez se aceleraría.

—¡No puedo irme sin ti!

—Vete solo: te esperan en la Tierra. A mí no. No soy lo que crees. Te engañé. Fue mi primera culpa. Conocía la existencia de ese cohete, y nada te dije. Lo descubrí después que murió mi madre, cuando empecé a conocer los vientos. Pensé que los dos podríamos ser felices, viviendo juntos, sin ataduras materiales. Porque aquí los hombres como tú no mueren.

Suspiró. Se humedeció los labios con la lengua.

—Fui egoísta, y he sido castigada. Llegó Bob: no pude resistir su atractivo. Lo envejecieron y te condujeron al cohete. Eso significa que te dan una oportunidad de marcharte aunque les eres grato. ¡Anda a juntarte con tu mujer y tu hijo!

Bob llegó respirando con dificultad. No miró a Laura.

—¡Vamos! No perdamos más el tiempo...

—Laura no quiere irse.

—¿Y qué? Ella sabrá. Mal que mal es de aquí. ¿No es así, Laura? —La miró suplicante.

—Sí, Bob. Váyanse ustedes, y déjenme. He sido la culpable de todo.

—¿Dónde hay un traje para Bob? —preguntó Pedro de pronto.

—En la segunda casamata hay tres —informó Laura.

Pedro partió. Laura a su zaga. Bob se apoyó en la tienda con una cansada expresión vacía.

—Uno es de mi padre. No sé cuál de los tres.

Pedro cogió uno y lo revisó.

—Sé que esperas un hijo, Laura. Me remordería la conciencia dejarte. El cohete me producirá mucho dinero. No tendrás problemas materiales ni tampoco tu hijo. Velaré por ustedes. ¡Este sirve para Bob! El tuyo está en la rotonda, ¿no?

—Sí: el de mi madre —al ver que Pedro se aprestaba a salir lo retuvo y le dijo—: ¿No me crees? No puedo irme. Moriré de vieja antes de que el cohete zarpe. En cambio, si me quedo alcanzaré a criar a mi hijo por un tiempo al menos. Bob

tampoco escapará; con él comprobarás lo que te digo. Una vez contraído el mal o la maldición, no hay remedio posible.

A lo lejos el fragor subió de tono. Laura decía la verdad. De súbito Pedro lo comprendió así. Se estremeció.

—Solo una cosa te pido: nada digas sobre la verdad de lo ocurrido aquí. Di únicamente que por azar el viento te llevó al cohete abandonado —añadió con una triste sonrisa—: es una historia como las que se ven a diario en la Tierra, ¿no? Los hombres mueren o se van, y la mujer queda esperando un hijo.

—¡Pedro! ¿Por qué demoras tanto? —La voz resonó plañidera. El rugido se tornaba ensordecedor. Surgía de los innumerables conductos de la esponja con un eco rabioso.

—Llévatelo: quiere irse. ¡Pobre! De nada le servirá. El único que está en condiciones de marcharse sin peligro eres tú. Adiós. Y perdóname.

Pedro la miró. Los cansados ojos de la mujer estaban serenos. El hombre pensó que pronto perdería todo su atractivo.

—Nada tengo que perdonarte. Voy a dejar a Bob. En una hora más estoy de vuelta. El niño no puede quedarse solo. Me encargaré de él, y si Dios quiere, algún día se me presentará otra oportunidad de salir de aquí. La vida eterna no es para los hombres, Laura.

Por el envejecido rostro resbalaron lágrimas.

—No, no debes. ¡Sería injusto!

—Un niño va a nacer. Mi deber es quedarme y cuidarte.

Ella empezó a sollozar.

—Nada puedo ofrecerte, Pedro. Antes tenía mi juventud, y ahora...

Cogió Pedro el traje, y se dispuso a salir.

—¿Y el niño? Sí aún fueses joven no me importaría dejarte.

Se dirigió rápidamente a la tienda.

—Vamos, Bob. Laura se queda.

Bob empezó a seguirle aprisa. Pedro le hizo una seña de despedida a Laura. Bob no se volvió. Cuando entraban en la galería echó una última mirada a la tienda. La mujer seguía en la puerta, el pelo encanecido, con una distante actitud.

—¿Por qué se oirá tan fuerte el viento? Ni que estuviésemos al aire libre —comentó Bob acezando.

—Hemos vuelto al mismo punto, Bob.

—¿Cómo lo sabes?

—Ahí está el traje de Laura.

—No puede ser. ¿Y el cohete?

—No sé. Has visto que el viento nos ha arrastrado tres horas sin rumbo fijo. Y ahora nos deja aquí. Además, la atmósfera está demasiado turbia.

Ambos hombres se habían quitado las escafandras. En el rostro de Bob se reflejó una impotente ira.

—¡Canalla! ¡Lo has hecho adrede!

Pedro lo enfrentó calmoso.

—Mira, Bob: eres un buen astrogador. Sabes además que en un ambiente desconocido es difícil orientarse sin instrumental apropiado, ¿no es así? ¿Cómo pretendes que pueda ir a voluntad a esa nube?

—¿Y cómo la descubriste, entonces?

—El viento me llevó sin que me diese cuenta. En cambio, ahora no lo hizo. ¿Por qué? Quizá la primera vez fue una casualidad. Tal vez debí irme de inmediato. ¡Una oportunidad perdida!

Se despojó del traje, y guardándolo junto al de Laura, tomó el camino al campamento.

—¡No me dejes aquí! ¡Llévame! Apenas puedo andar.

El rugido del vendaval tendía a disminuir. Los remolinos penetraban debilitados por el brocal. La luz había aumentado en forma inusitada. Pedro experimentó una extraña emoción. Bob, al parecer, no se percataba de esos fenómenos.

Pasó un brazo de Bob sobre sus hombros y emprendió el camino. Avanzaba con bastante rapidez a pesar de su carga. Sentíase ágil y liviano como nuca. Una gran claridad se alejaba a sus espaldas.

—¡Volver a encontrarme con esa! Me muero, Pedro —gangoseaba Bob—. «Ellos» me odian. Tú ganas. Mátame mejor.

—Cállate, hombre. En el campamento descansarás. Te hace falta un buen sueño.

—Esa mujer ha sido fatal, Pedro. ¡Fatal! Y la deseo. Cada vez la deseo más. Y estoy viejo, viejo...

—Acuérdate que está esperando un hijo tuyo.

—Un hijo. ¿Para qué lo quiero? En la Tierra quizá. Pero aquí... ¡Volveré a meterme en la cama con esa! Moriré encima de ella. Por lo menos me dará ese gusto. ¿No te opondrás, verdad? Nunca quisiste acostarte. Y yo te la ofrecí. No puedes hacerme ahora una cochinado, Pedro. Mira cómo estoy.

—Déjate de hablar tonterías. Ella sabrá lo que hace. Para mí es tu mujer. ¿Entiendes? Lástima que no lo hayas comprendido así desde el principio.

—¿Y por qué te quedas, entonces? ¿No tienes una mujer en la Tierra? ¿Y un hijo?

—Has visto que el cohete desapareció. ¿Cómo me voy a ir?

—No mientas, Pedro. Estabas dispuesto a quedarte.

—Sí: no podía dejar a Laura sola, embarazada como está. Quería llevarte al cohete para que te fueses solo, en vista de lo mal que te ha tratado el clima. En cambio, yo estoy bien. Podía y debía quedarme.

—¿Es cierto que no estás enamorado de Laura? Esos sacrificios no se hacen porque sí. Suspiró Pedro.

—Soy casado, Bob. Quiero mucho a Laura porque ha sido buena conmigo.

—Mucho tiene que ser el cariño para que hayas preferido quedarte. ¿Crees que podremos encontrar el cohete mañana?

—Trataremos, Bob.

«No lo volveré a encontrar. Fue una oportunidad, y nada más. ¡Qué raro! Bien. Qué se le va a hacer. Ahora sí que no volveré a ver a mi gordo. Pero si él conociese mi historia estoy seguro que me comprendería. Será un hombre, saldrá adelante. ¡Pobre Bob! Una ruina humana. Él por lo menos pudo irse. Laura tenía razón: continúa envejeciendo».

A sus oídos llegó una música. Se sobresaltó. Reconoció la melodía: la misma que escuchara cuando se dirigía al campamento por primera vez. Súbitamente tuvo la sensación de estar protagonizando un hecho ya vivido. Una atmósfera quieta, perfumada. La esponja se balanceaba levemente. El rugido del huracán apagado.

El campamento. ¡Qué bello era! Se detuvo. Bob, la cabeza inclinada, parecía dormir, colgado de sus hombros. Sí: la misma sensación de paz. La laguna bordeada de flores etéreas. Sin embargo, hubo un momento en que su belleza dejó de llamarle la atención.

¿Por qué? Avanzó con rapidez. No sintió el camino. La angustia se anudaba en su garganta. La puerta se abrió: en el umbral una muchacha.

—¡Laura! —Bob emitió un sonido gutural. Se enderezó resoplando. Pedro, atónito, lo soltó. El otro cayó de rodillas, los ojos desorbitados.

Laura lo miró con infinita piedad. Luego desvió sus ojos oscuros hacia Pedro. Se aproximó.

—Has demorado —la voz timbrada, trémula.

Al llegar junto a él dobló sus rodillas y cayó a sus pies. Cogiéndole las manos se las besó. Sintió el hombre que las lágrimas caían sobre su piel. La levantó. El melodioso y distante rugido del ciclón. En el suelo Bob, deshecho, respiraba trabajosamente.

—¡Maldita puta! —las palabras salieron roncadas y cascadas—. Debí matarte. Y tú, ¡bandido! ¿En qué quedaron tus promesas? ¿No me decías que era mi mujer?

Se incorporó con un sobrehumano esfuerzo. Se puso de rodillas. Otro impulso y estuvo de pie. Un viejo. Trastabilló: alcanzó a llegar a la tienda y, afirmado en ella, barbotó:

—¡Vamos! ¿Te olvidas de la primera noche? ¿Cómo gritaste y gozaste después? ¿Cómo te revolcabas de gusto? ¿Me dejarás ahora porque estoy viejo? ¿Tú, que has sido la culpable de todo? Ven. ¡Acércate!

Laura agachó la cabeza con humildad. Al hablar su voz arrancó un lejano eco:

—No, Bob. De nada me olvido. Pero ¿a qué crees que se debe mi nuevo aspecto? Tendré un hijo que sabrá quién fue su padre. ¿Entiendes?

Pareció que Bob iba a replicar algo. El esfuerzo desplegado se reflejaba en una dolorosa mueca. Volvió a caer lentamente.

—Hay que atenderlo y cuidar sus últimos momentos —dijo Pedro en voz queda

—. Llevémoslo a su dormitorio.



HUGO CORREA (Curepto, 24 de mayo de 1926 - Santiago de Chile, 23 de marzo de 2008). Periodista y escritor chileno, destacó por sus novelas, cuentos y relatos dedicados a la ciencia ficción que fueron publicados en revistas tan importantes como *Fantasy and Science Fiction* o *Nueva Dimensión*.